
amor
en
verso
colleen
hoover
Planeta

Índice

Dedico este libro a los Avett Brothers,
que me han brindado la motivación
para «decidir qué ser
e impulsarme a serlo»

PRIMERA PARTE

1

I'm as nowhere as I can be,
Could you add some somewhere to me?[1]

Salina, THE AVETT BROTHERS

Kel y yo metemos en el camión de alquiler para mudanzas las dos últimas cajas. Cuando deslizo la puerta y la cierro con el seguro, estoy guardando bajo llave los recuerdos de dieciocho años, todos los cuales incluyen a mi padre.

Han pasado seis meses desde su muerte, bastante lejana para que mi hermano Kel, de nueve años, no llore cada vez que hablamos de él, pero a la vez bastante reciente para obligarnos a aceptar las secuelas financieras que acarrea para una familia que, como ahora es monoparental, no se puede permitir el lujo de seguir viviendo en Texas, en la única casa que he conocido.

—Vamos, Lake, no seas tan pesimista —dice mi madre cuando me entrega las llaves de la casa—. Me parece que Michigan te gustará mucho.

Jamás me llama por mi nombre legítimo. Mi padre y ella tardaron nueve meses en decidir el nombre que me pondrían: a ella le gustaba «Layla», por la canción de Eric Clapton, y a mi padre, «Kennedy», por algún Kennedy.

«No importa cuál de los Kennedy —solía decir—: ¡me gustan todos!»

Yo tenía casi tres días cuando el hospital los obligó a tomar una decisión. Aceptaron coger las tres primeras letras de cada nombre y quedó «Layken», aunque ninguno de los dos me llamó nunca así.

Remedo el tono de mi madre:

—Vamos, mamá, ¡no seas tan optimista! Michigan no me va a gustar nada.

Mi madre siempre ha sido capaz de transmitir todo un sermón con una sola mirada. Recibo esa mirada.

Subo los escalones del porche y entro a dar un repaso antes de cerrar con llave por última vez. En todas las habitaciones hay un vacío inquietante. No tengo la impresión de estar recorriendo la casa en la

que he vivido desde que nací. Los seis últimos meses han sido un torbellino de emociones, todas negativas. Que nos fuéramos de aquella casa era inevitable —me doy cuenta—, pero esperaba quedarme hasta acabar el instituto.

Me detengo en lo que ya no será más nuestra cocina y vislumbro un clip de plástico de color morado que asoma por debajo del armario, en el lugar donde solía estar la nevera. Lo recojo, le quito el polvo y jugueteo con él metiéndomelo entre los dedos.

«Te volverá a crecer», me dijo mi padre.

Yo tenía cinco años. Mi madre había dejado las tijeras de podar en la repisa del cuarto de baño y, por lo visto, hice lo que suelen hacer la mayoría de los niños de esa edad: me corté el pelo.

«Mamá se va a enfadar mucho conmigo», lloriqueé.

Yo pensaba que, si me cortaba el pelo, volvería a crecer de inmediato y nadie se daría cuenta. Me corté un trozo bastante ancho del flequillo y me quedé sentada delante del espejo como una hora, esperando que volviera a crecer. Recogí del suelo los cabellos castaños lisos y los sostuve en la mano, tratando de encontrar una forma de volver a pegármelos en la cabeza, y después me eché a llorar.

Cuando mi padre entró en el cuarto de baño y vio lo que había hecho, se limitó a reír, me cogió en brazos y me sentó sobre la repisa.

«Mamá no se va a dar cuenta, Lake —prometió, mientras retiraba algo del botiquín—. Por casualidad, guardo aquí algo de magia. —Abrió la palma de la mano y me mostró el clip morado—. Mientras lo lleves en el pelo, tu madre no se enterará. —Me cepilló el pelo que quedaba y puso el clip en su sitio. A continuación me volvió de cara al espejo—. ¿Lo ves? ¡Ni se nota!»

Observé nuestra imagen reflejada en el espejo y me sentí la niña más afortunada del mundo: no conocía a ningún otro padre que tuviera clips mágicos.

Llevé aquella horquilla en el pelo todos los días durante dos meses y mi madre no la mencionó ni una sola vez. Ahora que lo pienso, supongo que él debió de contarle lo ocurrido, pero, a los cinco años, yo creía en su magia.

Físicamente, me parezco más a mi madre que a él. Las dos somos de mediana estatura. Como ha pasado dos embarazos, mis vaqueros no le caben, pero podemos compartir casi todo lo demás. Las dos tenemos el cabello castaño que, según el clima, puede quedar liso u ondulado. Sus ojos son de un esmeralda más intenso que los míos, aunque tal vez sólo destaquen más por la palidez de su cutis.

Salí a mi padre en muchos aspectos importantes. Teníamos el mismo sentido del humor cáustico, el mismo carácter, la misma pasión por la música, la misma risa. Kel es totalmente distinto. Se parece físicamente a nuestro padre, con su cabello rubio ceniza y sus

facciones suaves. Es más bien menudo para sus nueve años, pero compensa la falta de estatura con su personalidad.

Me acerco al fregadero, abro el grifo y friego con el pulgar los trece años de mugre acumulada en el clip. Kel entra en la cocina caminando hacia atrás justo cuando me estoy secando las manos en los vaqueros. Es un niño extraño, pero lo quiero muchísimo. Le gusta jugar a algo que él llama «el día invertido», durante el cual se pasa casi todo el tiempo caminando hacia atrás, hablando al revés y hasta empezando a comer por el postre. Supongo que, como hay tanta diferencia de edad entre él y yo y al no tener más hermanos, necesita encontrar alguna forma de entretenerse.

—¡Prisa des te que mamá dice, Layken! —dice, invirtiendo el orden de la frase.

Me guardo la horquilla en el bolsillo de los vaqueros, salgo y cierro con llave la puerta de casa por última vez.

En el transcurso de los días siguientes, mi madre y yo nos turnamos para conducir mi todoterreno y el camión de mudanzas y sólo paramos dos veces en un hotel para dormir. Kel nos acompaña alternativamente a ella y a mí y el último día viaja conmigo en el camión. Completamos durante la noche el agotador tramo final de nueve horas y sólo nos detenemos una vez para hacer un breve descanso. A medida que nos acercamos a nuestra nueva ciudad, Ypsilanti, presto atención a mi entorno y al hecho de que, aunque estamos en septiembre, tengo encendida la calefacción. No cabe duda de que tendré que cambiar mi vestimenta.

Cuando giro por última vez a la derecha para entrar en nuestra calle, el GPS me comunica que «ha llegado a su destino».

—Mi destino —río en voz alta para mí misma.

Mi GPS no tiene ni idea.

La calle sin salida no es muy larga y está bordeada por unas ocho casas de ladrillo de una sola planta a cada lado. Hay una canasta de baloncesto en la entrada de una de las casas, lo cual me hace concebir esperanzas de que Kel encuentre a alguien con quien jugar. La verdad es que parece un barrio agradable. Los jardines tienen el césped cuidado y las aceras están limpias, aunque hay mucho hormigón. Demasiado. Ya echo de menos mi casa.

Nuestro nuevo casero nos ha enviado fotos por correo electrónico, de modo que enseguida me doy cuenta de cuál es nuestra casa. Es pequeña. ¡Muy pequeña! La de Texas era un chalet estilo californiano con muchísimo terreno. La ínfima porción de tierra que rodea esta casa está ocupada, prácticamente, por hormigón y enanos de jardín. La puerta principal permanece abierta y veo a un señor mayor —el

propietario, supongo— que sale y nos hace gestos con la mano.

Avanzo como cincuenta metros por delante de la casa para poder subir marcha atrás hacia la entrada, de modo que la parte posterior del camión quede delante de la puerta. Antes de poner la palanca de cambios en marcha atrás, alargo el brazo y sacudo a Kel para despertarlo. Lleva durmiendo como un lirón desde Indiana.

—Despierta, Kel —susurro—. Hemos llegado a nuestro destino.

Estira las piernas y bosteza; después apoya la frente en la ventanilla para echar un vistazo a nuestra nueva casa.

—¡Mira! ¡Hay un niño en el jardín! —dice Kel—. ¿Vivirá también con nosotros?

—Espero que no —respondo—. Supongo que es un vecino. Baja y ve a presentarte mientras acomodo el vehículo.

Cuando consigo colocar el camión en el sitio correcto, pongo la palanca de cambios en punto muerto, bajo las ventanillas y apago el motor. Mi madre detiene el todoterreno a mi lado y la observo apearse y saludar al casero. Me encojo unos cuantos centímetros en el asiento y apoyo el pie en el salpicadero, mientras observo a Kel y a su nuevo amigo, que luchan con espadas imaginarias en la calle. ¡Qué envidia! Me da envidia que acepte la mudanza con tanta facilidad, mientras yo quedo como la hija enfadada y resentida.

Al principio, cuando mamá decidió que nos mudábamos, se disgustó, sobre todo porque estaba en plena temporada de la liga de béisbol infantil. Tenía amigos a los que echaría de menos, pero, a los nueve años, tu mejor amigo suele ser imaginario y transatlántico. Mi madre lo consoló enseguida con la promesa de que podría apuntarse a hockey, algo que él quería hacer en Texas, aunque era un deporte difícil de encontrar en el sur rural. Cuando ella se lo prometió, él se mostró contento, incluso entusiasmado, con la idea de venir a Michigan.

Entiendo que tuviéramos que mudarnos. Mi padre se ganaba bastante bien la vida dirigiendo una tienda de pinturas. Mi madre trabajaba a discreción como enfermera, cuando hacía falta, pero sobre todo se ocupaba de la casa y de nosotros. Como un mes después de la muerte de mi padre, consiguió un trabajo de jornada completa. Observé el efecto que producía en ella el estrés por la muerte de mi padre, sumado al hecho de ser la nueva jefa de la familia.

Una noche, durante la cena, nos explicó que no cobraba lo suficiente para seguir pagando las facturas y la hipoteca. Dijo que había un trabajo con el que podría ganar más, pero que tendríamos que mudarnos. Se lo había ofrecido Brenda, una vieja amiga del instituto. Habían crecido juntas en la ciudad natal de mi madre, Ypsilanti, justo a las afueras de Detroit. Le pagaban más de lo que podía conseguir en Texas, de modo que no tenía más remedio que

aceptar. No la culpo por la mudanza. Mis abuelos han fallecido y no tiene a nadie que la ayude. Comprendo que tuviéramos que cambiar de casa, pero comprender algo no siempre lo facilita.

—Layken, ¡date por muerta! —grita Kel por la ventanilla abierta, mientras me atraviesa el cuello con su espada imaginaria. Se queda esperando que me desplome, pero me limito a poner los ojos en blanco—. Te he clavado mi espada. ¡Te tienes que morir!

—Aunque no te lo creas, ya estoy muerta —farfullo, mientras abro la puerta y me apeo.

Kel deja caer los hombros y baja la vista al hormigón, con la espada imaginaria mustia a un lado del cuerpo. Tras él, su nuevo amigo pone la misma cara de derrotado. Me arrepiento enseguida de haberles transmitido mi mal humor.

—Ya estoy muerta —digo, poniendo voz de monstruo lo mejor que puedo—, ¡porque soy una zombi!

Cuando extiendo los brazos hacia delante, inclino la cabeza a un lado y gorgoteo, empiezan a chillar.

—¡Cerebros! —mascullo y echo a andar tras ellos con las piernas rígidas alrededor del camión—. ¡Cerebros!

Rodeo lentamente la parte delantera del vehículo con los brazos extendidos al frente y advierto que alguien coge a mi hermano y a su nuevo amigo por el cuello de la camiseta.

—¡Aquí los tienes! —grita el desconocido, sujetando a los dos niños que chillan.

Parece un par de años mayor que yo y es bastante más alto. La mayoría de las chicas dirían que está como un queso, pero yo no soy como la mayoría. Los chavales agitan los brazos y a él se le notan los músculos bajo la camisa mientras se esfuerza por mantenerlos agarrados.

Al contrario de lo que ocurre con Kel y conmigo, no cabe duda de que ellos dos son hermanos. Dejando aparte la evidente diferencia de edad, son idénticos. Los dos tienen la piel tersa y aceitunada, el cabello negro azabache y hasta el mismo corte de pelo muy corto. Ríe cuando Kel se suelta y empieza a apuñalarlo con su supuesta espada. Me mira y, moviendo los labios, dice «Socorro». Entonces caigo en la cuenta de que me he quedado paralizada con mi pose de zombi.

Mi primera reacción habría sido volver a meterme en el camión de mudanzas y esconderme en el suelo por el resto de mi vida, pero en cambio aúllo «¡Cerebros!» una vez más y arremeto contra el niño más pequeño con la intención de morderle la coronilla. Agarro a Kel y a su amiguito y empiezo a hacerles cosquillas hasta que los dos se dejan caer uno encima del otro sobre la entrada de hormigón.

Cuando me enderezo, el hermano mayor me tiende la mano.

—Hola, me llamo Will. Vivimos enfrente —dice y señala la casa

que queda justo frente a la nuestra.

Le estrecho la mano.

—Soy Layken y supongo que vivo aquí —respondo y echo un vistazo a la casa que tengo a mis espaldas.

Sonríe. El apretón de manos se prolonga y ninguno de los dos dice nada. ¡Cómo detesto las situaciones embarazosas!

—Vale, bienvenidos a Ypsilanti —dice, separa la mano de la mía y se la mete en el bolsillo de la chaqueta—. Y ¿de dónde venís?

—¿De Texas? —respondo.

No sé por qué doy a mi respuesta la entonación de una pregunta. Ni siquiera sé por qué me estoy cuestionando que parezca una pregunta. Tampoco sé por qué estoy analizando el motivo por el cual estoy analizando. Me aturullo. Debe de ser por la falta de sueño de estos tres últimos días.

—Conque de Texas, ¿eh? —dice.

Se balancea sobre los talones. La incomodidad aumenta cuando no respondo. Baja la mirada hacia su hermano, se agacha y lo coge por los tobillos.

—Tengo que llevar a este jovencito a la escuela —dice, mientras lo columpia y se lo sube a los hombros—. Esta noche llega un frente frío. Os conviene descargar hoy todo lo que podáis. Dicen que durará unos cuantos días, de modo que, si esta tarde necesitáis ayuda, avisadme. Estaremos de vuelta a eso de las cuatro.

—Vale, gracias —le digo.

Cruzan la calle y, mientras los sigo mirando, Kel me clava la espada en la parte baja de la espalda. Caigo de rodillas, apretándome el estómago con las manos, y, cuando me inclino hacia delante, se me sube encima para liquidarme. Vuelvo a echar una ojeada a la otra acera y veo que Will nos observa. Cierra la puerta del lado de su hermano, da la vuelta al coche hasta el lado del conductor y saluda con la mano.

Descargar todas las cajas y los muebles nos lleva la mayor parte del día. El casero nos ayuda a mover las cosas más grandes que mi madre y yo no podemos levantar solas. Estamos demasiado cansadas para ocuparnos de las cajas que hay en el todoterreno y acordamos dejarlo para mañana. Me decepciona un poco ver el camión de mudanzas vacío por fin, porque ya no tengo excusa para pedir ayuda a Will.

En cuanto la cama está montada, empiezo a retirar de la entrada las cajas que llevan escrito mi nombre. Cuando he vaciado la mayoría de ellas y he hecho mi cama, advierto que los muebles de mi dormitorio proyectan sombras en las paredes. Miro por la ventana y

veo que el sol se está poniendo. O aquí los días son mucho más cortos o he perdido la noción del tiempo.

Encuentro a mi madre y a Kel en la cocina, acomodando la vajilla en los armarios. Me encaramo a una de las seis sillas altas de la barra, que sirve también como mesa de comedor, porque aquí no hay una habitación para comer. A esta casa le faltan muchas cosas. Al entrar por la puerta principal, hay un pequeño recibidor y, a continuación, la sala de estar, que sólo está separada de la cocina por un pasillo a la izquierda y una ventana a la derecha. Donde acaba la moqueta beis de la sala de estar empieza el suelo de madera del resto de la casa.

—Aquí todo está limpísimo —dice mi madre, mientras sigue colocando los platos—. No he visto ni un solo insecto.

En Texas hay más insectos que hierba. Cuando no estás espantando moscas a manotazos, estás matando avispas.

—Por lo menos en Michigan hay una cosa buena, ¿no? —respondo.

Abro la caja de pizza que tengo delante y paso revista a la selección.

—¿Una sola? —Me guiña un ojo, se inclina por encima de la barra, coge un pepperoni y se lo mete en la boca—. Yo diría que, como mínimo, hay dos.

Me hago la desentendida.

—Te he visto hablando con aquel chico esta mañana —dice sonriendo.

—¡Mamá, por favor! —respondo con toda la indiferencia que soy capaz de fingir—. Estoy segura de que no nos llevaremos ninguna sorpresa al ver que Texas no es el único estado con habitantes del sexo masculino.

Voy a la nevera y cojo un refresco.

—¿Qué quiere decir *conabitantes*? —pregunta Kel.

—Son dos palabras: «con» y «habitantes» —lo corrijo—. Quiere decir que allí están, residen, existen, moran, subsisten, viven.

Se nota que mis cursos de preparación para el bachillerato han valido la pena.

—Ah, entonces ¿nosotros somos *conabitantes* de Ypsilanti? —pregunta.

—Habitantes —vuelvo a corregirlo. Acabo mi porción de pizza y bebo otro trago de refresco—. Estoy molida. Me voy a la cama.

—¿Eso significa que vas a ser *conabitante* de tu dormitorio? —dice Kel.

—¡Qué rápido aprendes, pequeño saltamontes!

Me agacho para darle un beso en la coronilla y me retiro a mi habitación.

Resulta muy agradable meterse bajo las mantas. Al menos mi

cama me resulta familiar. Cierro los ojos y trato de imaginar que estoy en mi antiguo dormitorio. Mi antiguo y cálido dormitorio. Las sábanas y la almohada están congeladas, de modo que me tapo la cabeza con las mantas para generar algo de calor. Mañana por la mañana, en cuanto me levante, tengo que acordarme de localizar el termostato.

Eso es exactamente lo que me dispongo a hacer cuando bajo de la cama y apoyo los pies descalzos en el suelo gélido. Cojo un jersey del armario, me lo pongo encima del pijama y busco en vano unos calcetines. Me desplazo sigilosamente por el corredor de puntillas, tratando de no despertar a nadie y, al mismo tiempo, de apoyar la menor superficie posible del pie en la madera fría. Cuando paso junto al dormitorio de Kel, diviso en el suelo sus zapatillas de Darth Vader. Entro a hurtadillas, me las pongo —¡qué alivio!, ¡por fin!— y me dirijo a la cocina.

Busco la cafetera, pero no la encuentro. Recuerdo haberla puesto en el todoterreno y es una pena, porque está aparcado fuera. ¡Con el frío que hace aquí!

No veo las chaquetas por ninguna parte. En Texas no suelen hacer falta en septiembre. Cojo las llaves y pienso que no tengo más remedio que ir corriendo hasta el todoterreno. Abro la puerta de entrada y advierto que todo el jardín está cubierto por una sustancia blanca. Tardo un segundo en darme cuenta de lo que es. ¿Nieve? ¿En septiembre? Me agacho y recojo un poco con la mano y lo examino. En Texas no nieva mucho y la nieve, cuando cae, no es así; se parece más a pedriscos minúsculos. La nieve de Michigan es exactamente como me imaginaba que sería la nieve de verdad: suave, blanda... ¡y fría! La dejo caer con rapidez y me seco las manos en la camiseta, mientras me dirijo al todoterreno.

No llego lejos. En cuanto las zapatillas de Darth Vader toman contacto con el hormigón espolvoreado de nieve, dejo de tener delante el todoterreno. Quedo tumbada de espaldas, mirando el límpido cielo azul. Enseguida siento un dolor en el hombro izquierdo y me doy cuenta de que he aterrizado sobre algo duro. Busco a tientas y retiro de debajo de mi cuerpo un enano de jardín de cemento —le falta la mitad del gorro rojo, que se ha hecho añicos— que me sonríe con suficiencia. Refunfuño, alzo el brazo sano y lo echo hacia atrás con la intención de lanzar el enanito, pero alguien me detiene.

—¡No te lo recomiendo!

Reconozco de inmediato la voz de Will: tranquila y relajante —así era la de mi padre—, pero, al mismo tiempo, con un tono autoritario. Me incorporo y lo veo acercarse a mí por el camino de entrada.

—¿Estás bien? —dice, riendo.

—Me sentiré mucho mejor cuando haya destrozado esta porquería —le digo, mientras trato infructuosamente de levantarme.

—Es mejor que no lo hagas. Los gnomos dan buena suerte —dice al llegar a mi lado.

Me coge el enano de las manos y lo deposita con suavidad en la hierba cubierta de nieve.

—Ya lo veo —respondo y advierto el corte profundo en el hombro que me acaba de formar un círculo rojo brillante en la manga del jersey—: muy buena suerte.

Will deja de reír al verme la camisa ensangrentada.

—¡Dios mío! Perdona. No me habría reído de haber sabido que te habías hecho daño. —Se agacha, me coge por el brazo ileso y me pone de pie—. Tendrás que vendártelo.

—No tengo ni idea de dónde encontrar una venda en este momento —respondo, haciendo referencia a los montones de cajas que aún no hemos abierto.

—Ven conmigo. Hay vendas en nuestra cocina.

Se quita la chaqueta y me la coloca encima de los hombros, sujetándome el brazo mientras me ayuda a cruzar la calle. Me siento un poco melodramática, porque puedo andar yo sola, pero no pongo reparos. ¡Menuda hipócrita con todo el movimiento feminista! He hecho una regresión a la damisela en apuros.

Me quito su chaqueta y la dejo en el respaldo del sofá; después lo sigo a la cocina. Como el interior está aún a oscuras, supongo que todos siguen durmiendo. Su casa es más espaciosa que la nuestra. La planta abierta es igual en las dos, pero la sala de estar parece bastante más grande. Una ventana amplia en saliente con alféizar y grandes cojines da al jardín de atrás.

Hay varias fotografías familiares colgadas en la pared frente a la cocina. La mayoría son de Will y su hermanito, pero en algunas salen también sus padres. Me acerco a echarles un vistazo, mientras él busca una venda. Debió de salir a su padre. En una de ellas —aunque parece la más reciente, da la impresión de haber sido tomada hace varios años— aparece el padre con los brazos en torno a sus dos hijos, estrechándolos para una foto espontánea. Su cabello negro azabache está moteado de canas y un abundante bigote negro acentúa su amplia sonrisa. Sus facciones son idénticas a las de Will. Los dos tienen ojos que sonríen al reír, dejando al descubierto una dentadura perfecta y blanquísima.

La madre de Will es impresionante. Tiene el cabello largo y rubio, y parece —al menos en las fotografías— bastante alta. No detecto ninguno de sus rasgos faciales en sus hijos. Puede que Will haya heredado su carácter. Todas aquellas fotografías de la pared ponen de manifiesto una gran diferencia entre su casa y la mía: esto es un

hogar.

Entro en la cocina y me siento delante de la barra.

—Hay que lavar la herida antes de ponerte la venda —dice, mientras se arremanga y abre el grifo.

Lleva una camisa de color amarillo pálido con el cuello abotonado, ligeramente transparente a la luz de la cocina, que deja traslucir el contorno de la camiseta. Es ancho de espaldas y las mangas le ciñen los músculos de los brazos. Llega con la cabeza al armario que tiene encima y, por la similitud entre nuestras cocinas, calculo que mide como quince centímetros más que yo. Estoy contemplando fijamente el estampado de su corbata negra —le ha dado la vuelta por encima del hombro, para no mojársela—, cuando cierra el grifo y regresa hacia la barra. Siento que me ruborizo al cogerle de las manos la servilleta húmeda y no me enorgullezco de haber prestado tanta atención a su aspecto físico.

—Está bien —digo y me bajo la manga del hombro—. Puedo hacerlo yo.

Abre una venda mientras me limpio la sangre.

—Y ¿qué hacías fuera en pijama a las siete de la mañana? —pregunta—. ¿Seguís descargando?

Niego con la cabeza y arrojo la servilleta a la basura.

—Café.

—Vaya. Supongo que no te gusta madrugar —dice Will, más como una afirmación que como una pregunta.

Cuando se acerca a vendarme el hombro, percibo su aliento en mi cuello. Me froto los brazos para que no se me noten los escalofríos que los recorren. Aplica la venda y me da unos golpecitos.

—Ya está —dice—. Como nueva.

—Gracias y sí que me gusta levantarme temprano —explico—, pero no sin tomarme un café.

Me pongo de pie y miro por encima del hombro, como si inspeccionara el vendaje, mientras preparo mi siguiente paso. Ya le he dado las gracias. Podría darme la vuelta y largarme, pero sería descortés, cuando acaba de ayudarme, pero, si me quedo aquí de pie esperando que me siga dando conversación, podría parecer estúpida por no marcharme. Ni siquiera entiendo por qué me estoy planteando cosas tan básicas con respecto a él. ¡Sólo es un vecino más!

Cuando me vuelvo, está delante de la encimera, sirviendo una taza de café. Se me acerca y la apoya en la barra frente a mí.

—¿Lo quieres con leche o azúcar?

Muevo la cabeza de un lado a otro.

—No, gracias. Me gusta solo.

Se apoya en el otro lado de la barra y me observa mientras lo bebo. Sus ojos son del mismo tono verde intenso que los de su madre

en la fotografía. Supongo que algo tiene de ella. Sonríe y baja la vista para mirar su reloj de pulsera.

—Me tengo que marchar. Mi hermano me espera en el coche y he de ir a trabajar —dice—. Te acompaño a casa. Quédate con la taza.

La miro antes de beber otro sorbo y observo las letras grandes grabadas en el lateral: «El mejor padre del mundo». Es igual que la taza que usaba mi padre para beber el café.

—Estoy bien —le digo y me dirijo hacia la puerta de entrada—. Creo que ya puedo caminar erguida.

Sale tras de mí, cierra la puerta a sus espaldas e insiste en que me lleve su chaqueta. Me la pongo sobre los hombros, le doy las gracias de nuevo y cruzo la calle.

—¡Layken! —me grita cuando estoy a punto de volver a entrar en mi casa.

Me doy la vuelta y lo veo de pie en la entrada de su casa.

—¡Que la fuerza te acompañe!

Se echa a reír y sube a su coche, mientras me quedo allí, mirando fijamente las zapatillas de Darth Vader que llevo puestas. Típico.

El café me ha sentado bien. Localizo el termostato y cuando llega la hora de la comida la casa por fin ha empezado a entibiarse. Mi madre y Kel han ido a las empresas de servicios para ponerlo todo a nombre de ella y a mí me quedan las últimas cajas, sin contar lo que no hemos bajado aún del todoterreno. Consigo acomodar unas cuantas cosas más y decido que es hora de darme una ducha. Estoy casi segura de que llevo como tres días con pinta de hippy.

Al salir de la ducha, me envuelvo en una toalla y me echo el cabello hacia delante mientras lo cepillo y me hago un *brushing*. Cuando está seco, dirijo el secador hacia el espejo empañado y limpio un círculo para poder aplicarme un poco de maquillaje. Observo que mi bronceado ha empezado a aclararse. No creo que aquí pueda tumbarme mucho al aire libre, de modo que habré de acostumbrarme a tener el cutis algo más pálido.

Me cepillo el pelo, me lo recojo hacia atrás en una coleta y me aplico un poco de brillo de labios y rímel. Paso del colorete, porque da la impresión de que ya no lo necesito: entre el clima y mis breves encuentros con Will, mis mejillas siempre parecen rojas.

Mi madre y Kel ya han regresado y han vuelto a salir mientras yo estaba en la ducha. Ella me ha dejado una nota para informarme de que irán a la ciudad con su amiga Brenda para devolver el camión de mudanzas. Ha dejado tres billetes de veinte dólares en la encimera, junto a las llaves del coche y una lista de la compra. Cojo todo y me dirijo al todoterreno. Esta vez consigo llegar hasta él sin tropezar.

Cuando estoy retrocediendo con el coche, me doy cuenta de que no tengo ni la menor idea de adónde me dirijo. No conozco este pueblo y ni siquiera sé si tengo que girar a la derecha o a la izquierda al salir de mi propia calle. El hermanito de Will está en su jardín delantero, de modo que detengo el coche junto al bordillo y bajo la ventanilla del acompañante.

—¡Oye! ¡Ven un momento! —le grito.

Me mira vacilante. Tal vez piense que me voy a volver a comportar como una zombi. Camina hacia el coche, pero se detiene como a un metro de la ventanilla.

—¿Cómo puedo llegar hasta la tienda de comestibles más cercana? —le pregunto.

Pone los ojos en blanco.

—¿Me lo dices en serio? Tengo nueve años.

De acuerdo. Entonces, el parecido con su hermano sólo es superficial.

—Vale, gracias de todos modos —le digo— y, por cierto, ¿cómo te llamas?

Me sonríe con picardía y grita:

—¡Darth Vader!

Se echa a reír y sale corriendo en la dirección opuesta al coche.

¿Darth Vader? Caigo en el significado de su respuesta: se está burlando de las zapatillas de andar por casa que yo llevaba puestas esta mañana. No pasa nada. Lo que sí pasa es que Will debió de hablar de mí con él. No puedo evitar imaginar la conversación entre ellos ni lo que Will piensa de mí, si es que piensa en mí… No sé por qué, pero he estado pensando en él más de lo que me parece conveniente. No puedo parar de preguntarme cuántos años tendrá, qué habrá estudiado o si estará soltero.

Por suerte, no he dejado atrás a ningún novio en Texas. Hace casi un año que no salgo con nadie. Entre el instituto, mi trabajo a tiempo parcial y colaborar en las actividades deportivas de Kel, no me quedaba demasiado tiempo para los chicos. Me doy cuenta de que será un gran cambio pasar de no disponer de tiempo libre a no tener absolutamente nada que hacer.

Abro la guantera y extraigo mi GPS.

—No te lo recomiendo —dice Will.

Alzo la vista y lo veo venir hacia el coche. Hago todo lo posible para reprimir la sonrisa que trata de adueñarse de mi cara.

—¿Qué es lo que no me recomiendas? —pregunto, mientras inserto el GPS en el soporte y lo enciendo.

Se cruza de brazos y se apoya en la ventanilla del coche.

—Hay muchas obras en este momento y con eso te perderás.

Cuando estoy a punto de responder, Brenda se detiene a mi lado

con mi madre. Brenda baja la ventanilla del conductor y mi madre se estira desde el asiento.

—No te olvides del jabón para lavar la ropa… No recuerdo si lo he apuntado en la lista. Y jarabe para la tos. Me parece que estoy a punto de pillar algo —dice a través de la ventanilla.

Kel baja de un salto del asiento de atrás, corre hacia el hermano de Will y lo invita a entrar a conocer nuestra casa.

—¿Puedo? —pregunta el niño a Will.

—Claro que sí —dice Will, mientras abre la puerta del acompañante—. Vuelvo en un ratito, Caulder. Voy a acompañar a Layken a hacer la compra.

¿De verdad? Le echo un vistazo y veo que se está abrochando el cinturón.

—No soy muy bueno dando indicaciones de palabra. ¿Te molesta si te acompaño?

—Supongo que no —digo, riendo.

Miro hacia Brenda y mi madre, pero ellas ya han subido al camino de entrada. Pongo en marcha el coche y sigo las indicaciones que Will me va dando del barrio.

—¿De modo que tu hermano pequeño se llama Caulder? —digo, haciendo un esfuerzo desganado por charlar.

—El pequeño y el único. Después de que yo naciera, mis padres estuvieron años tratando de tener otro hijo. Cuando por fin nació Caulder, los nombres como «Will» habían pasado de moda.

—A mí me gusta tu nombre —digo.

En cuanto las palabras salen de mi boca, me arrepiento. Parece un coqueteo burdo.

Ríe. Me gusta su risa. Detesto que me guste su risa.

Me sobresalto cuando siento que me aparta el pelo del hombro y me toca el cuello. Me pasa los dedos por debajo de la parte superior de la camiseta y la baja un poco por encima del hombro.

—Pronto vas a tener que volvértelo a vendar.

Me sube otra vez la camiseta y le da unos golpecitos. Sus dedos me dejan un reguero de calor en todo el cuello.

—Recuérdame que compre vendas en la tienda —le digo, procurando demostrar que lo que hace y su presencia no me afectan en absoluto.

—Vamos a ver, Layken. —Hace una pausa y, en lugar de mirarme a mí, observa las cajas que siguen apiladas en el asiento trasero—. Háblame de ti.

—Huy, no, que eso está muy trillado —le digo.

Se echa a reír.

—De acuerdo. Lo averiguaré por mi cuenta.

Se inclina hacia delante y aprieta el botón de «expulsar» en mi

reproductor de discos. Se mueve con tanta naturalidad como si hubiera ensayado sus movimientos durante años. ¡Qué envidia! Yo nunca me he destacado por tener demasiada gracia.

—Sabrás que dice mucho de una persona la música que le gusta. —Extrae el disco y observa la etiqueta—: «¿La basura de Layken?» —lee en voz alta y ríe—: En este caso, ¿la palabra «basura» es descriptiva o posesiva?

—Es que no me gusta que Kel toquetee mis cosas.

Le arrebato el disco y lo vuelvo a poner en el reproductor. En cuanto el banjo empieza a salir por los altavoces a todo volumen, me da vergüenza. Aunque soy de Texas, no quiero que confunda esto con la música country. Si hay algo que no echo de menos de Texas es esa clase de música. Estiro la mano y bajo el volumen, pero él me la coge.

—Súbelo otra vez, por favor. Conozco este tema —objeta, sin soltarme la mano.

Mis dedos siguen apoyados en el mando del volumen, de modo que vuelvo a subirlo. No puede ser que lo conozca. Me doy cuenta de que se está marcando un farol: ahora es él quien coquetea burdamente.

—¿Ah, sí? —le digo y, para ponerlo en evidencia, le pregunto—: Y ¿cómo se llama?

—Son los Avett Brothers —dice—. Yo lo llamo «Gabriella», pero creo que es el final de una de sus canciones de *Pretty Girl*. Me encanta el final de este tema, cuando empiezan de pronto con las guitarras eléctricas.

Su respuesta a mi pregunta me sorprende. Es verdad que los conoce.

—¿Te gustan los Avett Brothers?

—Me chiflan. El año pasado tocaron en Detroit. Fue el mejor espectáculo en vivo que he visto en mi vida.

La adrenalina me circula por el cuerpo como un torrente cuando le miro la mano, que sigue agarrada a la mía en el mando del volumen. Me gusta, pero me enfado conmigo misma porque me guste. No es la primera vez que un chico me hace tilín, pero por lo general me controlo mejor y soy menos sensible a estas maniobras tan típicas.

Cuando observa que me he fijado en nuestras manos, suelta la suya y se frota las palmas en las perneras de los pantalones. Parece un gesto nervioso, y me pregunto si se sentirá tan incómodo como yo.

La música que suelo escuchar no es la más corriente y es rarísimo encontrar a alguien que conozca siquiera a la mitad de las bandas que me apasionan. Los Avett Brothers siempre han sido mis preferidos.

Mi padre y yo nos quedábamos levantados por la noche y cantábamos juntos algunas de sus canciones, mientras él trataba de sacar los acordes en su guitarra. En una ocasión me los describió. Me

dijo:

«Una banda tiene talento de verdad, Lake, cuando sus imperfecciones definen la perfección».

Llegué a comprender lo que quería decir cuando empecé a escucharlos de verdad. Cuerdas de banjo rotas, sonidos desacordes repentinos y apasionados, voces que pasan de serenas a broncas y se ponen a chillar en una sola estrofa. Todo esto aporta a su música esencia, carácter y credibilidad.

Cuando mi padre murió, mi madre me dio un regalo anticipado que él habría querido hacerme cuando cumpliera dieciocho años: un par de entradas para un concierto de los Avett Brothers. Me puse a llorar cuando me las entregó, pensando en las ganas con las que probablemente mi padre esperaba darme aquella sorpresa él mismo. Yo sabía que él habría querido que las usara, pero no pude. El concierto se celebró pocas semanas después de su muerte y comprendí que no lo disfrutaría, al menos no como lo habría hecho si él me hubiese acompañado.

—A mí también me encantan —digo, vacilante.

—¿Alguna vez los has visto tocar en directo? —pregunta Will.

No sé muy bien por qué, pero, a medida que vamos hablando, le cuento toda la historia sobre mi padre. Presta atención y sólo me interrumpe para darme indicaciones sobre cuándo y dónde girar. Le hablo de nuestra pasión por la música. Le cuento que mi padre murió de pronto y de forma totalmente inesperada de un ataque al corazón. Le explico lo de mi regalo de cumpleaños y el concierto al que jamás llegamos a asistir. No sé por qué sigo hablando, pero me da la impresión de que no puedo cerrar la boca. Jamás revelo información con tanta franqueza y menos a personas que apenas conozco y, sobre todo, a chicos que apenas conozco. Aún sigo hablando cuando advierto que nos hemos detenido en el aparcamiento de un supermercado.

—Guau —digo cuando me fijo en la hora que marca el reloj—, ¿es éste el camino más rápido para llegar hasta aquí? Hemos tardado veinte minutos.

Me guiña un ojo y abre su puerta.

—Pues no, en realidad no lo es.

¡Eso sí que es coquetear! Y no me cabe duda de que me hace tilín.

Las ráfagas de nieve se empiezan a mezclar con aguanieve cuando estamos cruzando el aparcamiento.

—Corre —me dice.

Me coge de la mano y me conduce hacia la entrada a toda velocidad.

Entramos en la tienda riendo y sin aliento y nos quitamos la humedad de la ropa. Me quito la chaqueta y la sacudo y entonces su

mano me roza la cara para retirarme un pelo mojado que tengo pegado a la mejilla. Su mano está helada, pero el ligero contacto de sus dedos me hace olvidar el frío glacial y se me calienta el rostro. Se le desvanece la sonrisa y nos quedamos los dos mirándonos de hito en hito. Sigo tratando de acostumbrarme a las reacciones que me produce. Cualquier roce y los gestos más simples afectan con intensidad mis sentidos.

Carraspeo y aparto la vista para coger un carrito cercano. Le entrego la lista de la compra.

—¿Siempre nieva en septiembre? —le pregunto, para tratar de aparentar que no me he inmutado.

—No y no durará más que unos días; tal vez una semana. Por lo general no empieza a nevar hasta finales de octubre —dice—. Habéis tenido suerte.

—¿Suerte?

—Sí. Es un frente frío poco común. Habéis llegado justo a tiempo.

—No me digas. Pues yo suponía que la mayoría de los yanquis odiaríais la nieve. Porque aquí nieva casi todo el año, ¿no?

Se echa a reír.

—¿Los yanquis?

—¿Qué pasa?

—Nada —dice, sonriendo—, es que jamás había oído a nadie hablar de los yanquis en la vida real. Queda mono. Muy «sureño».

—Ay, perdón —le digo—. A partir de ahora, no volveré a hablar de yanquis.

Ríe y me empuja suavemente.

—No, por favor. Me gusta cómo lo dices: suena perfecto.

No me puedo creer que me haya convertido en una de esas chicas que se derriten por un chico. ¡Cómo me desagrada! Me pongo a escudriñar sus rasgos con más atención para tratar de encontrarle algún defecto, pero es imposible. Hasta ahora, todo lo que he visto de él es perfecto.

Cogemos lo que hay apuntado en la lista y nos dirigimos a la caja. No me deja poner nada en la cinta transportadora, de modo que retrocedo y observo mientras él vacía el carrito. Lo último que coloca en la cinta es una caja de vendas. No me había dado cuenta de que las había cogido.

Cuando salimos del supermercado, Will me hace girar en la dirección contraria a la que hemos venido. Recorremos como dos manzanas y me dice que tome la siguiente a la izquierda: es nuestra calle. Hemos recorrido el trayecto que nos llevó veinte minutos a la ida en menos de uno a la vuelta.

—¡Qué bien! —digo cuando aparco en el camino de entrada.

Me doy cuenta de lo que ha hecho y de que por su parte el

coqueteo salta a la vista.

Will ya está detrás del todoterreno, de modo que presiono la palanca del maletero. Me apeo y voy hacia donde está, esperando verlo con los brazos llenos de comestible. Sin embargo, se ha quedado allí, sujetando la puerta y mirándome.

Con mi mejor imitación de una belleza sureña, me llevo una mano al pecho y le digo:

—¡Vaya! Jamás habría podido encontrar la tienda sin su ayuda. Muchísimas gracias por su hospitalidad, gentil caballero.

Esperaba hacerlo reír, pero se queda allí, mirándome fijamente.

—¿Qué pasa? —pregunto nerviosa.

Se me acerca y con suavidad me pone la otra mano bajo la barbilla. Me espanta mi propia reacción: que se lo permita. Me estudia el rostro durante unos segundos, mientras el corazón me late aceleradamente en el pecho. Me da la impresión de que está a punto de besarme.

Trato de calmar mi respiración y alzo la mirada hacia él. Se me acerca un poco más y aparta la mano de mi barbilla, me la pone en la nuca y me inclina la cabeza hacia él. Apoya los labios con suavidad en mi frente y los deja unos segundos; después retira la mano y da un paso atrás.

—Eres tan mona… —dice.

Se inclina hacia el maletero y coge cuatro bolsas a la vez. Las lleva hacia la casa y las deposita junto a la puerta.

Me quedo paralizada y trato de asimilar los últimos quince segundos de mi vida. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué me he limitado a quedarme allí y a dejarlo hacer? A pesar de mis objeciones, me doy cuenta —y es casi lamentable— de que acabo de recibir el beso más apasionado que jamás me haya dado un chico… ¡Y ha sido en la frente, joder!

Cuando Will vuelve a retirar del maletero otro puñado de bolsas de comestibles, Kel y Caulder salen corriendo de la casa, con mi madre a la zaga. Los chicos atraviesan la calle como una exhalación para ir a ver el dormitorio de Caulder. Cuando mi madre viene hacia nosotros, Will extiende la mano con amabilidad.

—Usted debe de ser la madre de Layken y Kel. Soy Will Cooper. Vivimos enfrente.

—Julia Cohen —afirma ella—. ¿Eres el hermano mayor de Caulder?

—Sí, señora —responde él—. Le llevo doce años.

—De modo que tienes… ¿veintiuno?

Me mira —en este momento me encuentro detrás de Will— y me

guiña un ojo. Aprovecho la oportunidad para devolverle una de sus miradas asesinas, pero se limita a sonreír y de nuevo concentra la atención en Will.

—Vaya, me alegro de que Kel y Lake hayan hecho amigos tan pronto —dice.

—Yo también —contesta él.

Ella se vuelve y se dirige hacia dentro, aunque a propósito me empuja suavemente con el hombro al pasar. No dice nada, pero sé lo que insinúa: me está dando su aprobación.

Will coge las dos bolsas que quedan.

—Conque Lake, ¿eh? Me gusta.

Me pasa las bolsas y cierra el maletero.

—Vamos a ver, Lake. —Se apoya en el coche y cruza los brazos—. Caulder y yo nos vamos a Detroit el viernes y no volveremos hasta el domingo a última hora, por asuntos de familia —dice y agita la mano con displicencia—, de modo que me pregunto si tienes algún plan para mañana por la noche, antes de que me marche.

Es la primera vez que me llama «Lake» alguien que no es mi madre ni mi padre. Apoyo el hombro en el coche y lo miro de frente. Trato de mantener la calma, aunque por dentro me muero de emoción.

—¿De verdad quieres hacerme confesar que aquí no conozco a nadie? —le pregunto.

—¡Fantástico! Quedamos así, entonces. Te paso a buscar a las siete y media.

Se vuelve enseguida y se dirige hacia su casa y me doy cuenta de que en realidad no me ha invitado a salir y de que en realidad yo no he aceptado.

2

It won’t take long for me
To tell you who I am.
Well you hear this voice right now,
Well that’s pretty much all I am.[2]

Gimmeakiss, THE AVETT BROTHERS

La tarde siguiente, cuando me dispongo a elegir lo que me voy a poner, me cuesta encontrar ropa limpia adecuada para este clima. No tengo demasiadas camisas de invierno, aparte de las que ya me he puesto esta semana. Elijo una morada de manga larga, la huelo y decido que está bastante limpia. La rocío con perfume, por si acaso. Me cepillo los dientes, me retoco el maquillaje, me vuelvo a cepillar los dientes y me suelto la coleta. Me rizo algunos mechones de pelo y saco de mi cajón unos pendientes de plata. Oigo que llaman a la puerta del cuarto de baño.

Entra mi madre con un montón de toallas. Abre el armario que está junto a la ducha y las guarda dentro.

—¿Vas a algún sitio? —pregunta.

Se sienta en el borde de la bañera y yo sigo arreglándome.

—Sí, a algún sitio. —Trato de disimular mi sonrisa mientras me pongo los pendientes—. La verdad es que no sé lo que vamos a hacer, porque en realidad ni siquiera he aceptado salir con él.

Se pone de pie, va hacia la puerta y se apoya en el marco. Me mira en el espejo. Ha envejecido mucho en el poco tiempo transcurrido desde la muerte de mi padre. El contraste de sus brillantes ojos verdes con su cutis de porcelana solía ser impresionante. Ahora se le marcan los pómulos por encima de las sombras hundidas de las mejillas y las ojeras le apagan el tono esmeralda de los ojos. Parece cansada... y triste.

—Bueno, ya has cumplido los dieciocho y ya te he dado todos los consejos que necesitas en la vida para salir con un chico —dice—. De todos modos, por si acaso, te haré un breve resumen: no pidas nada que contenga cebolla ni ajo, no pierdas de vista tu copa y utiliza siempre protección.

—¡Pufff, mamá! —Pongo los ojos en blanco—. Ya sabes que me conozco las normas y ya sabes que no te tienes que preocupar por la última. Por favor, no vayas a hacerle también a Will un resumen de tus normas. ¡Prométemelo!

Me lo promete.

—Cuéntame algo de Will. ¿Trabaja? ¿Estudia? ¿A qué se dedica? ¿Es un asesino en serie?

Lo dice con tanta sinceridad...

Recorro la poca distancia que separa el cuarto de baño de mi dormitorio y me agacho para revisar mis zapatos. Me sigue y se sienta en mi cama.

—A decir verdad, mamá, no sé nada sobre él. Ni siquiera sabía su edad hasta que él te la dijo.

—¡Qué bien! —dice.

—¿Bien? —La miro a mi vez—. ¿Cómo es que te parece bien que no sepa nada de él? Vamos a estar a solas unas cuantas horas. ¿Y si es un asesino en serie?

Cojo mis botas y me acerco a la cama para ponérmelas.

—Tendréis mucho de qué hablar. Se supone que para eso sales con alguien por primera vez.

—Tienes razón —reconozco.

Mi madre me ha dado excelentes consejos. Siempre ha sabido lo que yo quería oír, pero me decía lo que yo necesitaba saber. Mi padre fue su primer novio, de modo que a menudo me he preguntado cómo es que sabe tanto sobre salir con chicos y relaciones. Sólo ha estado con una persona y se supone que la mayor parte del conocimiento procede de la experiencia. Será la excepción, me imagino.

—¿Mamá? —le digo, mientras me pongo las botas—. Sé que sólo tenías dieciocho años cuando conociste a papá. Vamos, que eso es muy pronto para encontrar a la persona con la que vas a compartir el resto de tu vida. ¿Alguna vez te has arrepentido?

En lugar de responder de inmediato, se tumba en la cama y entrelaza las manos por debajo de la cabeza, mientras reflexiona sobre lo que le he preguntado.

—Nunca me he arrepentido. Lo he cuestionado, desde luego, pero arrepentirme, nunca.

—Y ¿hay alguna diferencia? —pregunto.

—Claro que sí. El arrepentimiento es contraproducente: es mirar atrás a un pasado que no puedes cambiar. Cuestionar las cosas cuando ocurren puede impedir que te arrepientas en el futuro. He cuestionado mucho mi relación con tu padre. Todo el tiempo estamos tomando decisiones espontáneas que nos dicta el corazón. Una relación se basa en muchas más cosas, además del amor.

—¿Por eso siempre me dices que le haga más caso a mi cabeza

que a mi corazón?

Mi madre se incorpora en la cama y me coge las manos.

—Lake, ¿quieres que te dé un consejo de verdad que no incluya una lista de cosas que no te conviene comer?

¿Me ha estado ocultando algo?

—Desde luego —respondo.

Su voz ya no tiene el mismo tono autoritario y maternal, y me da la impresión de que no se trata de una conversación de madre a hija, sino de mujer a mujer. Sube las piernas y las cruza encima de la cama, al estilo indio, y me mira de frente.

—Hay tres preguntas que toda mujer debe poder responder afirmativamente antes de comprometerse con un hombre. Si respondes que no a alguna de las tres, sal corriendo.

—Sólo vamos a salir —protesto, riendo—. No creo que vaya a haber ningún compromiso.

—Ya lo sé, Lake, pero te lo digo en serio. Si no puedes responder que sí a estas tres preguntas, no pierdas el tiempo en una relación.

Cuando abro la boca, siento que me limito a reforzar el hecho de que soy su hija. No la interrumpo más.

—¿Te trata siempre con respeto? Ésa es la primera pregunta. La segunda es: si dentro de veinte años sigue siendo exactamente igual que ahora, ¿aún querrías casarte con él? Y, por último, si te inspira para que quieras ser mejor como persona. Si encuentras a alguien con quien puedas responder afirmativamente a las tres preguntas, quiere decir que has dado con un buen hombre.

Respiro hondo, mientras sigo asimilando sus sabios consejos.

—¡Guau! ¡Qué preguntas tan intensas! —digo—. Y ¿pudiste responder que sí a todas cuando estabas con papá?

—Pues sí —responde sin vacilar—, cada segundo que estuve con él.

Los ojos se le llenan de tristeza al acabar la frase. Amaba a mi padre y enseguida me arrepiento de haber tocado el tema. La rodeo con los brazos y la estrecho. Hace tanto que no la abrazo que siento una punzada de remordimiento. Me besa el pelo, se aparta y sonríe.

Me pongo de pie y me paso las manos por la camisa para alisarla.

—¿Y bien? ¿Qué tal estoy?

—Pareces una mujer —dice, y suspira.

Como son las siete y media en punto, voy a la sala de estar, cojo la chaqueta que Will insistió en prestarme el día anterior y me acerco a la ventana. Lo veo salir de su casa, de modo que salgo yo también y me detengo en el camino de entrada. Me ve cuando está abriendo la puerta de su coche.

—¡¿Estás lista?! —me grita.

—¡Sí!

—¡Entonces ven!

No me muevo. Me quedo allí y me cruzo de brazos.

—¿Qué haces?

Levanta los brazos, derrotado, y se echa a reír.

—¡Has dicho que pasarías a buscarme a las siete y media! ¡Estoy esperando a que vengas a buscarme!

Sonríe y se mete en el coche. Retrocede por su entrada y entra en la mía hasta que la puerta del acompañante queda a mi lado. Baja del coche y da la vuelta para abrirla. Antes de subirme, le echo un vistazo. Lleva unos vaqueros holgados y una camisa negra de manga larga que le marca el contorno de los brazos. Al ver aquellos brazos bien definidos, me decido a devolverle la chaqueta.

—Antes de que me olvide —le digo al entregársela—, te he comprado esto.

Sonríe al cogerla y se la pone.

—¡Qué bien! Muchas gracias —dice—. Si hasta tiene mi olor.

Espera a que me ponga el cinturón de seguridad antes de cerrar la puerta. Mientras da la vuelta para subir por el otro lado, advierto que el coche huele como a... queso, pero no a uno viejo ni rancio, sino fresco. A cheddar, tal vez. Me ruge el estómago. Siento curiosidad: ¿adónde iremos a cenar?

Cuando Will se sube al coche, coge una bolsa del asiento trasero.

—No tenemos tiempo para comer, de modo que he preparado sándwiches de queso fundido.

Me entrega un bocadillo y un refresco.

—¡Vaya, qué original! —exclamo y miro lo que tengo en las manos—. Y ¿adónde vamos con tanta prisa? —Desenrosco el tapón—. Evidentemente, no a un restaurante.

Desenvuelve su bocadillo y le pega un mordisco.

—Es una sorpresa —afirma con la boca llena de pan. Conduce con una mano, mientras come con la otra—. Sé mucho más sobre ti de lo que tú sabes de mí, de modo que esta noche quiero mostrarte cómo soy.

—Me tienes intrigada —le digo.

Y es verdad.

Nos acabamos los bocadillos, guardo la basura en la bolsa y la dejo en el asiento trasero. Trato de pensar en algo para romper el silencio y se me ocurre preguntarle por su familia.

—¿Cómo son tus padres?

Inspira hondo y a continuación exhala, como si mi pregunta no fuese oportuna.

—No se me da bien charlar, Lake. Dejémoslo para más adelante. Tratemos de disfrutar del viaje.

Me guiña un ojo y se relaja más en el asiento.

«Conducir en silencio, disfrutar del viaje…» Repito para mis adentros lo que ha dicho y espero no haber entendido bien sus intenciones. Ríe al ver mi cara de incertidumbre y se da cuenta de que he interpretado mal sus palabras.

—¡No, Lake! —dice—. Quiero decir que hablemos de algo que no sea tan previsible.

Suspiro aliviada. Pensé que le había encontrado un defecto.

—Está bien.

—Podemos jugar a algo —propone—. Es un juego que se llama «¿Qué prefieres?» ¿Lo conoces?

Niego con la cabeza.

—No, pero, sin duda, prefiero que empieces tú.

—De acuerdo. —Carraspea y calla durante unos cuantos segundos —. Ya está. ¿Qué prefieres: pasar el resto de tu vida sin brazos o pasar el resto de tu vida con unos brazos que no pudieras controlar?

¡Válgame Dios! He de decir que, francamente, esta cita no se parece en nada a ninguna de las que he tenido. De todos modos, resulta agradablemente inesperada.

—Pues… —vacilo—, supongo que preferiría pasar el resto de mi vida con unos brazos que no pudiera controlar…

—¡Qué dices! ¿En serio? Pero ¡no podrías controlarlos! —exclama y empieza a agitar los brazos dentro del coche—. ¡Podrían ponerse a dar vueltas como aspas y estarías todo el tiempo dándote puñetazos en la cara! O, peor aún, ¡podrían agarrar un cuchillo y clavártelo!

Me echo a reír.

—No sabía que hubiera respuestas correctas e incorrectas.

—¡Qué desastre! —dice en broma—. Ahora te toca a ti.

—De acuerdo. Déjame pensar.

—¡Has de tener algo preparado! —exclama.

—¡Caray, Will! Si no hace ni treinta segundos que he oído hablar de este juego por primera vez… Dame un instante para pensar en algo.

Alarga la mano y estrecha una de las mías.

—Te estoy tomando el pelo.

Cambia la mano de lugar y la pone debajo de la mía y nuestros dedos se entrelazan. Me encanta la facilidad con la que pasamos de una cosa a otra, como si lleváramos años cogiéndonos de la mano. Hasta ahora, todo ha sido fácil. Me gusta su sentido del humor. Me gusta que me resulte tan sencillo reírme con él, después de tantos meses sin reír. Me gusta que estemos cogidos de la mano. ¡Me gusta mucho!

—Ya está: tengo una —digo—. ¿Qué prefieres: mearte encima una vez al día, en cualquier momento, o mear encima de otra persona?

—Depende de encima de quién. ¿Podría mear encima de las personas que no me gustan o sería de cualquiera?

—De cualquiera.

—Mearme encima —declara sin vacilar—. Ahora me toca a mí. ¿Qué prefieres: medir un metro veinte o medir dos metros?

—Medir dos metros —respondo.

—¿Por qué?

—No puedes preguntar por qué —digo—. Vamos a ver: ¿te gustaría beber cuatro litros de grasa de tocino para desayunar todos los días? ¿O preferirías tener que cenar todas las noches dos kilos y medio de palomitas de maíz?

—Dos kilos y medio de palomitas de maíz.

Me gusta este juego. Me gusta que no le haya importado impresionarme con la cena. Me gusta no tener ni idea de adónde nos dirigimos. Hasta me gusta que no me haya hecho ningún cumplido por mi ropa, algo que —por lo visto— es lo primero que se suele decir cuando sales con alguien. Hasta ahora, me gusta todo lo que ha pasado esta noche. Por lo que a mí respecta, aunque siguiéramos dando vueltas en coche dos horas más, jugando simplemente a «¿Qué prefieres?», nunca me habría divertido más saliendo con un chico.

Pero eso no pasa. Al final llegamos a nuestro destino y, en cuanto veo el cartel que hay en el edificio, me pongo tensa.

«CLUB N9NE»

—Esto… Will, no me gusta bailar.

Espero que sea empático.

—Vale, a mí tampoco.

Bajamos del vehículo y nos encontramos delante del coche. No sé muy bien quién toma la iniciativa, pero una vez más nuestros dedos se encuentran en la oscuridad, me coge de la mano y me conduce a la entrada. Al acercarnos, observo un cartel en la puerta:

«CERRADO POR *SLAM*
LOS JUEVES
A PARTIR DE LAS 20.00 H.
ENTRADA LIBRE.
PARTICIPANTES: 3 DÓLARES».

Will abre la puerta sin leer el cartel. Estoy a punto de avisarlo de que el club está cerrado, pero parece saber lo que hace. Cuando atravieso la entrada tras él y entramos en la sala, una algarabía multitudinaria interrumpe el silencio. A nuestra derecha hay un escenario vacío, y sillas y mesas distribuidas por toda la pista de baile. El lugar está de bote en bote. Veo a un grupo de chavales más jóvenes, como de catorce años o así, en una mesa cerca de la parte delantera. Will tuerce a la izquierda y se dirige a un reservado vacío al fondo de

la sala.

—Aquí se está más tranquilo —dice.

—¿A qué edad se puede entrar aquí en clubes como éste? —le pregunto sin dejar de observar al grupo de chavalines.

—En realidad, esta noche no es un club —explica, mientras nos metemos rápidamente en el reservado.

Es semicircular y da al escenario, de modo que voy hasta la mitad para poder ver mejor. Él se sienta a mi lado.

—Esta noche toca *slam* —dice—. Todos los jueves cierran el club y la gente viene a competir en los *slam* de poesía.

—Y ¿eso qué es? —pregunto.

—Son recitales de poesía. —Me sonríe—. Es lo que más me chifla.

¿Será posible que exista alguien así? ¿Un tío bueno que me haga reír y al que, además, le guste la poesía? Que alguien me pellizque, por favor. Mejor no: prefiero no despertarme.

—Conque poesía, ¿eh? —digo—. ¿Y cada uno escribe la suya o recita la de otros autores?

Se echa hacia atrás en el asiento y levanta la vista al escenario. Advierto la pasión en sus ojos cuando me lo describe:

—La gente sube al escenario y se desahoga, usando sus palabras y el movimiento de su cuerpo —me explica—. Es increíble. Aquí no vas a oír nada de Dickinson ni de Frost.

—¿Es como un certamen?

—Es complejo —dice—. Cada club lo hace a su manera. Por lo general, durante un *slam* los jueces se eligen al azar entre el público y se asignan puntos por cada interpretación. Gana la persona que, al final de la noche, haya obtenido más puntos. Al menos aquí se hace así.

—Y ¿tú participas?

—A veces. Algunas veces hago de juez y otras me limito a observar.

—Y ¿hoy vas a actuar?

—Nooo. Hoy vengo sólo como espectador. En realidad, no he preparado nada.

¡Qué desilusión! Me habría encantado verlo interpretar en el escenario. No me acabo de enterar de qué es la poesía *slam*, pero siento mucha curiosidad por verlo hacer cualquier cosa que requiera actuar.

—¡Qué gandul! —digo.

Todo está tranquilo por un rato, mientras observamos a la multitud que tenemos delante. Will me da un codazo suave y me vuelvo hacia él.

—¿Quieres beber algo? —pregunta.

—Sí, un batido de chocolate, por favor.

Enarca una ceja y sonríe.

—¿De verdad quieres un batido de chocolate?

Confirmo con la cabeza.

—Con hielo.

—De acuerdo —dice, y se desliza por el asiento para salir del reservado—. Marchando un batido de chocolate *on the rocks*.

Mientras no está, el presentador sube al escenario para tratar de entusiasmar al personal. No hay nadie más al fondo de la sala, donde estamos nosotros, de modo que me siento medio ridícula al gritar «¡Sí!» con el resto de la multitud. Me hundo aún más en mi asiento y decido limitarme a ser una espectadora durante el resto de la velada.

El presentador anuncia que ha llegado el momento de seleccionar a los miembros del jurado y la multitud empieza a gritar, porque casi todos quieren ser elegidos. Escogen a cinco personas al azar y las sientan a la mesa de votación. Cuando Will regresa a nuestro reservado con las bebidas, el presentador anuncia que es la hora del *sac* y elige a alguien también al azar.

—¿Qué es el *sac*? —le pregunto.

—El «sacrificio». Es lo que se usa para preparar a los jueces. —Se vuelve a deslizar por el asiento del reservado y, no sé cómo, se me acerca más que antes—. Alguien interpreta algo fuera de concurso para que los miembros del jurado calibren la manera de puntuar.

—Y ¿pueden llamar a cualquiera? ¿Y si me hubieran elegido a mí, por ejemplo? —pregunto y de pronto me pongo nerviosa.

Me sonríe.

—Supongo que tendrías que traer algo preparado.

Bebe un sorbo de su bebida, se apoya en el respaldo del asiento y encuentra mi mano en la oscuridad. Sin embargo, esta vez nuestros dedos no se entrelazan, sino que coloca mi mano sobre su pierna y, con las yemas de los dedos, empieza a seguir el contorno de mi muñeca. Me repasa con suavidad cada uno de los dedos y me va siguiendo las líneas y las curvas de toda la mano. Las yemas de sus dedos parecen impulsos eléctricos que me atraviesan la piel.

—Lake —dice en voz baja, mientras sus caricias me suben hasta la muñeca y regresan a las yemas de mis dedos sin detenerse—, no sé qué es lo que tienes... pero me gustas.

Desliza los dedos entre los míos y sujeta mi mano en la suya, mientras vuelve a concentrarse en el escenario. Inhalo, alargo la otra mano para coger mi batido de chocolate y me lo bebo todo de golpe. Me agrada sentir el hielo contra los labios. Me refresca.

Llaman a una joven con pinta de tener unos veinticinco años. Anuncia que va a interpretar un poema suyo titulado «Jersey azul». Las luces se van apagando poco a poco y a ella la ilumina un foco. Levanta el micrófono y da un paso al frente, mirando al suelo. Se hace

el silencio entre el público y lo único que se oye en toda la sala es el sonido de su respiración, amplificado por los altavoces.

Sin dejar de mirar fijamente al suelo, acerca la mano al micrófono y empieza a darle golpecitos con los dedos en un movimiento repetitivo que resuena como el latido de un corazón. Cuando se pone a recitar, me doy cuenta de que estoy conteniendo la respiración.

Pum, pum,
pum, pum,
pum, pum.
*¿Lo **oyes**?*

Su voz se detiene en la palabra «oyes».

Es el latido de mi corazón.

Vuelve a dar golpecitos en el micrófono.

Pum, pum,
pum, pum,
pum, pum.
*¿Lo **oyes**?*
*Es el latido de **tu** corazón.*

Empieza a hablar más deprisa y mucho más alto que antes.

*Era el **1** de octubre. Llevaba puesto mi jersey*
***azul**, el que me compré en Dillard's, ¿te acuerdas?*
*El del **dobladillo** en punto doble,*
*con **agujeros** en las **bocamangas***
*por los que podía asomar los **pulgares***
*cuando hacía frío pero no me apetecía ponerme **guantes**.*
*Era el **mismo** jersey que, según tú, hacía que mis **ojos***
*parecieran reflejos de las **estrellas** en el **océano**.*
*Aquella noche me prometiste amor **eterno**...*
*y, **¡tío!**,*
¡cómo lo has cumplido!
*Después llegó el **1** de **diciembre**. Llevaba*
*puesto mi jersey **azul**, el que me compré*
*en **Dillard's**, ¿te acuerdas? El del **dobladillo** en punto doble, con*
***agujeros** en las **bocamangas** por los que podía asomar*
*los **pulgares** cuando hacía frío pero no me apetecía*
*ponerme **guantes**. Era el **mismo** jersey que, según tú, hacía que*
*mis **ojos** parecieran reflejos de las **estrellas** en el **océano**.*

Te dije que llevaba tres semanas de ***retraso****.*
Me ***dijiste*** *que era el* ***destino****.*
Aquella noche me prometiste amor eterno…
y, ***¡tío!****,*
¡cómo lo has cumplido!
Era el 1 de mayo. Llevaba puesto mi jersey
azul*, aunque* ***entonces*** *el* ***dobladillo*** *de punto doble*
estaba ***gastado*** *y ponía a prueba la* ***resistencia***
de las hebras, bien ***tensas*** *contra mi* ***vientre abultado****.*
Te acuerdas, ¿no? El que me compré en ***Dillard's****.*
El que tiene ***agujeros*** *en las* ***bocamangas*** *por los que*
podía asomar los ***pulgares*** *cuando hacía frío pero no*
me apetecía ponerme ***guantes****. Era el* ***mismo*** *jersey que,*
según tú, hacía que mis ***ojos*** *parecieran reflejos*
de las ***estrellas*** *en el* ***océano****.*
El ***MISMO*** *jersey que me* ***ARRANCASTE*** *del cuerpo*
cuando me ***arrojaste*** *al suelo y*
me llamaste ***puta***
y me dijiste
que no me ***querías***
más.
Pum, pum,
pum, pum,
pum, pum.
¿Lo ***oyes****? Es el latido*
de mi corazón.
Pum, pum,
pum, pum,
pum, pum.
¿Lo ***oyes****? Es el latido*
de tu corazón.

Se produce un largo silencio, mientras se sujeta la barriga con las manos y las lágrimas le ruedan por las mejillas.

¿Lo ***oyes****? Claro que no. Es el*
silencio de mi vientre,
¡porque tú
ME
ARRANCASTE
EL
JERSEY*!*

Se vuelven a encender las luces y el público reacciona con

estruendo. Respiro hondo y me enjugo las lágrimas. Que haya podido hipnotizar a todo el público con unas palabras interpretadas con tanta vehemencia me deja pasmada. ¡Sólo con palabras! Me aficiono de inmediato y quiero oír más. Will me pasa el brazo por los hombros y se apoya en el respaldo del asiento conmigo, con lo cual me devuelve a la realidad.

—¿Qué te ha parecido? —pregunta.

Acepto su abrazo y acerco la cabeza a su hombro, mientras los dos miramos por encima de la multitud. Me apoya la barbilla en la cabeza.

—Ha sido increíble —susurro.

Me pasa la mano por la mejilla y me roza la frente con los labios. Cierro los ojos, sin saber hasta cuándo se podrán poner a prueba mis emociones. Hace tres días estaba hecha polvo, amargada, desesperada. Hoy me he despertado feliz por primera vez en meses. Me siento vulnerable. Trato de disimular mis emociones, pero me da la impresión de que todo el mundo sabe lo que pienso y lo que siento y no me agrada. No me gusta ser un libro abierto. Siento como si estuviera en el escenario, desahogándome con él, y me da pánico.

Seguimos abrazados mientras varias personas más interpretan sus obras. La poesía es tan inmensa y electrizante como el público. Nunca he reído ni he llorado tanto. Estos poetas son capaces de atraernos a un mundo totalmente nuevo y nos hacen observar desde una posición privilegiada cosas que no hemos visto jamás. Nos hacen sentir amor y odio en verso. Nos hacen sentir como si fuéramos la madre que ha perdido a su bebé o el niño que ha matado a su padre o incluso el hombre que se colocó por primera vez y se comió cinco platos de beicon. Siento una conexión con estos poetas y sus historias y, además, siento una conexión más profunda con Will. No puedo concebir que tenga valor suficiente para subir al escenario y desnudar su alma como estas personas. Ver para creer. Tengo que verlo hacer algo así.

El presentador hace un último llamamiento a los asistentes.

Me vuelvo hacia él.

—Will, no puedes traerme aquí y no participar. ¿No puedes hacer una? ¡Por favor, por favor, por favor!

Apoya la cabeza en el respaldo del reservado.

—Me pides demasiado, Lake. Ya te he dicho que no he preparado nada nuevo.

—Recita algo viejo, entonces —le propongo—, ¿o acaso todas estas personas te ponen nervioso?

Inclina la cabeza hacia mí y me sonríe.

—Todas estas personas no. Sólo una de ellas.

De pronto me muero de ganas de besarlo. Me contengo por el

momento y sigo suplicándole. Junto las manos por debajo de mi barbilla.

—No me obligues a rogarte —le digo.

—¡Si ya lo estás haciendo! —Al cabo de unos segundos, separa el brazo de mis hombros y se inclina hacia delante—. De acuerdo, de acuerdo —dice, sonriendo, y se mete una mano en el bolsillo—, pero te lo advierto: tú te lo has buscado.

Extrae la billetera justo cuando el presentador anuncia el comienzo de la segunda ronda. Will se pone de pie con sus tres dólares en alto.

—¡Me apunto!

El presentador se protege los ojos con la mano y los entorna para mirar al público, tratando de averiguar quién ha hablado.

—Damas y caballeros, aquí tenemos a un viejo conocido nuestro, el señor Will Cooper. Me alegro de que por fin te sumes a nosotros —dice por el micrófono para fastidiarlo.

Will se abre paso entre la multitud, sube al escenario y se coloca bajo la luz del foco.

—¿Cómo se titula tu obra de esta noche, Will? —le pregunta el presentador.

—«La muerte» —responde Will, mirando directo hacia mí, por encima de la multitud.

Se le borra la sonrisa del rostro y comienza su actuación.

La muerte, lo único inevitable en la vida.
A nadie le gusta hablar de la muerte, porque
se entristece.
No quieren ***imaginar*** *cómo continuará la vida*
sin *ellos,*
todos *sus seres queridos se apenarán*
por un tiempo, pero seguirán respirando.
No ***quieren*** *imaginar que la vida seguirá adelante*
sin ***ellos****,*
que sus hijos seguirán ***creciendo****,*
se casarán,
envejecerán...
No quieren ***imaginar*** *que la vida* ***seguirá***
adelante sin ellos,
que se venderán sus bienes materiales
y se pondrá fin a sus historias clínicas.
Su nombre se convertirá en un recuerdo
para todos sus conocidos.
No ***quieren imaginar*** *que la vida seguirá adelante*
sin *ellos, de modo que,* ***en lugar de*** *aceptarlo* ***sin ambages****,*

***soslayan** el tema **por completo**,*
***esperando** y **rogando** que, **de alguna manera**…*
pase de largo.
Que se olvide de ellos
*y pase al **siguiente** de la fila.*
*No, no **querían** imaginar que la vida seguiría*
adelante…
***sin** ellos.*
Pero la muerte
no
lo olvidó,
*sino que se dieron **de bruces** con la muerte,*
*que **adoptó** la forma de un **camión de dieciocho ruedas***
tras una nube de niebla.
No.
*La muerte no se **olvidó** de **ellos**.*
*Si al **menos** hubieran estado **preparados**, **aceptado** lo*
***inevitable**, trazado **planes** y comprendido que*
*lo que estaba en juego **no** eran sólo **sus** vidas…*
Es posible que, legalmente, me consideraran adulto a los
diecinueve años, pero aún sentía
del todo
que apenas tenía diecinueve.
Desprevenido
y abrumado
por tener de pronto
a mi cargo
***toda la vida** de una personita de siete años.*
*La muerte, lo único inevitable en la **vida**.*

Will se aparta del foco y baja del escenario sin esperar a saber su puntuación. Para mi sorpresa, deseo que tarde en regresar a nuestro reservado para darme tiempo a asimilarlo. No tengo la menor idea de cómo reaccionar. No sabía que su vida fuera así, de que Caulder fuera toda su vida. Su interpretación me ha dejado pasmada, pero sus palabras me hacen polvo. Me enjugo las lágrimas con el dorso de la mano. No sé si lloro porque Will haya perdido a sus padres, por las responsabilidades que entraña su muerte o por el mero hecho de que haya dicho la verdad. Ha hablado de un aspecto de la muerte y la pérdida que nadie parece tener en cuenta hasta que es demasiado tarde, un aspecto con el cual, lamentablemente, yo también estoy familiarizada. El Will que he visto subir al escenario no es el mismo que observo venir hacia mí. Me encuentro en un conflicto, estoy confundida y, sobre todo, desconcertada. Ha estado magnífico.

Advierte que me estoy enjugando las lágrimas.

—Te he avisado —dice, mientras vuelve a tomar asiento en el reservado.

Coge su copa, bebe un sorbo y revuelve los cubitos de hielo con la pajita. No sé qué decirle. Él lo ha expuesto todo allí arriba, bien de frente.

Me dejo llevar por mis emociones. Me acerco a él y le cojo la mano y deja otra vez la copa en la mesa. Se vuelve hacia mí y me dirige una sonrisa triste, como esperando que yo diga algo. Como no digo nada, alza la mano hasta mi cara y me seca una lágrima y después, con el dorso, me acaricia la mejilla. No comprendo la conexión que siento con él. Todo parece ir tan rápido. Apoyo la mano sobre la suya y me la acerco a la boca y entonces, con suavidad, le beso la palma mientras nos miramos a los ojos. De repente nos convertimos en las dos únicas personas de toda la sala y el ruido exterior se pierde a lo lejos.

Acerca la otra mano a mi mejilla y se inclina poco a poco hacia delante. Cierro los ojos y siento su aliento cada vez más cerca a medida que me atrae hacia él. Sus labios rozan los míos, pero apenas. Me besa lentamente el labio inferior y después el superior. Tiene los labios fríos, húmedos todavía de la bebida. Me acerco aún más a él para devolverle el beso, pero se aparta cuando mi boca reacciona. Abro los ojos y veo que me sonríe, sin dejar de sujetarme la cara entre las manos.

—Paciencia —susurra.

Cierra los ojos, se inclina hacia mí y me besa con suavidad la mejilla. Cierro los ojos e inhalo, tratando de calmar mis tremendas ganas de estrecharlo entre mis brazos y devolverle el beso. No sé cómo puede tener tanto dominio de sí mismo. Apoya la frente en la mía y desliza las manos hacia abajo por mis brazos. Nuestras miradas se encuentran cuando abrimos los ojos. En aquel momento comprendo al fin por qué mi madre había aceptado su destino a los dieciocho años.

—Guau —espiro.

—Pues sí —concuerda conmigo—, guau.

Seguimos mirándonos a los ojos unos cuantos segundos más hasta que el público prorrumpe en exclamaciones otra vez. Están anunciando a los que se han clasificado para la segunda ronda cuando Will me coge de la mano y susurra:

—Vámonos.

Mientras voy saliendo del reservado, me da la impresión de que todo el cuerpo está a punto de fallarme. Nunca me había pasado nada parecido. Jamás.

Cuando nos ponemos de pie, seguimos con las manos unidas mientras me conduce a través de la multitud, cada vez más numerosa,

y llegamos al aparcamiento. No me doy cuenta del calor que tengo hasta que percibo en la piel el aire frío de Michigan. Me siento excitante o excitada —no sé cuál de las dos— y lo único que sé es que deseo que las dos últimas horas de mi vida se repitan por toda la eternidad.

—¿No quieres quedarte? —le pregunto.

—Lake, llevas días mudándote y deshaciendo maletas. Tienes que dormir.

Su mención del sueño me produce un bostezo involuntario.

—No me parece mal dormir —digo.

Me abre la puerta, pero, antes de que me suba al coche, me estrecha entre sus brazos y me acerca a él en un fuerte abrazo. Nos quedamos allí de pie varios minutos, aferrándonos al momento. Podría acostumbrarme a esa sensación que me resulta totalmente desconocida. Siempre he sido de lo más cautelosa. Ignoraba que existiese en mí aquella faceta nueva que Will hace florecer.

Al final nos separamos y nos subimos al coche. Cuando salimos del aparcamiento, apoyo la cabeza en la ventanilla y observo el club, que se va empequeñeciendo en el espejo retrovisor.

—¿Will? —digo en voz baja sin apartar la mirada del edificio que desaparece a nuestras espaldas—. Te lo agradezco.

Me coge la mano y al final me quedo dormida, sonriendo.

Despierto cuando me abre la puerta: estamos en la entrada de mi casa. Se agacha, me da la mano y me ayuda a apearme. No recuerdo cuándo fue la última vez que me quedé dormida en un vehículo en marcha. Will tenía razón: realmente estoy cansada. Me restriego los ojos y vuelvo a bostezar mientras me acompaña hasta la puerta. Me pasa los brazos por la cintura y elevo los míos hasta sus hombros. Nuestros cuerpos encajan a la perfección. Un escalofrío me baja por el cuerpo mientras su aliento me calienta el cuello. No puedo creer que nos hayamos conocido hace apenas tres días; da la impresión de que llevemos años haciendo esto.

—Piensa —le digo— que estarás fuera tres días y eso es lo mismo que hace que te conozco.

Se echa a reír y me acerca aún más a él.

—Serán los tres días más largos de mi vida —declara.

Conociendo a mi madre, estoy segura de que tenemos público y por eso me alegro de que se despida con un simple beso en la mejilla. Retrocede con lentitud, sus dedos se van separando de los míos y al final se sueltan. Mi brazo cae, inerte, a mi lado, mientras lo observo subirse al coche. Arranca el motor y baja la ventanilla.

—Lake, como el trayecto hasta mi casa es tan largo —dice—, ¿por qué no me das un beso de despedida?

Río, me acerco al coche y me inclino por su ventanilla, esperando

otro beso en la mejilla, pero me pone la mano en la nuca, me acerca a él con suavidad y nuestros labios se abren al encontrarse. Ninguno de los dos se contiene esta vez. Introduzco la mano por la ventanilla y le paso los dedos por la parte posterior del cabello, mientras seguimos besándonos. Hago acopio de todo lo que tengo para no abrir la puerta y subirme a su regazo. La puerta que se interpone entre nosotros da la impresión de ser una barricada.

Por fin nos detenemos. Nuestros labios siguen en contacto, porque ninguno de los dos se quiere separar.

—¡Ostras! —susurra él junto a mis labios—. Cada vez es mejor.

—Hasta dentro de tres días —le digo—, y conduce con cuidado esta noche hasta tu casa.

Le doy un último beso y me aparto a regañadientes de la ventanilla.

Retrocede por el camino de entrada y sigue hasta el suyo. Siento la tentación de correr tras él y volver a besarlo para confirmar su teoría, pero la venzo y me doy la vuelta para entrar en mi casa.

—¡Lake!

Me vuelvo; cierra la puerta del coche y trota hacia mí. Cuando llega a mi lado, sonríe.

—Me he olvidado de decirte algo —dice, mientras me estrecha de nuevo entre sus brazos—. Estás preciosa esta noche.

Me besa en la coronilla, me suelta y vuelve a ir hacia su casa.

Tal vez estuviera equivocada antes, cuando pensé que me gustaba que no me hubiese hecho ningún cumplido. ¡Desde luego que estaba equivocada! Cuando llega a la puerta de su casa, se vuelve y sonríe antes de entrar.

Tal como me lo imaginaba, mi madre está sentada en el sofá con un libro y trata de no mostrar interés cuando entro en casa.

—¿Y? ¿Cómo te ha ido? ¿Es un asesino en serie? —pregunta.

Ya no puedo dejar de sonreír. Me acerco al sofá frente al suyo, me dejo caer en él como una muñeca de trapo y suspiro.

—Tenías razón, mamá. Me encanta Michigan.

3

But I can tell by watching you
That there’s no chance of pushing through.
The odds are so against us.
You know most young love, it ends like this.[3]

I would Be Sad, THE AVETT BROTHERS

El lunes por la mañana, cuando me despierto, estoy más nerviosa de lo que esperaba. He tenido la cabeza tan ocupada con todo lo relacionado con Will que no me ha dado tiempo a procesar la fatalidad que se cierne sobre mí; a saber: mi primer día de clase en otro instituto.

Por fin, mi madre y yo tuvimos oportunidad durante el fin de semana de comprar ropa adecuada para este clima. Me pongo lo que elegí la noche anterior y mis botas nuevas para la nieve. Me dejo el cabello suelto por ahora, aunque me coloco una goma en la muñeca, por si me lo quiero recoger, porque sé que lo haré.

Cuando acabo de asearme, voy a la cocina y cojo de la encimera mi mochila y mi horario de clases. Como mi madre comenzó anoche el nuevo horario nocturno en el hospital, he quedado en llevar a Kel a la escuela. Cuando vivíamos en Texas, él y yo íbamos al mismo centro. En realidad, todos los que vivíamos cerca de nuestro pueblo íbamos a aquel colegio; aquí, en cambio, hay tantos centros educativos que tengo que imprimir un mapa del distrito para asegurarme de llevarlo al que corresponde.

Cuando nos detenemos frente a la escuela primaria, Kel enseguida divisa a Caulder y se apea corriendo, sin despedirse siquiera. ¡Hace que la vida parezca tan simple...!

Por suerte, entre la escuela primaria y la secundaria sólo hay unas cuantas manzanas, de modo que me sobra tiempo para localizar mi primera clase. Me detengo en el aparcamiento de lo que me parece un instituto inmenso y busco una plaza libre; encuentro una, pero queda lejísimos del edificio y hay docenas de alumnos alrededor de sus vehículos, conversando. Vacilo antes de apearme, pero, cuando lo hago, advierto que nadie se fija en mí. No pasa como en las películas,

en las que la alumna nueva se baja del coche y, en cuanto pisa la hierba de la escuela con los libros en la mano, todo el mundo deja de hacer lo que estaba haciendo para observarla. Nada que ver. Me siento invisible y me agrada.

Supero la primera hora de matemáticas sin que me pongan deberes: qué bien, porque pienso pasar toda la tarde con Will. Esta mañana, al salir de casa, he encontrado una nota suya en mi todoterreno. Lo único que decía era: «Estoy impaciente por verte. Volveré a las cuatro».

Faltan siete horas y tres minutos.

La clase de historia no es más difícil. El profesor está dando apuntes sobre las guerras púnicas, un tema que acabábamos de tocar en mi instituto anterior. Me cuesta concentrarme, porque estoy —literalmente— contando los minutos. El profesor es muy monótono y rutinario y, cuando algo no me interesa, suelo ponerme a pensar en las musarañas. No paro de fantasear con Will. Me dedico a tomar notas de forma metódica, esforzándome por prestar atención, cuando alguien me da un golpecito en la espalda.

—Oye, déjame ver tu horario —me ordena una chavala.

Cojo mi horario con disimulo, lo doblo y lo sujeto con la mano izquierda; me llevo la mano al hombro y lo dejo caer rápidamente sobre su pupitre.

—¡Por favor! —dice en voz más alta—. El señor Hanson es medio ciego y casi no oye. No te preocupes por él.

Contengo la risotada y me vuelvo hacia ella, mientras el señor Hanson está de cara a la pizarra:

—Me llamo Layken.

—Eddie —se presenta.

La miro con expresión inquisitiva y ella pone los ojos en blanco.

—Ya lo sé. Me viene de familia, pero, como se te ocurra llamarme «Eddie Espagueti», te parto la cara —me amenaza con afabilidad.

—Lo tendré en cuenta.

—*Dabuten*, coincidimos en la tercera hora —dice, mientras examina mi horario— y es una putada encontrar el aula. No te separes de mí después de clase y te mostraré dónde queda.

Eddie se inclina hacia delante para escribir algo y su sensual cabello rubio se adelanta con ella. Le cae justo hasta por debajo de la barbilla, de forma asimétrica. Lleva cada uña pintada de un color y, en las dos muñecas, como quince pulseras que chocan y traquetean siempre que se mueve. Tiene tatuada la silueta sencilla de un pequeño corazón negro en la cara interna de la muñeca izquierda.

Cuando suena el timbre, me pongo de pie y Eddie me devuelve mi horario. Mete la mano en el bolsillo de mi chaqueta, extrae mi teléfono y se pone a teclear números. Observo el horario que me ha

devuelto y veo que está lleno de páginas web y números de teléfono en tinta verde. Eddie me ve mirándolo y señala la primera dirección de la página.

—Ésta es mi página de Facebook, pero, si no me encuentras allí, también estoy en Twitter. No me pidas mi nombre de usuario en MySpace, porque eso es una mierda —me dice seria de pronto.

Recorre con el dedo los demás números apuntados en mi horario:

—Éste es el número de mi teléfono móvil, éste es el número de mi casa y éste es el número de la pizzería Getty —dice.

—¿Trabajas allí?

—No, pero tienen una pizza buenísima. —Pasa a mi lado y voy tras ella, pero se vuelve y me entrega mi teléfono—. Acabo de llamarme a mí misma, así tengo tu número de teléfono yo también. ¡Ah! Y tienes que ir a secretaría antes de la próxima hora.

—¿Para qué? ¿No me habías dicho que fuera contigo? —le pregunto algo abrumada por mi nueva amiga.

—Es que para comer estás en el turno B y yo estoy en el A. Ve a cambiarte al A y nos vemos en la tercera hora.

Y se marcha como si tal cosa.

La secretaría queda dos puertas más allá. La secretaria, la señora Alex, es toda una artista poniendo los ojos en blanco, mientras me imprime mi nuevo horario en el momento en el que suena el timbre que indica el comienzo de la tercera hora.

—¿Sabe usted dónde queda el aula de esta optativa de inglés? —le pregunto antes de marcharme.

Me da un montón de indicaciones muy poco claras, suponiendo que sé dónde quedan el pasillo A y el pasillo D. Aguardo con paciencia a que acabe y salgo de la oficina más confundida que antes.

Me pierdo por tres pasillos distintos, me meto en dos aulas equivocadas y en un cuarto de limpieza. Giro en una esquina y, cuando por fin encuentro el pasillo D, me siento aliviada. Apoyo la mochila en el suelo y cojo el horario entre los labios para quitarme la goma de la muñeca. Ni siquiera son las diez de la mañana y ya me estoy recogiendo el pelo. ¡Es un día de aquéllos!

—¿Lake?

El corazón está a punto de saltárseme del pecho cuando oigo su voz. Me doy la vuelta y veo a Will a mi lado con expresión turbada. Me quito el horario de la boca y sonrío e, instintivamente, le echo los brazos al cuello.

—¡Will! ¿Qué haces aquí?

Me abraza a su vez, pero sólo por un instante; después me coge por las muñecas y me baja los brazos.

—Lake —dice, moviendo la cabeza de un lado a otro—, ¿dónde...? ¿Qué haces aquí?

Suspiro y le clavo mi horario en el pecho.

—Estoy tratando de encontrar esta puñetera optativa, pero me he perdido —rezongo—. ¡Ayúdame!

Retrocede un paso más hacia la pared.

—Lake, no —dice y me devuelve el horario sin mirarlo siquiera.

Me quedo un instante observando su reacción y advierto que parece casi horrorizado de verme. Se vuelve y se sujeta la cabeza con las manos. No comprendo por qué ha reaccionado así. Me quedo inmóvil, a la espera de alguna explicación, cuando de pronto caigo en la cuenta: ha venido a ver a su novia, una novia de la que no me ha hablado. Recojo mi mochila con brusquedad y empiezo a alejarme, pero él me sujeta del brazo y me obliga a detenerme.

—¿Adónde vas? —quiere saber.

Pongo los ojos en blanco y lanzo un breve suspiro.

—Lo comprendo, Will. ¡De verdad! Te dejo tranquilo antes de que nos vea tu novia.

En este momento, ya estoy tratando de contener las lágrimas, de modo que me suelto y me alejo de él.

—¿Mi novia? No, Lake; me parece que no lo comprendes.

El sonido débil de unos pasos va subiendo de volumen rápidamente cuando giran por la esquina del pasillo D. Veo a otro alumno que viene disparado hacia nosotros.

—¡Menos mal! Pensé que llegaba tarde —dice el alumno al vernos en el pasillo.

Se detiene delante del aula.

—Llegas tarde, Javier —responde Will, mientras abre la puerta que tiene a sus espaldas y le hace gestos para que entre—. Javi, enseguida estoy con vosotros. Dile a la clase que disponen de cinco minutos para repasar antes del examen.

Will cierra la puerta tras él y de nuevo estamos solos en el pasillo. Me he quedado sin nada de aire en los pulmones. Siento que aumenta la presión en mi pecho a medida que voy asimilando esta nueva situación. No es posible. No puede ser. ¿Cómo va a ser posible?

—Will —susurro, porque no consigo recuperar el aliento—, por favor, no me digas que...

Ha enrojecido y me mira con cara de pena, mientras se muerde el labio inferior. Echa atrás la cabeza y mira al techo, frotándose la cara con las palmas de las manos mientras va y viene por el pasillo entre las taquillas y la puerta del aula. Con cada paso que da, alcanzo a ver la insignia de profesor que oscila de un lado a otro, colgada de su cuello.

Apoya las manos planas sobre las taquillas y se golpea la frente

varias veces contra el metal; me he quedado paralizada y sin habla. Lentamente deja caer las manos y se vuelve hacia mí.

—¿Cómo es posible que no me diera cuenta? ¿No has acabado aún el instituto?

4

I am sick of wanting,
And it’s evil how it’s got me,
And every day is worse
Than the one before.[4]

Ill with Want, THE AVETT BROTHERS

Will apoya la espalda contra las taquillas. Tiene los pies y los brazos cruzados y mira al suelo. La revelación me ha cogido tan de improviso que casi no puedo mantenerme erguida. Me dirijo a la pared de enfrente y me afirmo en ella.

—¿Yo? —respondo—. ¿Cómo es posible que no mencionaras que eres profesor? Y ¿cómo puedes serlo, si sólo tienes veintiún años?

—Mira, Layken… —dice sin hacer caso a mis preguntas.

No me ha llamado «Lake».

—Me parece que ha habido un gran malentendido entre nosotros. —No me mira a los ojos mientras habla—. Tenemos que hablar, pero, sin duda, éste no es el momento oportuno.

—De acuerdo —digo.

Quisiera añadir algo más, pero no puedo. Posiblemente, me echaría a llorar.

Se abre la puerta del aula de Will y aparece Eddie. Ruego, de forma egoísta, que ella también esté equivocada: espero que ésa no sea mi asignatura optativa.

—Venía a buscarte, Layken —me dice—. Te he guardado un asiento. —Mira a Will y otra vez a mí y se da cuenta de que ha interrumpido una conversación—. Perdón, señor Cooper; no sabía que estuviera aquí fuera.

—Está bien, Eddie. Sólo repasaba su horario con Layken.

Después de decirlo se dirige hacia el aula y sostiene la puerta para que entremos las dos.

Sigo a Eddie a regañadientes, entro sorteando a Will y me dirijo al único asiento vacío que queda en la clase, justo delante del escritorio del profesor. No sé qué voy a hacer para quedarme toda la hora en esta aula. Las paredes no dejan de moverse cuando trato de

concentrarme, de modo que cierro los ojos. Necesito agua.

—¿Quién es la tía buena? —pregunta el chaval que sé que se llama Javier.

—¡Calla, Javi! —dice Will con brusquedad, mientras se dirige a su escritorio con una pila de papeles en la mano.

Varios alumnos lanzan una pequeña exclamación de asombro ante su reacción. Supongo que Will tampoco está hoy como de costumbre.

—¡Tranquilo, señor Cooper! Sólo se lo decía como un cumplido. Está buena. Fíjese.

Al decirlo, Javi se echa atrás en su silla y me observa.

—¡Vete, Javi! —ordena Will y señala la puerta del aula.

—¡Joder, señor Cooper! ¿Qué le pasa al profe? Como ya le he dicho, yo sólo...

—Como he dicho yo, ¡vete! ¡En mi clase nadie falta al respeto a las mujeres!

Javi coge sus libros y replica:

—De acuerdo. ¡Les faltaré al respeto en el pasillo!

Cuando la puerta se cierra tras él, lo único que se oye en el aula es el lejano tictac del segundero del reloj que hay encima de la pizarra. Aunque no me dé la vuelta, siento la mayor parte de los ojos de la clase clavados en mí, esperando alguna reacción. Ya no me resulta fácil pasar desapercibida.

—Clase, tenemos una nueva alumna. Su nombre es Layken Cohen —dice Will, tratando de aflojar la tensión—. Se ha acabado el repaso. Guardad vuestros apuntes.

—¿No le va a pedir que se presente? —pregunta Eddie.

—Lo dejaremos para otro momento. —Will levanta una pila de papeles—. Ahora tenemos examen.

Me alegro de que Will me haya ahorrado el tener que ponerme al frente de la clase y hablar. Es lo último que sería capaz de hacer en este momento. Siento como si tuviera en la garganta una bola de algodón que trato infructuosamente de tragar.

—Lake... —Will vacila y después carraspea, al advertir su error—. Layken, si tienes alguna otra cosa que hacer, adelante. La clase tiene que realizar un examen sobre el capítulo.

—Prefiero hacer el examen —digo.

Tengo que concentrarme en algo.

Will me entrega un cuestionario y, durante el tiempo que tardo en completarlo, hago todo lo posible por concentrarme exclusivamente en las preguntas, con la esperanza de encontrar una tregua en mi nueva realidad. Acabo bastante rápido, pero sigo borrando y reescribiendo las respuestas para no tener que hacer frente a lo evidente: que el tío del cual me estoy enamorando resulta ser profesor mío.

Cuando suena el timbre de salida, observo al resto de la clase, que pasa en fila junto al escritorio de Will y deposita los exámenes boca abajo en una pila. Eddie deja el suyo y se acerca a mi pupitre.

—¿Qué tal? ¿Has logrado que te cambiaran el turno del comedor?

—Sí —le contesto.

—¡Guay! Te guardo un sitio —dice. Se detiene frente al escritorio de Will y él levanta la vista para mirarla. Ella extrae una lata roja de su bolso, saca un puñado de pastillas, las deja sobre su escritorio y dice—: Pastillas de menta.

Will las observa sin entender.

—Me limito a hacer una suposición —susurra, aunque bastante alto para que yo la oiga—, pero he oído que las pastillas de menta van muy bien para la resaca.

Le acerca las pastillas y, una vez más, se marcha como si tal cosa.

Entonces sólo quedamos Will y yo en el aula. Tengo tantas ganas de hablar con él, tantas preguntas que hacerle..., pero sé que no es buen momento. Cojo mi examen, me acerco a su escritorio y lo coloco en lo alto de la pila.

—¿Tanto se me nota el mal humor? —pregunta.

Sigue mirando fijamente las pastillas de menta que están encima de su escritorio; le cojo dos y salgo del aula sin responder.

Mientras trato de orientarme por los pasillos para encontrar el aula de mi cuarta hora, veo un cuarto de baño y me escabullo allí enseguida. Decido pasar el resto de la hora y todo el almuerzo en el compartimento del lavabo. Me siento culpable —sé que Eddie me espera—, pero no estoy en condiciones de hablar con nadie en este momento. En cambio, me paso todo el tiempo leyendo y releyendo lo que hay escrito en las paredes del compartimento y espero poder superar de algún modo el resto del día sin echarme a llorar.

Tengo un recuerdo borroso de mis dos últimas clases y además, por suerte, ninguno de los profesores demuestra tampoco el menor interés por mí. No hablo con nadie ni nadie me dirige la palabra. No tengo ni idea de si me han puesto deberes. Toda esta situación me absorbe por completo.

Voy hacia el coche buscando las llaves en mi bolso. Las extraigo y trato de introducirlas en la cerradura, pero me tiemblan tanto las manos que se me caen al suelo. Cuando subo al coche, ni me doy tiempo para reflexionar antes de poner la marcha atrás y dirigirme a casa. En lo único que quiero pensar en este momento es en mi cama.

Cuando me detengo en la entrada, apago el motor y espero. No quiero encontrarme con Kel ni con mi madre todavía, de modo que echo atrás el asiento, me tapo los ojos con los brazos y empiezo a llorar. Lo repito todo una y otra vez en mi cabeza. ¿Cómo es posible que pasara una velada entera con él sin enterarme de que era

profesor? ¿Cómo es posible que algo tan importante como su ocupación no surgiera en la conversación? O, mejor aún, ¿cómo pude hablar tanto sin llegar a decirle que todavía estaba en el instituto? ¡Con todo lo que le había contado de mí misma! Siento que es lo que me merezco por haber dejado caer por fin mis murallas.

Me seco los ojos con la manga y trato de ocultar las lágrimas. Últimamente he aprendido a hacerlo bastante bien. Hasta hace seis meses, casi no había tenido motivos para llorar. Cuando vivía en Texas, todo era sencillo: hacía mis cosas, tenía un grupo numeroso de amigos, una escuela que me gustaba mucho y hasta un hogar que me encantaba. Lloré mucho las semanas siguientes a la muerte de mi padre, hasta que me di cuenta de que ni Kel ni mi madre podrían superarla mientras no lo hiciera yo. Empecé a esforzarme deliberadamente por participar más en la vida de Kel. Nuestro padre también era su mejor amigo por aquel entonces y me da la impresión de que fue Kel quien más perdió de los tres. Me interesé por el béisbol infantil, sus clases de kárate y hasta la rama de los Lobatos escultistas: todas las cosas que mi padre solía compartir con él. Nos mantuvo ocupados tanto a Kel como a mí y, al final, el dolor empezó a disminuir.

Hasta el día de hoy.

Un golpecito en la ventanilla del acompañante me devuelve a la realidad. No quiero hacerle caso. No quiero ver a nadie y mucho menos hablar con nadie. Me fijo y veo que hay alguien allí de pie: lo único visible es su torso… y el distintivo de profesor.

Bajo la visera parasol y me miro en el espejo para limpiarme el rímel. Miro por la ventanilla del conductor y presiono el botón automático para quitar el seguro de la puerta, mientras me concentro en el enano de jardín descalabrado y que me mira a su vez con una sonrisita petulante.

Will se sube al asiento del acompañante y cierra la puerta. Baja unos centímetros el respaldo del asiento y suspira, pero no dice nada. Creo que ninguno de los dos sabe ya qué decir. Lo miro y veo su pie apoyado en el tablero. Está tenso contra el respaldo y tiene los brazos cruzados. Mira fijamente la nota que escribió esta mañana y que sigue encima de mi consola. Supongo que ha llegado a las cuatro, después de todo.

—¿Qué piensas? —pregunta.

Subo la pierna derecha al asiento y la abrazo.

—Estoy hecha un lío, Will, y no sé qué pensar.

Suspira y se vuelve para mirar por la ventanilla del acompañante.

—Perdón. Es todo culpa mía —dice.

—No es culpa de nadie —replico—. Para que haya culpa, tiene que haber una decisión consciente y tú no lo sabías, Will.

Se incorpora y se vuelve hacia mí. Ha desaparecido de sus ojos la expresión juguetona que me cautivó.

—Es que de eso se trata, Lake: yo debería haberlo sabido. Mi ocupación no sólo requiere una ética dentro del aula, sino que se ha de aplicar a todos los aspectos de mi vida. Si no me di cuenta, quiere decir que no estaba haciendo lo que tenía que hacer. Cuando me dijiste que tenías dieciocho años, supuse que estabas en la universidad.

Parece dirigir toda su evidente frustración contra sí mismo.

—Hace apenas dos semanas que he cumplido los dieciocho —contesto.

No sé por qué he sentido la necesidad de aclarárselo. Después de decirlo, me doy cuenta de que parece como si le estuviera echando la culpa. Si ya se inculpa él solito, no hace falta que me enfade yo también. Lo que ha ocurrido es algo que ninguno de los dos podría haber previsto.

—Soy profesor en prácticas —dice, para tratar de explicarme—, en cierto modo.

—¿En cierto modo?

—Cuando murieron mis padres, dupliqué todas mis clases. Ya tengo suficientes créditos para graduarme un semestre antes. Como en la escuela faltaba personal, me ofrecieron un contrato por un año. Me quedan tres meses más de prácticas y después tengo un contrato hasta junio del año que viene.

Presto atención y asimilo todo lo que dice, aunque en realidad lo único que escucho es: «No podemos estar juntos… blablablá… no podemos estar juntos».

Me mira a los ojos.

—Necesito este trabajo, Lake. Hace tres años que me esfuerzo por conseguirlo. Estamos sin blanca. Mis padres me dejaron un montón de deudas y, además, los gastos de matrícula. No puedo renunciar ahora.

Aparta la mirada, vuelve a apoyarse en el respaldo del asiento y se pasa las manos por el cabello.

—Ya lo sé, Will, y jamás te pediría que pusieras en peligro tu carrera. Sería absurdo echarla por la borda por alguien que sólo conoces desde hace una semana.

Sigue mirando por la ventanilla del acompañante.

—No digo que me lo vayas a pedir. Sólo quiero que entiendas cómo he llegado hasta aquí.

—Lo comprendo —le digo—. Es ridículo suponer siquiera que haya algo entre nosotros que estemos poniendo en peligro.

Echa otro vistazo a la nota que hay encima de mi consola y responde en voz baja:

—Los dos sabemos que hay algo más que eso.

Sus palabras me hacen estremecer, porque en el fondo sé que tiene razón. Lo que fuera que nos estuviera ocurriendo era algo más que un mero capricho pasajero. En este momento no alcanzo a comprender cómo será que te partan el corazón, pero, si produce aunque sólo sea un uno por ciento más de dolor del que siento ahora, prefiero renunciar al amor: no vale la pena.

Trato de impedir que los ojos se me vuelvan a llenar de lágrimas, pero es inútil. Baja la pierna del tablero y me atrae hacia él. Hundo el rostro en su camisa, me rodea con el brazo y me frota la espalda con suavidad.

—Lo lamento muchísimo —dice—. Ojalá pudiera hacer algo para cambiar la situación. Tengo que hacer las cosas bien... por Caulder. —El contacto físico entre nosotros parece más una despedida que un abrazo de consuelo—. No sé qué va a pasar ahora ni cómo vamos a hacer la transición.

—¿Qué transición? —De pronto me entra pánico ante la idea de perderlo—. Pero... ¿y si hablas con la escuela? Diles que no lo sabíamos. Pregúntales qué opciones tenemos...

A medida que las palabras salen de mi boca, advierto que me estoy aferrando con desesperación a una esperanza. Es imposible que podamos mantener una relación en este momento.

—No puedo, Lake —dice en voz baja—. No puede ser. No puede salir bien.

Se oye un portazo y Kel y Caulder vienen dando saltos por el camino de entrada. De inmediato nos separamos y cambiamos de posición el respaldo de los asientos. Me apoyo en el reposacabezas y cierro los ojos, mientras trato de que se me ocurra alguna escapatoria para nuestra situación. Tiene que haber alguna.

Cuando los niños han cruzado la calle y se encuentran a salvo en la casa de Will, se vuelve hacia mí:

—¿Layken? —dice con nerviosismo—. Hay algo más que te tengo que decir.

¡Dios mío! ¿Algo más? ¿Qué otra cosa podrá ser relevante en este momento?

—Necesito que mañana vayas a secretaría y que te borres de mi clase. Creo que no deberíamos vernos más.

Siento que me demudo y me pongo pálida. Me empiezan a sudar las manos y el coche se vuelve demasiado pequeño para los dos. Lo dice en serio. Lo que hubiese habido entre nosotros hasta ahora se ha acabado. Me va a dejar fuera de su vida por completo.

—¿Por qué?

Ni siquiera intento disimular el dolor que me produce.

Carraspea.

—Lo que hay entre nosotros no es apropiado. Tenemos que

separarnos.

Mi dolor no tarda en sucumbir a la ira que se acumula dentro de mí.

—¿Que no es apropiado? ¿Que nos separemos? Pero ¡si vives enfrente de mi casa, Will!

Abre la puerta y se apea del coche. Lo imito y la cierro de un portazo.

—Los dos tenemos la madurez suficiente para saber lo que es apropiado. Tú eres la única persona que conozco por aquí. Por favor, no me pidas que me comporte como si no te conociera —le suplico.

—¡Vamos, Lake! Eso no es justo —dice con el mismo tono que yo y me doy cuenta de que le he tocado la fibra sensible—. No puedo hacer eso. No podemos ser sólo amigos y ésa es la única posibilidad que tenemos.

No puedo evitar sentir que estamos pasando por una ruptura espantosa, cuando ni siquiera hemos tenido una relación. Estoy enfadada conmigo misma. Ignoro si sólo estoy disgustada por lo que acaba de ocurrir hoy o por toda mi vida a lo largo de este año.

Sólo sé una cosa con certeza: que la única vez que me he sentido feliz últimamente ha sido estando con Will. Oírle decir que ni siquiera podemos ser amigos me hace daño. Me asusta volver a ser como he sido estos últimos seis meses, alguien de quien no me siento orgullosa.

Abro la puerta y cojo mi bolso y las llaves.

—Me estás diciendo que es todo o nada, ¿verdad?, y, como evidentemente no puede ser todo... —Vuelvo a cerrar la puerta de golpe y me dirijo hacia mi casa—. ¡Te habrás librado de mí mañana antes de la tercera hora!

Mientras lo digo, derribo al enano de un puntapié.

Entro en casa y arrojo las llaves en dirección a la barra de la cocina con tanta fuerza que resbalan por toda la superficie y caen al suelo. Me piso el tacón de la bota con la punta y me la quito en la entrada de una patada. Entonces entra mi madre.

—¿Qué ha pasado? —pregunta—. ¿Eras tú la que gritaba?

—Nada —le digo—, no ha pasado nada. ¡Absolutamente nada!

Recojo mis botas, voy a mi habitación y doy un portazo.

Cierro la puerta con llave y voy derecha a la cesta de la ropa. La levanto, arrojo al suelo todo lo que contiene y reviso hasta dar con lo que busco. Introduzco la mano en el bolsillo de mis vaqueros y extraigo el clip morado. Me acerco a la cama, la abro y me echo encima. Cierro el puño en torno al clip, me llevo las manos a la cara y lloro hasta quedarme dormida.

Despierto a medianoche. Me quedo tumbada un momento con la esperanza de llegar a la conclusión de que todo ha sido una pesadilla, pero no lo consigo. Cuando me destapo, el clip se me cae de las manos

y aterriza en el suelo. Aquel trocito de plástico es tan antiguo que debe de estar cubierto de pintura con plomo. Recuerdo cómo me sentí el día que mi padre me lo dio y que toda la tristeza y los temores desaparecieron en cuanto me lo puso en el pelo.

Me agacho y lo recojo del suelo y lo aprieto en el centro para abrirlo con un chasquido. Muevo una parte de mi flequillo al lado contrario y me pongo el clip. Espero que la magia surta efecto, pero —no podía ser de otra manera— todo me sigue haciendo daño. Me quito el clip del pelo, lo arrojo al otro lado de la habitación y vuelvo a meterme en la cama.

5

I keep tellin' myself
That it'll be fine.
You can't make everybody happy
All of the time.[5]

Paranoia in B-Flat Major,
THE AVETT BROTHERS

Me levanto de la cama y siento un latido fuerte en las sienes. Me muero por tener una caja de pastillas de menta para mí sola. Siento el cuerpo pesado después de tantas horas de alternar entre llorar y dormir mal.

Me preparo rápidamente un litro de café y me acomodo delante de la barra a bebérmelo en silencio. No quiero ni pensar en el día que me espera. Al rato entra Kel en pijama, con sus zapatillas de Darth Vader de andar por casa.

—Buenos días —dice medio dormido.

Coge del escurreplatos la taza de «El mejor padre del mundo», se acerca a la cafetera y se sirve café.

—Pero ¿qué haces? —le pregunto.

—Oye, que no eres la única que ha pasado una mala noche. —Se encarama a un taburete del lado opuesto de la barra—. Cuarto curso es peliagudo. He tardado dos horas en hacer los deberes —dice, mientras se lleva la taza a la boca.

Le quito el café de las manos, lo vierto en mi taza y arrojo el jarrito al cubo de la basura. Voy a la nevera, cojo un zumo y se lo pongo delante.

Kel pone los ojos en blanco, perfora el agujero en la parte superior del envase y se lo lleva a la boca.

—¿Has visto que ayer trajeron el resto de nuestras cosas? Por fin llegó la furgoneta de mamá y hemos tenido que descargarlo todo nosotros solos...

Lo dice —es evidente— para hacerme sentir culpable.

—Ve a vestirte —le digo—. Nos vamos en media hora.

En cuanto dejo a Kel en la escuela empieza a nevar otra vez. Espero que Will tuviera razón cuando dijo que pasaría pronto. Detesto la nieve. Detesto Michigan.

Cuando llego al instituto, voy directa a la secretaría. La señora Alex está encendiendo su ordenador y, al verme, mueve la cabeza de un lado a otro.

—No me digas nada... ¿Te quieres cambiar al turno C para comer?

Debería haberle traído el café de Kel.

—En realidad, necesito una lista de las optativas para la tercera hora. Quiero cambiar de clase.

Acerca la barbilla al pecho para poder mirarme por encima de las gafas.

—¿No estás en la optativa de poesía inglesa, con el señor Cooper? Es una de las más buscadas.

—Precisamente por eso —confirmo—. Me quiero cambiar.

—Muy bien, tienes hasta el final de la semana antes de que te dé el horario definitivo —dice, mientras coge una hoja y me la entrega—. ¿Qué clase prefieres?

Reviso la breve lista de optativas posibles.

Botánica.

Literatura rusa.

Mis opciones son limitadas.

—Me quedo con literatura rusa por doscientos, Alex.[6]

Pone los ojos en blanco y se vuelve para introducir la información en el ordenador. Supongo que no es la primera vez que se lo dicen. Me entrega un horario nuevo y un impreso amarillo.

—Pídele al señor Cooper que te lo firme y me lo traes antes de la tercera hora y con esto te queda todo resuelto.

—Estupendo —farfullo y me marcho de la secretaría.

Cuando consigo orientarme hasta el aula de Will, siento alivio al ver la puerta cerrada con llave y las luces apagadas. Verlo otra vez no figuraba en mi lista de tareas para el día de hoy, de modo que decido resolver la cuestión por mis propios medios. Meto la mano en mi mochila y extraigo un bolígrafo, apoyo el impreso amarillo en la puerta del aula y me dispongo a falsificar el nombre de Will.

—No te lo recomiendo.

Me doy la vuelta y lo tengo detrás, con una mochila negra colgada del hombro y las llaves en la mano. El estómago me pega un brinco cuando lo veo. Lleva pantalones caqui y una camisa negra metida en la cintura. El color de la corbata le hace juego con los ojos verdes y cuesta separar la vista de ellos. Tiene un aspecto tan... profesional.

Retrocedo mientras pasa a mi lado e introduce la llave en la

cerradura. Entra en el aula y enciende las luces y después apoya la mochila en el escritorio. Sigo de pie junto a la puerta y me hace señas para que entre.

Apoyo con fuerza el impreso boca arriba en su escritorio.

—Como no habías llegado aún, se me ha ocurrido que podía ahorrarte el trabajo —digo con tono defensivo, para justificar mis actos.

Will sujeta el impreso y hace una mueca.

—¿Literatura rusa? ¿Es eso lo que has elegido?

—Era eso o botánica —respondo sin alterarme.

Will separa la silla y se sienta. Pone el impreso sobre el escritorio, coge un bolígrafo y acerca la punta a la línea, pero vacila y lo deja sobre el papel, sin firmarlo.

—Estuve pensando mucho anoche... sobre lo que dijiste ayer, y me parece que no tengo derecho a pedirte que te cambies de clase sólo porque me hace sentir incómodo. Vivimos a cien metros de distancia y nuestros hermanos se están haciendo muy amigos. En todo caso, esta clase nos irá bien a los dos, nos ayudará a encontrar la manera de comportarnos cuando estemos juntos. De una forma u otra, vamos a tener que acostumbrarnos. Además —dice, mientras coge un papel de su mochila y lo empuja hacia delante sobre el escritorio—, es evidente que para ti será pan comido.

Miro el examen que yo había rellenado el día anterior: me ha puesto un diez.

—No me importa cambiar —digo, aunque en realidad sí que me importa—. Entiendo tu razonamiento.

—Gracias, pero a partir de aquí sólo puede ser más sencillo, ¿no te parece?

Alzo la mirada hacia él y asiento con la cabeza.

—Tienes razón —miento.

Está totalmente equivocado: estar cerca de él todos los días no va a facilitar las cosas en absoluto. Aunque volviera a mudarme a Texas hoy mismo, seguiría sintiéndome demasiado cerca de él. Sin embargo, a mi conciencia todavía no se le ocurre ningún argumento de peso para convencerme de cambiar de clase.

Arruga el impreso de solicitud de cambio de asignatura y lo arroja hacia la papelera. Erra por unos sesenta centímetros. Lo recojo mientras me dirijo a la puerta y lo emboco.

—Hasta la tercera hora, entonces, señor Cooper.

Al salir, con mi visión periférica lo veo fruncir el ceño.

Me siento un poco mejor. No me gustaba nada cómo habían quedado las cosas ayer. Aunque estoy dispuesta a hacer lo que sea necesario para corregir esta incómoda situación entre nosotros, él sigue encontrando, de alguna manera, la forma de tranquilizarme.

—¿Qué te pasó ayer? —pregunta Eddie cuando entramos en la segunda hora—. ¿Te volviste a perder?

—Sí, perdona. Problemas con la secretaría.

—¿Por qué no me enviaste un mensaje de texto? —me toma el pelo con tono sarcástico—. Me tenías preocupada.

—Vaya, lo siento, cariño.

—¿Cariño? ¿Acaso quieres robarme a mi chica?

Un chaval que no conozco la rodea con el brazo y la besa en la mejilla.

—Layken, te presento a Gavin —dice ella—. Gavin, ésta es Layken, tu rival.

Gavin tiene el cabello rubio casi idéntico al de Eddie, salvo por el largo. Podrían pasar por hermanos, aunque él tiene los ojos castaños y los de ella son azules. Lleva una sudadera negra con capucha y vaqueros y, cuando aparta el brazo del hombro de Eddie para estrecharme la mano, observo que tiene un corazón tatuado en la muñeca... igual que el de ella.

—He oído hablar mucho de ti —dice, mientras me tiende la mano.

Lo observo con curiosidad y me pregunto qué habrá oído.

—No es cierto —reconoce, sonriendo—. No sé nada de ti, pero es lo que se suele decir cuando te presentan a alguien.

Se vuelve hacia Eddie y le da otro beso en la mejilla.

—Te veo en la próxima hora, nena. Me voy a clase.

Los envidio.

El señor Hanson entra en el aula y anuncia un examen del capítulo. No pongo objeciones cuando me entrega una copia y pasamos el resto de la hora en silencio.

Cuando sigo a Eddie a través de la multitud de estudiantes, tengo un nudo en el estómago. Ya me estoy arrepintiendo de no haberme cambiado a literatura rusa. ¿Cómo es posible que alguno de los dos pensara que esto nos facilitaría las cosas?

Llegamos a la clase de Will, que está parado en la puerta y saluda a los estudiantes a medida que llegan.

—Hoy tiene mejor aspecto, señor Cooper. ¿Quiere una pastilla de menta? —dice Eddie, y se dirige a su asiento.

Javi pasa, lanza a Will una mirada hostil y se sienta.

—Vamos a ver —empieza Will, después de cerrar la puerta tras él —. Lo habéis hecho bastante bien en el examen de ayer. «Elementos de la poesía» es un tema un tanto aburrido, conque seguro que todos estaréis contentos de haberlo superado. Creo que la parte de interpretación os resultará más interesante y a eso nos vamos a

dedicar el resto de este semestre.

»La poesía representada se parece a la poesía tradicional, pero incorpora un elemento más: la representación en sí.

—¿Representación? —pregunta Javi con desdén—. ¿Se refiere a algo parecido a esa película sobre los poetas muertos, en la que tenían que leer gilipolleces delante de toda la clase?

—No del todo —dice Will—. Eso no es más que poesía.

—Se refiere a los *poetry slams* —añade Gavin—, como los que se celebran los jueves en el Club N9NE.

—Y ¿qué es un *poetry slam*? —pregunta una chavala desde el fondo de la clase.

Gavin se vuelve hacia ella.

—¡Es una pasada! Eddie y yo vamos de vez en cuando. Tienes que ir para entenderlo de verdad —añade.

—Ésa es una de sus formas —dice Will—. ¿Alguien más ha ido a un *poetry slam*?

Otro par de alumnos levantan la mano. Yo no.

—Muéstreselo, señor Cooper. Interprete una de las suyas —pide Gavin.

Observo la vacilación en los ojos de Will. Sé por experiencia que no le gusta que lo pongan en aprietos.

—Tengo una idea. Hagamos un trato. Yo interpreto una de mis poesías, si todos aceptáis asistir por lo menos a un *poetry slam* este semestre en el Club N9NE.

Nadie pone ninguna objeción. A mí me gustaría objetar, pero para eso tendría que levantar la mano y dar explicaciones, de modo que no me opongo.

—¿Ninguna objeción? De acuerdo, entonces. Recitaré un poema mío breve y recordad que en el *slam* lo que importa no es sólo la poesía, sino también la interpretación.

Will se coloca al frente del aula de cara a los alumnos. Sacude los brazos y estira el cuello hacia la izquierda y hacia la derecha para tratar de relajarse. Cuando carraspea, no suelta el tipo de tosecilla para limpiar la garganta que tiene la gente cuando está nerviosa, sino la que tienes antes de lanzar un grito.

Las ***esperanzas****, las* ***evaluaciones*** *y las* ***evasiones internas***
se me escapan volando como ***charcos*** *de* ***sangre*** *de una* ***herida****,*
un feto salido del ***vientre*** *de un* ***cadáver*** *en una* ***tumba****,*
mustio *y* ***desparramado*** *como unas sábanas rojas en la cama*
de una ***habitación*** *inmaculada.*
No puedo ***respirar****,*
no puedo ***ganar****.*
Desde esta ***posición*** *indeleble en la que me encuentro,*

__controla__ la única __parte__ de mi alma desventurada
que puede __valerse__ por sí misma en este agujero ahuecado
que he __excavado__ desde dentro, como un __prisionero__ en
una celda __sin llave__, sentado en los __abismos__ más profundos,
sin preocuparse por __no__ estar en un lugar sofocante.
Podría abrir la puerta, porque no __necesita__
ninguna llave,
pero, una vez más,
¿para qué iba a hacerlo?
La __circunlocución__ es su revolución.

El silencio del aula es ensordecedor. Nadie dice nada, nadie se mueve, nadie aplaude. Nos ha impactado. Me ha impactado. ¿Cómo espera que yo supere lo nuestro, si no deja de hacer cosas como ésta?

—Pues ya está —dice, como quien no quiere la cosa, y regresa a su asiento.

Dedicamos el resto de la clase a hablar de poesía *slam*. Me esfuerzo por seguirlo, mientras él da más explicaciones, pero todo el tiempo me limito a concentrarme en que no me ha mirado ni una sola vez. Ni una.

A la hora de comer, ocupo mi sitio al lado de Eddie. Observo que se dirige hacia nosotras un chaval que se sienta un par de filas detrás de mí en la clase de Will. Sostiene dos bandejas en equilibrio con el brazo izquierdo y la mochila y una bolsa de patatas fritas con el derecho. Se instala enfrente de mí y se dedica a pasar toda la comida a una sola bandeja. Cuando acaba, saca de la mochila una botella de dos litros de Coca-Cola y se la pone delante. Desenrosca el tapón y bebe a morro de ella. Mientras traga el refresco, me mira y después vuelve a apoyar la botella en la mesa y se seca la boca.

—¿Te vas a beber el batido de chocolate, chica nueva?

Asiento con la cabeza.

—Para eso lo he traído.

—Y ¿qué me dices del panecillo? ¿Te lo vas a comer?

—También lo he cogido por alguna razón, efectivamente.

Se encoge de hombros, alarga la mano hacia la bandeja de Gavin y coge su panecillo en el preciso momento en que éste se vuelve y le da un golpe en la mano: demasiado tarde.

—Pero ¡Nick, tío! Es imposible que engordes cinco kilos antes del viernes. Déjalo ya —dice Gavin.

—Cuatro —lo corrige Nick con la boca llena de pan.

Eddie coge su panecillo y se lo lanza. Nick lo atrapa en el aire y le guiña un ojo.

—Tu chica tiene fe en mí —dice Nick a Gavin.

—Es que levanta pesas —me explica Eddie— y para el viernes tiene que engordar cinco kilos para poder competir en la categoría de su peso. No pinta bien.

Al oírlo, cojo mi panecillo y lo lanzo a la bandeja de Nick. Me guiña un ojo y lo unta con un montón de mantequilla.

Me alegro de que Eddie me haya incorporado tan rápido a su grupo de amigos, aunque no he tenido demasiadas posibilidades, sino que ha sido bastante a la fuerza. En Texas, éramos veintiuno en mi clase. Tenía amigas, pero, como había tan pocas entre las que elegir, nunca consideré a ninguna de ellas mi mejor amiga. Salía sobre todo con Kerris, pero no he vuelto a hablar con ella desde que me mudé. Por lo que he visto de Eddie hasta el momento, resulta tan interesante que sólo espero poder intimar más con ella.

—Y ¿cuánto hace que salís juntos Gavin y tú? —le pregunto.

—Desde segundo. Le di un golpe con el coche. —Lo mira y sonríe—. De modo que fue amor al primer tortazo. ¿Y tú? —me pregunta—. ¿Tienes novio?

Ojalá pudiera hablarle de Will. Me gustaría contarle que, cuando nos conocimos, sentí de inmediato algo que no había sentido jamás con ningún chico. Quiero hablarle de la primera vez que salimos y que durante toda la velada tuve la impresión de que nos conocíamos desde hacía años. Quiero hablarle de su poesía, del beso, de todo; pero en particular quiero contarle nuestro encuentro en el pasillo, cuando nos dimos cuenta de que no podíamos decidir nuestro futuro. Sin embargo, sé que no puedo. No se lo puedo decir a nadie, de modo que me limito a responder:

—No.

—¿En serio? ¿No tienes novio? Bueno, eso tiene arreglo —dice.

—No hace falta. No hay nada roto.

Eddie se echa a reír, se vuelve hacia Gavin y los dos se ponen a debatir sobre posibles pretendientes para su nueva y solitaria amiga.

Por fin llega el fin de semana. Nunca había sentido tanto alivio al salir de un aparcamiento en toda mi vida. Aunque Will viva en la acera de enfrente, me siento menos vulnerable cuando estoy en casa que cuando lo tengo a medio metro de distancia en clase. Ha logrado no mirarme a los ojos en toda la semana y puedo asegurar que he hecho todo lo posible por pillar siquiera una mirada fugaz hacia donde yo estaba: prácticamente no le quité los ojos de encima.

Me desvío durante el trayecto para poder poner mejor en práctica mi plan de pasarme todo el fin de semana encerrada: consiste en películas y comida basura.

Cuando entro en casa, mi madre está sentada delante de la barra de la cocina y, a juzgar por su mirada adusta, no se alegra demasiado al verme. Voy a la cocina y dejo las películas y las bolsas de comida basura en la encimera, delante de ella.

—Voy a pasar el fin de semana con Johnny Depp —le digo, tratando de no prestar atención a su semblante.

No sonríe.

—Hoy he traído a Caulder de la escuela —explica— y ha mencionado algo muy interesante.

—¿Ah, sí? ¿Qué te pasa, mamá? ¿Estás constipada?

Procuro hablar con desenfado, aunque, por el tono de su voz, imagino que lo que en realidad quiere decir es lo siguiente: «Me he enterado por el amigo de tu hermanito de algo que deberías haberme contado tú».

—¿No tienes nada que decirme? —pregunta y me mira furiosa.

Bebo un sorbo de agua de una botella y tomo asiento frente a la barra. Tenía pensado hablar con ella de todo esta noche, pero da la impresión de que dicha conversación se va a adelantar.

—Mamá, te juro que te lo iba a contar...

—¡Da clases en tu instituto, Lake!

Empieza a toser, coge un pañuelo de papel y se pone de pie. Cuando recobra la compostura, baja la voz para no llamar la atención de los niños, que están cerca, en algún sitio.

—¿No te parece que es algo que tendrías que haber mencionado antes de que te dejara salir con él?

—¡Es que no lo sabía! ¡Y él tampoco lo sabía! —digo con un tono demasiado defensivo.

Ladea la cabeza y pone los ojos en blanco, como si la estuviera tratando de tonta.

—Pero ¿qué haces, Lake? ¿No te das cuenta de que está criando a su hermanito? Esto podría arruinar su...

Los ojos de las dos se clavan como flechas en la puerta cuando oímos que el coche de Will se detiene a la entrada de su casa. Me dirijo rápidamente a la puerta para tratar de cerrarle el paso y que me permita explicárselo, pero ella llega antes, de modo que salgo detrás, suplicándole:

—Mamá, por favor, déjame que te lo explique. ¡Por favor!

Ella ya está en la entrada de la casa de Will cuando él advierte nuestra acometida. Sonríe al ver a mi madre, pero la sonrisa se desvanece cuando me ve tras ella. Ya se ha figurado que no se trata de una visita amistosa.

—Julia, por favor —dice—, ¿podemos entrar para hablar de esto?

Sin responder, ella se limita a dirigirse con paso firme hasta la puerta y entra.

Will me mira con expresión inquisitiva.

—Tu hermano ha dicho que eras profesor. No he tenido oportunidad de explicarle nada —le digo.

Suspira y entramos con desgana.

Es la primera vez que entro en su casa desde que me enteré de la muerte de sus padres. No ha cambiado nada y, sin embargo, todo ha cambiado. El primer día, cuando me senté frente a la barra de la cocina, supuse que todo lo que había allí pertenecía a sus padres, que la situación de Will no era diferente de la mía. Ahora, cuando observo lo que me rodea, proyecta otra luz sobre él: una luz de responsabilidad, de madurez.

Mi madre está sentada muy rígida en el sofá. Will atraviesa la habitación con calma y se sienta en el borde del diván que hay enfrente. Se inclina hacia delante, entrelaza las manos frente a él y apoya los codos en las rodillas.

—Se lo explicaré todo.

Lo dice con tono serio y respetuoso.

—Ya sé que lo harás —responde ella sin alterarse.

—En realidad, hice un montón de suposiciones. Pensé que ella era mayor. Parecía mayor. Cuando me dijo que tenía dieciocho años, imaginé que estaba en la universidad. Estamos en septiembre y la mayoría de los alumnos no han cumplido los dieciocho cuando empiezan el último año.

—La mayoría. Sólo hace dos semanas que los cumplió.

—Sí, ya... Ya me he enterado —dice y echa una mirada hacia donde estoy.

»Además, no fue a clase la primera semana que os mudasteis, de modo que simplemente me lo figuré y, no sé cómo, ni se nos ocurrió tocar el tema cuando salimos juntos.

Mi madre empieza a toser otra vez. Will y yo esperamos, pero la tos se intensifica y ella se pone de pie para respirar hondo unas cuantas veces. Si no supiera que no se encuentra bien, diría que le está dando un ataque de pánico. Will va a la cocina y regresa con un vaso de agua. Ella bebe un sorbo y se vuelve hacia la ventana de la sala de estar que da al jardín de la entrada. Caulder y Kel están fuera; los oigo reír. Mi madre va hacia la puerta principal y la abre.

—¡Kel! ¡Caulder! ¡No os quedéis en la calle! —Cierra la puerta y se vuelve hacia nosotros—. Y, decidme, ¿cuándo salió por fin el tema? —pregunta, mirándonos a los dos.

No puedo responderle. En cierto modo, en presencia de los dos, me siento pequeña. Dos adultos que discuten delante de los niños: eso es lo que me hacen sentir.

—No lo supimos hasta que se presentó en mi clase —responde Will.

Mi madre me mira con la boca abierta.
—¿Estás en su clase?
Mira a Will y repite la pregunta:
—¿Está en tu clase?
¡Por Dios! ¡Qué mal suena cuando las palabras salen de su boca!
Se pone de pie y recorre la sala de estar de un lado a otro. Will y yo le damos tiempo para procesarlo.
—¿Me estáis diciendo que ninguno de los dos sabía absolutamente nada de esto antes del primer día de clase?
Los dos manifestamos nuestra conformidad asintiendo con la cabeza.
—Pues bien… ¿Qué demonios hacemos ahora? —pregunta.
Apoya las dos manos en las caderas. Will y yo guardamos silencio, con la esperanza de que, por arte de magia, se le ocurra la solución que los dos llevamos toda la semana buscando.
—En fin —responde Will—, Lake y yo estamos haciendo todo lo posible para ir sobrellevándolo día a día.
Lo fulmina con una mirada acusadora.
—¿Lake? ¿La llamas «Lake»?
Will mira al suelo y carraspea, sin atreverse a mirarla a los ojos.
Mi madre suspira y se sienta junto a Will, en el sofá.
—Los dos tenéis que aceptar la gravedad de la situación. Conozco a mi hija y le gustas, Will, y mucho. Si compartes aunque sólo sea una fracción de esos sentimientos, harás todo lo posible por distanciarte de ella y eso incluye prescindir de los apodos. Esto pone en peligro tu carrera y la reputación de ella.
Se pone de pie y se dirige a la puerta principal, y la mantiene abierta para que salga tras ella. No nos brinda la oportunidad de hablar a solas.
Kel y Caulder nos pasan rozando y se meten corriendo en el dormitorio de Caulder. Mi madre los observa desaparecer por el pasillo.
—Esto no tiene por qué afectar a los niños —dice y dirige la atención otra vez hacia Will—. Propongo que busquemos alguna solución que permita reducir al mínimo el contacto entre Lake y tú.
—Estoy totalmente de acuerdo —responde él.
—Yo trabajo por la noche y duermo por la mañana. Si quieres llevarlos tú a la escuela, Lake o yo pasaremos a recogerlos. Lo que hagan después dependerá de ellos. Parecen pasárselo bien yendo de una casa a otra.
—Me parece estupendo. Gracias.
—Es un buen chico, Will.
—Lo digo en serio, Julia. Estoy de acuerdo. No había visto a Caulder tan contento desde…

La voz de Will se va apagando y no acaba la frase.

—¿Julia? —pregunta—. ¿Hablará con dirección sobre esto? Vamos a ver: si necesita hacerlo, lo comprendo perfectamente. Lo que pasa es que me gustaría estar preparado.

Ella lo mira y después me mira a mí y me clava los ojos mientras habla.

—No estará ocurriendo nada de lo cual tenga que informarlos, ¿verdad?

—Nada en absoluto, te lo juro —me apresuro a responder.

Quiero que Will me mire, para que advierta la disculpa en mis ojos, pero no lo hace. En cuanto él cierra la puerta a nuestras espaldas, no puedo contener más la lengua.

—¡¿Por qué has tenido que hacer algo así?! —le grito—. ¡Ni siquiera me has brindado la oportunidad de explicártelo!

Cruzo la calle como una flecha, sin mirar atrás. Entro corriendo en casa y me refugio en la soledad de mi cuarto, del que no saldré hasta que se haya marchado a trabajar.

—Layken, ¿tenemos algún paquete de Kool-Aid?

Kel está de pie en la entrada, cubierto de nieve medio derretida. No es lo más insólito que me ha pedido, de modo que, sin hacer preguntas, cojo del armario de la cocina un sobre con sabor a uva y se lo llevo.

—No, morado no; tiene que ser rojo —dice.

Le quito el paquete morado de las manos y regreso con uno rojo.

—¡Gracias!

Cierro la puerta detrás de él, cojo una toalla y la extiendo sobre las baldosas de la entrada. No son ni siquiera las nueve de la mañana y Kel y Caulder ya llevan más de dos horas fuera, en la nieve.

Tomo asiento junto a la barra y me acabo la taza de café, mientras contemplo la pila de comida basura que ya no me entusiasma comerme. Mi madre ha vuelto a casa a eso de las siete y media de la mañana y se ha metido en la cama, donde permanecerá hasta eso de las dos de la tarde. Sigo enfadada con ella y no me apetece en absoluto hacer frente a la situación en el día de hoy, de modo que, por lo visto, dispongo de unas cinco horas antes de volver a encerrarme en mi habitación. Cojo una película de la barra y, a pesar de mi falta de apetito, una bolsa de bombones. Si hay un hombre capaz de sacarme a Will de la cabeza, ése es, sin duda, Johnny Depp.

Cuando voy por la mitad de la película, Kel entra en casa dando brincos, cubierto aún de nieve medio derretida; me coge de la mano y trata de arrastrarme hacia afuera.

—¡Para, Kel! ¡No quiero salir! —le digo con brusquedad.

—Por favor. Será sólo un minuto. Tienes que ver el muñeco de nieve que hemos hecho.

—De acuerdo, pero deja que, por lo menos, me ponga unos zapatos.

En cuanto acabo de ponerme la segunda bota, Kel vuelve a cogerme de la mano y me arrastra hacia afuera. Sigo dejando que me lleve, mientras me tapo los ojos, que tardan un poco en acostumbrarse al reflejo del sol sobre la nieve.

—Está por aquí —oigo decir a Caulder, aunque no me habla a mí.

Alzo la mirada y lo veo trayendo a su hermano de la misma manera en la que Kel me lleva a mí. Nos conducen a los dos hasta la parte trasera de mi todoterreno, donde nos colocan a pocos centímetros de distancia, justo delante de la víctima.

Ahora entiendo por qué me ha pedido Kool-Aid rojo. Frente a nosotros, tumbado en el suelo bajo la parte trasera de mi todoterreno, hay un muñeco de nieve muerto. Sus ojos son trozos de ramitas dispuestos en una expresión sombría. Sus brazos son dos ramas finas colocadas a los costados, una de ellas partida en dos bajo la rueda trasera. Sobre la cabeza y el cuello han espolvoreado un rastro de Kool-Aid rojo que llega hasta un charco de nieve roja brillante, como a treinta centímetros del muñeco.

—Ha sufrido un accidente terrible —dice Kel con toda seriedad.

Caulder y él se mueren de risa.

Will y yo nos miramos y, por primera vez en una semana, me sonríe.

—¡Guau! Voy a buscar mi cámara —anuncia.

—Y yo la mía —respondo.

Le sonrío a mi vez y voy adentro. ¿De modo que así será todo a partir de ahora? ¿Simular que conversamos delante de nuestros hermanos? ¿Evitarnos el uno al otro en público? ¡Cómo detesto la transición!

Cuando regreso con la cámara, los niños siguen admirando la escena del crimen, de modo que les hago un par de fotografías.

—Kel, matemos ahora a un muñeco de nieve con el coche de Will —propone Caulder y los dos cruzan la calle a todo correr.

La tensión se agudiza y Will y yo nos quedamos mirando con demasiada fijeza el muñeco de nieve que tenemos delante, sin saber qué otra cosa mirar. Al final, echa un vistazo hacia su casa y a nuestros hermanos.

—¡Qué suerte que se tengan el uno al otro! —dice en voz baja.

Analizo la frase y me pregunto si tendrá un significado más profundo o si no será más que un simple comentario.

—Sí que tienen suerte —coincido.

Nos quedamos allí, observándolos recoger más nieve. Will respira

hondo y estira los brazos por encima de la cabeza.

—Vale, será mejor que entre de nuevo —dice y da media vuelta.

—Espera, Will.

Se vuelve otra vez y se mete las manos en los bolsillos, pero no dice nada.

—Siento mucho lo de ayer. Lo de mi madre.

Lo digo con la vista clavada en el suelo entre nosotros. No puedo mirarlo a los ojos por dos motivos: en primer lugar, porque la nieve me deslumbra; en segundo lugar, porque mirarlo me hace daño.

—No pasa nada, Layken.

He recuperado el nombre oficial.

Clava la vista en el suelo, donde la «sangre» ha teñido la nieve, y le pega un puntapié.

—Está cumpliendo el papel de madre, simplemente. —Hace una pausa y baja aún más la voz—. No te enfades con ella. Dichosa tú que la tienes.

Da media vuelta y regresa a su casa. Me invade la culpa cuando pienso en lo que será para ellos tenerse sólo el uno al otro, mientras yo me quejo del único progenitor que nos queda a los cuatro. Me avergüenzo de haber sacado el tema y me avergüenzo aún más de haberme enfadado con mi madre por lo que hizo. La culpa ha sido mía, por no haber hablado antes con ella. Will tiene razón, como siempre: me puedo considerar afortunada.

Después de comer, oigo la ducha en el cuarto de mi madre, de modo que le caliento algunas sobras y le preparo un vaso de té. Pongo todo delante de su lugar habitual en la barra y la espero. Cuando por fin sale del pasillo y ve la comida, me dirige una leve sonrisa y toma asiento.

—¿Es una ofrenda en son de paz o me has envenenado la comida? —pregunta, mientras despliega la servilleta y se la pone en el regazo.

—Supongo que para averiguarlo tendrás que probarla.

Me observa con cautela y pega un mordisco. Mastica durante un minuto y, al ver que no se cae redonda, le pega otro.

—Perdón, mamá. Tendría que habértelo contado antes. Lo que pasa es que estaba muy disgustada.

Me observa con lástima, de modo que me alejo de ella y mantengo las manos ocupadas con los platos.

—Lake, ya sé que te gusta mucho. Lo sé y a mí también me gusta, pero, como te dije ayer, esto no puede pasar. Tienes que prometerme que no cometerás ninguna estupidez.

—Te lo juro, mamá. Ya me ha dejado claro que no quiere tener nada que ver conmigo, así que no debes preocuparte.

—Espero que así sea —dice y sigue comiendo.

Acabo con los platos y regreso a la sala de estar para proseguir mi aventura con Johnny.

6

Your heart says not again.
What kind of mess have you got me in?
But when the feeling's there,
It can lift you up and take you anywhere.[7]

Living of Love, The Avett Brothers

Las semanas siguientes se me pasan volando, porque tengo más deberes y me siento más sola en la clase de Will. Desde el día del asesinato del muñeco de nieve, no hemos vuelto a hablar y ni siquiera nos hemos mirado a los ojos. Huye de mí como de la peste.

No me estoy adaptando demasiado bien a Michigan. Es posible que todo lo ocurrido con Will haya acabado por complicar más el traslado. Lo único que me apetece es dormir, supongo que porque cuando dormimos sufrimos menos.

Eddie sigue presentándome posibles candidatos para ocupar la plaza vacante —salta a la vista— en mi departamento de novios, pero los he rechazado a todos. Al final ha recurrido a cambiar de lugar con Nick en la clase de Will, con la esperanza de que algo florezca entre nosotros.

No será así.

—Oye, Layken —me sonríe Nick, mientras se sienta en su nuevo puesto, más cerca de mí—. Tengo otro para ti. ¿Te lo cuento?

Sólo en la última semana, he tenido que soportar que Nick me cuente como mínimo tres chistes al día sobre Chuck Norris. Supone —erróneamente— que, como soy de Texas, debo de estar obsesionada con la serie «Walker, Ranger de Texas».

—Adelante.

Ya no sigo tratando de arrebatarle esa ilusión: es inútil.

—A Chuck Norris le acaban de adjudicar una cuenta de gmail. La dirección es <gmail@chucknorris.com>.

Tardo un segundo en pillarlo. Por lo general, soy rápida con los chistes, pero últimamente la cabeza me va lenta y con razón.

—Muy gracioso —respondo sin entusiasmo, para tratar de apaciguarlo.

—Chuck Norris ha contado hasta el infinito. Dos veces.

Aunque no tenía ganas de reírme, lo he hecho. Nick me fastidia bastante, pero su ignorancia resulta simpática.

Cuando Will entra en la clase, sus ojos van como flechas hacia Nick. Aunque sigue sin mirarme, me gusta imaginar que siente un arrebato de celos. Últimamente me he propuesto prestar más atención a Nick cuando Will entra en el aula. Detesto este deseo nuevo que se ha apoderado de mí —el deseo de poner celoso a Will— y sé que le he de poner coto antes de que Nick empiece a hacerse ilusiones, pero no puedo. Siento que es el único aspecto de toda esta situación que controlo hasta cierto punto.

—Coged vuestras libretas: hoy vamos a escribir poesía —dice Will, mientras se sienta delante de su escritorio.

La mitad de la clase rezonga. Oigo que Eddie bate palmas.

—¿Podemos trabajar en equipo? —pregunta Nick.

Empieza a acercar su pupitre al mío.

Will lo fulmina con la mirada:

—No.

Nick se encoge de hombros y vuelve a poner el pupitre en su sitio.

—Cada uno de vosotros tiene que escribir un poema breve que mañana interpretará delante de la clase.

Empiezo a tomar apuntes sobre la tarea, porque no quiero observarlo mientras habla. Quedarme en su clase no ha sido buena idea. No me puedo concentrar en nada de lo que dice. Todo el tiempo me estoy preguntando qué le pasará por la cabeza, si pensará en nosotros y lo que hará en su casa por la noche. Ni siquiera cuando estoy en la mía puedo pensar en otra cosa que no sea él. Me doy cuenta de que lanzo miradas a la acera de enfrente siempre que tengo ocasión. La verdad es que, aunque hubiera cambiado de clase, habría sido lo mismo: habría vuelto corriendo a casa para poder observar por la ventana cuando llega él. El juego que estoy jugando conmigo misma me resulta de lo más agotador. Ojalá encontrara la forma de sacudirme la influencia que ejerce sobre mí. Por lo visto, él ha conseguido superarlo.

—Tenéis que empezar con apenas unas diez oraciones para la presentación de mañana. Después podemos ampliarlo a lo largo de las próximas semanas, para daros algo que preparar para el *slam* —dice Will—, y no penséis que me he olvidado. Hasta ahora, nadie de esta clase se ha presentado al *slam*. Habíamos hecho un trato.

Toda la clase empieza a protestar.

—¡El trato no era ése! Usted dijo que bastaba con observar. ¿O es que ahora además tenemos que interpretar? —pregunta Gavin.

—No. Bueno, no en sentido estricto. Todos los presentes tienen que asistir a una sesión. No hace falta que interpretéis una poesía.

Sólo quiero que vayáis como espectadores. No obstante, cabe la posibilidad de que os elijan para el «sacrificio», de modo que no estaría mal que llevaseis algo preparado.

Varios alumnos preguntan al mismo tiempo qué es el «sacrificio». Will explica el término y que pueden elegir a cualquier persona al azar; por consiguiente, quiere que todo el mundo tenga preparada una poesía antes de la noche en la que va a asistir, por si acaso.

—¿Y si queremos interpretar una poesía? —pregunta Eddie.

—Hagamos una cosa. Os propongo otro trato: quien quiera participar de forma voluntaria no tendrá que presentarse al examen final.

—Guay. Trato hecho —dice Eddie.

—¿Y si no vamos? —pregunta Javi.

—Entonces, te estarás perdiendo algo alucinante y, además, recibirás un insuficiente en participación —responde Will.

Ante la respuesta de Will, Javi pone los ojos en blanco y refunfuña.

—Y, vamos a ver, ¿sobre qué clase de cosas podemos escribir? —pregunta Eddie.

Will se sitúa delante del escritorio y se sienta a unos centímetros de mí.

—No hay ninguna norma. Podéis escribir sobre cualquier cosa: el amor, la comida, vuestro hobby, algo importante que os haya pasado en la vida. Podéis hablar de lo mucho que aborrecéis a vuestro profesor de poesía. Escribid sobre cualquier cosa, mientras sea algo que os apasione. Si el público no percibe vuestra pasión, no os sentirá a vosotros... y eso nunca tiene gracia, creedme.

Lo dice como si hablara por experiencia.

—¿Y sobre sexo? ¿Podemos escribir sobre eso? —pregunta Javi.

Es evidente que le está buscando las cosquillas, pero Will sigue impertérrito.

—Sobre lo que tú quieras, siempre que no te metas en problemas con tus padres.

—¿Y si no nos dejan ir? Quiero decir, después de todo, es un club nocturno —pregunta un alumno desde el fondo de la clase.

—Si tienen alguna reserva, lo comprendo. Si hay algún padre o madre al que no le parezca bien, estoy dispuesto a hablar con ellos al respecto. Tampoco quiero que el transporte sea una excusa. El club queda bastante lejos, de modo que, si eso plantea algún problema, llevaré un vehículo de la escuela. Cualquiera que sea el obstáculo, lo resolveremos. Me apasiona la poesía *slam* y me da la impresión de que os hago un flaco servicio como profesor si no os brindo la oportunidad de experimentarla en persona.

»Durante toda la semana iré respondiendo a vuestras preguntas

sobre el trabajo semestral, pero, por el momento, dediquémonos a la tarea de hoy. Tenéis toda la hora para acabar la poesía. Empezaremos a presentarlas mañana. Manos a la obra.

Abro mi libreta y la apoyo en mi pupitre. La miro fijamente y no tengo ni la menor idea de lo que puedo escribir. Últimamente sólo he estado pensando en Will y de ninguna manera puedo escribir una poesía acerca de él.

Cuando acaba la hora, lo único que he escrito en la hoja es mi nombre. Alzo la mirada hacia Will, que está sentado frente a su escritorio, mordiéndose la comisura del labio inferior. Tiene los ojos clavados en mi pupitre, en la poesía que aún no he escrito. Mira hacia arriba y ve que lo observo. Es la primera vez que nos miramos a los ojos en tres semanas y, aunque parezca extraño, no aparta la vista de inmediato. Si tuviera idea de lo mucho que me afecta aquel gesto con el labio, dejaría de hacerlo. La intensidad de sus ojos me hace enrojecer y de pronto el aula se vuelve cálida; los mantiene clavados en mí hasta que suena el timbre que da por concluida la clase. Se pone de pie y se dirige a abrir la puerta para dejar pasar a los alumnos que salen. Enseguida guardo la libreta y me cuelgo la mochila al hombro. No lo miro a la cara cuando salgo del aula, pero noto que me observa.

Justo cuando pensaba que se había olvidado de mí, va y me hace esto. Me paso el resto del día muy callada, tratando de analizar lo que ha hecho. Al final, la única conclusión a la que llego es que está tan confundido como yo.

Me agrada sentir el calor del sol cayéndome en la cara mientras voy hacia mi todoterreno. Ha hecho un frío de locos a principios de octubre y, según el pronóstico, las próximas dos semanas nos traerán una tregua de la nieve antes de que comience el invierno. Introduzco la llave de contacto y la giro.

No pasa nada.

Fantástico: mi todoterreno no arranca. No tengo ni idea de lo que estoy haciendo, pero aprieto el botón para abrir el capó y echo un vistazo. Hay un montón de cables y piezas metálicas y eso es todo lo que puedo comprender desde un punto de vista mecánico. Sé el aspecto que tiene la batería, de modo que saco una palanca del maletero y la golpeo con ella. Tras un nuevo fracaso al tratar de hacerla arrancar, recurro a golpear un poco más fuerte, hasta que me encuentro aporreando la batería, de pura frustración.

—No te lo recomiendo.

Will se detiene a mi lado con la mochila colgada sobre el pecho: tiene mucho aspecto de profesor y menos de Will.

—Ya me has dejado claro que la mayor parte de las cosas que

hago no te parecen recomendables —le digo y vuelvo a concentrar la atención debajo del capó.

—¿Qué le pasa? ¿No arranca?

Se agacha debajo del capó y se pone a tontear con los cables.

No entiendo lo que hace. Primero me dice que no quiere hablarme en público; después se me queda mirando fijamente en clase, y ahora está debajo de mi capó, tratando de ayudarme. No me gustan nada las contradicciones.

—¿Qué haces, Will?

Sale de debajo del capó y me mira con la cabeza de lado.

—¿Qué te parece que estoy haciendo? Intento averiguar qué le pasa a tu todoterreno.

Da la vuelta hasta el asiento del conductor y trata de arrancar el motor.

Lo sigo hasta la puerta.

—Quiero decir, ¿por qué lo haces? Me has dejado muy claro que no quieres que te dirija la palabra.

—Layken, eres una alumna que se ha quedado varada en el aparcamiento. No puedo ir a buscar mi coche y, simplemente, pasar de largo.

Ya sé que, al referirse a mí como «una alumna», no lo hace como un agravio, pero lo siento así, sin ninguna duda. Se da cuenta de que no ha elegido bien las palabras, suspira, se apea del coche y vuelve a mirar debajo del capó.

—Oye, que no es lo que he querido decir —se defiende y juguetea con otros cables.

Meto la cabeza bajo el capó, a su lado, tratando de parecer natural mientras continúo con mi argumento.

—Ha sido muy difícil, Will. A ti te ha resultado de lo más sencillo aceptarlo y seguir adelante, pero para mí no ha sido tan fácil. No puedo pensar en nada más.

Will se agarra al borde del capó con las manos y vuelve la cabeza hacia mí.

—¿Te parece que para mí ha sido sencillo? —susurra.

—Pues es la impresión que das.

—Lake, nada de todo esto ha sido fácil. He tenido que hacer un gran esfuerzo para venir todos los días a trabajar, sabiendo que es precisamente este trabajo lo que nos separa. —Se da la vuelta y se apoya en el coche—. Si no fuera por Caulder, habría renunciado el día que te vi en el pasillo, me habría tomado un año sabático… y habría esperado a que acabaras los estudios para regresar. —Se vuelve hacia mí y baja aún más la voz—. Créeme, he pensado en todas las posibilidades. ¿Cómo te parece que me siento al saber que soy el motivo que te hace sufrir, que soy el motivo por el cual estás tan

triste?

Su sinceridad me sorprende. No tenía ni idea.

—Yo... Perdón... Pensaba que...

Will me interrumpe en mitad de la frase y se vuelve otra vez hacia el coche.

—La batería está bien. Da la impresión de que podría ser el alternador.

—¿No te arranca el coche? —pregunta Nick, acercándose a nosotros, lo cual explica el repentino comportamiento cauteloso de Will.

—No y, según el señor Cooper, necesito un alternador nuevo.

—¡Qué putada! —exclama Nick y mira debajo del capó—. Te puedo llevar a casa, si quieres.

Cuando me dispongo a rechazar su ofrecimiento, Will interviene:

—Eso sería estupendo, Nick —dice, mientras cierra el capó.

Lo fulmino con la mirada, pero él hace caso omiso de mi protesta silenciosa. Will se aleja y me deja con Nick y sin ninguna otra opción para regresar a casa.

—Estoy aparcado por allí —dice Nick y se dirige a su coche.

—Deja que coja primero mis cosas.

Agarro el bolso y, cuando las busco con la mano, veo que las llaves del coche no están. Will ha debido de llevárselas sin querer. No cierro con el seguro, por si no las tiene: no quiero sumar también los honorarios del cerrajero a nuestra deuda, que no para de aumentar.

—¡Guau! ¡Qué coche más chulo! —digo cuando llegamos al de Nick.

Es un pequeño coche deportivo negro. No estoy segura del modelo, pero no tiene ni una mota de polvo.

—No es mío —dice cuando nos subimos—, sino de mi padre, pero me deja conducirlo cuando no trabaja.

—Es chulo, de todos modos. ¿Te importaría pasar por la escuela primaria Chapman? Tengo que recoger a mi hermano pequeño.

—No hay ningún problema —responde y sale del aparcamiento hacia la izquierda—. Entonces, chica nueva, ¿aún echas de menos Texas?

Ya llevo un mes aquí y me sigue llamando «chica nueva».

—Sí —me limito a responder.

Intenta mantener una conversación sobre temas triviales, pero trato sus preguntas como si fueran retóricas, aunque no lo son. No puedo dejar de pensar en lo que me estaba diciendo Will antes de que él nos interrumpiera. Finalmente se da por enterado de que no estoy por la labor y enciende la radio.

Cuando llegamos a la escuela de Kel, me apeo para que me vea, ya que no estoy en mi coche. Al divisarme, viene corriendo hacia mí,

seguido de Caulder.

—Eh, ¿qué le ha pasado a tu todoterreno?

—No arranca. Sube, que Nick nos lleva a casa.

—Vale. Caulder viene hoy con nosotros.

Abro la puerta de atrás y los dos suben al pequeño asiento trasero. Enseguida empiezan a hacer comentarios admirativos. Dedican el resto del breve trayecto a comparar Transformers y a hablar del coche de Nick. Cuando llegamos a casa, Kel y Caulder saltan del coche y entran corriendo. Doy las gracias a Nick y sigo a los niños hacia la casa, cuando oigo que Nick abre su puerta.

—Espera, Layken —me llama.

¡Ay! Casi lo consigo. Cuando me vuelvo, está de pie en la entrada y parece nervioso.

—Esta semana, Eddie, Gavin y yo vamos a ir a Getty. ¿Quieres venir?

Definitivamente, no tendría que haber coqueteado con Nick. Me siento culpable, porque sé a ciencia cierta que le he dado las señales erróneas.

—No lo sé. Tendré que consultarlo con mi madre. Te contesto mañana, ¿vale?

Advierto sus ojos ilusionados y desearía haberme adelantado y haberle dicho que no. No quiero seguir dándole esperanzas.

—Sí, mañana. Hasta entonces —dice Nick.

Cuando entro en casa, Kel y Caulder están sentados a la barra con los deberes sobre la mesa.

—Caulder, ¿es que ahora vives con nosotros o qué?

Me mira con sus grandes ojos verdes, tan parecidos a los de Will.

—Me puedo ir a casa, si quieres.

—Que no; que era broma. Me gusta que estés aquí: así, el renacuajo este no se mete conmigo.

Pellizco los hombros de Kel y voy a coger algo de beber.

—Y ese Nick ¿es tu novio? Pensé que mi hermano iba a ser tu novio.

El comentario de Caulder me coge desprevenida y escupo el zumo que tengo en la boca.

—No, ninguno de los dos es novio mío. Tu hermano y yo sólo somos amigos, Caulder.

—Pero, Layken —dice Kel, mirando a Caulder con una sonrisa pícara—, te vi besarlo la noche que te trajo a casa. En la entrada. Yo estaba mirando por la ventana de mi dormitorio.

Se me atora el corazón en la garganta, me acerco y apoyo las manos con firmeza en la barra, frente a ellos.

—Kel, no vuelvas a repetir jamás lo que acabas de decir. ¿Me oyes?

Se le agrandan los ojos y tanto Caulder como él se echan atrás en la silla a medida que yo me inclino hacia ellos por encima de la barra.

—Lo digo en serio. No has visto lo que te parece haber visto. Will podría tener muchos problemas si repites lo que has dicho. De verdad.

Los dos asienten con la cabeza y yo retrocedo y me dirijo a mi habitación. Saco la libreta del bolso y me dejo caer junto a ella en la cama para ponerme a hacer los deberes, pero no puedo concentrarme: la mera idea de que se llegue a saber algo sobre Will y sobre mí me distrae. Por mucho que deteste que no podamos estar juntos, detesto aún más la posibilidad de que lo echen. Necesita ese trabajo. Will sólo tenía un año más que yo cuando murieron sus padres y, básicamente, desde entonces el padre es él. Cuanto más lo pienso, más me arrepiento de haber sido tan dura con él y con la decisión que ha tomado. El dolor que me produce que no podamos estar juntos no es nada en comparación con lo que Will debe de estar pasando. Cada día lo considero menos un igual y más me siento su alumna.

Decido ponerme a trabajar en la poesía, que ni siquiera he comenzado aún, pero, cuando entra mi madre al cabo de media hora, sigo mirando fijamente la página en blanco.

—¿Dónde está tu todoterreno?

—Ay, me olvidé de decírtelo: no arranca. Es el alternador o algo así. Está aparcado en el instituto.

—¿Cómo te puedes olvidar de decirme algo así? —protesta, y su frustración resulta evidente.

—Perdón. Estabas durmiendo cuando llegué y, como sé que has estado mala esta semana, no he querido despertarte.

Suspira y se sienta en mi cama.

—No sé cuándo podré llevarlo a arreglar. Trabajo los próximos días. ¿Te importa si se queda en el instituto un par de días, hasta que encuentre alguna solución?

—Mañana lo pregunto, aunque dudo de que se den cuenta siquiera de que está allí.

—De acuerdo. Bueno, me voy a trabajar.

Se pone de pie para marcharse.

—Pero si tu turno no empieza hasta dentro de unas horas…

—Tengo cosas que hacer —se apresura a responder.

Cierra la puerta y me deja cuestionándome la validez de su respuesta.

Me estoy secando el pelo después de darme una ducha cuando me parece oír el timbre de la puerta. Apago el secador y presto atención hasta que, al cabo de un momento, vuelve a sonar.

—¡Kel! ¡Llaman a la puerta! —grito, mientras me pongo el

pantalón del chándal.

Me recojo el cabello, húmedo todavía, con una goma y lo vuelvo a recoger por la mitad en lo alto de la cabeza; después me pongo una camiseta sin mangas. Suena otra vez el timbre.

Me acerco a la puerta y espío por la mirilla: es Will. Tiene los brazos cruzados y mira fijamente al suelo. Me da un vuelco el corazón al verlo allí y me vuelvo para echarme un vistazo en el espejo de la entrada. Desde luego, tengo todo el aspecto de estar recién salida de la ducha, pero por lo menos no llevo puestas las zapatillas de andar por casa de Kel. ¡Ay! Y ¿qué más da?

Abro y le hago señas para que entre. Se adelanta lo suficiente para que pueda cerrar la puerta, pero no da un paso más.

—Vengo a buscar a Caulder. Es la hora del baño.

Sigue con los brazos cruzados y sus palabras son cortantes. Lo interpreto como una señal de que, por el momento, no voy a conseguir de él ninguna confesión más, de modo que le pido que espere mientras voy a buscarlo. Miro en el dormitorio de Kel, en el de mi madre y, por último, en el mío y se me acaban las habitaciones.

—Aquí no hay nadie, Will —le digo cuando regreso a la sala de estar.

—Tienen que estar aquí. En mi casa no están.

Recorre el pasillo y mira en las habitaciones, mientras los llama. Yo abro la puerta del patio, enciendo la luz exterior y reviso rápidamente aquel espacio reducido.

—Atrás no están —le anuncio cuando volvemos a encontrarnos en la sala de estar.

—Miraré de nuevo en mi casa —dice.

Cruza la calle y voy tras él. Fuera está oscuro y ha bajado mucho la temperatura. Cada vez me inquieto más. Sé que Kel y Caulder no pueden estar al aire libre a estas horas. Si no se encuentran en ninguna de las dos casas, no se me ocurre dónde pueden haberse metido.

Will recorre con rapidez toda su casa. Como en realidad nunca he pasado de la entrada, no me parece oportuno seguirlo, de modo que me quedo en la puerta y espero.

—Aquí no están —dice sin poder disimular la incertidumbre.

Me llevo las manos a la boca para ahogar un grito, al advertir la gravedad de la situación. Will detecta el temor en mis ojos y me abraza.

—Los encontraremos. Tienen que estar jugando en alguna parte. —Su tranquilidad es efímera, porque me suelta y vuelve a salir por la puerta principal—. Mira en el jardín de atrás; nos encontramos delante.

Los dos los llamamos a gritos y el pánico me sube por el pecho.

Recuerdo lo ocurrido una vez, cuando estaba cuidando a Kel, que tenía cuatro años, y pensé que lo había perdido. Lo busqué por toda la casa durante veinte minutos, hasta que finalmente no supe qué hacer y avisé a mi madre. Ella llamó enseguida a la policía, que llegó al cabo de unos minutos. No habían acabado de registrar la casa cuando por fin llegó ella y el pánico que vi en sus ojos cuando entró por la puerta me atravesó el corazón y las dos nos echamos a llorar. Después de buscarlo durante más de quince minutos, un agente encontró a Kel durmiendo como un tronco encima de las toallas dobladas del armario del cuarto de baño. Según parece, se estaba escondiendo de mí y se había quedado dormido.

Abrigo la esperanza de experimentar la misma sensación de alivio cuando examino el jardín de atrás de Will, pero allí no están. Regreso por el costado de la casa y veo a Will mirando el interior de su coche. Cuando me ve correr hacia él, se lleva el dedo a la boca para indicarme que no haga ruido. Echo un vistazo al asiento trasero y veo a Kel y a Caulder agachados en el suelo, con los dedos y las manos en forma de pistolas, planchando la oreja.

Lanzo un suspiro de alivio.

—Como vigilantes serían un desastre —susurra.

—Pues sí.

Nos quedamos los dos allí, mirando a nuestros hermanos pequeños. Will me rodea con el brazo y me aprieta rápidamente los hombros. Sin embargo, su abrazo no dura mucho, así que ya sé que no es más que una manifestación de alivio al ver que nuestros hermanos están a salvo.

—Ah, antes de que los despiertes, dentro tengo algo para ti.

Se dirige a su casa, de modo que lo sigo y entro en la cocina tras él.

El corazón me continúa latiendo con fuerza en el pecho, aunque no puedo distinguir si es una secuela de la búsqueda de nuestros hermanos o si se debe al simple hecho de estar en su presencia.

Extrae algo de su cartera y me lo entrega.

—Tus llaves —dice y las deja caer en mi mano.

—Gracias —le digo algo desilusionada.

No sé qué esperaba que tuviera, aunque fantaseaba con que fuera su carta de renuncia.

—Ahora va bien. Supongo que podrás volver con él a casa mañana.

Se acerca al sofá y toma asiento.

—¿Qué dices? ¿Lo has arreglado? —pregunto.

—Bueno, no lo he arreglado yo. Conozco a un tío y le ha cambiado el alternador esta tarde.

Me vuelve a la cabeza lo que dijo en el aparcamiento. En

realidad, dudo de que se molestara en cambiarle el alternador al coche de cualquier otro alumno.

—Will, no tenías que hacerlo —le digo y me siento a su lado en el sofá—. Gracias, de todos modos. Te lo pagaré.

—No te preocupes. Me habéis ayudado mucho con Caulder últimamente. Es lo menos que puedo hacer.

Una vez más, no sé qué decir a continuación. Se repite la sensación del primer día, cuando, de pie en su cocina, me preguntaba qué podía hacer, después de que me ayudase con la venda. Debería marcharme, supongo, pero me gusta estar aquí, a su lado, aunque me vuelva a encontrar en deuda con él. Recupero la confianza suficiente para seguir hablando.

—Entonces ¿podemos reanudar nuestra última conversación? —le pregunto.

Se acomoda en el sofá y apoya los pies en la mesa de centro que tenemos delante.

—Depende —dice—. ¿Has encontrado alguna solución?

—Pues no —respondo en el preciso instante en el que me viene a la mente una posibilidad. Apoyo la cabeza en el respaldo del sofá y le propongo mi idea con mansedumbre—: Supón que lo que sentimos se vuelve más... complejo.

Hago una breve pausa, porque no sé cómo va a tomar mi nueva sugerencia, de modo que prosigo con pies de plomo.

—No me opongo a la idea de acabar el instituto por libre.

—Eso es ridículo —espeta y me mira con severidad—. Ni se te ocurra. No vas a dejar de ir a clase de ninguna manera, Lake.

Vuelvo a ser «Lake».

—Sólo era una idea —digo.

—Menuda idea. ¡Vaya tontería!

Nos quedamos pensando en silencio y a ninguno de los dos se nos ocurre otra solución. Mantengo la cabeza apoyada en el respaldo del sofá y lo observo. Entrelaza las manos por detrás de la cabeza y mira al techo. Tiene las mandíbulas bien apretadas y, distraído, hace crujir los nudillos.

Ya no lleva la misma ropa que cuando se viste de profesor, sino una camiseta blanca lisa y ajustada con unos pantalones de chándal de color gris, casi idénticos a los míos. Advierto por primera vez que tiene el cabello húmedo. Hacía semanas que no lo tenía tan cerca y estaba empezando a olvidar su olor. Inhalo y me llega el aroma de su loción para después de afeitar. Huele igual que el aire de Texas cuando está a punto de empezar a llover.

Tiene una pizca de espuma de afeitar justo debajo de la oreja izquierda. Instintivamente, le acerco la mano al cuello para quitársela. Se estremece y se vuelve hacia mí, de modo que me pongo a la

defensiva y levanto el dedo para mostrarle el motivo por el cual lo he tocado. Me coge la mano y me refriega el dedo contra la camiseta para quitarle la espuma sobrante.

Nuestras manos descansan en su pecho y seguimos mirándonos en silencio. Apoyo la palma sobre su corazón y lo siento latir con rapidez. Sé que este contacto entre nosotros no está bien, pero resulta de lo más agradable.

Deja mi mano en su pecho, que sube y baja al ritmo de su respiración. Advierto en sus ojos exactamente la misma mirada que cuando me observaba hoy en clase, pero esta vez mi reacción física es más intensa y me esfuerzo por controlar la fuerza que me impele a acercarme a él y a besarlo. Hace más de un mes que quiero hablar así con él. Aún tenía muchas cosas que expresar antes de que él empezara a actuar como si yo no existiera. Me temo que mi aislamiento se reanudará en cuanto salga de su casa esta noche, de modo que me atrevo a decirle lo que le quiero transmitir hace semanas.

—¿Will? —susurro—. Te esperaré… hasta que acabe el instituto.

Exhala y cierra los ojos, mientras me pasa el pulgar por el dorso de la mano.

—Eso es mucho esperar, Lake. En un año pueden pasar muchas cosas.

Siento en la palma de la mano que aumentan sus latidos.

No sé qué me pasa, pero me acerco a él y vuelvo su rostro hacia el mío. Necesito que se fije en mí.

No me mira a los ojos, sino que se concentra en la mano que sube lentamente por mi brazo. Las mismas sensaciones que me invadieron la primera noche que nos besamos vuelven en tropel. ¡Cómo he echado de menos el contacto físico con él!

Desplaza la mano a mi hombro, pasa los dedos por debajo del tirante de mi camiseta y va siguiendo poco a poco sus bordes. Sus movimientos son lentos y metódicos: baja los pies de la mesita que tiene delante y gira el cuerpo hacia mí. Su expresión parece cargada de conflicto, pero se adelanta despacio y apoya los labios en mi hombro. Le pongo las manos en la nuca e inhalo. Se le acelera la respiración a medida que sus labios me rozan el hombro hasta llegar a mi cuello. La habitación empieza a dar vueltas y cierro los ojos. Sus labios recorren mi mandíbula y se acercan a mi boca. Cuando siento que se aleja, abro los ojos: me está observando. Percibo en su mirada un instante brevísimo de vacilación justo antes de que sus labios envuelvan los míos.

Con anterioridad, sus besos habían sido muy suaves y delicados. Ahora lo impulsa un ansia diferente. Desliza las manos por debajo de mi camiseta y me coge por la cintura. Devuelvo sus besos con la misma pasión febril. Le paso las manos por el pelo y lo acerco a mí,

mientras me tumbo en el sofá. En cuanto empieza a dejar caer el cuerpo sobre el mío, sus labios se alejan y se incorpora.

—¡Basta! —dice—. No podemos seguir adelante.

Cierra los ojos con fuerza y apoya la cabeza en el respaldo del sofá.

Me incorporo, sin hacer caso de su protesta; mis manos le suben por el cuello hasta el pelo. Apoyo los labios en los suyos y me siento en su regazo. Vuelve a ponerme las manos en torno a la cintura, me acerca a él y devuelve mi beso con más intensidad aún.

Tiene razón: cada vez son mejores.

Mis manos encuentran el borde inferior de su camiseta y se la subo. Nuestros labios se separan por un instante, mientras la camiseta pasa entre nosotros. Le pongo las manos en el pecho y recorro con ellas el contorno de sus músculos mientras nos seguimos besando. Me coge por los brazos y me hace descender sobre el sofá. Espero que vuelva a encontrar mi boca, pero, por el contrario, se aparta de mí y se pone de pie.

—¡Levántate, Layken! —me ordena.

Me coge de la mano y me obliga a ponerme de pie.

Me enderezo, atrapada todavía en aquel instante y sin dejar de jadear.

—Esto... ¡no puede ser! —Él también trata de respirar con normalidad—. Ahora soy tu profesor. Todo ha cambiado... Esto no está bien.

¡Qué inoportuno! Me flaquean las rodillas, de modo que me siento otra vez en el sofá en busca de apoyo.

—No diré nada, Will. Te lo juro.

No quiero que se arrepienta de lo que acaba de ocurrir entre nosotros. Por un instante, me ha dado la impresión de que volvíamos a donde teníamos que estar; ahora, al cabo de unos segundos, estoy confusa de nuevo.

—Lo siento, Layken, pero esto no está bien —dice, mientras va de un lado a otro—. No es bueno para ninguno de los dos. No te conviene.

—¿Y tú qué sabes acerca de lo que me conviene? —respondo con brusquedad.

Me vuelvo a poner a la defensiva.

Deja de caminar de un lado a otro y se vuelve hacia mí.

—No me vas a esperar. No dejaré que renuncies al que debería ser el mejor año de tu vida. He tenido que crecer demasiado deprisa, pero no te lo voy a quitar a ti también. No sería justo. No quiero que me esperes, Layken.

Su cambio de actitud y la manera en la que pronuncia mi nombre completo hacen que la habitación se quede sin oxígeno. Me mareo.

—No voy a renunciar a nada —respondo con voz débil.

Si hubiera podido hacer acopio de suficiente energía, lo habría gritado.

Coge la camiseta y se la pasa por la cabeza, mientras se aleja aún más de mí. Va al otro extremo de la sala de estar y da la vuelta por detrás del sofá. Se apoya en el respaldo y deja caer la cabeza entre los hombros, sin mirarme a los ojos.

—Mi vida está llena de responsabilidades. ¡Estoy criando a un niño, por el amor de Dios! No podría dar prioridad a tus necesidades. ¿Es que no lo ves? Ni siquiera podría ponerlas en segundo lugar. —Alza la cabeza poco a poco y me vuelve a mirar—. Y tú te mereces algo mejor que el tercer puesto.

Voy hacia él, me arrodillo delante, encima del sofá, y apoyo las manos sobre las suyas.

—Sé que tienes que dar más importancia a tus responsabilidades que a mí y por eso te quiero esperar, Will. Eres una buena persona. Y esto, esto que tú consideras un defecto... es lo que me enamora de ti.

Mis últimas palabras se me escurren como si hubiera perdido el escaso autocontrol que aún me quedaba. De todos modos, no me arrepiento de haberlas dicho.

Retira las manos de debajo de las mías y las coloca con firmeza a ambos lados de mi cara. Me mira directamente a los ojos.

—No te estás enamorando de mí. —Lo dice como si fuera una orden—. No te puedes enamorar de mí.

Sus ojos son duros y vuelve a apretar las mandíbulas. Siento que se me empiezan a llenar los ojos de lágrimas, pero entonces me suelta y se dirige a la puerta.

—Lo que ha ocurrido esta noche... —al hablar hace un gesto en dirección al sofá— no puede volver a suceder. No se repetirá jamás.

Lo dice como si tratara de convencer a alguien más que a mí.

Sale dando un portazo y me quedo sola en su sala de estar. Me aprieto el estómago con las manos y se me intensifica la náusea. Me temo que, a menos que recupere pronto la compostura, no podré estar de pie el tiempo suficiente para llegar hasta mi casa. Inhalo por la nariz y exhalo por la boca y empiezo la cuenta atrás a partir del diez.

Es una táctica de superación que aprendí de mi padre cuando era pequeña. Yo solía experimentar lo que mis padres llamaban «sobrecargas emocionales». Mi padre me rodeaba entonces con sus brazos y me apretaba lo más fuerte que podía, mientras contábamos hacia atrás. Algunas veces fingía los berrinches sólo para que él tuviera que estrecharme. Lo que no daría yo en este preciso instante por un abrazo de mi padre...

Se abre la puerta y vuelve a entrar Will con Caulder dormido en brazos.

—Kel se ha despertado y está yendo a tu casa. Deberías ir tú también —dice en voz baja.

Me siento totalmente avergonzada: avergonzada por lo que acaba de ocurrir entre nosotros y porque me esté haciendo sentir desesperada y más débil que él. Cojo con brusquedad las llaves de la mesa de centro, me dirijo hacia la puerta y me detengo frente a él.

—¡Eres un gilipollas! —le digo.

Me vuelvo y me marcho dando un portazo.

En cuanto llego a mi dormitorio, me desplomo en la cama y me echo a llorar. Aunque sea negativa, por fin me llega la inspiración para componer mis versos. Agarro un bolígrafo y me pongo a escribir, mientras voy secando las lágrimas que emborronan el papel.

7

You can't be like me,
But be happy that you can't.
I see pain but I don't feel it.
I am like the old Tin Man.[8]

Tin Man,
THE AVETT BROTHERS

Según Elisabeth Kübler-Ross, cuando muere un ser querido elaboramos el duelo en cinco etapas: negación, ira, negociación, depresión y aceptación.

Cuando vivíamos en Texas, durante el último semestre del primer año me apunté a una clase de psicología. Estábamos hablando de la cuarta etapa cuando entró en el aula el director, pálido como un fantasma.

—Layken, ¿puedes salir un momento al pasillo, por favor?

El señor Bass era un hombre agradable, panzudo, de manos regordetas y rellenito en lugares en los que parecía imposible ser rechoncho. Era un día de primavera de un frío insólito para Texas, aunque nadie lo habría dicho, por los círculos de sudor que tenía bajo los brazos. Era el tipo de director que se metía en su despacho, en lugar de dar vueltas por los pasillos. Jamás salía a buscar los problemas; esperaba que éstos acudieran a él. Entonces ¿por qué estaba allí?

Con una sensación de vacío en la boca del estómago, me puse de pie y caminé lo más lento que pude hacia la puerta del aula. Él no me miraba a la cara. Recuerdo que lo miré de frente, pero sus ojos se clavaron en el suelo. Se compadecía de mí. ¿Por qué?

Cuando salí al pasillo, estaba allí mi madre, con las mejillas surcadas de chorreones de rímel. Su mirada me reveló el motivo de su presencia: por qué estaba allí ella y mi padre no.

Moví la cabeza de un lado a otro, sin querer convencerme de que era cierto.

—¡No! —exclamé varias veces.

Me rodeó con sus brazos y se desplomó. En lugar de sostenerla,

simplemente me fundí con ella. Aquel día, en el suelo del pasillo de mi instituto, experimenté la primera etapa de mi duelo: la negación.

Gavin se prepara para interpretar su poesía. Está de pie al frente de la clase, con el papel temblándole entre los dedos; carraspea y se dispone a leer.

Paso por alto la presencia de Gavin y me concentro en Will; me pregunto si las cinco etapas del duelo se aplicarán sólo a la muerte de un ser querido. ¿Servirán también cuando muere un aspecto de nuestra vida? En ese caso, no cabe duda de que estoy justo en mitad de la segunda etapa: la ira.

—¿Cómo se titula, Gavin? —pregunta Will.

Está sentado delante de su escritorio y va tomando notas en su cuaderno a medida que los alumnos hacen su presentación. Me cabrea que esté tan atento y concentrado en todo... menos en mí. Me enfurece su capacidad para hacerme sentir como si yo fuera un inmenso vacío invisible. Me irrita la forma en la que se detiene para morder el extremo de su bolígrafo. Anoche, los mismos labios que rodean la punta de su espantoso bolígrafo rojo me subían por el cuello.

Aparto de mi cabeza la idea del beso con la misma rapidez con la que se ha colado. No sé cuánto tardaré, pero estoy decidida a cortar el dominio que ejerce sobre mí.

—Bueno, la verdad es que no le he puesto ningún título —responde Gavin, que es el penúltimo en hacer su presentación—, pero supongo que podríamos llamarla «Declaración previa».

—«Declaración previa», ¡adelante! —exclama Will con una voz de profesor que también me pone furiosa.

—Ejem —carraspea Gavin.

Las manos le tiemblan aún más cuando empieza a leer.

Un millón, cincuenta y un mil
doscientos minutos.
Ésa es, aproximadamente, la cantidad de minutos
que llevo queriéndote,
*la cantidad de minutos que he **pensado** en ti,*
*la cantidad de minutos que me he **preocupado** por ti,*
*la cantidad de minutos que he dado gracias a **Dios** por ti,*
*la cantidad de minutos que he dado gracias a **todos los dioses***
*del **universo** por ti.*
Un millón,
cincuenta y un mil
doscientos
minutos...

Un millón, cincuenta y un mil
doscientos minutos.
*Ésa es la cantidad de veces que me has hecho **sonreír**,*
*la cantidad de veces que me has hecho **soñar**,*
*la cantidad de veces que me has hecho **creer**,*
*la cantidad de veces que me has hecho **descubrir**,*
*la cantidad de veces que me has hecho **adorar**,*
*la cantidad de veces que me has hecho **valorar***
***mi vida**.*

Gavin se dirige al fondo de la clase, donde está sentada Eddie. Hinca una rodilla en el suelo delante de ella y lee la última estrofa de su poesía.

*Y exactamente **dentro de un millón, cincuenta y un mil***
doscientos minutos** te voy a **proponer matrimonio
*y te voy a pedir que compartas conmigo **todos** los minutos*
*que te quedan de **vida**.*

Eddie, radiante, se inclina hacia él y lo abraza. La clase está dividida: los chicos reniegan y las chicas se derriten. Yo me limito a moverme inquieta en mi asiento, preparándome para el último poema de hoy: el mío.

—Gracias, Gavin. Ya puedes tomar asiento. Lo has hecho muy bien.

Will no levanta la vista de sus notas cuando me llama para que lea mi poema. Pronuncia mi nombre en voz baja y llena de inquietud:

—Layken, te toca a ti.

Estoy preparada. Me gusta mi poema. Es breve, pero conciso. Ya me lo sé de memoria, de modo que dejo el papel encima de mi pupitre y me coloco frente a la clase.

—Quisiera hacer una pregunta.

El corazón me late deprisa cuando advierto que es la primera vez que hablo en voz alta con Will en su clase desde que empecé a asistir a ella, hace un mes. Vacila, como si no supiera si aceptar que pueda tener una pregunta que formularle, y hace un ligero gesto con la cabeza en señal de asentimiento.

—¿Hay una duración mínima? —pregunto.

No sé qué habrá pensado que iba a preguntar, pero parece aliviado de que sea eso.

—No, mientras se entienda lo que quieres decir. Recuerda que no hay normas establecidas.

Se le quiebra un poco la voz al responder y advierto en su rostro que conserva fresco en su memoria lo sucedido anoche entre nosotros.

Mejor que mejor.

—Muy bien. Allá voy —balbuceo—. Mi poesía se titula «Verde».

Me coloco frente a la clase y recito de memoria mi poema, toda orgullosa.

Según el diccionario de sinónimos...,
y según ***yo misma****...,*
hay más de treinta formas distintas
de poner verde
a alguien:

Exclamo a toda pastilla las siguientes palabras y toda la clase se estremece... incluido Will.

Burro, estúpido, cruel, cabrón, descortés, duro, malvado,
odioso, desalmado, vicioso, despiadado, implacable,
despótico, malévolo, execrable, bastardo,
bárbaro, resentido, bruto, insensible, degenerado,
salvaje, depravado, avieso, fiero, rudo, inconmovible,
rencoroso, pernicioso, inhumano, monstruoso,
sanguinario, inexorable
y, la que más me gusta a ***mí, ¡gilipollas!***

Echo una ojeada a Will antes de volver a mi asiento: se ha puesto colorado y aprieta los dientes. Eddie es la primera en aplaudir, seguida por el resto de las compañeras de clase. Me cruzo de brazos y clavo la mirada en mi pupitre.

—¡Joder, tía! —suelta Javi—. ¿Quién te ha cabreado tanto?

Suena el timbre y los alumnos empiezan a salir en fila. Will no dice ni una palabra. Me pongo a guardar mis cosas en el bolso y Eddie se me acerca corriendo.

—¿Ya has hablado con tu madre? —me pregunta.

—¿Con mi madre? ¿De qué?

No tengo ni la menor idea de a qué se refiere.

—De salir. Nick te invitó ayer a salir, ¿no? ¿No le dijiste que tenías que preguntárselo a tu madre?

—Ah, eso —respondo.

Y ¿eso ocurrió ayer? Me da la impresión de que fue hace un siglo. Echo un vistazo hacia donde está Will y veo que me observa, a la espera de que conteste a Eddie y con la cara totalmente inexpresiva. En este momento me gustaría que no fuera tan hermético. Supongo que en su fuero interno se siente celoso, de modo que me lanzo:

—Sí, claro. Dile a Nick que acepto encantada —miento sin apartar los ojos de Will.

Él coge el bolígrafo y el cuaderno, abre uno de los cajones del escritorio, los echa dentro y lo cierra de golpe. Eddie se sobresalta y se vuelve a mirarlo. Consciente de haber llamado la atención hacia su persona, él se pone de pie y, actuando como si no estuviéramos presentes, empieza a borrar la pizarra. Eddie se vuelve otra vez hacia mí.

—¡Estupendo! Por cierto, hemos decidido salir el jueves, así, después de Getty, podemos ir al *slam*. Como sólo disponemos de unas cuantas semanas, mejor nos lo quitamos de en medio. ¿Quieres que te pasemos a buscar?

—Vale.

Eddie bate palmas, entusiasmada, y sale del aula dando brincos. Will sigue borrando la pizarra limpia, mientras yo me dirijo a la salida.

—Layken —me llama.

Noto aspereza en su voz.

Me detengo junto a la puerta, pero sin volverme hacia él.

—Tu madre trabaja los jueves por la noche. Siempre llamo a una canguro los jueves, porque voy a las sesiones de *slam*. Lleva a Kel a mi casa antes de salir, si quieres.

Me limito a irme sin responder.

Durante la comida me siento incómoda. Eddie ya ha informado a Nick de que he aceptado salir con ellos, de modo que todo el mundo habla de nuestros nuevos planes. Todo el mundo menos yo. Dejando aparte algún gesto de la cabeza y algún murmullo de asentimiento, no digo nada. No tengo apetito, de modo que Nick se come casi toda mi comida. Con la cuchara, paseo por mi bandeja el arroz con leche, que va incorporando rastros de ketchup aquí y allá. Me recuerda los restos del muñeco de nieve asesinado en la entrada de mi casa. Durante varios días, cada vez que salía dando marcha atrás, la rueda patinaba sobre su cuerpo duro como el hielo. Me pregunto si mi todoterreno sería igual de silencioso si atropellara a Will, si sin querer diera marcha atrás y le pasara por encima y después pusiera primera y siguiera adelante.

—Layken, ¿no le vas a hacer caso? —dice Eddie.

Alzo la mirada y veo a Will de pie detrás de Nick, contemplando el revoltijo que he creado en mi bandeja.

—¿Cómo dices? —pregunto a Eddie.

—El señor Cooper quiere hablar contigo —dice, mientras lo señala con la cabeza.

—Seguro que te has metido en un lío por haber dicho «gilipollas» —comenta Nick.

Me llevo la mano a la garganta, temerosa de que esté a punto de estallar. Pero ¿qué hace? ¿Cómo me pide que vaya con él delante de

todo el mundo? ¿Acaso se ha vuelto loco?

Deslizo la silla hacia atrás y dejo la bandeja en la mesa, mientras lo observo con cautela. Sale de la cafetería en dirección a su aula y lo sigo. Es un buen trecho: una caminata embarazosa, tensa y en silencio.

—Tenemos que hablar —dice, mientras cierra la puerta a sus espaldas—. Ahora.

No sé si en este momento es *Will*. No entiendo desde qué ángulo se me viene encima. No sé si obedecerlo… o pegarle un puñetazo. Me quedo cerca de la puerta, me cruzo de brazos y me esfuerzo por parecer enfadada.

—¡Pues habla! —digo.

—¡Joder, Lake! Que no soy tu enemigo. Deja de aborrecerme.

Es Will.

Me abalanzo hacia él y alzo las manos, frustrada.

—¿Que deje de aborrecerte? ¡A ver si te aclaras, Will! Anoche me dijiste que dejara de quererte… ¿y ahora me pides que deje de aborrecerte? Me dices que no quieres que te espere y, sin embargo, ¡te comportas como un adolescente inmaduro cuando accedo a salir con Nick! Quieres que actúe como si no te conociera, pero ¡después me sacas del comedor delante de todo el mundo! Tenemos toda esta fachada entre nosotros, como si fuéramos otras personas todo el tiempo, ¡y es agotador! Nunca sé cuándo eres Will o el señor Cooper y no tengo la menor idea de cuándo se supone que soy Layken o Lake…

Estoy harta de que me líe. Tan harta estoy que me dejo caer en la silla que ocupo durante sus clases. No sé lo que piensa, porque permanece de pie, impasible, inexpresivo. Pasa a mi lado poco a poco y toma asiento en el pupitre detrás del mío. Sigo mirando al frente y él se inclina hacia delante lo suficiente para susurrar algo. Mi cuerpo se tensa y siento una opresión en el pecho cuando abre la boca.

—No pensé que sería tan difícil.

No quiero darle la satisfacción de dejarle ver las lágrimas que me surcan las mejillas.

—Lamento lo que te dije antes acerca del jueves —dice—. Fui sincero en su mayor parte. Sé que necesitarás a alguien que cuide a Kel y que he puesto el *slam* como tarea obligatoria, pero no debería haber reaccionado así; por eso te he pedido que vinieras: para disculparme. No volverá a suceder. Te lo juro.

Se abre la puerta del aula y Will se pone de pie de un salto. Su movimiento brusco sobresalta a Eddie, que nos observa con curiosidad desde la entrada. Sostiene la mochila que he dejado en la cafetería. No puedo ocultar las lágrimas que me siguen asomando a los ojos, de modo que miro hacia otro lado. No hay nada que Will o yo podamos hacer a estas alturas para ocultar la tensión entre nosotros.

Eddie levanta las palmas y deposita con suavidad mi mochila en

el pupitre más cercano a la puerta. Sale del aula caminando hacia atrás y susurra:

—Disculpen... Ya me marcho.

Cierra la puerta al salir.

Will se pasa las manos por el pelo y se pone a dar vueltas por el aula.

—Genial... —farfulla.

—Ya está bien, Will —le digo, mientras me pongo de pie y me dirijo hacia mi mochila—. Si me pregunta, le diré que estabas molesto conmigo porque he dicho «gilipollas»... y «burro»... y «cabrón»... y «bastar»...

—¡Ya te he entendido!

Tengo la mano en el pomo de la puerta cuando vuelve a decir mi nombre, de modo que espero.

—También quería disculparme... por lo de anoche —dice.

Me vuelvo hacia él cuando hablo.

—¿Lamentas lo ocurrido o lamentas haberlo cortado así?

Ladea la cabeza y se encoge de hombros, como si no comprendiera mi pregunta.

—Todo. No tendría que haber ocurrido.

—Cabrón —concluyo.

Cuando giro la llave, el motor de mi todoterreno se enciende con el runrún habitual y eso también me cabrea. Pego un puñetazo al volante y expreso un montón de deseos. Ojalá no hubiera conocido a Will la misma semana que llegué aquí. Habría sido todo mucho más fácil si lo hubiese conocido en clase. O, mejor aún, ojalá no nos hubiéramos mudado jamás a Ypsilanti. Ojalá estuviese vivo mi padre. Ojalá mi madre fuera más explícita con respecto a sus recados. Ojalá Caulder no viniese a casa todos los días. Verlo me hace pensar en Will. Ojalá Will no me hubiera arreglado el todoterreno. Detesto que tenga detalles así conmigo. Sería mucho más fácil aborrecerlo si de verdad fuera todo lo que lo he llamado. ¡Dios mío! No puedo creer que le haya dicho todo eso, aunque no me arrepiento.

Voy a buscar a los niños a la escuela y los traigo a casa. Hoy llego antes que Will, pero no me quedaré esperando junto a la ventana. Eso se acabó.

—¡Estaremos en casa de Caulder! —grita Kel y cierran la puerta de un golpe.

«Estupendo.»

Cuando voy por el pasillo, oigo a mi madre hablando con alguien

en su dormitorio, de modo que me detengo junto a la puerta. Sólo se oye una parte de la conversación, de lo cual deduzco que está hablando por teléfono. Por regla general, jamás cometería la indiscreción de aguzar el oído para escuchar lo que dice. Sin embargo, su comportamiento reciente justifica que sea algo cotilla o puede que sea mi comportamiento el que justifique cierta subversión. En cualquier caso, apoyo la oreja en la puerta.

—Ya lo sé. ¡Ya lo sé! Se lo diré pronto —dice.

»No, me parece mejor que hable yo sola con ellos…

»Desde luego que sí. Yo también te quiero, cariño.

Se está despidiendo. Me dirijo de puntillas a mi dormitorio, entro, cierro la puerta y resbalo hasta el suelo.

Siete meses. Sólo ha tardado siete meses en encontrar un sustituto. ¡No es posible que ya esté saliendo con alguien! Sin embargo, lo que ha dicho por teléfono no puede ser más evidente. Vuelvo a la primera etapa: la negación.

¿Cómo ha podido hacer algo así? Y quienquiera que sea él, ¿ya quiere conocernos? Desde ya, no me cae bien. Y ¡qué cara tiene ella! ¿Cómo ha podido meterse con Will como lo ha hecho, cuando lo que está haciendo ella es igual de lamentable o incluso peor? La primera etapa es sumamente breve. Vuelvo a la segunda: la ira.

Decido no sacar a relucir el tema enseguida. Antes de encararme con ella, quiero averiguar algo más. Quiero llevar las de ganar en esta situación y para eso tendré que pensar un poco.

—¿Lake? ¿Ya has vuelto?

Está llamando a mi puerta y tengo que rodar hacia delante y levantarme de un salto para no cerrarle el paso cuando la abre. Al verme brincar, me observa con curiosidad.

—¿Qué haces? —pregunta.

—Me estiro. Me duele la espalda.

No traga el anzuelo, de modo que entrelazo las manos por detrás, extiendo los brazos hacia arriba y me inclino hacia delante.

—Toma una aspirina —dice.

—De acuerdo.

—Esta noche no trabajo, pero tengo sueño atrasado y hoy todavía no he dormido, así que me voy a acostar. ¿Te puedes encargar de que Kel se dé un baño antes de ir a la cama?

—Desde luego.

Las dos salimos al pasillo.

—Espera… mamá…

Se vuelve hacia mí y se le cierran los párpados sobre los ojos rojos.

—Voy a salir el jueves por la noche. ¿Puedo?

Me dirige una mirada cargada de sospecha.

—¿Con quién?

—Eddie, Gavin y Nick.

—¿Con tres chavales? No vas a ninguna parte con tres chavales.

—No, Eddie es una chica. Es amiga mía. Gavin es su novio y salimos dos parejas juntas. Yo salgo con Nick.

Los ojos le brillan un poquito.

—Ah, de acuerdo, está bien. —Sonríe y abre la puerta de su dormitorio—. Espera —dice—: el jueves trabajo. ¿Qué hacemos con Kel?

—Will tiene una canguro los jueves. Ya me ha dicho que Kel se puede quedar en su casa.

Parece satisfecha, aunque sólo por un instante.

—¿Que Will está de acuerdo en pagar una canguro... para que cuide a Kel... para que tú salgas con alguien?

«¡Mierda! No se me había ocurrido que fuera a verlo así...»

—Mamá, han pasado semanas. Hemos salido una sola vez. Se ha acabado.

Me mira fijamente durante varios segundos.

—Mmm...

Regresa a su habitación. No las tiene todas consigo.

Su sospecha me produce una ligera satisfacción. Piensa que le estoy mintiendo. Estamos igualadas.

—No voy a ir a la tercera hora —digo a Eddie cuando salimos de la clase de historia.

—¿Por qué no?

—No me apetece. Me duele la cabeza. Creo que iré a sentarme en el patio para que me dé el aire.

Me vuelvo y me dispongo a salir al patio, pero me coge del brazo.

—Layken, ¿tiene esto algo que ver con lo que ocurrió ayer con el señor Cooper a la hora de comer? ¿Ha pasado algo?

Le sonrío para tranquilizarla.

—No, no pasa nada. Sólo quiere que me abstenga de seguir usando un vocabulario tan colorido en su clase.

Frunce la boca y se aleja sin tenerlas todas consigo, igual que mi madre anoche.

En el patio no hay nadie. Supongo que ningún otro alumno necesita tomarse un respiro del profesor del cual está enamorado en secreto. Me siento en un banco y me saco el teléfono del bolsillo. Nada. Sólo he hablado con Kerris una vez desde que me he mudado. Era con la que mejor me llevaba en Texas, aunque en realidad su mejor amiga era otra. Es extraño que tu mejor amiga tenga una mejor amiga mejor que tú. Yo lo atribuía a que estaba demasiado ocupada

para tener una mejor amiga, pero tal vez se debiera a algo más. Puede que yo no supiera escuchar. Puede que no supiera compartir.

—¿Te molesta si me quedo contigo?

Alzo la mirada y veo que Eddie toma asiento en el banco frente al mío.

—Desgracia compartida, menos sentida —le digo.

—«¿Desgracia?» Y ¿por qué te sientes desgraciada? Mañana por la noche sales con un chico y yo soy tu mejor amiga —dice.

Mi mejor amiga. Tal vez. Ojalá.

—Supongo que a Will no se le ocurrirá venir a buscarnos, ¿verdad? —le pregunto.

Ladea la cabeza y me mira.

—¿Will? ¿Acaso te refieres al señor Cooper?

¡Por Dios! Acabo de llamarlo «Will». Ya alberga sospechas. Sonrío y le suelto la primera excusa que me viene a la cabeza.

—Sí, el señor Cooper. Es que en mi otro instituto llamábamos a los profesores por el nombre de pila.

No dice nada. Está toqueteando la pintura del banco con su uña azul. Tiene pintadas nueve uñas de color verde y sólo lleva una azul.

—Te voy a decir una cosa —dice con voz serena—. Puede que meta la pata o puede que no, pero, diga lo que diga, no quiero que me interrumpas.

Asiento con la cabeza.

—Me parece que lo que estaba ocurriendo ayer a la hora de comer era algo más que un mero tirón de orejas por usar palabras inadecuadas. No sé cuánto más y, francamente, no es asunto mío. Sólo quiero que sepas que puedes hablar conmigo, si lo necesitas. Jamás se lo contaría a nadie. Aparte de que no tengo a nadie a quien contarle nada, salvo Gavin...

—¿A nadie? ¿Mejores amigas? ¿Hermanos? —pregunto con la esperanza de cambiar de tema.

—Pues no. No tengo a nadie más que él —dice—. Vamos a ver, en teoría, a decir verdad, he tenido diecisiete hermanas, doce hermanos, seis madres y siete padres.

Como no sé si se está quedando conmigo o no, por las dudas no me río.

—Hogares de acogida —aclara—. Voy por el séptimo en nueve años.

—Vaya, lo lamento.

No sé qué otra cosa decir.

—No tiene importancia. He vivido con Joel durante cuatro de esos nueve años. Es mi padre de acogida y va bien. Estoy contenta y él recibe su cheque.

—¿Y alguno de tus veintinueve hermanos tenía algún vínculo de

sangre contigo?

Se echa a reír.

—Guau, sí que prestas atención. Pues no: soy hija única. Mi madre era aficionada al crac barato y a los bebés caros.

Se da cuenta de que no la entiendo.

—Trató de venderme. No te preocupes: nadie me quiso o tal vez ella pidiera demasiado. Cuando tenía nueve años, me ofreció a una mujer en el aparcamiento de Walmart. Le contó entre sollozos que no podía hacerse cargo de mí, blablablá, y me ofreció en venta por cien dólares. No era la primera vez que lo intentaba en mis propias narices. Como yo ya estaba hasta el gorro, miré a la mujer de frente y le espeté: «¿Está casada? ¡Seguro que su marido es muy cachondo!». Mi madre me pegó un revés por arruinarle la operación y me abandonó en el aparcamiento. La mujer me llevó a la comisaría y allí me dejó. No volví a ver a mi madre nunca más.

—¡Por Dios, Eddie! Es increíble.

—Lo sé, pero así es.

Me tumbo en el banco y miro al cielo. Ella hace lo mismo.

—Me dijiste que el nombre de Eddie te viene de familia —le digo —. ¿De qué familia?

—No te rías.

—¿Y si me parece gracioso?

Pone los ojos en blanco.

—Mi primera familia de acogida tenía un DVD de un comediante llamado Eddie Izzard. Me daba la impresión de que mi nariz era igual que la suya. Vi aquel DVD millones de veces, como si él fuera mi padre. Después pedía a la gente que me llamara «Eddie». Durante un tiempo probé con Izzard, pero no funcionó.

Las dos nos echamos a reír. Me quito la chaqueta, me la pongo por encima y meto dentro los brazos al revés, para que me caliente las partes del cuerpo que han estado expuestas al frío demasiado rato. Cierro los ojos.

—He tenido unos padres increíbles —suspiro.

—Y ¿qué ha sido de ellos?

—Mi padre murió hace siete meses y mi madre nos ha trasladado aquí, diciendo que era por cuestiones financieras, pero ahora no estoy segura de que nos haya dicho la verdad. Ya sale con alguien, de modo que, por el momento, he de decir que han sido increíbles.

—¡Qué putada!

Las dos nos quedamos allí tumbadas, cavilando sobre las cartas que nos han tocado. Las mías no son nada en comparación con las suyas. Las cosas que habrá visto. Kel tiene ahora la misma edad que ella cuando entró en el primer hogar de acogida. No sé cómo va por ahí tan contenta, tan llena de vida. Guardamos silencio. Reina una

calma tranquilizadora. Me pregunto para mis adentros si esto será lo que se siente cuando tienes un mejor amigo.

Se incorpora en el banco al cabo de un rato, con las manos estiradas por delante, mientras bosteza.

—Antes, cuando te he dicho lo de Joel... y que para él soy un cheque, ¿no? No es así. En realidad, se ha portado muy bien conmigo. A veces, cuando las cosas se ponen demasiado reales, me dejo llevar por el sarcasmo.

Le sonrío comprensiva.

—Gracias por hacer novillos conmigo. La verdad es que lo necesitaba.

—Gracias por necesitarlo. Parece que yo también. En cuanto a Nick, es buen tío, pero no es para ti. Ya se lo diré yo. De todos modos, tienes que salir con nosotros mañana.

—Ya lo sé. De lo contrario, Chuck Norris me dará caza y me pegará una patada en el culo.

Doy la vuelta a la chaqueta y pongo bien los brazos, mientras atravesamos la puerta y regresamos al pasillo.

—Entonces, si «Eddie» es algo que te has inventado, ¿cuál es tu nombre de verdad? —le pregunto antes de separarnos.

Sonríe y se encoge de hombros.

—Por el momento, digamos que es Eddie.

8

I wanna have friends
That will let me be
All alone when being alone
Is all that I need.[9]

The Perfect Space,
THE AVETT BROTHERS

—¿Y mamá? —pregunto a Kel, que está sentado delante de la barra, haciendo los deberes.

—Acaba de traernos a Caulder y a mí. Ha dicho que regresaría dentro de un par de horas y que encargues pizza.

Si yo hubiera llegado a casa unos minutos antes, la habría seguido.

—¿Ha dicho adónde iba? —le pregunto.

—¿Les puedes pedir que esta vez pongan el pepperoni debajo de la salsa?

—¿Adónde ha dicho que iba?

—No, espera. Que pongan primero el pepperoni, después el queso y la salsa por encima.

—¡Joder, Kel! ¿Adónde ha ido?

Abre mucho los ojos, se baja del taburete y camina hacia atrás en dirección a la puerta. Baja los hombros y se pone los zapatos. Es la primera vez que suelto un taco en su presencia.

—Sé lo no. Caulder de casa a voy.

—Regresa a las seis. Tu pizza te estará esperando.

Decido ponerme a hacer primero los deberes. El señor Hanson será medio sordo y medio ciego, pero lo compensa con creces con la cantidad de tareas que pone. Tardo una hora. Son las cuatro y media.

Aprovecho la oportunidad para jugar a los detectives. Estoy decidida a averiguar lo que se trae entre manos y con quién está saliendo. Hurgo en los cajones de la cocina, los armarios y los vestidores: nada. Nunca antes había fisgado en la habitación de mis padres —¡jamás!—, pero, como sin duda éste es un año de primeras veces, entro a hurtadillas y cierro la puerta.

Todo está igual que en su antiguo dormitorio: los mismos muebles, la misma alfombra beis. Si no fuera por la falta de espacio, apenas podría encontrar alguna diferencia entre esta habitación y la que ella compartía con mi padre. Miro primero en el lugar más evidente: el cajón de la ropa interior. No encuentro nada. Me acerco al borde de la cama y abro el cajón de la mesita de noche: una máscara para ojos, un bolígrafo, una loción, un libro, una nota...

¡Una nota!

La retiro del cajón y la abro. Está escrita con tinta negra y centrada. Es una poesía.

Julia,
te pintaré un mundo algún día.
Un mundo del que no desaparezca la alegría.
Un mundo en el que siempre alguien ría.
En el fondo,
como un ASP.
Te lo pintaré cuando baje el sol
y tú estés tumbada con tu camisón
y aparezca tu sonrisa de refilón.
Te lo pintaré justo encima de la frente.
Habré acabado cuando el sol entre.
Despertarás con la sonrisa todavía caliente.
Verás que acabo lo que he empezado.
El mundo que te he pintado en el mentón...

¡Qué espanto! «¿El mundo que te he pintado en el mentón?» «¿Como un ASP?» Y ¿eso qué significa? ¿Un anuncio de un servicio público? ¿A quién se le ocurre poner siglas en una poesía? Quienquiera que sea, no me gusta. Lo aborrezco. Doblo la nota y la vuelvo a poner donde estaba.

Llamo a Getty y pido dos pizzas. Mi madre se detiene en la entrada cuando cuelgo el teléfono. Es el momento perfecto para darme una ducha. Me encierro con llave en el cuarto de baño antes de que entre. No quiero verle la cara. Esa mirada de «estoy enamorada»...

—Pero ¿qué demonios...? —dice mi madre cuando abre la caja de pizza.

—Es la de Kel. Está al revés —le explico.

Pone los ojos en blanco y se acerca la otra caja. Me da repelús que pasee los ojos por todas las porciones de pizza, como si tratara de descubrir la más sabrosa. ¡Si es toda la misma!

—¡Elige cualquiera! —le digo bruscamente.

Se estremece.

—¡Caray, Lake! ¿No has comido hoy? Estás un poco tiquismiquis, me parece.

Coge una porción y me la acerca. La echo en mi plato y me dejo caer frente a la barra. Kel entra corriendo hacia atrás.

—¿Pizza la aquí está ya? —pregunta y entonces tropieza con la alfombra y cae de culo.

—¡Por Dios, Kel! ¿Cuándo vas a dejar de portarte como un niño? —le digo con brusquedad.

Mi madre me fulmina con la mirada.

—¡Lake! ¿Qué te pasa? ¿Hay algo que quieras contarnos?

Empujo mi pizza al otro lado de la mesa y me pongo de pie. Ya no puedo seguir fingiendo.

—¡No, mamá! No tengo nada que contaros. ¡Yo no guardo secretos!

Da un respingo. Ya está: ya sabe que lo sé.

Espero que se defienda, que me grite, que me monte un número, que me mande a mi habitación... Que haga algo. ¿No es eso lo que ocurre cuando las cosas se concretan, cuando se llega al momento culminante?

Por el contrario, se limita a mirar hacia otro lado, a coger un plato para Kel y a llenárselo de porciones de pizza al revés.

Me marcho con paso firme a mi habitación y doy un portazo. Otro. ¿Quién sabe la cantidad de portazos que he dado desde que nos hemos mudado aquí? Me paso el tiempo entrando y saliendo de las habitaciones cabreada con alguien. Will se desahoga con la poesía; yo, dando portazos.

Cuando me despierto, veo titilar la luz roja del despertador. Se debe de haber cortado la corriente durante la noche. Hay demasiada luz para ser tan temprano, de modo que miro la hora en mi teléfono móvil. Efectivamente: nos hemos quedado dormidos. Salto de la cama y en un santiamén me visto, me cepillo los dientes y me recojo el pelo en lo alto de la cabeza. No hay tiempo para maquillaje. Despierto a Kel y le digo que se vista rápido, mientras recojo mis deberes. Tampoco hay tiempo para un café.

—Pero voy a la escuela con Caulder por las mañanas —dice Kel quejumbroso, mientras nos ponemos las chaquetas.

—Hoy no. Nos hemos quedado dormidos.

Es obvio que no somos los únicos, porque el coche de Will sigue en la entrada de su casa. ¡Estupendo! No puedo irme sin avisarlos.

—Kel, ve a llamar a su puerta y despiértalos.

Kel cruza la calle corriendo y aporrea la puerta, mientras yo me

subo al todoterreno y arranco el motor. Enciendo la calefacción al máximo, cojo la rasqueta y me pongo a retirar la escarcha de las ventanillas. Kel regresa cuando acabo de limpiar la última.

—No me han abierto. Creo que todavía están dormidos.

¡Vaya! Entrego a Kel la rasqueta, le digo que se suba al coche y voy a la casa de Will. Él ya ha probado por la puerta de entrada, de modo que voy por el costado, donde están los dormitorios. Como no sé cuál es el de Will, golpeo las tres ventanas para asegurarme de despertar a alguien.

Cuando regreso frente a la casa, se abre la puerta y aparece Will, protegiéndose los ojos del sol ¡y sin camisa! Mis manos han tocado esos abdominales... Me obligo a apartar la vista.

—Se ha ido la luz. Nos hemos quedado dormidos —le digo.

Me resulta raro hablar de «nosotros», como si fuéramos un equipo.

—¿Cómo? —pregunta medio grogui y frotándose la cara—. ¿Qué hora es?

—Son casi las ocho.

Se espabila de inmediato.

—¡Joder! —dice al recordar algo—. ¡A las ocho tengo una conferencia!

Vuelve a entrar, pero deja la puerta abierta. Meto la cabeza un poco más, pero no me atrevo a pasar del umbral.

—¡¿Necesitas que lleve a Caulder a la escuela?! —le grito.

Reaparece en el pasillo.

—¿Puedes? ¿No te molesta?

Está realmente desesperado. Se ha puesto una corbata, pero no lleva camisa.

—No me molesta. ¿Cuál es su habitación? Yo lo preparo.

—Ah, sí. Estupendo. Gracias. La primera de la izquierda. Te lo agradezco.

Desaparece otra vez por el pasillo.

Voy a la habitación de Caulder y lo sacudo para despertarlo.

—Caulder, te voy a llevar a la escuela. Te tienes que vestir.

Lo ayudo mientras se prepara y voy echando vistazos a Will, que pasa corriendo de aquí para allá. Finalmente se cierra la puerta de entrada y después la del coche. Se ha marchado y estoy en su casa. Se me hace raro.

—¿Estás listo, cielo?

—Tengo hambre.

—Ah, sí, algo de comer. Vamos a ver.

Rebusco en los armarios de la cocina de Will. Los productos enlatados están ordenados según la etiqueta. Hay mucha pasta italiana: porque es fácil de cocinar, supongo. ¡Todo está tan limpio!

No se parece a la mayoría de las cocinas de los tíos de veintiún años. Encuentro unas Pop-Tarts encima de la nevera y cojo un paquete para Kel y otro para Caulder.

Llego con treinta minutos de retraso a la primera hora, de modo que decido quedarme en el coche. Es la segunda clase que me salto en dos días. Me estoy volviendo una auténtica rebelde.

Ocupo mi asiento en historia y Eddie se sienta detrás.

—¿Cómo es que haces novillos a la hora de mates y no me avisas? —me susurra.

Cuando me vuelvo, encoge el cuello y hace un mohín.

—Vaya. Te has quedado dormida.

El maquillaje. Me he olvidado de traerlo. Eddie mete la mano en su bolso y extrae su neceser. Me lee el pensamiento. ¿No es lo que hacen las mejores amigas?

—Eres mi ídolo —le digo.

Se lo cojo de la mano y me doy la vuelta. Extraigo el pintalabios y el rímel, además de un espejo. Me los aplico con rapidez y le devuelvo el neceser.

Cuando entramos para la tercera hora, Will me mira a los ojos y me dice, moviendo los labios:

—Gracias.

Sonrío y me encojo de hombros, para indicarle que no ha sido nada. Eddie me pellizca el brazo cuando pasa a mi lado, para indicarme que ha visto nuestro intercambio.

Al mirar a Will, nadie diría que se ha vestido en menos de tres minutos. Sus pantalones negros no tienen ni una sola arruga; la camisa blanca, bien metida por dentro; la corbata... ¡Dios mío! La corbata. Suelto una risa y me mira. No debió de advertir que esta mañana se puso primero la corbata, que apenas se ve por debajo de la camisa blanca. Doy un tirón al cuello de mi camisa y señalo hacia él. Mira hacia abajo y se palmea el pecho, donde debería tener la corbata. Ríe y se vuelve de cara a la pizarra, para corregir aquel fallo en su vestuario. Los demás alumnos siguen ocupando sus asientos y conversando, pero sé que Eddie ha visto lo ocurrido y siento que sus ojos me taladran la espalda.

Nick se deja caer en el asiento a mi lado a la hora de comer. Eddie está sentada justo enfrente. Espero que me mire a los ojos, pero no lo hace. Está tan eufórica como siempre. Ya sabe demasiado y me temo que supone más de lo que pasa en realidad. Hoy he llegado tarde a la escuela y es evidente que Will se ha vestido a toda prisa. Tiene

motivos de sobra para acribillarme a preguntas, pero no lo hace y la respeto por eso: por respetarme.

—Chica nueva, ¿a qué hora salimos? —pregunta Nick, mientras amontona su comida.

—No lo sé. ¿Quién conduce?

—Yo —dice Gavin.

Nick lo mira.

—Ni hablar, tío. Vamos en el coche de mi padre. Me niego a ir en un Monte Car-no.

—Y ¿eso qué es? —pregunto a Gavin.

—Mi coche —me responde.

—¿Cuál es tu dirección, Layken? —pregunta Eddie.

Me sorprende que no me la pidiera la primera vez que nos vimos.

—Yo sé dónde vive —dice Nick—. La llevé un día. En la misma calle que el señor Cooper. Pasaremos a buscarla en último lugar.

¿Cómo lo sabe Nick? Bajo la vista a mi bandeja y revuelvo mi puré de patatas, tratando de no prestar atención a la mirada que me clava Eddie.

Nick y Gavin van sentados en el asiento delantero, de modo que me siento atrás, con Eddie. Cuando subo, me dirige una sonrisa amistosa. No me va a presionar. Lanzo un suspiro de alivio.

—Necesitamos tu ayuda, Layken —dice Gavin—, para resolver un desacuerdo que tenemos, por favor.

—Me encantan las controversias. Adelante —le digo, mientras me ajusto el cinturón de seguridad.

—Nick dice que en Texas no hay más que tornados y que no tienen huracanes, porque no hay playa. Instrúyelo, por favor.

—Pues bien, se equivoca por partida doble —digo.

—No puede ser —protesta Nick.

—Sí que hay huracanes —aclaro—. Os olvidáis de la pequeña zona llamada «golfo de México», pero no hay tornados.

Los dos callan un momento.

—Claro que hay tornados —afirma Gavin.

—Pues no —digo—, no puede haber tornados, Gavin. Es que Chuck Norris aborrece los campings para caravanas.

Se produce un instante de silencio, al cabo del cual todos estallan en carcajadas. Eddie se me acerca rápidamente en el asiento trasero y ahueca la mano junto a mi oreja.

—Ya lo sabe.

Contengo la respiración y me pongo a pensar en las conversaciones que podrían darme alguna pista de a quién se refiere.

—¿Quién sabe? Y ¿qué es lo que sabe? —le pregunto por fin.

—Nick. Sabe que no tienes interés, pero no pasa nada. No hay ninguna presión. Hoy sólo somos amigos, los cuatro.

¡Qué alivio! Me siento mucho más tranquila. Ya estaba buscando la forma de no herirlo demasiado.

La noche anterior no llegué a probar la pizza de Getty que encargué. Es espectacular. Hemos tenido que pedir dos, porque Nick se come una entera él solo. No he pensado en que estoy enfadada con mi madre, todavía. Ni siquiera he pensado (demasiado) en Will. Lo estoy pasando bien. Es agradable.

—Gavin, ¿cuál es la mayor estupidez que has cometido en tu vida? —pregunta Nick.

Todos nos callamos para escuchar la respuesta.

—¿Sólo puedo decir una? —pregunta Gavin.

—Una sola, la más estúpida —responde Nick.

—Mmm... Supongo que fue la vez que estaba de visita en casa de mis abuelos, en el rancho que tenían a las afueras de Laramie, en Wyoming. Me moría de ganas de orinar. No pasa nada: soy un tío y puedo sacarla en cualquier sitio. Lo malo es que era mi turno.

—¿Para qué? —pregunto.

—Para cumplir el reto. Mis hermanos siempre me desafiaban a hacer cosas. Ellos las hacían primero y después me tocaba hacerlas a mí. Lo que pasa es que yo era varios años más pequeño, de modo que siempre me ganaban de una forma u otra. Aquel día en concreto me dijeron que no me pusiera las botas de goma, porque estaban húmedas, de modo que me calcé los borceguíes. Ellos, desde luego, llevaban botas de goma. En fin, que se les ocurrió ver quién se atrevía a hacer pis sobre la cerca eléctrica.

—Y no se te ocurriría... —dice Eddie, riendo.

—Huy, espera y verás, nena, que no acaba ahí. Ellos lo hicieron primero y ahora me doy cuenta de que, como la goma no conduce la electricidad, no sintieron nada. En cambio yo no tuve tanta suerte. Me hizo caer de espaldas y me eché a llorar y, al tratar de levantarme, tropecé, caí hacia delante y di con la boca contra la cerca. La saliva y la electricidad tampoco se llevan bien. Me dio una descarga tan fuerte que se me empezó a hinchar la lengua y mis hermanos perdieron los papeles. Los dos salieron corriendo a buscar a mis padres y me dejaron allí tumbado, sin poder moverme y con la pilila al aire.

Eddie, Nick y yo reímos tan fuerte que algunos clientes nos miran molestos. Eddie se enjuga una lágrima y Gavin le dice que le toca a ella.

—Supongo que la vez que te atropellé con mi coche —dice Eddie.

—Prueba otra vez —dice Gavin.

—¿Cómo? ¡Si es eso! Es lo más estúpido que he hecho en mi vida.

—Y ¿qué pasó después de que me atropellaras? Cuéntales eso —dice él, riendo.

—Nos enamoramos. Punto final.

Es evidente que lo ocurrido después del golpe la hace sentir incómoda.

—Tienes que contárnoslo —pido.

—De acuerdo. Hacía dos días que me habían dado el carné de conducir. Joel me había dejado su coche para ir a la escuela, de modo que yo iba prestando muchísima atención. Estaba muy concentrada. Cuando Joel me enseñaba a conducir, se fijaba mucho en mi forma de aparcar. Detesta que la gente deje el coche en doble fila. En realidad, yo estaba segura de que pediría a alguien que lo llevara al aparcamiento para asegurarse de que yo hubiera aparcado bien y por eso quería hacerlo a la perfección, así que estaba concentrada en eso. No me gustó cómo aparqué la primera vez...

—Ni la segunda, ni la tercera, ni la cuarta... —dice Gavin.

Eddie le dirige una sonrisa burlona y prosigue:

—Pues bien, la quinta vez estaba decidida a hacerlo bien. Retrocedí mucho más de lo necesario para conseguir un ángulo mejor y fue entonces cuando ocurrió. Sentí un ruido sordo. Miré atrás y no vi a nadie, de modo que me entró el pánico al pensar que había chocado con el coche que tenía al lado o algo así. Seguí retrocediendo un poco más; después puse primera y empecé a buscar un sitio mejor, para poder ver si el vehículo había sufrido algún daño. Paré en el siguiente lugar para aparcar y me apeé. Entonces lo vi.

—¿Lo... arrastraste? —pregunto, tratando de contener la carcajada.

—Más de doscientos metros. Después de golpearlo la primera vez, seguí retrocediendo y la pernera del pantalón se le quedó enganchada en el parachoques. Le rompí la pierna. Joel estaba tan preocupado porque nos fueran a demandar que me hizo llevarle comida al hospital todos los días durante una semana. Y así es como nos enamoramos.

—Tuviste suerte de no matarlo —dice Nick—. Tú estarías entre rejas, acusada de atropellar a alguien y darte a la fuga y, además, de homicidio involuntario, y el pobre Gavin estaría criando margaritas.

—¡Criando malvas! —digo, riendo.

—Me encantaría que nos contaras alguna estupidez tuya, Layken, pero tendrá que ser después. Se nos va a hacer tarde —dice Eddie y sale a toda prisa del reservado.

En el trayecto hacia el *slam*, Eddie extrae de su bolsillo trasero una hoja de papel doblada.

—¿Qué es eso? —le pregunto.

—Mi poesía. Esta noche voy a representarla.

—¿En serio? ¡Qué valiente eres!

—No es que sea valiente. La primera vez que fuimos Gavin y yo, me prometí a mí misma que lo haría antes de cumplir los dieciocho y los cumplo la semana que viene. Cuando el señor Cooper nos dijo que, si interpretábamos un poema, no tendríamos que hacer el examen final, me pareció que era una señal.

—Yo me limitaré a decir que lo he hecho. El señor Cooper ni se enterará. No creo que esté presente —dice Nick.

—Te equivocas —dice Gavin—: seguro que está. Siempre viene.

Vuelvo a sentir un vacío en el estómago, a pesar de que me he quedado llena después de cenar. Me paso las manos por los pantalones y clavo los ojos en una estrella, al otro lado de la ventanilla. Volveré a intervenir en la conversación cuando cambie el tema.

—Ostras, la verdad es que Vaughan le jugó una mala pasada.

Vuelvo la cabeza hacia Nick. Eddie repara en que eso despierta mi interés, de modo que dobla el papel y se lo vuelve a meter en el bolsillo.

—Su ex —dice—. Estuvieron saliendo los dos últimos años de instituto. Eran la pareja perfecta: la reina del baile y la estrella del fútbol americano...

—¿Fútbol? ¿Jugaba al fútbol?

Me ha dejado impresionada. No me cuadra con Will.

—Pues sí; se lució como defensa tres años seguidos —cuenta Nick —. Nosotros estábamos en primer año cuando él estaba en el último. Buen tío, diría yo.

—No se puede decir lo mismo de Vaughan —dice Gavin.

—¿Por qué? ¿Acaso era una arpía? —pregunto.

—La verdad es que no era tan malvada cuando estábamos en el instituto. Lo malo fue lo que le hizo cuando se graduaron, después de que los padres de él...

Eddie deja la frase inconclusa.

—Y ¿qué hizo?

Soy consciente de que demuestro demasiado interés.

—Lo plantó. Dos semanas después de que sus padres murieran en un accidente de tráfico. Él tenía una beca para jugar al fútbol, pero la perdió cuando tuvo que volver a su casa para hacerse cargo de su hermanito. Vaughan dijo a todo el mundo que no pensaba casarse con alguien que abandona los estudios y tiene un crío a su cargo. Y eso fue todo. De modo que, en un lapso de dos semanas, él se quedó sin padres, sin novia y sin beca y se convirtió en tutor.

Sigo mirando por la ventanilla. No quiero que Eddie vea las lágrimas que me asoman a los ojos. ¡Ahora entiendo tantas cosas! Eso

explica que le dé miedo quitarme todo lo que tengo, como le ocurrió a él. Dejo de mostrar interés en la conversación a medida que nos acercamos a Detroit.

—Toma —susurra Eddie y me pone algo en el regazo.

Es un pañuelo de papel. Le estrecho la mano para agradecérselo y me enjugo las lágrimas.

9

A slight figure of speech.
I cut my chest wide open.
They come and watch us bleed.
Is it art like I was hoping now?[10]

Slight Figure of Speech,
THE AVETT BROTHERS

Cuando entramos en el edificio, enseguida me pongo a buscar a Will. Nick y Gavin nos conducen a una mesa en la pista, mucho más visible que el reservado en el que estuvimos Will y yo. Ya se ha consumado el «sacrificio» y ha comenzado la primera ronda. Eddie se dirige a la mesa del jurado, paga lo que corresponde y regresa.

—Layken, ven al baño conmigo —dice y me obliga a levantarme.

Cuando llegamos al cuarto de baño, me hace retroceder hasta el lavamanos, se coloca frente a mí y apoya las manos en mis hombros.

—¡Anímate, chica! Hemos venido a divertirnos.

Mete la mano en su bolso y saca el neceser. Se humedece los pulgares bajo el grifo y me limpia el rímel de debajo de los ojos. Me maquilla con sumo cuidado, concentrándose a fondo en la tarea. Es la primera vez que me pinta otra persona. Coge un cepillo del bolso, me inclina hacia delante y me cepilla el pelo cabeza abajo. Me siento como una muñeca de trapo. Me vuelve a incorporar y hace florituras con los dedos: me retuerce y me estira el cabello. Da un paso atrás y sonríe, como admirando su creación.

—Ya está.

Me pone de cara al espejo y me miro, boquiabierta. No me lo puedo creer. Estoy… ¡guapa! Con mi flequillo ha hecho una trenza francesa que me cuelga por encima del hombro. El suave tono ámbar de la sombra que me cubre los párpados me resalta los ojos. Me ha pintado el contorno de los labios, pero no les ha puesto demasiado color. Me parezco mucho a mi madre.

—Guau, Eddie. ¡Qué buena mano tienes!

—Lo sé. Con veintinueve hermanos a lo largo de nueve años, era inevitable que aprendiera unos cuantos trucos.

Me saca del cuarto de baño y nos dirigimos otra vez hacia la mesa. Cuando estamos llegando a nuestros asientos, me detengo y Eddie también, puesto que me lleva de la mano y de pronto he tirado de ella hacia atrás. Observa que me he quedado mirando nuestra mesa y ve a Javi... y a Will.

—Parece que tenemos compañía —dice.

Me guiña un ojo y me arrastra hacia delante, pero le tiro de la mano hacia atrás. Mis pies son un lastre que me mantiene clavada al suelo.

—Eddie, no es eso. No quiero que pienses eso.

Me mira a la cara y me coge las manos con las suyas.

—Yo no pienso nada, Layken, aunque, si realmente fuera así, eso explicaría la evidente tensión que hay entre vosotros dos —aclara.

—Sólo te resulta evidente a ti.

—Y así seguirá siendo —dice y tira de mí hacia delante.

Cuando llegamos a la mesa, los ocho ojos se clavan en mí. Quiero echar a correr.

—Joder, chica, estás preciosa —dice Javi.

Gavin lo fulmina con la mirada y después me sonríe.

—Parece que Eddie ha hecho de las suyas, ¿no?

Rodea con el brazo la cintura de Eddie para atraerla hacia él y deja que me las arregle yo sola. Nick me acerca una silla y me siento. Alzo la mirada hacia Will, que me dirige una sonrisa triste. Sé lo que quiere decir: le parece que estoy guapa.

—Vamos a ver, tenemos a cuatro personas más para la primera ronda. El siguiente es un chaval llamado Eddie. ¿Dónde estás, Eddie?

Eddie pone los ojos en blanco y se levanta:

—¡Que soy una chavala!

—Ay, perdona. Aquí está. Suba, por favor, señorita Eddie.

Eddie da a Gavin un beso rápido en los labios y se dirige al escenario dando saltos. Su sonrisa emana confianza. Todo el mundo toma asiento, menos Will. Javi ocupa el puesto a mi izquierda y el único sitio que queda en la mesa es a mi derecha. Will vacila antes de dar un paso, pero al final se sienta.

—¿Qué vas a interpretar, Eddie? —le pregunta el presentador.

Ella se acerca al micrófono y dice:

—«Un globo rosado».

En cuanto el presentador baja del escenario, Eddie deja de sonreír y se dirige a su puesto.

Me llamo Olivia King
y tengo cinco años.
Mi madre me compró un globo. Recuerdo el día
que entró por la puerta con él. La cinta

rizada de color rosado intenso ***le bajaba*** *por el brazo y se le*
enrollaba
en torno a la ***muñeca.*** *Me* ***sonreía*** *mientras se* ***desataba***
la cinta y me la ataba alrededor de la mano.
«Toma, Livie. Te he comprado esto.»
Me llamaba Livie.
Yo estaba tan ***contenta. Jamás*** *había tenido un* ***globo****. Vamos,*
que siempre veía globos atados en torno a las muñecas de ***otros***
niños en el aparcamiento de ***Walmart****, pero jamás había*
soñado *que tendría uno que fuera* ***mío****.*
Mi ***propio*** *globo rosado.*
¡Estaba tan ***entusiasmada****, tan* ***eufórica****, tan* ***contenta****! ¡No podía*
creer *que mi madre me hubiera comprado algo!* ***¡Nunca***
me había comprado nada hasta entonces! Jugué con él durante
horas*.*
Estaba lleno de ***helio*** *y* ***bailaba*** *y se* ***balanceaba*** *y*
flotaba *mientras yo lo* ***arrastraba*** *conmigo de una* ***habitación*** *a*
otra,
pensando en lugares adonde llevarlo. Pensando en lugares
en los que el globo ***nunca*** *hubiese estado. Lo llevé al*
cuarto de baño*, al* ***armario****, al* ***lavadero****, a la* ***cocina****,*
a la ***sala de estar****. ¡Quería que mi nuevo mejor amigo viese*
todo *lo que yo veía! ¡Lo llevé al* ***dormitorio*** *de mi madre!*
¿El dormitorio
de mi madre?
¿Donde se suponía que yo no entraba?
Con mi globo
rosado...
Me ***tapé*** *las orejas cuando ella me* ***gritó****, mientras se* ***borraba***
la ***evidencia*** *de la* ***nariz****. ¡Me* ***pegó*** *una* ***bofetada*** *y*
me recordó lo ***mala*** *que yo era! ¡Lo* ***mal***
que me ***portaba****! ¡Que nunca* ***hacía caso****! Me* ***empujó***
al pasillo y dio un ***portazo*** *y mi globo*
rosado quedó dentro, con ella. ¡Quería que me lo ***devolviera****!*
Era ***mi*** *mejor amigo.* ***¡No el suyo!*** *La cinta rosada* ***seguía***
enroscada en torno a mi ***muñeca****, de modo que* ***tiré*** *y* ***tiré*** *tratando*
de ***alejar*** *a mi nuevo mejor amigo de ella.*
Y
entonces
estalló.
Me llamo Eddie
y tengo diecisiete años.
Mi cumpleaños es la semana que viene. ¡Cumpliré dieciocho! Mi
padre de acogida me comprará las botas que quiero.

Seguro que mis amigos me invitan a salir a cenar. Mi
novio me comprará un regalo y puede que hasta me lleve
*al **cine**. Incluso es posible que reciba una tarjetita chula de la*
asistente social que se encarga de mi acogida,
en la que me desee un feliz cumpleaños y me informe de que
*por mi edad he quedado fuera del **sistema**.*
Me lo pasaré bien. Sé que así será.
*Pero hay **una** cosa de la que*
*estoy **segura**.*
¡No quiero que me regalen ningún
***globo rosado de mierda**!*

El público la aclama y Eddie estalla de satisfacción. Se pone a saltar de un lado a otro del escenario y a aplaudir con la gente, sin detenerse a pensar en absoluto en lo sombrío que es el poema que acaba de interpretar. Tiene un talento innato. Cuando vuelve a la mesa la ovacionamos de pie.

—¡Ha sido formidable! —chilla.

Gavin la estrecha entre sus brazos, la levanta del suelo y le besa la mejilla.

—Ésa es mi niña —dice, mientras los dos vuelven a ocupar sus asientos.

—¡Muy bien, Eddie! Quedas exenta del examen, diría yo —observa Will.

—¡Ha estado chupado! Layken, en serio, deberías hacerlo tú la semana próxima. Nunca has tenido que hacer uno de los exámenes finales del señor Cooper y te aseguro que no te lo pasas nada bien.

—Me lo pensaré —digo.

La verdad es que ha hecho que pareciera fácil.

Will se echa a reír y se inclina hacia delante:

—Tú tampoco has tenido que hacer ninguno de mis exámenes finales, Eddie. Si sólo llevo dos meses dando clases...

—Da igual. Seguro que son espantosos —ríe ella.

Llaman a otro intérprete al escenario y dejamos de hablar entre nosotros. Javi no para de refregar su pierna contra la mía. Hay algo en él que me pone los pelos de punta. Tal vez sea por lo rastrero que es. Durante toda la representación, me voy retirando cada vez más, hasta que ya no tengo adónde ir, pero se me sigue acercando. Cuando estoy a punto de pegarle un puñetazo, Will se me aproxima y me susurra al oído:

—Te cambio el asiento.

Me pongo de pie de un salto y él se desliza en mi sitio, mientras yo cojo el suyo. Le agradezco en silencio con los ojos. Javi se endereza y fulmina a Will con la mirada. Es evidente que no se pueden ver ni en

pintura.

Cuando empieza la segunda ronda, los integrantes de nuestra mesa se han dispersado entre el gentío. Descubro a Nick en la barra, ligando con una chica. Javi acaba por marcharse enfurruñado, de modo que sólo quedamos Will y yo con Gavin y Eddie.

—Señor Cooper, ¿ha visto...?

—Gavin —lo interrumpe Will—, no hace falta que aquí me llames «señor Cooper». Hemos ido juntos al instituto.

En el rostro de Gavin se dibuja una sonrisa maliciosa. Da un codazo a Eddie y los dos sonríen a Will.

—¿Podemos llamarte...?

—¡No! ¡No podéis! —Will lo vuelve a interrumpir.

Se ha sonrojado.

—Creo que me he perdido algo —digo y mis ojos van de Will a Gavin.

Gavin se inclina hacia delante en la silla y apoya los codos en las rodillas.

—Verás, Layken, es que hace como tres años...

—Te suspendo, Gavin, y a tu noviecita también —lo amenaza Will.

Los tres estallan en carcajadas, pero sigo sin saber el motivo.

—Hace tres años, el Tesorito aquí presente decidió empezar a gastar bromas a los novatos de primero.

—¿El Tesorito? —pregunto.

Miro a Will, que esconde la cara entre las manos.

—Al final se descubrió que era Will, es decir, *el Tesorito*, quien gastaba todas las bromas. ¡Lo que nos ha hecho sufrir este individuo!

Gavin se echa a reír y hace gestos hacia Will.

—Conque decidimos que ya estaba bien y pusimos en marcha nuestro propio plan, más conocido como el «Ajuste de cuentas con el Tesorito».

—¡Joder, Gavin! ¡Tenías que ser tú! ¡Lo sabía! —dice Will.

Gavin ríe.

—Era del dominio público que todos los días Will se echaba una siesta en su coche, sobre todo durante la clase de historia del señor Hanson, de modo que un día lo seguimos al aparcamiento y esperamos a que estuviera en brazos de Morfeo. Habíamos llevado como veinticinco rollos de cinta americana y se la pegamos alrededor del coche. Cuando finalmente despertó, debía de estar envuelto por unas seis capas de cinta adhesiva. Desde dentro del instituto lo oíamos gritar y patear la puerta.

—¡Dios mío! Y ¿cuánto tiempo estuviste ahí encerrado? —pregunto a Will.

Ni siquiera vacilo al hablar con él. Me alegro de que volvamos a

comunicarnos, aunque sólo sea como amigos. Es agradable.

Arquea una ceja y me responde.

—Ése fue el quid de la cuestión. La clase de historia del señor Hanson era a segunda hora. No me sacaron del coche hasta que mi padre llamó a la escuela preguntando por mí. No recuerdo qué hora era, pero estaba oscuro.

—¿Estuviste allí casi doce horas?

Asiente con la cabeza.

—Y ¿cómo te las arreglaste para hacer tus necesidades? —pregunta Eddie.

—Jamás lo diré —dice, riendo.

Esto es posible. Observo a Will mientras conversa con Eddie y Gavin: todos ríen. Antes no pensaba que pudiéramos estar así —como amigos entre los cuatro—, pero, aquí y ahora, sí.

Nick vuelve a la mesa con mala cara.

—No me encuentro bien. ¿Nos vamos?

—¿Has comido mucho, Nick? —pregunta Gavin, poniéndose de pie.

Eddie me mira e inclina la cabeza hacia la puerta, para insinuar que es hora de marcharse.

—Hasta mañana, señor Cooper —dice.

—¿Estás segura, Eddie? —le pregunta Will—. ¿No vais a echaros, tu amiga y tú, otra siesta en el patio mañana?

Eddie me mira y se lleva las manos a la boca, como para exagerar un grito ahogado. Will y yo nos ponemos de pie, mientras todos empiezan a salir.

—Deja a Kel en mi casa esta noche —dice cuando ya no pueden oírnos—. Mañana lo llevo yo a la escuela. De todos modos, es probable que ya estén durmiendo.

—¿Te parece?

—Sí, está bien.

—De acuerdo. Gracias.

Los dos nos quedamos allí de pie, sin saber cómo despedirnos. Se aparta de mi camino.

—Hasta mañana —dice.

Le sonrío y paso a su lado poco a poco y después me apresuro para alcanzar a Eddie.

—Mamá, por favor. ¡Por favor! —ruega Kel.

—Kel, ya dormisteis juntos anoche. Seguro que su hermano quiere pasar un rato con él.

—Pues no —dice Caulder.

—¿Lo ves? No saldremos de nuestra habitación. Te lo juro —

asegura Kel.

—De acuerdo, pero, Caulder, mañana por la noche tendrás que quedarte en tu casa. Quiero salir a cenar con Lake y con Kel.

—Sí, señora. Iré a decírselo a mi hermano y a buscar mi ropa.

Kel y Caulder salen corriendo a la calle. Me retuerzo en el sofá para bajarme la cremallera de las botas. La cena que menciona debe de ser la presentación oficial. Decido presionarla un poco más.

—¿Adónde vamos a ir a cenar? —pregunto.

Se acerca al sofá, se sienta y coge el mando a distancia para encender el televisor.

—Da igual. Tal vez cenemos aquí. No lo sé. Sólo quiero que estemos juntos un rato nosotros tres, sin nadie más.

Me quito las botas y las levanto.

—Nosotros tres —farfullo, mientras me marcho a mi habitación.

Le doy vueltas en la cabeza mientras arrojo las botas en mi armario y me tumbo en la cama. Antes éramos «nosotros cuatro»; después pasamos a ser «nosotros tres», y ahora, en menos de siete meses, ha vuelto a convertirlo en «nosotros cuatro».

Quienquiera que sea, jamás se integrará en un grupo con Kel y conmigo. Ella no sabe que ya lo sé. Ni siquiera sabe que ya los llamo —a él y a ella— «ellos dos» y a Kel y a mí «nosotros dos». Divide y vencerás: éste es mi nuevo lema familiar.

Llevamos un mes viviendo en Ypsilanti y me he pasado todos los viernes por la noche encerrada en mi habitación. Cojo el teléfono y envío a Eddie un mensaje de texto con la esperanza de que a ella y a Gavin no les moleste llevarme al cine de carabina. No tarda ni dos segundos en responder y me da treinta minutos para prepararme. No me alcanza el tiempo para disfrutar de una buena ducha, de modo que voy al cuarto de baño y me retoco el maquillaje. La correspondencia está apilada encima del tocador, junto al lavabo, de modo que la cojo y la reviso. Los tres sobres llevan un gran sello rojo de correos estampado en nuestra antigua dirección, en Texas: «Reenviar a la nueva dirección».

Faltan ocho meses. Dentro de ocho meses, volveré a mi casa. Pienso colgar un calendario en la pared de mi cuarto para poder empezar a tachar los días. Cuando arrojo los sobres otra vez encima del tocador, el contenido de uno de ellos cae al suelo. Al recogerlo, advierto los números impresos en el ángulo superior derecho.

«178.343,00 dólares.»

Es un extracto bancario. Un estado de la cuenta. Cojo el resto de la correspondencia, voy corriendo a mi habitación y cierro la puerta.

Me fijo en las fechas del extracto y después reviso los otros sobres. Uno de ellos es de una compañía hipotecaria, de modo que lo abro. Es la factura de un seguro, una factura de la casa que teníamos

en Texas y que, según me dijeron, habíamos vendido. ¡Dios mío! Me dan ganas de matarla. ¡No estamos arruinados! ¡Ni siquiera hemos vendido la casa! ¿Acaso nos ha apartado, a mi hermano y a mí, de la casa en la que siempre hemos vivido por un tío? La detesto. Tengo que salir de esta casa antes de que estalle. Cojo el teléfono y me guardo los sobres en el bolso.

—Voy a salir —le digo, mientras cruzo la sala de estar en dirección a la puerta.

—¿Con quién? —pregunta.

—Con Eddie. Vamos al cine.

Le respondo con frases cortas y agradables, para que no advierta la rabia contenida en mi voz. Me tiembla todo el cuerpo de lo furiosa que estoy. Sólo quiero salir de la casa y asimilar la situación antes de enfrentarme a ella.

Se me acerca, me arrebata el teléfono de la mano y se pone a presionar las teclas.

—¿Qué demonios haces? —le grito y se lo arrebato a mi vez.

—¡Sé lo que te traes entre manos, Lake! A mí no me mientas.

—Y ¿qué es lo que me traigo entre manos, si se puede saber?

—Anoche salisteis los dos, tanto Will como tú, y, mira por dónde, él había contratado a una canguro. Esta noche, su hermano dice que se queda a dormir... ¿Y media hora después resulta que tú vas a salir? ¡Tú no vas a ninguna parte!

Meto el teléfono en el bolso, me lo cuelgo del hombro y me dirijo a la puerta de entrada.

—En realidad, voy a salir. ¡Con Eddie! Puedes vigilar que me voy con Eddie y puedes vigilar que regreso con Eddie.

Salgo y ella me sigue. Por suerte, Eddie está entrando en el camino de acceso.

—Lake, ¡vuelve aquí! ¡Tenemos que hablar! —me grita desde la entrada.

Abro la puerta del coche de Eddie y me vuelvo hacia ella.

—Tienes razón, mamá, pero me parece que eres tú la que tiene algo que decir. ¡Ya sé por qué vamos a cenar mañana! ¡Ya sé por qué nos hemos mudado a Michigan! ¡Lo sé todo! ¡Así que no me vengas con que soy yo la que oculta cosas!

No espero su respuesta, me subo al asiento trasero y cierro de un portazo.

—Sácame de aquí. Date prisa —le digo a Eddie.

Me echo a llorar en cuanto nos alejamos. No quiero regresar nunca más.

—Toma, bebe esto.

Eddie me acerca otro refresco por encima de la mesa en la que Gavin y ella me observan beber… y llorar. Nos hemos detenido en Getty, porque Eddie ha dicho que su pizza era lo único que me podía servir de consuelo en este momento, pero no he podido probar bocado.

—Lamento haberos arruinado la salida —les digo a los dos.

—No nos la has arruinado, ¿verdad que no, mi amor? —dice Eddie, volviéndose hacia Gavin.

—Desde luego que no. Vale la pena cambiar de hábitos de vez en cuando —dice, mientras mete la pizza en una caja para llevar.

Mi teléfono se pone a vibrar otra vez. Es la sexta vez que llama mi madre. Presiono el botón para apagarlo y vuelvo a arrojarlo en mi bolso.

—¿Aún estamos a tiempo de llegar al cine? —pregunto.

Gavin mira su reloj y asiente con la cabeza.

—Claro que sí, si de verdad te apetece.

—Pues sí. Necesito dejar de pensar en esto por un rato.

Pagamos la cuenta y vamos al cine. No es Johnny Depp, pero en este momento me conformo con cualquier actor.

10

She puts her hands against
The life she had.
Living with ignorance,
Blissful and sad.
But nobody knows what lies behind
The days before the day we die.[11]

Die Die Die,
THE AVETT BROTHERS

Nos detenemos delante de mi casa varias horas después. No me apeo de inmediato, sino que respiro hondo unas cuantas veces, preparándome para la pelea que está a punto de entablarse.

—Llámame después, Layken. Quiero saberlo todo. Buena suerte —dice Eddie.

—Gracias. Te llamo.

Me bajo del coche y me dirijo hacia la puerta mientras ellos se marchan. Al entrar, veo a mi madre tumbada en el sofá. Cuando oye que la puerta se cierra, se incorpora de golpe. Espero que siga gritando, pero corre hacia mí y me echa los brazos en torno al cuello. Me quedo tiesa.

—Perdona, Lake. Tendría que habértelo dicho. Lo lamento mucho.

Se ha puesto a llorar.

Me aparto de ella y me siento en el sofá. Hay pañuelos de papel encima de las dos mesitas laterales. Ha estado llorando. Bien. Me alegro de que se sienta mal; fatal, incluso.

—Papá y yo os lo íbamos a decir antes de que él…

—¿Papá? ¿Es que ya salías con él incluso antes de que papá muriera? —Me pongo de pie y me paseo de un lado a otro del salón—. ¡Mamá! ¿Cuánto tiempo hace de esto?

Le estoy gritando y empiezo a llorar otra vez.

La observo, esperando que defienda su repugnante comportamiento, pero ella se queda mirando de hito en hito la mesa que tiene delante.

Se inclina y ladea la cabeza hacia mí.

—¿Salir con quién? ¿Qué es lo que crees que está pasando?

—¡No sé con quién! ¡Quienquiera que te haya escrito la poesía que tienes en la mesita de noche! A quienquiera que hayas ido a ver cada vez que salías a hacer recados. Quienquiera que sea la persona a la que le dijiste «Te quiero» por teléfono. No sé quién es y la verdad es que me importa un pimiento.

Se incorpora y me pone las manos en los hombros.

—No estoy saliendo con nadie, Lake. Lo has entendido todo mal. Absolutamente todo.

Me doy cuenta de que es sincera, pero me siguen faltando respuestas.

—Y ¿qué me dices de la nota? ¿Y los extractos bancarios? No estamos sin blanca, mamá, ¡y ni siquiera has vendido la casa! Nos has mentido para traernos aquí. Si no ha sido por un tío, ¿por qué ha sido? ¿Por qué estamos aquí?

Retira las manos de mis hombros, mira al suelo y mueve la cabeza de un lado a otro.

—¡Dios mío, Lake! Pensé que lo sabías, que lo habías descubierto todo.

Vuelve a tomar asiento en el sofá y baja la mirada hacia sus manos.

—Pues parece que no ha sido así. —Esto es de lo más frustrante. No comprendo qué puede haber en Michigan que sea tan importante para que ella nos alejase de toda nuestra vida—. De modo que cuéntamelo.

Alza la mirada hacia mí y apoya la mano en el cojín, a su lado.

—Siéntate. Por favor, siéntate.

Vuelvo a sentarme en el sofá y espero a que ella me lo explique todo. Guarda silencio un buen rato mientras pone en orden sus ideas.

—La nota me la escribió tu padre. Era una tontería. Una noche me dibujó en la cara y me dejó la nota sobre la almohada, y yo la guardé. Amaba a tu padre, Lake. No sabes lo mucho que lo echo de menos. Jamás le haría una cosa así. No hay nadie más.

Es sincera.

—Entonces ¿por qué nos hemos venido a vivir aquí, mamá? ¿Por qué nos has hecho venir?

Respira hondo, vuelve el rostro hacia mí y apoya las manos encima de las mías. Su mirada me parte el corazón. Es la misma mirada que tenía en el pasillo cuando me dio la noticia de la muerte de mi padre. Respira hondo otra vez y me aprieta las manos.

—Tengo cáncer, Lake.

Negación. No cabe duda de que estoy en la fase de negación. E ira. ¿Negociación? Pues sí, también. Las tres. Puede que las cinco. No puedo respirar.

—Tu padre y yo íbamos a decíroslo, pero cuando él murió estabais tan destrozados que no me atreví a tocar el tema. Cuando empecé a empeorar, decidí volver aquí. Brenda me lo suplicó: me dijo que me ayudaría a cuidarme. Con ella hablaba por teléfono. En Detroit hay un médico especialista en cáncer de pulmón. He estado yendo a verlo.

«Cáncer de pulmón.» Ya tiene nombre y eso lo vuelve aún más real.

—Pensaba decíroslo, a ti y a Kel, mañana. Es hora de que lo sepáis, para que todos podamos prepararnos.

Separo mis manos de las suyas.

—Prepararnos… ¿para qué, mamá?

Me estrecha entre sus brazos y se echa a llorar otra vez. La aparto de mí.

—Prepararnos ¿para qué, mamá?

Igual que el panzudo director Bass, ella tampoco me mira a la cara. Le doy lástima.

No recuerdo haber salido de la casa ni tampoco recuerdo haber cruzado la calle. Lo único que sé es que es medianoche y estoy aporreando la puerta de la casa de Will.

Cuando la abre, no hace ninguna pregunta. Al ver mi cara se da cuenta de que simplemente necesito que sea Will. Sólo por un rato. Me pasa el brazo por el hombro, me hace entrar y cierra la puerta.

—¿Qué ocurre, Lake?

No puedo responder. No puedo respirar. Me rodea con los brazos cuando empiezo a desplomarme en el suelo y a llorar, y, como ocurrió con mi madre en el pasillo de la escuela, se funde conmigo en el suelo. Me coloca la cabeza bajo su barbilla, me acaricia el pelo y me deja llorar.

—Dime qué ha pasado —susurra por fin.

No quiero decirlo. Si lo digo en voz alta, significa que es verdad. Es que es verdad.

—Se está muriendo, Will —digo entre sollozos—. Tiene cáncer.

Me estrecha con más fuerza y después me coge en brazos y me lleva a su dormitorio. Me posa sobre la cama y me tapa con las mantas. Entonces suena el timbre. Me besa en la frente y sale de la habitación.

La oigo hablar cuando él abre la puerta, pero no entiendo lo que dice. La voz de Will es un susurro, pero distingo sus palabras:

—Deje que se quede, Julia. Ahora mismo, me necesita.

Dicen unas cuantas cosas más que no comprendo. Al final, él



cierra la puerta y regresa al dormitorio. Se mete en la cama, me rodea con los brazos y me abraza mientras lloro.

SEGUNDA PARTE

11

Who cares about tomorrow?
What more is tomorrow,
Than another day?[12]

Swept Away,
THE AVETT BROTHERS

La ventana está al otro lado de la habitación. ¿Qué hora es? Alargo el brazo por encima de la cama y busco el teléfono en mi mesita de noche. Mi teléfono no está allí y la mesita tampoco. Me incorporo en la cama y me refriego los ojos. No estoy en mi habitación. Cuando de golpe lo recuerdo todo, vuelvo a tumbarme y me tapo la cabeza con las mantas. Quisiera hacer como el avestruz.

—Lake.

Me vuelvo a despertar. No hay tanta luz, pero sigue sin ser mi habitación. Me tapo más la cabeza con las mantas.

—Despierta, Lake.

Alguien intenta destaparme la cabeza. Rezongo y me aferro aún más a las mantas. Trato de volver a hacer como el avestruz, pero mi vejiga no aguanta más. Aparto las mantas de golpe y veo a Will sentado en el borde de la cama.

—Ya veo que no eres en absoluto una persona madrugadora —dice.

—El cuarto de baño. ¿Dónde está tu cuarto de baño?

Señala al otro lado del pasillo. Salto de la cama con la esperanza de llegar a tiempo. Voy corriendo al váter y me apoyo, pero casi me caigo dentro: el asiento está levantado.

—Hombres —murmuro, mientras lo bajo.

Cuando salgo del cuarto de baño, Will está sentado frente a la barra de la cocina. Sonríe y acerca una taza de café al lugar vacío a su lado. Me siento y cojo el café.

—¿Qué hora es? —pregunto.

—La una y media.

—Ah. Vaya, tu cama es comodísima.

Sonríe y me empuja con suavidad el hombro.

—Eso parece —dice.

Bebemos nuestro café en silencio. Un silencio cómodo.

Will lleva mi taza vacía al fregadero, la enjuaga y la mete en el lavavajillas.

—Voy a llevar a Kel y a Caulder a una matiné —dice, mientras pone en marcha el lavavajillas y se seca las manos en un paño de cocina—. Nos marchamos dentro de unos minutos. Es probable que después me los lleve a comer algo, de modo que regresaremos a eso de las seis. Eso debería daros, a ti y a tu madre, tiempo suficiente para hablar.

No me gusta que haya agregado la última frase, como si yo fuera susceptible a su manipulación.

—¿Y si no quiero hablar? ¿Y si prefiero ir a una matiné?

Apoya los codos en la barra y se inclina hacia mí.

—No necesitas ver una película. Ahora lo que tienes que hacer es hablar con tu madre. Vamos.

Coge las llaves y la chaqueta y se dirige hacia la puerta.

Me apoyo en el respaldo de la silla y cruzo los brazos.

—Acabo de despertarme y la cafeína ni siquiera ha surtido efecto aún. ¿Me puedo quedar un rato más?

Es mentira. Sólo quiero que se marche para poder volver a meterme en su comodísima cama.

—De acuerdo —Se me acerca y me da un beso en la coronilla—, pero no todo el día. Tienes que hablar con ella.

Se pone la chaqueta y cierra la puerta al salir. Me acerco a la ventana y veo que Kel y Caulder suben a su coche, y los tres se marchan. Miro al otro lado de la calle, a mi casa que no es mi hogar. Sé que dentro está mi madre, a pocos metros de distancia. No tengo ni idea de por dónde comenzaría a hablar si cruzara justo ahora. Decido no ir en este momento. No me gusta estar tan enfadada con ella. Ya sé que la culpa no es suya, pero no sé a quién echársela, si no.

Mi mirada se posa en el gnomo del sombrero rojo roto, bien erguido en la entrada. Me está mirando con una sonrisa burlona, como si lo supiera todo. Sabe que estoy aquí, demasiado asustada para cruzar. Me está provocando. Cuando estoy a punto de correr la cortina y dejarlo ganar, Eddie se detiene en nuestra entrada.

Abro la puerta de la casa de Will y, cuando se baja del coche, le hago señas.

—Eddie, ¡estoy aquí!

Me mira, vuelve a mirar mi casa, me mira otra vez a mí, sin entender nada, y se dispone a cruzar la calle.

«Fantástico. ¿Por qué habré hecho esto? ¿Cómo se lo voy a

explicar?»

Me hago a un lado y mantengo abierta la puerta para dejarla pasar. Entra y observa con curiosidad la sala de estar.

—¿Estás bien? ¡Te he llamado cientos de veces! —dice.

Se deja caer en el sofá, apoya el pie en la mesita de centro y empieza a quitarse las botas.

—¿De quién es esta casa?

No hace falta que conteste. El retrato familiar que está colgado en la pared frente a ella le responde por mí.

—Ah —se limita a decir y no hace ningún comentario más al respecto—. ¿Y bien? ¿Qué ha pasado? ¿Te ha dicho ella de quién se trata? ¿Lo conoces?

Me acerco al sofá, paso por encima de sus piernas y tomo asiento a su lado.

—Eddie, ¿estás preparada para escuchar mi versión de la mayor estupidez que he cometido en mi vida?

Enarca las cejas y espera a que se lo revele.

—Me he equivocado. No sale con nadie. Está enferma: tiene cáncer.

Eddie pone las botas a su lado, vuelve a subir los pies a la mesa de centro y se apoya otra vez en el respaldo del sofá. Sus calcetines no hacen juego.

—¡Ostras! No puede ser —dice.

—Pero así es.

Se queda sentada un momento, toqueteándose las uñas pintadas de negro, y me doy cuenta de que en realidad no sabe qué decir. En lugar de hablar, se inclina sobre el sofá y me abraza antes de ponerse de pie de un salto.

—Vamos a ver qué tiene para beber el señor Cooper...

Va a la cocina, abre la nevera y saca un refresco. Coge dos vasos, los llena de hielo y regresa con ellos a la sala de estar, donde sirve la bebida.

—No he podido encontrar vino. Es un muermo. —Me entrega mi vaso y sube las piernas al sillón—. ¿Y bien? ¿Cuál es el pronóstico?

Me encojo de hombros.

—No lo sé, aunque no pinta bien. Anoche me marché en cuanto me lo dijo. No he sido capaz de hacerle frente.

Vuelvo la cabeza hacia la ventana y miro otra vez nuestra casa. Ya sé que es inevitable. Sé que he de afrontarlo. Sólo quiero un día más de normalidad.

—Tienes que ir a hablar con ella, Layken.

Pongo los ojos en blanco.

—¡Por Dios! Hablas igual que Will.

Bebe un sorbo de su vaso y vuelve a apoyarlo en la mesa de

centro.

—Hablando de Will...

«Se acabó lo que se daba.»

—Layken, estoy haciendo un gran esfuerzo por no meterme donde no me llaman, te lo aseguro, pero ¡estás en su casa! Además, llevas puesta la misma ropa que anoche. Si como mínimo no niegas que esté pasando algo, tendré que suponer que lo admites.

Suspiro. Tiene razón. Desde su punto de vista, parece que está pasando más de lo que en realidad pasa. No tengo más remedio que ser sincera con ella o, de lo contrario, pensará mal de él.

—De acuerdo, pero, Eddie, tienes que...

—Te lo juro. Ni siquiera a Gavin.

—Vale. Pues bien, lo conocí el día que nos mudamos aquí. Hubo química entre nosotros. Me invitó a salir y salimos. Nos lo pasamos de maravilla. Me besó. Fue, probablemente, la mejor noche de mi vida. ¿Qué estoy diciendo? ¡Estoy segura de que fue la mejor noche de mi vida!

Está sonriendo. Vacilo antes de seguir. Se da cuenta, por mis gestos y mis posturas, de que la historia no tiene un final feliz y se le borra la sonrisa.

—No lo sabíamos. Hasta el primer día de clase, yo no supe que él era profesor y él no supo que yo estaba en el instituto.

Se pone de pie.

—¡El pasillo! ¡Eso era lo que estaba ocurriendo en el pasillo!

Asiento con la cabeza.

—¡Dios mío! ¿Y lo cortó?

Vuelvo a asentir. Se deja caer en el sofá.

—¡Joder! ¡Qué putada!

Asiento otra vez.

—Pero estás aquí y has pasado aquí la noche. —Sonríe—. No se ha podido aguantar, ¿verdad?

Niego con la cabeza.

—No es eso. Yo estaba disgustada y dejó que me quedara aquí. No ha pasado nada. Sólo somos amigos.

Deja caer los hombros y hace un mohín a fin de dejar claro que esperaba que hubiésemos cedido.

—Una pregunta más: tu poema... Se refería a él, ¿verdad?

Asiento con la cabeza.

—¡Qué bien! —Ríe. Guarda silencio otra vez, pero no por mucho rato—. La última pregunta. Te lo juro. En serio.

La miro para indicarle que puede continuar.

—¿Besa bien?

Sonrío. No puedo evitar sonreír.

—¡Por Dios! ¡Es un fuera de serie!

—¡Lo sabía!

Da palmadas y se pone a saltar en el sofá.

Dejamos de reír y regresamos a la realidad. Me vuelvo y miro otra vez por la ventana a nuestra casa, ahí enfrente, mientras ella lleva los vasos al fregadero. Cuando regresa a la sala de estar, me coge de la mano y me levanta del sofá.

—Ven, vamos a hablar con tu madre.

«¿Vamos?» No me opongo. Eddie tiene algo a lo que no se puede poner objeciones.

12

With paranoia on my heels,
Will you love me still
When we awake and you see that
The sanity has gone from my eyes?[13]

Paranoia in B-Flat Major,
THE AVETT BROTHERS

Eddie no había estado jamás en mi casa, pero nadie lo diría al verla entrar por la puerta principal como Pedro por su casa y conmigo a la zaga. Mi madre, sentada en el sofá, observa a esta desconocida que corretea hacia ella con una sonrisa en el rostro y arrastrando tras de sí a su airada hija. He de reconocer que la sorpresa que revela el rostro de mi madre me resulta gratificante.

Eddie me conduce hasta el sillón y, cogiéndome de los hombros, me empuja hacia abajo hasta que quedo sentada junto a mi madre. Después se sienta sobre la mesa de centro, justo frente a nosotras, muy erguida y con la cabeza bien alta. Es ella quien lleva la batuta.

—Soy Eddie, la mejor amiga de su hija —dice a mi madre—. Ya está. Ahora que ya nos conocemos todas, vayamos al grano.

Mi madre me mira a mí y después otra vez a Eddie, pero no responde. En realidad, yo tampoco tengo nada que decir. Como no sé por dónde lo va a llevar Eddie, lo único que puedo hacer es dejarla continuar.

—Julia, ¿verdad? ¿Es ése su nombre?

Mi madre asiente con la cabeza.

—Julia, Layken tiene preguntas. Montones de preguntas. Usted tiene respuestas. —Eddie me mira—. Layken, tú haz las preguntas y tu madre las contestará. —Nos mira a las dos al mismo tiempo—. Así es como se hace. ¿Alguna pregunta? Para mí, quiero decir.

Mi madre y yo movemos la cabeza de un lado a otro. Eddie se pone de pie.

—Estupendo, entonces. Yo ya he hecho lo que tenía que hacer. Llámame más tarde.

Eddie pasa por encima de la mesa de centro y se dirige a la

puerta, pero gira sobre los talones y regresa hacia nosotras. Echa los brazos al cuello de mi madre, que me mira con los ojos muy abiertos y después le devuelve el abrazo. Eddie sigue aferrada a mi madre un buen rato, hasta que por fin la suelta. Nos sonríe, salta por encima de la mesa de centro y se marcha como si tal cosa.

Las dos nos quedamos sentadas en silencio, con los ojos clavados en la puerta. No puedo precisar si se le ha ido la olla a Eddie o si lo ha hecho bien. Es difícil de decir. Vuelvo a mirar a mi madre y las dos nos echamos a reír.

—Guau, Lake. ¡Sí que las eliges bien!

—Pues sí. Es estupenda, ¿verdad?

Nos arrellanamos en el sofá y mi madre alarga la mano y me da unas palmaditas en la mía.

—Lo mejor es que sigamos sus instrucciones. Hazme una pregunta y te responderé lo mejor que pueda.

Voy al grano:

—¿Te vas a morir?

—¿Acaso no moriremos todos? —responde.

—¡Eso es una pregunta! Se supone que te limitas a responder.

Suspira, como vacilando, como si en realidad no quisiera contestar.

—Es posible. Es probable —reconoce.

—¿Dentro de cuánto tiempo? ¿Es muy grave?

—Lake, tal vez convendría que te lo explicara primero, así podrás hacerte una idea mejor de lo que está pasando. —Se pone de pie y se traslada a la cocina, donde se sienta frente a la barra. Me hace gestos para que me coloque a su lado y, mientras tanto, coge un bolígrafo y una hoja de papel y se pone a escribir algo—. Hay dos tipos de cáncer de pulmón: el microcítico o de células pequeñas y el no microcítico o de células no pequeñas. Lamentablemente, el mío es el microcítico, que se propaga más deprisa.

Va dibujando un esquema.

—El cáncer microcítico puede estar en una etapa limitada o avanzada. —Señala una zona del boceto de los pulmones—. El mío era limitado, es decir, que se concentraba sólo en esta parte. —Traza un círculo en una zona de los pulmones y marca un punto—. Aquí es donde localizaron un tumor. Unos meses antes de la muerte de tu padre, yo presentaba algunos síntomas. Él me hizo hacer una biopsia y así averiguamos que era maligno. Estuvimos unos cuantos días buscando médicos, hasta que al final decidimos que lo mejor sería recurrir a uno que encontramos aquí, en Michigan..., en Detroit, especializado en cánceres de pulmón microcíticos. Decidimos mudarnos incluso antes de que tu padre muriera. Entonces...

—Para, mamá, no tan deprisa...

Deja el bolígrafo.

—Espera un minuto —le digo—. ¡Por Dios! Si parece que estoy en clase de ciencias…

Apoyo la cabeza en las manos. Ella ha tenido meses para pensárselo. ¡Habla como si me estuviera enseñando a hacer un pastel!

Aguarda con paciencia mientras me levanto y voy al cuarto de baño. Me echo agua en la cara y me miro al espejo. Tengo un aspecto horrible. No me había visto desde anoche, antes de salir con Gavin y Eddie. Se me ha corrido el rímel, tengo los ojos hinchados y estoy despeinada. Me quito el maquillaje y me cepillo el pelo antes de regresar a la cocina para que me hable de su muerte.

Alza la mirada cuando entro en la cocina y le hago un gesto con la cabeza para indicarle que puede continuar. Me siento frente a ella.

—Una semana después de que decidiéramos mudarnos a Michigan para estar más cerca del especialista, murió tu padre. Yo estaba totalmente hecha polvo, entre su muerte, los arreglos y todo lo demás. Simplemente traté de quitarme de la cabeza lo que me pasaba y estuve tres meses sin ver al médico. —Va bajando la voz—. Para entonces, el tumor se había propagado: ya no estaba en la etapa limitada, sino en la avanzada.

Aparta la mirada y se enjuga una lágrima.

—Me sentía culpable… del ataque al corazón de tu padre. Yo sabía que la causa fue el estrés que le produjo el diagnóstico.

Se pone de pie y regresa a la sala de estar. Se apoya en el marco de la ventana y mira hacia afuera.

—¿Por qué no me lo dijiste? Podría haberte ayudado, mamá. No tenías que hacerte cargo de todo tú sola.

Desliza la espalda sobre la pared y me mira de frente.

—Ahora lo sé. Quería negarlo. Estaba enfadada. Esperaba un milagro, supongo. Yo qué sé. Los días se convirtieron en semanas y después en meses. Ahora estamos aquí. Empecé de nuevo con quimioterapia hace tres semanas.

Echo la silla hacia atrás y me pongo de pie.

—Eso es bueno, ¿verdad? Si te administran quimio, quiere decir que cabe la posibilidad de que desaparezca.

Mueve la cabeza de un lado a otro.

—No me la dan para combatirlo, Lake, sino para aliviar el dolor. Es lo único que se puede hacer ahora.

Sus palabras me hacen perder la escasa fuerza que me quedaba en las piernas. Me desplomo en el sofá, apoyo la cabeza en las manos y me echo a llorar. Es increíble la cantidad de lágrimas que puede contener una persona. Una noche después de la muerte de mi padre, lloré tanto que empecé a obsesionarme con que les hacía daño a mis ojos, de modo que lo busqué en Google: «¿Se puede llorar

demasiado?». Parece ser que al final todo el mundo acaba quedándose dormido y deja de llorar para que el cuerpo pueda procesar períodos de descanso normales, de modo que no, no se puede llorar demasiado.

Cojo un pañuelo de papel y respiro hondo unas cuantas veces para tratar de contener el resto de mis lágrimas. En realidad, estoy hasta el gorro de llorar.

Mi madre se sienta a mi lado y, cuando advierto que sus brazos me rodean, me vuelvo hacia ella y la abrazo. Siento muchísima pena por ella y por nosotros. La estrecho con más fuerza, por temor a dejarla ir. No puedo soltarla.

Al final empieza a toser y se vuelve hacia el otro lado. Observo que se pone de pie y sigue tosiendo: le cuesta respirar. Está muy mal. ¿Cómo es posible que no me diera cuenta? Tiene las mejillas aún más hundidas que antes y menos pelo. Casi no la reconozco. He estado tan concentrada en mi propia desdicha que ni siquiera me he percatado del desmejoramiento de mi propia madre en mis narices.

El ataque de tos cede y vuelve a sentarse delante de la barra.

—Esta noche se lo diremos a Kel. Brenda vendrá a eso de las siete. Quiere estar presente, puesto que será su tutora.

Suelto una carcajada, porque está de coña, ¿no es cierto?

—¿Cómo que *su tutora*?

Me mira a los ojos, como si la insensata fuera yo.

—Lake, tú todavía estás en el instituto y dentro de poco irás a la universidad. No espero que lo abandones todo. No quiero que lo hagas. Brenda ya ha criado a otros niños y, además, quiere hacerlo. A Kel le cae bien.

Y yo que pensaba que este año ya no podría soportar nada más... Este momento, estas palabras que acaban de salir de su boca... Nunca he estado más furiosa.

Me pongo de pie, agarro la silla por el respaldo y la arrojo al suelo con tanta fuerza que el asiento se separa de la base. Se echa atrás cuando corro hacia ella, con el dedo apuntándole al pecho.

—¡No se va a quedar con Kel! ¡No le vas a entregar a mi hermano! —grito con tanta fuerza que me escuece la garganta.

Trata de calmarme poniéndome las manos en los hombros, pero doy media vuelta y me alejo de ella.

—Lake, ¡ya está bien! ¡Para! ¡Si todavía no has acabado el instituto! Ni siquiera has empezado la universidad. ¿Qué pretendes que haga? No tenemos a nadie más. —Me sigue al ver que me dirijo a la puerta—. No tengo a nadie más, Lake.

Se echa a llorar. Abro la puerta y me vuelvo hacia ella y, sin hacer caso de sus lágrimas, sigo gritando:

—¡No se lo dirás esta noche! No tiene que saberlo aún. ¡Es mejor que no se lo digas!

—Tenemos que decírselo. Tiene que saberlo —dice.

Me sigue por la entrada, pero no me detengo.

—¡Vuelve a casa, mamá! ¡Vuelve a casa! ¡Ya no quiero hablar más de esto! Y, si quieres volver a verme, ¡no se lo digas esta noche!

Sus sollozos se apagan cuando cierro la puerta de la casa de Will de un portazo. Corro a su dormitorio y me arrojo encima de su cama. No me limito a llorar, sino que sollozo, gimo y me desgañito.

Nunca he consumido drogas. Dejando aparte un sorbo de vino que tomé de la copa de mi madre cuando tenía catorce años, nunca me ha apetecido beber alcohol y no porque me diera miedo ni fuera una mojigata, sino porque, en verdad, no tuve la oportunidad. En Texas no acudía a fiestas y jamás pasé la noche con nadie que tratara de forzarme a hacer algo ilícito. Para ser sinceros, no me he encontrado nunca en una situación en la que pudiera sucumbir a la presión social. Las noches de los viernes asistía a partidos de fútbol; los sábados por la noche, por lo general, mi padre nos llevaba al cine y a cenar, y los domingos hacía los deberes. Así era mi vida.

Hubo una sola excepción: la prima de Kerris tenía una boda y ella me invitó a acompañarla. Yo contaba dieciséis años, ella justo se había sacado el carné de conducir y la recepción acababa de finalizar. Nos quedamos hasta tarde para ayudar a recoger. Lo estábamos pasando en grande. Bebimos ponche de frutas, comimos las sobras del pastel, bailamos y bebimos más ponche. Nos dimos cuenta de que el ponche llevaba algo más cuando advertimos lo mucho que nos divertíamos. No sé cuánto debimos de beber, pero estábamos demasiado ebrias para parar cuando nos dimos cuenta de que estábamos ebrias. Sin pensárnoslo dos veces, nos subimos al coche para volver a casa. Habíamos recorrido como un kilómetro y medio cuando se salió de la carretera y chocó contra un árbol. Yo me hice una herida encima del ojo y ella se partió el brazo. Como estábamos las dos bien y en realidad el coche no había quedado inservible, en lugar de usar la cabeza y esperar a que vinieran a ayudarnos, volvimos a la recepción para llamar a mi padre. La que nos cayó encima al día siguiente es otra historia.

Sin embargo, hubo un momento, justo antes de estrellarnos contra el árbol… Nos reíamos de la manera en la que ella pronunciaba «burbuja». Repetíamos la palabra una y otra vez hasta que el coche empezó a derrapar. Vi el árbol y me di cuenta de que estábamos a punto de chocar con él, pero era como si el tiempo transcurriera más despacio. El árbol podría haber estado a miles de metros, por todo lo que tardamos en estrellarnos. En lo único en lo que pensé en aquel momento fue en Kel. ¡Nada más! No pensé en la escuela, en los chicos

ni en la universidad a la que no llegaría a ir si me mataba. Pensé en Kel y en que él era lo único esencial para mí, lo único que me importaba en aquellos segundos en los que creí estar a punto de morir.

Sin saber cómo, he vuelto a quedarme dormida en la cama de Will. Lo sé porque, cuando abro los ojos, ya no estoy llorando. Claro: es que no se puede estar siempre llorando; al final, te quedas dormido.

Espero que las lágrimas vuelvan cuando deje de estar obnubilada, pero, por el contrario, me siento motivada, renovada, como si tuviera una misión que cumplir. Me levanto de la cama y me entra una extraña ansia de ponerme a limpiar... y a cantar. Necesito música. Voy a la sala de estar y enseguida encuentro lo que busco: el equipo de sonido. Lo enciendo y ni siquiera tengo que averiguar dónde están los discos, porque dentro ya hay un cedé de los Avett Brothers. Subo el volumen en uno de mis temas preferidos y me pongo a trabajar.

Por desgracia, la casa de Will está sorprendentemente limpia para tener dos habitantes masculinos, de modo que me cuesta encontrar algo en lo que entretenerme. Empiezo por el cuarto de baño y eso está bien. Sé que los niños de nueve años no tienen buena puntería, de modo que me pongo a restregar. Friego el váter, el suelo, la ducha, el lavabo... Está limpio.

Sigo con los dormitorios, donde ordeno, hago las camas y las vuelvo a hacer. Después ataco la sala de estar, donde quito el polvo y aspiro la moqueta. Limpio con la fregona los suelos del baño y paso un trapo por todas las superficies que encuentro. Acabo en el fregadero de la cocina, donde lavo lo único sucio que hay en toda la casa: el vaso de Eddie y el mío.

Son casi las siete cuando oigo llegar el coche de Will. Él y los dos niños entran en la casa y se detienen en seco cuando me ven sentada en el suelo de la sala de estar.

—¿Qué haces? —pregunta Caulder.

—Ordenar alfabéticamente —respondo.

—¿Ordenar alfabéticamente? ¿Qué? —pregunta Will.

—Todo. Primero he ordenado las películas y después los cedés. Caulder, he arreglado los libros de tu habitación y también varios de tus juegos, pero, como algunos empezaban con números, he puesto primero los números y después los títulos. —Señalo las pilas que tengo delante—. Éstas son recetas. Las he encontrado encima de la nevera. Primero las pongo en orden alfabético por categorías, como carne de ternera, cordero, cerdo, aves, y después, dentro de las categorías, las ordeno según...

—Chavales, id a casa de Kel y avisad a Julia que habéis vuelto —dice Will sin dejar de observarme.

Los niños no se mueven. Se limitan a mirar fijamente las fichas de las recetas que tengo delante.

—¡Ahora! —grita Will.

Los dos apartan la mirada de golpe y salen corriendo hacia la puerta.

—Tu hermana es rara —oigo decir a Caulder cuando salen.

Will se sienta en el sofá frente a mí y me observa mientras sigo ordenando las recetas.

—Ya que eres profesor... —digo—. ¿Dónde pongo «Sopa de patatas»? ¿En «sopa» o en «patatas»?

—Para —dice.

Parece malhumorado.

—No puedo parar, tonto. Estoy a punto de acabar. Si lo dejo ahora, no sabrás dónde buscar... —Levanto del suelo una ficha al azar—: «Pollo a la Manola».

Justo tenía que ser aquélla. Vuelvo a poner la tarjeta en la pila y sigo clasificando.

Will pasa revista a la sala de estar; después se pone de pie y entra en la cocina. Lo observo pasar el dedo a lo largo de los zócalos. Menos mal que me he acordado de ellos. Se aleja por el pasillo y regresa al cabo de un par de minutos.

—¿Has ordenado mi armario por colores?

Pensé que se alegraría, pero no le hace gracia.

—No me ha costado mucho, Will. Después de todo, tienes camisas como de tres colores distintos.

Cruza la sala de estar, se agacha y me arrebata las tarjetas con recetas que he ordenado en pilas.

—¡Para, Will! ¡Me ha llevado mucho tiempo clasificarlas!

Se las quito de las manos a medida que las va recogiendo.

Al final las arroja otra vez al suelo, me coge por las muñecas y trata de levantarme, pero empiezo a patearle las piernas.

—¡Suéltame! ¡No... he... acabado... aún...!

Me suelta las manos y vuelvo a arrojarme al suelo. Cojo las tarjetas con las recetas y me pongo a distribuirlas en pilas otra vez. ¡Por su culpa, tengo que volver a empezar desde cero! Ni siquiera puedo encontrar la tarjeta de la carne de ternera. Doy la vuelta a dos tarjetas que han quedado boca abajo, pero...

—¡Joder! —chillo.

De pronto, estoy empapada en agua.

Cuando alzo la mirada, veo a Will de pie a mi lado con una jarra vacía en la mano y cara de enfado. Arremeto contra él y empiezo a darle puñetazos en las piernas. Retrocede cuando empiezo a pegarle y trata de alejarse.

¿Por qué demonios ha hecho eso? ¡Le voy a dar un puñetazo en la

cara! Me pongo de pie y trato de pegarle, pero se hace a un lado, me sujeta el brazo y me lo retuerce por detrás de la espalda. Cuando lanzo contra él mi otro puño, me va empujando hacia el pasillo y me mete en el cuarto de baño. Antes de que me dé cuenta, me rodea con los brazos y me levanta, echa atrás la cortina de la ducha y me mete dentro. Trato de pegarle, pero tiene los brazos más largos que los míos. Me sujeta contra la pared con una mano y abre el grifo con la otra. Un chorro de agua helada me salpica la cara. Lanzo un grito.

—¡Estúpido! ¡Burro! ¡Gilipollas!

Me mantiene apoyada contra la pared y abre el otro grifo: el agua se entibia.

—¡Date una ducha, Layken! ¡Joder, date una ducha!

Me suelta y sale del baño dando un portazo.

Salgo de la ducha de un salto, con la ropa empapada. Trato de abrir la puerta del baño, pero no puedo, porque él sujeta el pomo del otro lado.

—¡Déjame salir, Will! ¡Ahora mismo!

Aporreo la puerta y trato de girar el pomo, pero no se mueve.

—Layken —responde con calma desde el otro lado de la puerta—, no te voy a dejar salir del baño hasta que te quites la ropa, te metas en la ducha, te laves el pelo y te calmes.

Le hago un corte de mangas. No me puede ver, desde luego, pero me complace igual. Me quito la ropa mojada y la arrojo al suelo, con la esperanza de que se ensucie. Me meto en la ducha. Me agrada sentir el agua tibia en la piel. Cierro los ojos y dejo que me corra por el pelo y me descienda por la cara.

Vaya por Dios. Will tiene razón… ¡otra vez!

—¡Necesito una toalla! —grito.

Llevo más de media hora bajo el agua. La ducha de Will tiene una alcachofa que se puede graduar para que el agua salga a chorros y la he tenido apuntándome a la nuca casi todo el tiempo. No cabe duda de que afloja la tensión.

—Está sobre el lavabo, lo mismo que tu ropa —dice desde el otro lado de la puerta.

Corro la cortina y, cómo no, allí hay una toalla. Y ropa. ¡Ropa mía! Evidentemente, acaba de traerla de mi casa y se las ha ingeniado para meterla en el baño… ¡mientras yo me duchaba!

Cierro el grifo, salgo de la ducha y me seco. Me enrollo la toalla en torno a la cabeza y me pongo mi ropa. Me ha traído un pijama. Tal vez quiera decir que podré volver a dormir en su cama, tan cómoda… Vacilo al girar el pomo, suponiendo que seguirá bloqueado, pero no es así.

Cuando me oye abrir la puerta, salta por encima del respaldo del sofá y se me acerca corriendo. Retrocedo hasta la pared, por temor a que me vuelva a meter en el baño, pero me rodea con los brazos y me estrecha.

—Perdona, Lake. Lamento haberte hecho esto, pero es que estabas perdiendo la chaveta.

Lo abrazo a mi vez. Desde luego que lo abrazo.

—Está bien. Es que..., vamos..., he tenido un mal día —digo.

Se aparta de mí y me apoya las manos en los hombros.

—Entonces ¿somos amigos? ¿No vas a volver a pegarme puñetazos?

—Amigos. —Cedo a regañadientes, porque lo último que quiero ser ahora para él es una amiga—. ¿Qué tal la matiné? —le pregunto, mientras recorremos el pasillo.

Hace caso omiso de mi pregunta.

—¿Has hablado con tu madre?

—Ostras. ¿Siempre desvías la conversación?

—¿Has hablado con ella? No me digas que te has pasado todo el día limpiando...

Entra en la cocina y coge dos vasos del armario.

—No, todo el día no. Hemos hablado.

—¿Y?

—Y... resulta que tiene cáncer —respondo con franqueza.

Me mira y frunce el ceño. Pongo los ojos en blanco, apoyo los codos en la mesa y me cojo la frente con las manos. Mis dedos rozan la toalla que me cubre la cabeza. Me aparto de la barra, me quito la toalla, inclino la cabeza hacia delante y me paso los dedos por los mechones enmarañados para desenredarlos.

Cuando he eliminado todos los nudos, vuelvo a levantar la cabeza en el preciso instante en el que Will me quita los ojos de encima y los dirige hacia la taza que tiene en la mano y que rebosa leche. Finjo no darme cuenta de que se le ha derramado y sigo arreglándome el pelo, mientras él seca la encimera con un paño de cocina.

Retira algo del armario y coge una cuchara de uno de los cajones. ¡Me está preparando un batido de chocolate casero!

—¿Se pondrá bien? —pregunta.

Suspiro. No da tregua.

—No, lo más probable es que no.

—Pero ¿está recibiendo tratamiento?

He sido capaz de pasarme todo el día sin pensar en eso. Me he mantenido en una cómoda ignorancia desde que he despertado de la siesta. Ya sé que ésta es su casa, pero empiezo a desear que se vuelva a marchar.

—Se está muriendo, Will. ¡Muriendo! Es probable que no esté

viva dentro de un año, tal vez incluso menos. Se limitan a darle quimioterapia para que se sienta mejor, mientras se va muriendo… Porque morirá… Se está muriendo… Ya está. ¿Es eso lo que querías saber?

Se le dulcifica la expresión cuando coloca el batido frente a mí. Coge un puñado de hielo del congelador y lo echa en mi taza.

—*On the rocks* —dice.

Se le da muy bien cambiar de tema y aún mejor pasar por alto mis comentarios maliciosos.

—Gracias —le digo.

Bebo mi batido y me callo. Da la impresión de que, en cierto modo, él acaba de ganar el combate.

El rasgueo de guitarras de los Avett Brothers sigue sonando de fondo cuando me acabo mi batido. Voy a la sala de estar y programo la canción para que suene otra vez. Me tumbo en el suelo, mirando al techo y con las manos estiradas por encima de la cabeza. Es relajante.

—Apaga las luces —le pido—. Quiero quedarme un rato escuchando.

Las apaga y advierto que se tumba en el suelo a mi lado. Un resplandor verde inquieto procedente del equipo de música ilumina las paredes, mientras los Avett Brothers montan un colorido espectáculo. Mis pensamientos van y vienen con la música y nos quedamos tumbados, inmóviles. Cuando acaba el tema y vuelve a empezar, le confieso lo que en realidad me preocupa.

—No quiere que me haga cargo de Kel. Quiere dárselo a Brenda.

Encuentra mi mano en la oscuridad y me la aprieta. Me la coge y me conformo con que sólo seamos amigos.

La luz se enciende de golpe y de inmediato me tapo los ojos. Me incorporo y veo a Will a mi lado, profundamente dormido.

—Hola —susurra Eddie—. He llamado a la puerta, pero nadie ha respondido.

Entra y se sienta en el sofá. Observa a Will, que ronca todo despatarrado en el suelo de la sala de estar.

—Es sábado por la noche —dice, y pone los ojos en blanco—. Ya te había dicho que era un muermo.

Me echo a reír.

—Y ¿qué haces tú aquí?

—He venido a ver cómo estabas. Como no has cogido el teléfono ni has respondido a mis mensajes de texto en todo el día… ¿O acaso es que, porque tu madre tiene cáncer, has decidido abjurar de la

tecnología? No tiene sentido.

—No sé dónde he dejado mi teléfono.

Las dos nos quedamos mirando a Will con fijeza por un instante. La verdad es que ronca fuerte. Los niños deben de haberlo agotado.

—Entonces, supongo que las cosas no han ido demasiado bien con tu madre, ¿no? Como te veo aquí, durmiendo en el suelo...

Por lo visto, le fastidia que no estuviéramos haciendo nada más que dormir.

—No, hemos hablado.

—¿Y?

Me levanto y me estiro antes de ir a sentarme en el sofá a su lado. Ya se ha quitado las botas. Supongo que pasar tanto tiempo sin un hogar permanente hace que te sientas cómodo a dondequiera que vayas. Levanto los pies y me apoyo en el brazo del sofá, frente a ella.

—¿Te acuerdas de la semana pasada, en el patio, cuando me hablabas de tu madre y de lo que ocurrió cuando tenías nueve años?

—Sí, ¿y qué? —pregunta sin dejar de observar a Will, que sigue roncando.

—Pues... que me sentí afortunada. Estaba tan contenta de que a Kel no le fuera a pasar nunca nada semejante, de que pudiera llevar la vida normal de un niño de nueve años, pero ahora... es como si Dios nos tuviera manía. ¿Por qué los dos? ¿No bastaba con mi padre? Como si viniera la muerte y nos pegara un puñetazo en plena cara...

Eddie aparta la vista de Will y me mira.

—No ha sido la muerte la que te ha pegado un puñetazo, Layken, sino la vida. Son cosas de la vida. En la vida pasan cosas jodidas. Muchas. Y a mucha gente.

Ni siquiera me molesto en contarle los peores detalles. Me avergüenza reconocer que mi propia madre no quiere que me haga cargo de su hijo.

Will se mueve un poco en el suelo. Eddie se agacha, me da un achuchón y coge sus botas.

—El profe se despierta. Será mejor que me marche. Sólo quería saber cómo estabas. Ah y busca tu teléfono —dice, mientras se dirige a la puerta.

La observo salir. Está tres minutos en una habitación y su energía es contagiosa. Cuando me vuelvo otra vez, Will está sentado en el suelo. Me observa como si estuviera a punto de castigarme después de clase. Le sonrío con toda la inocencia de la que soy capaz.

—¿Qué demonios hacía ella aquí? —dice.

La verdad es que, cuando quiere, da miedo.

—Ha venido de visita —farfullo—. Quería saber cómo estaba.

Si no le doy demasiada importancia, puede que él tampoco se la dé.

—¡Joder, Layken!
Pues no. Él sí que se la da.
Se pone de pie y levanta las manos.
—¿Acaso pretendes que me echen? ¿Eres tan egoísta que te importan un pimiento los problemas ajenos? ¿Sabes lo que pasaría si se llegara a saber por ella que has pasado aquí la noche?
De repente se le ocurre una idea y da un paso hacia mí.
—¿Sabe ella que has pasado aquí la noche?
Aprieto los labios, formando una línea tensa y fina, y bajo la mirada a mi regazo, para evitar la suya.
—Layken, ¿qué es lo que sabe? —pregunta.
Ha bajado la voz. Por la postura de mi cuerpo, advierte que se lo he contado todo.
—Por Dios, Layken. Vete a casa.

Mi madre ya se ha ido a la cama. Kel y Caulder están en el sofá, viendo la televisión.
—Caulder, tu hermano quiere que vayas a tu casa. Kel y yo tenemos planes para mañana, conque no estaremos aquí en todo el día.
Caulder coge su chaqueta y se dirige a la puerta.
—Hasta luego, Kel.
Se pone los zapatos y se marcha.
Voy a la sala de estar y me dejo caer en el sofá junto a Kel. Cojo el mando a distancia y voy pasando de un canal a otro, tratando de no pensar en que acabo de conseguir que Will se cabree conmigo.
—¿Dónde estabas? —pregunta Kel.
—Con Eddie.
—Y ¿qué estuvisteis haciendo?
—Dar vueltas con el coche.
—¿Por qué estabas en la casa de Caulder cuando regresamos del cine?
—Will me ha pagado para que le limpiara la casa.
—¿Por qué está triste mamá?
—Porque sí. Porque no le alcanza el dinero para pagarme para que le limpie la casa.
—¿Por qué? Nuestra casa no está sucia.
—¿Quieres ir a patinar sobre hielo mañana?
—¡Sí!
—Entonces, deja de hacer tantas preguntas.
Presiono el botón de apagado del mando a distancia y envío a Kel a la cama. Cuando me meto en la mía, pongo el despertador a las seis. No quiero estar en casa cuando mi madre se despierte.

Kel y yo pasamos todo el domingo gastándonos hasta el último centavo de mi cuenta de ahorros. Lo llevo a desayunar y cada uno pide dos cosas que no figuran en el menú. Vamos a patinar sobre hielo, pero los dos somos un desastre, de modo que no nos quedamos mucho tiempo. Lo llevo a comer a la cafetería de un centro comercial, donde nos quedamos cuatro horas. Después lo llevo al cine por la tarde y vamos a cenar a otra cafetería. Lo llevaría a tomar un postre, si no fuera porque dice que le duele el estómago.

Cuando llegamos a casa, mi madre se ha ido a trabajar. No es casualidad, de ninguna manera. Me doy una ducha, preparo nuestra ropa para la escuela y guardo la que ya está lavada. Estoy tan cansada que consigo quedarme dormida sin pensar en nada.

13

Shooting off vicious
Collections of words,
The losers make facts
By the things they have heard
And I find myself
Trying hard to defend them.[14]

All My Mistakes,
THE AVETT BROTHERS

—Tengo otro para contarte —dice Nick en cuanto toma asiento, el lunes por la mañana.

Si tengo que oír otro chiste sobre Chuck Norris, voy a estallar.

—Hoy no: me duele la cabeza —respondo.

—¿Sabes lo que le hace Chuck Norris al dolor de cabeza?

—¡Basta, Nick! Lo digo en serio. ¡Que te calles!

Nick se aparta y se vuelve hacia el alumno que tiene la desgracia de estar sentado a su derecha.

Will no ha venido. La clase espera unos minutos, sin saber qué hacer en realidad. Parece que este tipo de cosas no es habitual en él.

Javi se pone de pie y coge sus libros.

—Cinco minutos de margen de tolerancia —dice.

Sale por la puerta, pero no tarda en volver a entrar, seguido por Will.

Will cierra la puerta, se dirige a su escritorio y coloca encima un montón de papeles. Se nota que hoy está nervioso; todo el mundo se da cuenta. Entrega una pequeña pila de papeles al primer alumno de cada fila —incluida yo— para que la vaya pasando hacia atrás. Miro mis hojas y observo que hay como diez páginas grapadas. Al hojearlas, advierto que una es la poesía de Eddie sobre el globo rosado. Deben de ser poesías escritas por alumnos. No reconozco ninguna más.

—Algunos de los aquí presentes han participado en las sesiones de *slam* de este semestre. Os lo agradezco. Sé que requiere mucho valor.

Levanta su propia copia de la colección de poesías.

—Éstas son vuestras poesías. Algunas han sido escritas por

alumnos míos de otras clases y otras por alumnos de ésta. Quiero que las leáis y, después de haberlas leído, que les pongáis nota. Escribid un número entre el cero y el diez, con el diez como mejor puntuación. Sed sinceros: si una poesía no os gusta, ponedle pocos puntos. Estamos tratando de encontrar la mejor y la peor. Escribid la puntuación en el ángulo inferior derecho de cada página. Adelante.

Se sienta a su escritorio y observa a la clase.

No me gusta esta tarea. No me parece justa. Levanto la mano. ¿Para qué levanto la mano? Me mira y hace un gesto con la cabeza.

—¿Qué sentido tiene esta tarea? —pregunto.

Pasea la mirada poco a poco por toda el aula.

—Layken, vuelve a formular la pregunta cuando todos hayan acabado.

Se comporta de forma extraña.

Cuando empiezo a leer la primera poesía, Will coge dos hojitas de papel de su escritorio y pasa a mi lado. Miro atrás justo cuando deja caer una de ellas sobre el pupitre de Eddie, que la coge y frunce el ceño. Después regresa a la parte de delante y deja caer la otra hojita en mi pupitre. La recojo y la leo: estamos castigadas y tenemos que quedarnos después de clase.

Echo un vistazo a Eddie, que se limita a encogerse de hombros. Estrujo mi hojita hasta hacer una bola y la lanzo al otro lado del aula, a la papelera situada junto a la puerta. Encesto.

Durante la media hora siguiente, los alumnos van acabando de puntuar. Will coge las pilas a medida que terminan y suma los totales con su calculadora. Cuando ha acabado de calcular las últimas notas, apunta los totales en una hoja de papel, se sitúa delante de su escritorio y se sienta.

Levanta el papel en el aire y lo agita.

—¿Estáis todos listos para saber qué poesías han sido un fiasco y cuáles han obtenido más puntos?

Sonríe a la espera de una respuesta.

Nadie dice nada, excepto Eddie.

—Es posible que algunos de los que hemos escrito esas poesías no queramos saber qué puntuación hemos obtenido. Yo no quiero saberlo, por ejemplo.

Will da unos pasos hacia ella.

—Si no te importa la puntuación que merece, ¿para qué la has escrito?

Eddie guarda silencio un momento, mientras reflexiona sobre la pregunta de Will.

—¿Además de para no tener que hacer el examen final? —pregunta.

Will asiente con la cabeza.

—Supongo que porque tenía algo que decir.

Will me mira.

—Layken, vuelve a formular tu pregunta.

Mi pregunta. Trato de recordar cuál era mi pregunta. Ah, sí, ¿qué sentido tiene?

—¿Qué sentido tiene esta tarea? —repito con cautela.

Will sostiene frente a él la hoja que contiene la suma de las puntuaciones y la rasga por la mitad. Pasa la mano tras él, coge la pila de poesías que todos hemos puntuado y la arroja a la papelera. Se dirige a la pizarra y empieza a escribir algo. Cuando acaba, se echa a un lado.

LO QUE TIENE SENTIDO NO ES CONSEGUIR PUNTOS, SINO LA POESÍA.15

ALLAN WOLF

Nadie dice nada, mientras vamos captando el significado de las palabras garabateadas sobre la pizarra. Will guarda silencio por un momento, antes de continuar.

—No debería importar lo que los demás piensen acerca de tus palabras. Cuando estás en el escenario... transmites una parte de tu alma. A eso no se le pueden poner puntos.

Suena el timbre. Cualquier otro día, los alumnos estarían saliendo en fila, pero hoy nadie se ha movido: nos hemos quedado todos mirando fijamente lo que está escrito en la pizarra.

—Mañana hablaremos de por qué es importante que escribáis poesía —dice.

Por un momento —en medio de todo lo que tengo en la cabeza y me distrae—, he olvidado que era Will y lo he escuchado como si fuera mi profesor.

Javi es el primero en ponerse de pie y el resto de los alumnos no tardan en seguirlo. Will está de cara a su escritorio y de espaldas a mí cuando Eddie se le acerca con la hojita en la mano. Ya me había olvidado del castigo que nos había impuesto. Ella me guiña un ojo cuando pasa a mi lado y se detiene delante del escritorio del profesor.

—¿Señor Cooper? —dice con actitud respetuosa, pero en exceso —. Tengo entendido que el castigo después de clase comienza al concluir la última hora, es decir, aproximadamente a las tres y media. Es mi deseo, y seguramente el de Layken también, ser puntual, a fin de cumplir nuestras bien merecidas condenas con la diligencia debida. ¿Tendría usted la amabilidad de indicarnos el lugar en el cual debemos cumplir dicha condena?

Will se dirige hacia la puerta sin mirarla siquiera.

—Aquí, sólo vosotras dos, a las tres y media.

Y se marcha como si tal cosa.

Eddie lanza una carcajada.

—¿Qué le has hecho?

Me pongo de pie y voy con ella hacia la puerta.

—No he sido sólo yo, Eddie, sino las dos.

Se da la vuelta y me mira boquiabierta.

—¡Dios mío! ¿Sabe que lo sé? ¿Qué va a decir al respecto?

Me encojo de hombros.

—Supongo que lo averiguaremos a las tres y media.

—¿Que os ha castigado? ¿El Tesorito? ¿Después de clase? —Gavin se pone a reír.

—¡Joder! El tío necesita echar un polvo —dice Nick.

El comentario de Nick hace que Eddie suelte una carcajada y escupa la leche que tiene en la boca. La fulmino con la mirada para que desista.

—No puedo creer que os haya castigado después de clase —dice Gavin—. Pero no estáis seguras de a qué se debe, ¿no? ¿Por hacer novillos? No creo, lo mencionó en el *slam* la semana pasada y no parecía demasiado enfadado...

Yo sé a qué se debe el castigo: Will quiere estar seguro de que puede confiar en Eddie, pero no se lo puedo decir a Gavin.

—Ha dicho que es por no haber presentado la tarea que teníamos que entregar el día que hicimos novillos.

Gavin se vuelve hacia Eddie.

—Pero si tú la hiciste... Lo recuerdo.

Eddie me mira y responde a Gavin, encogiéndose de hombros:

—La habré perdido, supongo.

Eddie y yo nos encontramos frente a la puerta de la clase de Will a eso de las tres y media.

—¿Sabes una cosa? Cuanto más lo pienso, peor me parece —comenta Eddie—. ¿Por qué no me ha llamado, simplemente, si quería hablar conmigo sobre lo que sé? Tenía otros planes para hoy.

—Tal vez no tengamos que quedarnos mucho rato —apunto.

—Detesto quedarme después de clase. ¡Qué lata! Prefiero tumbarme contigo en el suelo de la casa de Will antes que pasar por este castigo —observa.

—Podríamos tratar de hacerlo divertido.

Se vuelve para abrir la puerta, pero vacila; se da la vuelta y me mira de frente.

—¿Sabes lo que te digo? Que tienes razón: vamos a divertirnos. Estoy segura de que el castigo dura una hora. ¿Te das cuenta de la cantidad de chistes sobre Chuck Norris que podemos hacer en toda una hora?

Le sonrío.

—No tantos como el mismísimo Chuck Norris...

Abre la puerta y entra como una ráfaga.

—Buenas tardes, señor Cooper —saluda.

—Tomad asiento —ordena él, mientras borra la frase escrita en la pizarra.

—Señor Cooper, ¿sabía usted que los asientos se ponen de pie cuando Chuck Norris entra en una habitación? —dice Eddie.

Suelto una carcajada y voy tras ella hacia nuestros sitios, pero, en lugar de ocupar las dos sillas delante, sigue andando hasta el fondo del aula, donde acerca dos pupitres hasta juntarlos. Nos sentamos lo más lejos posible del profesor.

Will no ríe. Ni siquiera sonríe. Se sienta en su silla y nos lanza una mirada furiosa mientras nosotras nos reímos como colegialas.

—Vamos a ver —dice. Vuelve a ponerse de pie y viene hacia nosotras; después se apoya contra la ventana y cruza los brazos. Mira fijamente al suelo, como si tratara de encontrar una manera de sacar a colación el tema con delicadeza—. Eddie, tengo que saber qué es lo que piensas. Sé que has estado en mi casa. Sé que sabes que Layken pasó allí la noche. Sé que te ha contado que hemos salido juntos. Necesito saber qué piensas hacer al respecto..., si es que piensas hacer algo al respecto.

—Will —digo—, ella no va a decir nada. Si es que no hay nada que decir.

No me mira a mí, sino que sigue mirando a Eddie, a la espera de su respuesta. Supongo que con la mía no tiene suficiente. No sé si será por los nervios o porque los tres últimos días han sido los más extraños de toda mi vida, pero me echo a reír. Eddie me lanza una mirada inquisitiva, pero no se puede contener y suelta una carcajada ella también.

Will alza las manos, exasperado.

—¿Qué pasa? ¿Qué demonios os resulta tan gracioso? —pregunta.

—Nada —respondo—. Es que es extraño. Nos has castigado después de clase, Will. —Cojo aire para tratar de controlar la risa—. ¿No podríamos haber hablado, sencillamente, esta noche o en otro momento? ¿Por qué has tenido que castigarnos?

Antes de continuar, espera a que se nos pase el ataque de risa. Cuando por fin callamos, se yergue y se acerca más a nosotras.

—Ésta es la primera oportunidad que tengo de hablar con alguna de vosotras. No he podido dormir en toda la noche. Ni siquiera sabía

si aún tenía un trabajo al que acudir hoy. —Mira a Eddie—. Si algo se llegara a saber…, si alguien se enterara de que una alumna ha dormido en mi cama conmigo, me despedirían. Me echarían del instituto.

Eddie se pone tiesa en su asiento y se vuelve hacia mí, sonriendo.

—¿Has dormido con él en su cama? Me estás ocultando información vital. Eso no me lo habías dicho.

Se echa a reír.

Will cabecea, regresa a la parte delantera del aula y se deja caer en su silla. Se agacha sobre el escritorio y apoya la cara en las manos. Es obvio que las cosas no están saliendo como pensaba.

—Pero ¿has dormido en su cama? —susurra Eddie en voz baja, para que Will no pueda oírla.

—No ha pasado nada —confieso—. Tú misma lo has dicho: es un muermo.

Eddie vuelve a reír y me hace perder la compostura.

—¿Os parece gracioso? —pregunta Will desde su escritorio—. ¿No vais a parar de reír?

Advierto en su mirada que estamos disfrutando del castigo mucho más de lo previsto. Sin embargo, Eddie no se inmuta.

—¿Sabía que quien ríe último ríe mejor y que quien se ríe de Chuck Norris muere? —dice.

Will se da por vencido y apoya la cabeza en el escritorio. Eddie y yo nos miramos y dejamos de reír, en señal de respeto a su esfuerzo por mantener una conversación seria con nosotras. Eddie suspira y se yergue en su pupitre.

—Señor Cooper —anuncia—, no diré nada. Se lo juro. No es tan importante, de todos modos.

Él alza la cabeza y la mira.

—Tal vez no sea importante para ti, Eddie, pero lo es. Es lo que intento transmitiros a las dos. Si a vosotras no os parece importante, podéis cometer un descuido. Se os podría escapar algo. Yo me estoy jugando demasiado.

Las dos lanzamos un suspiro. Ya no queda energía en la habitación, como si un agujero negro hubiese absorbido toda la gracia de nuestro castigo. Eddie también lo percibe y trata de enmendarlo.

—¿Sabía que Chuck Norris no juega a…?

Eddie no termina la frase, porque Will ha llegado al límite. Propina un puñetazo al escritorio y se pone de pie. Tanto Eddie como yo hemos dejado de reírnos. La miro con los ojos bien abiertos y le hago un gesto con la cabeza, para darle a entender la conveniencia de que Chuck Norris emprenda la retirada.

—Esto no tiene gracia —dice él—. Es muy importante.

Alarga la mano para extraer algo de su cajón y se acerca con

rapidez a donde estamos sentadas, al fondo del aula. De un manotazo, coloca una fotografía sobre la rendija entre nuestros dos pupitres y le da la vuelta: es una foto de Caulder.

Apoya el dedo en la foto y dice:

—Este niño. ¡Este niño es muy importante!

Da un paso atrás, coge un pupitre y lo gira para colocarlo frente a nosotras; a continuación se sienta.

—Me parece que no te entendemos, Will —le digo. Miro a Eddie, que se encoge de hombros, en señal de asentimiento—. ¿Qué tiene que ver Caulder con lo que Eddie sabe?

Respira hondo mientras alarga la mano por encima del pupitre y vuelve a coger la fotografía. Por la expresión de sus ojos me doy cuenta de que sus recuerdos no son gratos. Se queda un rato mirándola; después la apoya otra vez, se reclina sobre el respaldo de la silla y se cruza de brazos. Sigue con la vista clavada en la foto y evita mirarnos a los ojos.

—Él estaba con ellos… cuando ocurrió. Los vio morir.

Contengo la respiración. Eddie y yo le brindamos un silencio respetuoso y esperamos que continúe. Empiezo a sentirme muy poca cosa.

—Dijeron que sobrevivió de milagro. El coche quedó destrozado. Cuando apareció la primera persona, Caulder aún tenía abrochado el cinturón de seguridad en lo que quedaba del asiento trasero y llamaba a gritos a mi madre, pidiéndole que se diera la vuelta. Durante cinco minutos, tuvo que permanecer allí sentado, él solo, viéndolos morir.

Will carraspea. Eddie alarga la mano por debajo del pupitre, coge la mía y me la estrecha. Ninguna de las dos abre la boca.

—Estuve con él en el hospital durante seis días, mientras se recuperaba. No me alejé de su lado ni un instante…, ni siquiera para el funeral. Cuando mis abuelos vinieron a buscarlo para llevárselo con ellos, se puso a llorar. No quería irse. Quería quedarse conmigo. Me suplicó que lo llevara al campus, pero yo no tenía trabajo, no tenía seguro médico, tenía diecinueve años y no sabía nada de cómo criar a un niño…, de modo que dejé que se lo llevaran.

Will se pone de pie y se acerca a la ventana. No dice nada por un rato y se queda mirando el aparcamiento, que se va vaciando poco a poco. Se pasa la mano por la cara, como si se enjugara las lágrimas. Si Eddie no estuviera presente, le daría un abrazo.

Al final se vuelve otra vez hacia nosotras.

—Caulder me odiaba. Estaba tan enfadado conmigo que pasó días sin responder a mis llamadas. En mitad de un partido de fútbol, empecé a cuestionarme la decisión que había tomado. Me quedé mirando el balón que tenía entre las manos: recorrí con los dedos su superficie, las letras de la marca impresas en el lateral… Un esferoide

alargado que no pesaba ni medio kilo. Prefería aquella pelota de cuero ridícula a alguien de mi propia sangre. Estaba poniéndome a mí mismo, a mi novia, a mi beca… Lo estaba anteponiendo todo a aquel chiquillo a quien quería más que a nada en el mundo.

»Dejé caer la pelota y me marché del campo. Llegué a la casa de mis abuelos a las dos de la mañana y saqué a Caulder de la cama. Lo traje a casa aquella misma noche. Me suplicaron que no lo hiciera; dijeron que sería demasiado difícil para mí y que no podría darle lo que él necesitaba. Yo sabía que estaban equivocados y que en realidad lo único que Caulder necesitaba… era a mí.

Regresa poco a poco al pupitre delante del nuestro y apoya las manos en la parte posterior. Nos mira a las dos y ve las lágrimas que nos ruedan por las mejillas.

—He pasado los dos últimos años de mi vida tratando de convencerme de que he tomado la decisión adecuada para él. Entonces ¿mi trabajo? ¿Mi carrera? ¿La vida que estoy tratando de construir para este chiquillo? Me lo tomo con mucha seriedad. Es muy importante. ¡Es muy importante para mí!

Con calma vuelve a colocar el pupitre en su sitio y regresa a la parte delantera del aula, recoge sus cosas y se marcha.

Eddie se pone de pie, va al escritorio de Will y coge una caja de pañuelos de papel. Regresa con ella en la mano y se deja caer en su asiento. Cojo un pañuelo y las dos nos secamos los ojos.

—¡Por Dios, Layken! ¿Cómo lo consigues? —dice.

Se suena la nariz y coge otro pañuelo de la caja.

—¿Cómo consigo qué?

Me sorbo los mocos y me sigo enjugando las lágrimas.

—¿Cómo consigues no estar enamorada de él?

Las lágrimas vuelven a manar con la misma rapidez con la que habían cesado. Cojo otro pañuelo.

—Si es que no consigo no estar enamorada de él… ¡No lo consigo de ninguna manera!

Se ríe y me aprieta la mano. Pasamos solas la hora siguiente, cumpliendo voluntariamente el castigo que nos merecemos.

14

And I know you need me in the next room over,
But I am stuck in here all paralyzed.[16]

Ten Thousand Words,
The Avett Brothers

Jamás me he acostado con nadie. Estuve casi a punto en una ocasión, pero me acobardé en el último momento. La relación más duradera que he tenido ha sido con un chaval al que conocí a través de Kerris antes de cumplir los diecisiete.

Kerris tenía un hermano en la universidad que, hace dos años, invitó a un amigo a pasar las vacaciones de Pascua en su casa. El amigo se llamaba Seth y tenía dieciocho años. Pensé que estaba enamorada de él, pero me parece que lo que me gustaba era tener novio.

Seth iba a la Universidad de Texas, que quedaba a sus buenas cuatro horas en coche. Hablábamos mucho por teléfono y por internet. Cuando llevábamos juntos como seis meses, ya lo habíamos comentado muchas veces, de modo que decidí que estaba dispuesta a acostarme con él. Yo tenía que volver a casa antes de medianoche, así que reservó una habitación en un hotel y a mi madre le dijimos que íbamos al cine.

Cuando llegamos al hotel, me temblaban las manos. Yo había cambiado de idea —lo sabía—, pero me daba miedo decírselo. ¡Él se había esforzado tanto! Hasta se había llevado las sábanas y las mantas de su casa, para que todo pareciera más íntimo. Estuvimos un buen rato besándonos encima de la cama y después me quitó la camisa. Cuando empezó a deslizar las manos hacia mis pantalones, me eché a llorar. De inmediato se detuvo. Jamás me presionó ni me hizo sentir culpable por haber cambiado de opinión. Se limitó a besarme y a decirme que no pasaba nada. Entonces nos quedamos en la cama y alquilamos una película.

Habían pasado siete horas y ya era de día cuando despertamos por fin y nos desesperamos. Los dos habíamos estado ilocalizables, con los teléfonos apagados, toda la noche. Yo estaba segura de que mis

padres estarían muertos de preocupación y él estaba demasiado asustado para hacerles frente conmigo, de modo que me dejó en la entrada y se largó. Recuerdo que me quedé mirando fijamente mi casa, deseando encontrarme en cualquier otro sitio, menos allí. Sin duda querrían que hablara con ellos y les contara dónde había estado, pero yo detestaba la confrontación.

De pie delante de mi todoterreno, mientras miro fijamente el jardín lleno de gnomos de una casa que no es nuestro hogar, vuelvo a experimentar la misma inquietud en la boca del estómago. Sé que mi madre querrá hablar de esto: del cáncer, de Kel... Ella querrá hablar conmigo cara a cara y yo querré esconderme.

Camino lentamente hasta la puerta de entrada y giro el pomo. Ojalá alguien lo estuviese sujetando del otro lado. Ella, Kel y Caulder están sentados frente a la barra.

Están tallando calabazas, así que no es buen momento para hablar. ¡Qué bien!

—Hola —digo al entrar sin dirigirme a nadie en particular.

Ella no me responde.

—Hola, Layken. ¡Mira mi calabaza! —dice Kel.

Le da la vuelta para que yo la vea. Los ojos y la boca son tres equis enormes y ha pegado una bolsa de caramelos en la mejilla de la calabaza.

—Tiene cara de mal humor, porque ha estado comiendo caramelos agrios —dice.

—¡Qué ingenioso! —digo.

—Mira la mía —dice Caulder y le da la vuelta.

Sólo hay un montón de hoyos enormes donde debería tener el rostro.

—Vaya... Y ¿eso qué es? —le pregunto.

—Es el universo.

Ladeo la cabeza y lo miro sin entender.

—¿El universo?

Caulder se echa a reír.

—Pues sí, el universo.

Mira a Kel y los dos dicen al unísono:

—Porque está lleno de agujeros negros.

Pongo los ojos en blanco y suelto una carcajada.

—No sé cómo os habéis encontrado vosotros dos.

Miro a mi madre, que me está observando, tratando de adivinar mi estado de ánimo.

—Hola —digo y esta vez me dirijo a ella en concreto.

—Hola —responde con una sonrisa.

—Vamos a ver —digo con la esperanza de que capte el doble sentido en lo que estoy a punto de decir—, ¿te molesta si esta noche nos limitamos a tallar calabazas? ¿Te parece bien si no hacemos nada más que tallar calabazas?

Sonríe y vuelve a prestar atención a la calabaza que tiene delante.

—Desde luego, aunque no podemos tallar calabazas todas las noches, Lake. Al final, alguna de estas noches vamos a tener que hacer otra cosa.

Cojo una de las calabazas que hay en el suelo, la apoyo en la barra y me siento. Alguien llama a la puerta.

—¡Voy yo! —grita Caulder y se baja de la silla de un salto.

Mi madre y yo nos volvemos hacia la puerta cuando la abre. Es Will.

—Hola, colega. ¿Cómo es que has venido tú a abrir la puerta? —le dice Will.

Caulder lo coge de la mano y lo arrastra hacia dentro.

—Estamos tallando calabazas para Halloween. Ven, que Julia también ha comprado una para ti.

Lo hace pasar por el salón y lo conduce a la cocina.

—No, ahora no. Ya tallaré la mía en otro momento. Sólo he venido a buscarte para que vengas a casa, así ellos pueden disfrutar de un rato en familia.

Mi madre separa la silla vacía que queda a su lado.

—Ven, Will, toma asiento. Esta noche sólo vamos a tallar calabazas. No vamos a hacer nada más que eso.

Caulder ya ha cogido una y la pone en la mesa frente a la silla de Will.

—De acuerdo, entonces. Supongo que toca tallar calabazas —dice Will.

Caulder le entrega un cuchillo y nos sentamos todos delante de la barra y nos dedicamos a tallar calabazas.

Kel da lugar al primer momento incómodo cuando pregunta por qué he vuelto tan tarde del instituto. Mi madre me observa, a la espera de mi respuesta, mientras Will sigue agujereando su calabaza sin levantar la vista.

—A Eddie y a mí nos han castigado después de clase —respondo.

—¿Castigadas? Y ¿por qué os han castigado? —pregunta mi madre.

—La semana pasada hicimos novillos: nos fuimos a dormir la siesta al patio.

Apoya sobre la mesa la pala vaciadora y me mira con evidente desilusión.

—Lake, ¿por qué has hecho una cosa así? ¿A qué clase habéis faltado?

Sin responder, frunzo la boca y hago un ligero gesto con la cabeza en dirección a Will. Mi madre lo mira precisamente cuando él levanta la vista de su calabaza.

Se encoge de hombros y suelta una carcajada.

—¡A la mía! ¿Qué otra cosa podía hacer?

Mi madre se pone de pie, le da una palmadita en la espalda y abre la guía telefónica.

—Con eso te has ganado una invitación a cenar.

Toda la velada es de lo más surrealista. La pasamos comiendo pizza, conversando y riendo. Mi madre también. Da gusto oírla reír. La noto diferente esta noche. Supongo que el mero hecho de poder hablarme de su enfermedad ha contribuido a quitarle parte del estrés. Lo advierto en sus ojos: está más relajada.

Kel y Caulder nos cuentan de lo que se quieren disfrazar para Halloween. Caulder se debate entre un Transformer y un Angry Bird. A Kel todavía no se le ha ocurrido nada.

Limpio los restos de calabaza del suelo, llevo el trapo al fregadero y lo lavo. Apoyo los codos en la encimera y la barbilla en las manos y me los quedo mirando. Es más que probable que mi madre no vuelva a tener ocasión de tallar calabazas y el mes próximo será su última fiesta de Acción de Gracias y después vendrá su última Navidad... Y, sin embargo, está allí sentada, conversando con Will sobre los planes para Halloween y riendo. Me gustaría poder detener el tiempo. Ojalá pudiéramos seguir tallando calabazas para siempre.

Will y Caulder se marchan cuando mi madre va a su habitación a prepararse para ir a trabajar. Termino de limpiar la cocina, recojo las bolsas de papel con restos de calabaza, las meto todas en una bolsa grande de basura y la llevo hasta el bordillo justo cuando Will sale con su bolsa de la basura. Sólo advierte mi presencia cuando llega al final de su camino de entrada. Entonces me sonríe, levanta la tapa y echa dentro la bolsa.

—¿Qué hay? —dice.

Mete las manos en los bolsillos de su chaqueta y viene hacia mí.

—¿Qué hay? —respondo.

—¿Qué hay? —vuelve a decir.

Pasa a mi lado y se apoya en el parachoques de mi todoterreno.

—¿Qué hay? —respondo y me apoyo en el parachoques a su lado.

—¿Qué hay?

—Corta el rollo —le digo, riendo.

Los dos esperamos que el otro vuelva a hablar, pero sólo se

produce un silencio incómodo. Como aborrezco los silencios incómodos, lo rompo.

—Lamento habérselo contado a Eddie. Es que es tan lista que imaginó que entre nosotros pasaba más de lo que hay en realidad, de modo que tuve que decirle la verdad, porque no quería que pensara mal de ti.

Inclina la cabeza hacia atrás y mira al cielo.

—Confío en tu criterio, Lake, y también confío en Eddie. En realidad, necesito que se dé cuenta de por qué este trabajo es tan importante para mí, aunque tal vez os lo haya contado todo sólo para que lo supieras tú.

Tengo la cabeza demasiado cansada para analizar siquiera su comentario.

—Da igual —digo—. Sé que te ha costado… explicárnoslo todo así. Gracias.

Vemos pasar un coche que se detiene en la entrada junto a la nuestra. Se apea una mujer, seguida de dos niñas. Todas llevan calabazas en las manos.

—No conozco a nadie en toda esta calle, salvo a ti y a Caulder —digo.

Dirige la mirada hacia la casa en la que acaban de entrar las tres.

—Ésa es Erica. Lleva casada con su marido, Gus, como veinte años, creo. Tienen dos hijas adolescentes. La mayor es la que hace de canguro de Caulder de vez en cuando.

»La pareja que vive a la derecha de nuestra casa son los que más tiempo llevan aquí: Bob y Melinda. Su hijo acaba de entrar en la escuela militar. Fueron fantásticos tras la muerte de mis padres: Melinda cocinó para nosotros todos los días durante meses y todavía nos trae algo, más o menos una vez a la semana.

»Y la casa de más allá… —Señala la siguiente—. El dueño es vuestro casero. Se llama Scott y es el propietario de seis casas sólo en esta calle. Es buen tío, pero los inquilinos no le duran mucho. Son los únicos vecinos que conozco.

Contemplo todas las casas que hay a lo largo de la calle. Son tan similares… No puedo hacer otra cosa que tratar de imaginar las diferencias entre las familias que viven en ellas. Me pregunto si alguna guardará secretos. ¿Alguien se estará enamorando o desenamorando? ¿Serán felices? ¿Estarán tristes, asustados, sin blanca? ¿Se sentirán solos? ¿Valorarán lo que tienen? ¿Se darán cuenta Gus y Erica de lo afortunados que son por tener buena salud? ¿Apreciará Scott el ingreso extra que le proporcionan los alquileres? Es que todo, hasta el detalle más nimio, es efímero. Nada dura para siempre. Lo único que tenemos en común es lo inevitable: al final, todos moriremos.

—Había una chica… —prosigue Will—. Se mudó a una casa de

esta calle hace un tiempo. Todavía recuerdo el instante en el que la vi detener el camión de alquiler para mudanzas. ¡Parecía tan segura al volante de aquel camión! A pesar de que era cien veces más grande que ella, retrocedió a la perfección, sin siquiera pedir ayuda. Observé que lo puso en punto muerto y apoyó la pierna en el salpicadero, como si conducir uno de aquellos trastos fuera pan comido. Coser y cantar.

»Yo tenía que irme a trabajar, pero Caulder ya había cruzado la calle corriendo y se había puesto a luchar con espadas imaginarias con el niño que había llegado en aquel camión. Estaba a punto de gritarle que se subiera al coche, pero había algo en aquella chica. Tenía que hablar con ella. Me dirigí a su acera, pero ella ni reparó en mí. Con la mirada perdida, observaba a su hermano jugando con Caulder.

»Me situé junto al camión y me limité a mirarla. Tenía los ojos más tristes del mundo. Yo quería saber en qué pensaba, qué le pasaba por la cabeza y por qué estaba tan apesadumbrada. ¡Me dieron tantas ganas de abrazarla...! Cuando por fin bajó del camión de mudanzas y me presenté, me costó muchísimo soltarle la mano: habría querido sostenérsela para siempre. Quería que supiera que no estaba sola. Cualquiera que fuese el peso que llevara, estaba dispuesto a cargarlo por ella.

Apoyo la cabeza en su hombro y me rodea con el brazo.

—Ojalá pudiera, Lake. Ojalá pudiera quitarte todo el peso, pero, lamentablemente, las cosas no son así. Los problemas no se van volando. Eso es lo que tu madre trata de decirte. Necesita que tú lo aceptes y que Kel lo sepa, también. Tienes que concedérselo.

—Ya lo sé, Will, pero es que no puedo. Todavía no. Aún no estoy preparada para aceptarlo.

Me acerca a él y me abraza.

—Nunca estarás preparada, Lake. Nadie lo está jamás.

Me suelta y se aleja. De nuevo, tiene razón, pero esta vez no me importa.

—¡Lake! ¿Puedo entrar? —dice mi madre desde el otro lado de la puerta del dormitorio.

—Está abierta —digo.

Entra y cierra la puerta. Ya lleva puesto el uniforme del hospital. Se sienta en la cama a mi lado, mientras sigo escribiendo en mi libreta.

—¿Qué escribes? —pregunta.

—Una poesía.

—¿Para el instituto?

—No, para mí.

—No sabía que escribieras poesía.

Trata de leer por encima de mi hombro.

—En realidad, no suelo hacerlo, pero, si leemos una poesía nuestra en el Club N9NE, no tenemos que presentarnos al examen final. Estoy pensando en escribir una, pero no lo sé. La idea de ponerme de pie delante de toda esa gente me pone nerviosa.

—Supera tus limitaciones, Lake; para eso sirven.

Pongo la poesía boca abajo y me enderezo.

—Vale, ¿qué pasa?

Me sonríe, alarga la mano y me acomoda el pelo detrás de la oreja.

—Nada en especial —dice—. Me quedan unos minutos antes de irme a trabajar y pensé que podíamos hablar. Quería que supieras que hoy es mi última noche. Ya no seguiré trabajando.

Aparto la mirada y me agacho a coger mi bolígrafo. Le pongo el capuchón, cierro la libreta y me guardo las dos cosas en la mochila.

—Aún sigo tallando calabazas, mamá.

Coge aire poco a poco, se pone de pie y vacila; después vuelve a salir de la habitación.

15

Forever I will move like the world that turns beneath me
And when I lose my direction, I'll look up to the sky
And when the black cloak drags upon the ground
I'll be ready to surrender, and remember
Well we're all in this together.
If I live the life I'm given, I won't be scared to die.[17]

The Once and Future Carpenter,
THE AVETT BROTHERS

Will entra en el aula con un pequeño proyector en la mano. Lo deposita en su escritorio y se pone a conectarlo a su ordenador portátil.

—¿Qué vamos a hacer hoy, señor Cooper? —pregunta Gavin.

Will sigue preparando el proyector mientras le responde:

—Quiero enseñaros por qué tenéis que escribir poesía.

Pasa el enchufe alrededor del escritorio y lo introduce en la toma de la pared.

—Yo sé por qué la gente escribe poesía —dice Javi—: porque son un montón de infelices afectivos sin nada mejor para hacer que lloriquear porque los ha dejado la novia o se les ha muerto el perro.

—Te equivocas, Javi —le digo—. Eso se llama música country.

Todo el mundo ríe a carcajadas y Will también. Después se sienta delante de su escritorio, enciende el ordenador portátil y echa un vistazo a Javi.

—¿Y qué? Si alguien se siente mejor después de escribir una poesía sobre el perro que se le ha muerto, estupendo. Que lo haga. ¿Y si una chica te parte el corazón, Javi, y decides usar lápiz y papel para desahogarte? Eso es asunto tuyo.

—Eso está muy bien —afirma Javi—. Cada uno puede escribir sobre lo que le dé la gana, pero lo que a mí me fastidia es lo siguiente: ¿qué pasa si el autor de la poesía no quiere revivirla? ¿Y si un tío interpreta una poesía sobre una ruptura desafortunada, pero después sigue adelante y se recupera? Entonces se enamora de otra chavala, pero seguro que aquel vídeo en el que aparecía hecho polvo porque le

habían partido el corazón está en YouTube, flotando en internet. ¡Qué horror! Si la interpretas o, incluso, si la pones por escrito, algún día tendrás que revivirla.

Will deja de juguetear con el proyector, se pone de pie y se vuelve hacia la pizarra. Coge un trozo de tiza, escribe algo y se hace a un lado.

THE AVETT BROTHERS.

Will señala el nombre que ha escrito en la pizarra.

—¿Alguien los conoce?

Me mira y hace un leve movimiento de cabeza para indicarme que no quiere que diga nada.

—Me suenan —responde alguien desde el fondo del aula.

—En realidad —explica, mientras recorre la sala—, son unos filósofos famosos que dicen y escriben palabras sumamente sabias y que nos hacen reflexionar.

Trato de contener la risa, aunque en el fondo tiene razón.

—En una ocasión les hicieron una pregunta al respecto. Me parece que estaban ofreciendo un recital de poesía y alguien les preguntó si no les costaba tener que revivir sus palabras cada vez que las interpretaban. Su respuesta fue que, aunque en teoría hubieran superado a la persona o el acontecimiento que había inspirado sus palabras en un momento determinado, eso no quería decir que alguien que las oyera no estuviese en la misma situación.

»¿Entonces? ¿Qué pasa si ya no sientes la pesadumbre sobre la cual escribiste el año pasado? Tal vez sea exactamente lo que siente la persona de la primera fila. Por lo que estás sintiendo ahora tú y la persona a la que tal vez lleguen tus palabras dentro de cinco años..., por eso escribes poesía.

Enciende el retroproyector y enseguida reconozco las palabras proyectadas sobre la pared: es lo que interpretó en el *slam* el día que salimos juntos, su poesía sobre la muerte.

—¿Veis esto? Lo escribí hace dos años, después de la muerte de mis padres. Estaba enfadado. Estaba dolido. Escribí exactamente lo que sentía. Cuando lo leo ahora, no comparto los mismos sentimientos. ¿Me arrepiento de haberlo escrito? No, porque cabe la posibilidad de que haya alguien en esta aula que se identifique con esto. Podría ser que tuviera importancia para esa persona.

Mueve el ratón y el proyector agranda la imagen y destaca uno de los versos de su poesía:

A nadie le gusta ***hablar*** *de la muerte, porque se* ***entristece****.*

—Nunca se sabe, pero podría ser que alguno de los presentes se sintiera identificado con esta frase. ¿Te entristece hablar de la muerte? Desde luego que sí. La muerte es un espanto. Hablar de la muerte no tiene ninguna gracia, pero algunas veces hay que hacerlo.

Ya sé lo que pretende. Me cruzo de brazos y lo fulmino con la mirada cuando me mira de frente. Vuelve a echar un vistazo a su ordenador y destaca otro verso:

> *Si al **menos** hubieran estado **preparados, aceptado** lo **inevitable,***
> *trazado **planes**,*

—¿Qué me decís de esto? Mis padres no estaban preparados para morir. Yo me enfadé con ellos por eso. Me quedé con cuentas que pagar, deudas y un niño... Pero ¿y si hubiesen recibido algún aviso, si hubieran tenido oportunidad de discutirlo, de trazar planes? Si no hubiera sido tan fácil evitar hablar de la muerte cuando estaban vivos, tal vez no me habría costado tanto enfrentarme a ella cuando murieron.

Me mira de frente y agranda otro verso:

> ***comprendido** que lo que estaba en juego **no** eran sólo **sus** vidas...*

—Todo el mundo piensa que dispone como mínimo de un día más. Si mis padres hubieran previsto lo que estaba a punto de ocurrirles, habrían hecho todo lo posible para prepararnos. ¡Todo! No es que no pensaran en nosotros. Lo que pasa es que no pensaban en la muerte.

A continuación destaca el último verso de la poesía:

> *La muerte, lo único inevitable en la **vida**.*

Miro la frase y la leo. La leo otra vez. La leo otra vez y otra y otra y otra más. La sigo leyendo hasta que acaba la hora de clase y todo el mundo se ha marchado del aula, excepto Will.

Está sentado delante de su escritorio, observándome, esperando que lo comprenda.

—Lo entiendo, Will —susurro por fin—. Lo entiendo. En el primer verso, cuando decías que la muerte era lo único inevitable en la vida..., hacías hincapié en la palabra «muerte», pero, al repetir la frase al final de la poesía, en lugar de hacer hincapié en la palabra «muerte», destacabas la palabra «vida». Al final das más importancia a la vida. Lo comprendo, Will. Tienes razón. Ella no está tratando de prepararnos para su muerte, sino para su vida: para lo que queda de ella.

Se inclina hacia delante y apaga el proyector. Cojo mis cosas y me voy a casa.

Me siento en el borde de la cama de mi madre. Está dormida en el centro. Ahora que duerme sola, ya no tiene un lado para ella.

Todavía lleva puesto el uniforme del hospital. Cuando se despierte y se cambie, se lo quitará por última vez. ¿Será por eso que aún lo lleva puesto, porque ella también lo ha advertido?

Observo el ritmo de su cuerpo cuando respira. Cada vez que aspira aire, oigo el esfuerzo que hacen los pulmones en su pecho, el esfuerzo de unos pulmones que le han fallado.

Alargo la mano y le acaricio el pelo. Entonces se me quedan unos cuantos entre los dedos. Retiro la mano y poco a poco me los enrollo en el dedo, mientras regreso a mi habitación y levanto del suelo mi clip de color morado. Lo abro, coloco dentro los pelos y lo cierro. Guardo el clip debajo de mi almohada y regreso a la habitación de mi madre. Me meto en la cama a su lado y la rodeo con los brazos. Ella busca mi mano y entrelazamos los dedos y nos ponemos a conversar sin decir ni una sola palabra.

16

« »

Complainte d'un matelot mourant,
THE AVETT BROTHERS

Cuando mi madre se vuelve a dormir, voy al supermercado. El plato preferido de Kel es la *basaña*. Así solía llamar él a la lasaña, de modo que seguimos dándole el mismo nombre. Compro todo lo necesario para prepararla, vuelvo a casa y me pongo a cocinar.

—Huele a *basaña* —dice mi madre al salir de su dormitorio.

Viste ropa corriente. Debe de haberse quitado el uniforme por última vez.

—Pues sí. Pensé que esta noche podríamos prepararle a Kel su plato preferido. Le irá bien.

Se acerca al fregadero, se lava las manos y se pone a ayudarme a distribuir las capas de pasta.

—Supongo que por fin hemos dejado de tallar calabazas, ¿no? —pregunta.

—Pues sí —respondo—. Ya no quedan calabazas por tallar.

Se echa a reír.

—Mamá, antes de que Kel venga, tenemos que hablar... sobre lo que va a ser de él.

—Es lo que pretendo, Lake. Quiero hablar de eso.

—¿Por qué no quieres que se quede conmigo? ¿No me crees capaz? ¿Te parece que no sería una buena madre?

Extiende la última capa de pasta y yo la cubro de salsa.

—Lake, no pienso eso en absoluto. Sólo quiero que puedas vivir tu vida. He pasado los últimos dieciocho años educándote, enseñándote todo lo que sé. Ahora te toca salir a meter la pata, a equivocarte, en lugar de dedicarte a criar a un niño.

—Sin embargo, la vida no sigue un orden cronológico —digo— y tú eres el mejor ejemplo, porque, si así fuera, no te morirías hasta que te tocara..., como a los setenta y siete o algo así, creo, que es la edad promedio para morirse.

Se echa a reír y mueve la cabeza de un lado a otro.

—En serio, mamá. Quiero que esté conmigo. Quiero hacerme cargo de él y él querrá quedarse conmigo: ya sabes que sí. Tienes que darnos la posibilidad de elegir. No hemos tenido voz ni voto en nada de todo esto. Déjanos decidir.

—De acuerdo —concede.

—¿De acuerdo? ¿De acuerdo en que lo pensarás o estás de acuerdo en lo que te he dicho?

—Estoy de acuerdo en lo que has dicho.

La abrazo. La aprieto con más fuerza que nunca.

—Lake —avisa—, me estás poniendo perdida de salsa de *basaña*.

La suelto y me doy cuenta de que aún conservo la espátula en la mano y que le está chorreando por toda la espalda.

—¿Por qué no puede venir él también? —pregunta Kel cuando me detengo en la entrada y envío a Caulder a su casa.

—Ya te lo he dicho: porque mamá quiere hablar con nosotros.

Cuando entramos en casa, mi madre está metiendo la *basaña* en el horno.

—¿Sabes una cosa, mamá? —dice Kel, mientras entra corriendo en la cocina.

—¿Qué cosa, mi vida?

—En nuestra escuela se va a celebrar un concurso de disfraces para Halloween. ¡El ganador recibirá cincuenta dólares!

—¿Cincuenta dólares? ¡Guau! Y ¿ya has decidido de qué te vas a disfrazar?

—Todavía no.

Se acerca a la barra y deja caer su mochila.

—¿Te ha dicho tu hermana que esta noche tenemos que hablar?

—Sí, pero no hacía falta que me lo dijera. Hay *basaña*.

Mi madre y yo lo miramos.

—Cada vez que comemos *basaña*, hay alguna mala noticia. Hicisteis *basaña* cuando murió el abuelo. Hicisteis *basaña* cuando me contasteis que papá había muerto. Hicisteis *basaña* para decirme que nos veníamos a vivir a Michigan. Ahora estáis haciendo *basaña*. O alguien se está muriendo o regresamos a Texas.

Mi madre me mira boquiabierta y duda de si será el momento oportuno: parece ser que él ya ha dado el primer paso para hablarlo incluso antes. Se acerca a él y se sienta. Voy tras ella.

—Eres muy observador, sin duda —le dice.

—Entonces ¿cuál de las dos cosas es? —pregunta, alzando la vista hacia ella.

Ella le pone la mano en la mejilla y se la acaricia.

—Tengo cáncer de pulmón, Kel.

De inmediato él la rodea con los brazos y la abraza. Ella le acaricia la nuca, pero él no llora. Los dos permanecen un rato en silencio y ella espera a que él diga algo.

—Y ¿te vas a morir? —pregunta él por fin.

Su voz queda amortiguada, porque tiene la cabeza hundida en la camisa de mi madre.

—Pues sí, mi vida, pero no sé cuándo. De todos modos, hasta que llegue el momento, vamos a estar juntos todo lo que podamos. Hoy he dejado el trabajo para poder pasar más tiempo con vosotros.

Yo no sabía muy bien cuál sería su reacción. Con apenas nueve años, es probable que no caiga en la cuenta de la cruda realidad hasta que ella haya fallecido. La muerte de mi padre fue repentina e inesperada y, naturalmente, lo hizo reaccionar de forma más dramática.

—Y ¿qué pasará cuando mueras? ¿Con quién vamos a vivir?

—Tu hermana ya es mayor de edad. Vas a vivir con ella.

—Pero yo quiero quedarme aquí, con Caulder —dice; separa la cabeza de la camisa de mi madre y me mira—: Layken, ¿me vas a hacer regresar a Texas contigo?

Hasta aquel preciso instante, yo tenía la intención de volver a Texas.

—Pues no, Kel. Nos quedaremos aquí.

Kel suspira, mientras va asimilando todo lo que le acabamos de decir.

—¿Tienes miedo, mamá? —le pregunta.

—Ya no —dice ella—. He tenido mucho tiempo para aceptarlo. En realidad, me siento afortunada. A diferencia de vuestro padre, por lo menos me han avisado, así que ahora puedo dedicaros más tiempo a vosotros dos, aquí, en casa.

Él se desprende de nuestra madre y apoya los codos en la barra.

—Me tienes que prometer una cosa, Layken.

—De acuerdo —respondo.

—Que no volverás a hacer *basaña* nunca más.

Nos echamos a reír. ¡Reímos los tres! Esto es lo más difícil que mi madre y yo hemos tenido que hacer en la vida y estamos riendo a carcajadas. Kel es increíble.

Una hora después, nos encontramos ante un banquete de *basaña*, palitos de pan y ensalada. Es imposible que podamos comernos todo esto.

—Kel, ¿por qué no vas a ver si Caulder y Will ya han cenado? —dice mi madre, mientras las dos pasamos revista a la comida.

Kel sale disparado como una flecha.

Ella pone dos platos más en la mesa, yo sirvo té y le explico:

—Tenemos que hablar con Will para que nos ayude con Kel.

—¿Con Will? ¿Por qué?

—Porque a partir de ahora quiero llevarte yo a las sesiones de tratamiento. Es demasiado para Brenda y yo puedo faltar a la escuela de vez en cuando o podemos ir cuando yo acabe.

—De acuerdo —dice, y me sonríe.

Kel y Caulder entran corriendo por la puerta, seguidos de Will, un instante después, quien comenta vacilante:

—Kel ha dicho que vamos a comer *basaña*.

—Sí, señor —responde mi madre, mientras la va sirviendo a cucharadas en los platos.

—Y ¿eso qué es? ¿Lasaña de Bolonia?

Parece asustado.

—Es *basaña* y no volveremos a prepararla nunca más, de modo que más vale que la disfrutes —dice ella.

Will se acerca a la mesa y espera a que mi madre y yo nos hayamos sentado para tomar asiento.

Pasamos los palitos de pan y la ensalada hasta que todo el mundo tiene el plato lleno y, lo mismo que anoche, Kel es el primero en hacernos sentir incómodos.

—Mi madre se está muriendo, Caulder.

Will me echa un vistazo y yo le respondo con una sonrisa triste, para que sepa que ya hemos hablado.

—Cuando muera, voy a vivir con Layken, como tú vives con Will. Estaremos igual. Todos nuestros padres habrán muerto y nosotros viviremos con nuestro hermano o hermana.

—Guay. ¡Qué chachi! —exclama Caulder.

—¡Caulder! —lo riñe Will.

—No pasa nada, Will —dice mi madre—. Puede ser estupendo desde el punto de vista de un niño de nueve años.

—Mamá —llama Kel—, ¿y tu dormitorio? ¿Me lo puedo quedar yo? Es más grande que el mío.

—No, señor —digo—. Tiene cuarto de baño. Me lo quedo yo.

Kel pone cara de derrotado, pero yo no cedo un ápice: el dormitorio con baño privado me toca a mí.

—Tú te puedes quedar con mi ordenador, Kel —propone mi madre.

—¡Qué guay!

Miro a Will y espero que esta conversación no lo deje patitieso, pero se está riendo. Es exactamente lo que él esperaba que hubiera: aceptación.

En la cena, todos hablamos de lo que pasará en los próximos

meses y hacemos planes para Caulder y Kel mientras mi madre esté recibiendo sus tratamientos. Will se muestra de acuerdo en que Kel vaya a su casa siempre que lo necesite y afirma que seguirá llevándolos a la escuela. Yo los recogeré todos los días al regresar a casa, a menos que acompañe a mi madre a su tratamiento. Ella consigue que Will acepte que ella les prepare la cena casi todas las noches, a cambio de su ayuda. Toda la velada ha sido un éxito. Me da la impresión de que, entre todos, acabamos de pegarle a la muerte un puñetazo en plena cara.

—Estoy agotada —dice mi madre—. Necesito darme una ducha y meterme en la cama.

Entra en la cocina, donde Will está lavando los platos. Lo rodea con los brazos y lo estrecha por la espalda.

—Gracias, Will, por todo.

Él se vuelve y la abraza a su vez.

Cuando pasa a mi lado, de camino a su dormitorio, me empuja suavemente con el hombro, a propósito. No dice nada, pero sé lo que quiere dar a entender: me está dando su aprobación. Otra vez. Lástima que no cuente.

Limpio la mesa y voy al fregadero a enjuagar el trapo.

—El jueves es el cumpleaños de Eddie. No sé qué regalarle.

—Pues yo sé lo que no deberías darle —dice.

—Créeme que ya lo sé. —Me echo a reír—. Creo que Gavin la invita a salir el jueves por la noche. Tal vez haga algo con ella el viernes.

—Ah, hablando del viernes. ¿Tengo que ocuparme de Kel? Es que había olvidado que Caulder y yo vamos a Detroit este fin de semana.

—No, está bien. ¿Cuestiones de familia?

—Pues sí. Pasamos con nuestros abuelos un fin de semana al mes. Es una especie de tregua a la que hemos llegado después de que me escabullera con él en plena noche.

—Me parece justo —le digo.

Me acerco al fregadero y quito el tapón del desagüe.

—Entonces ¿no irás al *slam* el jueves? —pregunta.

—No, así que podemos cuidar de Caulder esa noche. Dile que venga después de la escuela.

Pone el último plato en el escurridor y se seca las manos con el paño de cocina.

—Resulta bastante extraña, ¿verdad?, la forma en la que han ido saliendo las cosas. Que vosotros hayáis venido a vivir aquí justo ahora... Que Kel y Caulder se conocieran en el momento en el que Kel probablemente más necesita tener un mejor amigo... Que él haya aceptado lo de tu madre con tanta entereza... Todo ha salido redondo.

Se vuelve hacia mí y me sonríe.

—Estoy orgulloso de ti, Lake. Has estado muy bien hoy.

Deposita en mi frente uno de sus besos prolongados y se dirige a la sala de estar.

—Caulder se tiene que duchar, así que ya va siendo hora de que nos marchemos. Hasta mañana —dice.

—Vale. Hasta mañana.

Suspiro mientras pienso en lo único que no ha tenido en cuenta, la única cosa increíblemente inmensa que no ha salido redonda: lo nuestro.

Estoy empezando a aceptarlo —que no vamos a estar juntos, que no podemos estar juntos—, sobre todo las dos últimas noches que ha pasado en casa. En realidad, da la impresión de que al final hemos cambiado. Sin duda, tendremos nuestros momentos, pero no será nada que no podamos superar. Sólo estamos en octubre y será mi profesor hasta junio. Todavía faltan ocho largos meses. Si me fijo en lo mucho que ha cambiado mi vida en los últimos ocho meses, no tengo ni idea de lo que será de ella dentro de otros ocho. Cuando me acuesto y cierro los ojos, me propongo una cosa: que Will ya no sea más mi prioridad. Pondré a mi madre en primer lugar, a Kel en el segundo y a la vida en el tercero.

Por fin. Ya no ejerce poder sobre mí.

—Eddie, por favor, ¿me traes un batido de chocolate, nena? Es que me he olvidado de coger uno —dice Gavin y lanza a Eddie una mirada cándida.

Eddie pone los ojos en blanco y se levanta de la silla. En cuanto se aleja de la mesa, él se vuelve hacia mí y me empieza a hablar en voz baja:

—Mañana a las seis de la tarde en Getty. Trae un globo rosado y después vamos al *slam*.

—¿Te has vuelto loco, Gavin? No tiene ninguna gracia. Eddie se va a cabrear —susurro.

—Confía en mí.

Eddie regresa a la mesa con el batido.

—Aquí tienes. Me debes cincuenta centavos.

—Te debo mi corazón —dice Gavin y coge el batido.

Ella le da un golpecito en la cabeza.

—¡Vamos! ¡A ver si creces de una vez! Eres un cabeza hueca —le dice y enseguida le da un beso en la mejilla.

A regañadientes entro en la pizzería con un globo rosado en la mano. Gavin y Nick están en un reservado al fondo del salón y me

hacen señas para que me reúna con ellos. Tienen muchísimos globos rosados. Eddie se va a cabrear.

Gavin coge mi globo y escribe algo en él con un rotulador.

—Toma —dice Gavin y me entrega un puñado de globos—. Cógelos todos y vete al fondo, junto a los baños. Iré a buscarte en el momento oportuno. Ella está a punto de llegar.

Me dirige hacia atrás sin darme tiempo a oponerme. Me quedo en un rincón del pasillo, entre el lavabo de hombres y el cuarto de la limpieza. Alzo la vista a todos los globos y entonces caigo en la cuenta de que en cada uno hay escrito un nombre.

Poco después se me acerca por el pasillo un señor algo mayor.

—¿Eres Layken? —me pregunta.

—Sí —respondo.

—Soy Joel, el padre de acogida de Eddie.

—¡Vaya! Encantada.

—Gavin quiere que salgas. Yo me ocupo de los globos. Eddie está fuera. Cree que he venido al servicio, de modo que no le digas nada de los globos.

—Ajá, de acuerdo.

Le entrego los globos y regreso a la mesa.

—¡Layken! ¡Has venido! ¡Tíos, sois los mejores! —exclama Eddie.

Se dispone a tomar asiento en el reservado, pero Gavin la pone de pie otra vez.

—Todavía no vamos a comer. Tenemos que salir afuera.

—¿Afuera? Pero si hace muchísimo frío...

—Vamos —dice él, y la conduce hacia la puerta.

Todos seguimos a Gavin hacia afuera y nos quedamos junto a Eddie. Miro a Nick, pero se encoge de hombros, dándome a entender que él tampoco sabe lo que está pasando. Gavin se saca un trozo de papel del bolsillo y se coloca delante de Eddie.

—Yo no he escrito esta carta, Eddie, pero me han pedido que la lea.

Eddie nos mira y sonríe, tratando de obtener alguna pista a partir de nuestra expresión, pero no podemos darle ninguna, porque no sabemos nada.

Llegaste a mi vida el 4 de julio, el día de la Independencia. Tenías catorce años. Irrumpiste en casa y fuiste derecha a la nevera, diciendo que querías un Sprite. Yo no tenía Sprite. Dijiste que daba igual y entonces cogiste un Dr. Pepper. Aluciné. Llamé a la asistente social y le dije que no te podías quedar conmigo de ninguna manera. Yo jamás había tenido adolescentes en casa. Me contestó que te buscaría otro lugar de acogida al día siguiente, pero que era imprescindible que te quedaras conmigo aquella noche.

Yo estaba muy nervioso. No sabía de qué hablar con una chiquilla de catorce años. No sabía el tipo de cosas que te interesaban ni los programas que veías por televisión. No tenía la menor idea, pero tú me lo pusiste fácil: tenías tanto interés en hacerme sentir cómodo…

Más tarde, cuando fuera estaba oscuro, oímos fuegos artificiales. Me cogiste de la mano, me levantaste del sofá y me obligaste a salir. Nos tumbamos en la hierba del jardín delantero y contemplamos el cielo. No parabas de hablar. Me contaste un montón de cosas de la familia de la que venías, de la familia anterior y de la anterior a la anterior. Todo el tiempo que estuviste hablando me lo pasé escuchando, escuchando a aquella niña tan llena de vida, tan llena y embelesada con una vida que hacía tantos esfuerzos por derribarla…

Eddie lanza un grito ahogado al ver a Joel en el escaparate del restaurante con docenas de globos rosados. Él sale y se coloca junto a Gavin, que sigue leyendo la carta.

Jamás he sido capaz de darte demasiado. Aparte de a aparcar, poco es lo que te he enseñado; tú, en cambio, nunca sabrás todo lo que he aprendido contigo. Y en este cumpleaños tan especial, cuando cumples dieciocho, has dejado de pertenecer al estado de Michigan y, a partir de ahora, desde el punto de vista legal, tampoco me perteneces a mí ni a ninguna de las siguientes personas que alguna vez han tenido derecho a ti y a tu pasado.

Joel empieza a leer nombres en voz alta y a soltar los globos uno a uno. Eddie llora mientras observamos cómo desaparecen poco a poco en la oscuridad. Él los sigue soltando hasta que ha pronunciado los nombres de los veintinueve hermanos y los trece padres.

Conserva en la mano un solo globo rosado. En la parte delantera y con grandes letras negras pone «PAPÁ».

Gavin dobla el papel y da un paso atrás, mientras Joel se acerca a Eddie.

—Espero que para tu cumpleaños aceptes este regalo —dice Joel y le entrega el globo rosado—. Quiero ser tu padre, Eddie. Quiero ser tu familia por el resto de tu vida.

Eddie lo abraza y los dos lloran. Los demás vamos entrando poco a poco en la pizzería, para que puedan estar solos.

—¡Dios mío! Necesito una servilleta.

Me voy sorbiendo los mocos hasta encontrar algo para enjugarme las lágrimas. Cojo unas servilletas del mostrador y observo a Nick y a Gavin, que también están llorando. Cojo más servilletas para ellos y regresamos a nuestro reservado.

17

If I get murdered in the city
Don't go revengin' my name.
One person dead from such is plenty.
No need to go get locked away.[18]

Murder in the City,
THE AVETT BROTHERS

He de decir con franqueza que —me da la impresión— he pasado por las cinco etapas del duelo en todos los aspectos de mi vida.

He aceptado la muerte de mi padre. La acepté incluso meses antes de que nos mudáramos a Michigan. He aceptado la suerte de mi madre. Me doy cuenta de que no ha muerto aún y de que las cinco etapas volverán a comenzar cuando eso ocurra. Sin embargo, sé que no va a ser tan difícil.

He aceptado vivir en Michigan. La canción que escuché varias veces seguidas en la casa de Will se llamaba *The Weight of Lies*, «El peso de las mentiras», y parte de la letra dice lo siguiente:

El peso de las mentiras te caerá encima
y te seguirá por todas partes, porque
nada ocurre aquí que no ocurra allá.

Cada vez que la canción volvía a sonar, lo único que yo oía era lo de las mentiras y que te caen encima. Esta noche, mientras conduzco el todoterreno en dirección a Detroit, entiendo lo que significan de verdad esas palabras. No se refieren sólo a las mentiras, sino a la vida. No puedes salir corriendo a otra ciudad, a otro lugar, a otro estado. Aquello de lo que huyes —sea lo que sea— te acompaña y se queda contigo hasta que encuentras la manera de encararlo.

No sé muy bien de qué esperaba huir marchándome a Texas, pero al final me daría alcance, de modo que aquí me encuentro, en Ypsilanti, Michigan, y aquí me quedaré. Y estoy muy bien así.

He aceptado la situación con Will. No lo culpo en absoluto por lo que ha elegido. En mis fantasías, desde luego, está perdidamente

enamorado de mí y me dice que no necesita ninguna carrera cuando tiene amor, pero la realidad es que, si hubiera puesto en primer lugar lo que siente por mí, me habría costado aceptar que pudiera desprenderse con tanta facilidad de las cosas que más importancia tienen para él. Habría hablado mucho peor de él. Por consiguiente, no lo culpo, sino que lo respeto y algún día, cuando esté en condiciones de hacerlo, se lo agradeceré.

Me detengo ante el club poco después de las ocho. Gavin tenía una sorpresa para Eddie, de modo que iban a dar un rodeo y han dicho que llegarían tarde. Como el aparcamiento está más lleno de lo habitual, tengo que coger un sitio en la parte posterior del edificio. Al apearme, respiro hondo y me preparo. No sé cuándo fue que decidí representar una poesía esta noche, pero estoy a punto de cambiar de idea.

Mientras me dirijo a la puerta, me rondan en la cabeza las palabras de mi madre: «Supera tus limitaciones, Lake; para eso sirven».

Puedo hacerlo. Sólo son palabras. Repítelas y ya está. Tan sencillo como eso.

Cruzo la puerta con unos minutos de retraso. Advierto que está a punto de presentarse el «sacrificio», porque se puede oír el vuelo de una mosca. Entro a hurtadillas y me dirijo sigilosamente al fondo de la sala. Como no quiero llamar la atención, me siento en un reservado vacío. Saco el teléfono para bajarle el volumen y enviar a Eddie un mensaje de texto para decirle dónde estoy. Es entonces cuando oigo su voz.

Will está de pie delante del micrófono, en el escenario, presentando una poesía como «sacrificio».

*Antes me **encantaba** la mar*
*y **todo** lo relacionado con ella.*
*Sus **arrecifes** de coral, sus **cabrillas**, el bramido de sus **olas**,*
*las **rocas** que **lame**, sus leyendas de **piratas** y sus colas de **sirena**,*
*los tesoros **perdidos** y los que **conserva**...*
*Y **TODOS***
*los **peces***
*de la **mar**.*
*Pues sí, antes me **encantaba** la mar*
*y **todo** lo relacionado con ella.*
*Que me **arrulle** hasta que me **duerma**, **tumbado** en mi **cama**,*
*y después me **despierte** con una **fuerza***
*que no he **tardado** en **temer**.*

*Por sus **fábulas**, sus **mentiras** y sus ojos **engañosos**,*
*la vaciaría hasta dejarla **seca***
*si de verdad me lo **propusiera**.*
*Antes me **encantaba** la mar*
*y **todo** lo relacionado con ella.*
*Sus **arrecifes** de coral, sus **cabrillas**, el bramido de sus **olas**,*
*las **rocas** que **lame**, sus leyendas de **piratas** y sus colas de **sirena**,*
*los tesoros **perdidos** y los que **conserva**…*
*Y **TODOS***
*los **peces***
*de la **mar**.*
*Pues bien, si alguna vez has tratado de **surcar** en un **velero***
*sus procelosas **aguas**, te habrás dado **cuenta** de que*
*sus **cabrillas** son tus **enemigas**. ¿Alguna vez has tratado de*
***nadar** hacia la orilla con la **pierna acalambrada**,*
*cuando acabas de zamparte un **opíparo banquete** de*
hamburguesas
*que te **lastra** y sus **olas bramantes** te*
*están dejando sin **aire** y te llenan los **pulmones** de*
***agua** mientras **agitas** los brazos, tratando de llamar la*
***atención**, pero tus amigos*
se limitan
a saludarte
con la mano?
*Y si has crecido con la **cabeza** llena de **sueños***
*sobre la **vida** y pensando que un día de éstos serías pirata*
*con tu **propio** barco y tu **propia** tripulación y que **todas***
las sirenas
sólo
te querrían
a ti…
Entonces, te habrás dado cuenta
—como al final me ha ocurrido a mí—
*de que todo lo **bueno** que tiene*
*y todo lo **hermoso***
*no es **real**,*
*sino **falso**.*
*Así pues, **quédate** con tu **mar***
*y a **mí** déjame a **Lake**.*[19]

Aire. No, agua. No sé cuál de las dos cosas necesito. Salgo del reservado y me dirijo hacia la puerta, pero voy derecha al cuarto de baño. Sólo quiero silencio.

Abro la puerta del servicio y veo que los compartimentos están

vacíos. Una chavala se lava las manos en el único lavabo disponible, de modo que decido esperar para el agua y me meto en el compartimento más grande. Me encierro dentro y me apoyo en la puerta.

¿Es verdad lo que acaba de suceder? ¿Acaso sabe que he venido? Pues no, no puede saberlo. Le había dicho que no vendría. No era su intención que yo lo oyera, pero, de todos modos, lo escribió. Él mismo ha dicho que escribe lo que siente. ¡Dios mío! Me quiere. ¡Will Cooper está enamorado de mí!

Siempre he sabido que me aprecia —lo advierto en su forma de mirarme—, pero escuchar sus palabras y las emociones que dejan traslucir..., la manera en la que ha dicho mi nombre. ¿Cómo lo voy a mirar a la cara? Pues no lo haré. Todavía no sabe que he venido. Lo único que tengo que hacer es marcharme. He de irme antes de que me vea.

Abro la puerta del servicio y escudriño la zona, pero no lo diviso. Por suerte, hay otro intérprete en el escenario, de modo que la mayoría de los ojos están clavados en la parte delantera de la sala. Me escabullo hasta la puerta y salgo.

—¡Layken! ¡Mira lo que me ha regalado Gavin!

Eddie está entrando y se recoge el pelo para que le eche un vistazo a las orejas.

—Eddie, me tengo que ir.

Se le desvanece la sonrisa.

—Después te llamo. —La rozo al pasar, pero ni siquiera le miro los pendientes—. ¡Y no me has visto! —le grito, mientras salgo corriendo.

Cuando voy a rodear el edificio, me tropiezo con Javi en el preciso instante en el que da la vuelta a la esquina. ¡Por Dios! ¿Es que está aquí toda la clase? A alguien se le va a escapar que he venido y no quiero que Will se entere de que lo he visto.

—Oye, ¿a qué se debe tanta prisa? —pregunta cuando me escabullo entre él y la pared.

—Me tengo que ir. Nos vemos mañana.

Me alejo rápidamente. No tengo tiempo para estar de palique. Lo único que quiero es meterme en mi todoterreno y salir del aparcamiento lo antes posible.

—Espera. Te acompaño al coche —dice y se pone a mi lado.

—Estoy bien, Javi. No te entretengas y entra, que ya han comenzado.

—Layken, estamos en Detroit y has aparcado detrás de un club, así que te acompaño al coche.

—Está bien, pero camina rápido.

—¿Por qué tienes tanta prisa? —pregunta cuando nos acercamos

a la parte posterior del edificio.

—Es que estoy cansada y me quiero ir a dormir.

Camino más despacio, confiando en que Will no me haya visto.

—Por aquí hay una cafetería. ¿No quieres ir a tomar un café? —me pregunta.

—No, gracias. No necesito cafeína, sino mi cama.

Cuando llegamos a mi todoterreno, alargo la mano para coger las llaves de mi… ¡Joder! Mi bolso. Me lo he dejado en el reservado.

—¡Joder! —digo y doy un puntapié a la grava que tengo delante. Mi zapato afloja un trozo de piedra que sale volando y golpea la puerta de mi coche.

—¿Qué pasa? —pregunta.

—Mi bolso. Me he dejado dentro mis llaves y mi bolso.

Me cruzo de brazos y me apoyo contra el todoterreno.

—No pasa nada. Volvemos a entrar y los buscamos.

—Es que no quiero volver a entrar. ¿Te importaría traérmelo?

Le sonrío, con la esperanza de que aquello sea suficiente.

—Pero, Layken, no te puedes quedar aquí atrás tú sola.

—De acuerdo. Le envío un mensaje de texto a Eddie para que me lo traiga. ¿Me dejas tu teléfono?

Se palmea los bolsillos.

—Pues no, me lo he dejado en la camioneta. Ven, que te lo presto —dice Javi.

Se agacha y me coge de la mano para conducirme hasta su vehículo. Abre la puerta y busca dentro el teléfono.

—Está sin batería. —Lo conecta al cargador—. Espera un par de minutos para que se cargue un poco y después la llamas.

—Gracias —le digo.

Me apoyo en la camioneta y espero.

Se queda a mi lado mientras aguardamos a que el teléfono se cargue.

—Está nevando otra vez —dice Javi y me quita algo del brazo.

Alzo la vista y observo el contraste entre los copos que caen y la oscuridad del cielo. Supongo que por fin nos vamos a enterar de cómo son los inviernos en Michigan.

Me vuelvo hacia Javi. Estaba a punto de preguntarle algo sobre los neumáticos de invierno o las palas quitanieves, pero se me va de la cabeza en cuanto me coge el rostro entre las manos y me mete la lengua en la boca. Vuelvo la cara y trato de alejarlo de mí. Al sentir mi resistencia, separa el rostro, pero su cuerpo sigue apretando el mío contra el metal frío de la camioneta.

—¿Qué pasa? —dice—. Pensé que querías que te besara.

—¡No, Javi!

Sigo empujándolo con las dos manos, pero no afloja.

—Vamos —dice con una sonrisa petulante—, que no te has dejado las llaves dentro. Esto es lo que quieres.

Su boca vuelve a rodear la mía y se me acelera el pulso. No es la misma sensación que experimento cuando es Will quien hace que se me acelere el pulso; más bien se trata de como una reacción de lucha o huida: trato de gritarle, pero sus manos mantienen mi cara tan pegada a la suya que no puedo coger aire; intento moverme, pero usa el cuerpo para inmovilizarme contra su camioneta, de modo que me resulta imposible soltarme.

Cierro los ojos.

«Piensa, Layken. Piensa.»

Cuando estoy a punto de morderle el labio, Javi se separa de mí… pero sigue retrocediendo. Alguien lo está arrastrando hacia atrás. Cae al suelo y Will se le sienta encima a horcajadas, lo coge de la camisa y le lanza un puñetazo directo a la mandíbula. Javi cae de espaldas, pero se da la vuelta y, al incorporarse, hace tropezar a Will.

—¡Basta! —grito.

Javi le devuelve el puñetazo y Will se desploma. Por temor a que Javi le pegue otra vez, me arrojo entre ellos precisamente cuando Javi descarga otro golpe destinado a Will, que me da a mí en la espalda. Caigo hacia delante y aterrizo encima de Will. Trato de respirar, pero no puedo: me he quedado sin aire.

—Lake —dice Will y me apoya en el suelo a su lado.

Sin embargo, su preocupación es efímera y los ojos se le llenan de furia. Se aferra a la manija del coche más cercano y empieza a ponerse de pie.

—No era mi intención golpearte, Layken —dice Javi, acercándose a mí.

Como estoy tumbada, no veo lo que ocurre a continuación, pero oigo una bofetada y observo que los pies de Javi ya no están apoyados en el suelo. Alzo la vista cuando Will se inclina sobre él y descarga otro puñetazo.

—¡Suéltalo, Will! —grita Gavin.

Tira de él hacia atrás y los dos caen al suelo.

Eddie corre a mi lado y me ayuda a levantarme.

—¿Qué ha pasado, Layken?

Me rodea con los brazos y yo me agarro el pecho. Ya sé que me han dado un golpe en la espalda, pero siento como si mis pulmones fueran de cemento. Jadeo porque me falta el aire y no le puedo responder.

Will se desprende con rapidez de Gavin y se pone de pie. Se me acerca y me coge la mano, mientras Eddie se apresura a quitarse de en medio. Me incorpora y pasa mi brazo alrededor de su hombro, me agarra por la cintura con el otro brazo y me hace andar hacia delante.

—Te llevo a casa —se limita a decir.

—¡Espera! —grita Eddie, mientras da la vuelta y se coloca delante de nosotros—. Aquí tengo tu bolso.

Alargo la mano y se lo cojo, tratando de sonreír. Se lleva la mano a la oreja, al tiempo que dibuja la forma de un teléfono, y, moviendo los labios, me indica que la llame.

Will me ayuda a llegar a su coche. Me siento y me apoyo en el respaldo. He vuelto a llenar de aire los pulmones, pero cada vez que respiro siento como si tuviera un cuchillo clavado en la espalda. Cierro los ojos y me concentro en inspirar y espirar el aire por la nariz mientras nos alejamos.

Ninguno de los dos dice nada. Yo, porque no puedo, y Will..., no sé por qué. Viajamos en silencio hasta llegar casi a los suburbios de Ypsilanti.

Con una maniobra brusca, Will detiene el coche en el arcén y lo pone en punto muerto. Pega un puñetazo al volante antes de apearse y cerrar de un portazo. Los faros del coche iluminan su figura cuando se aleja del vehículo, dando patadas esporádicas en el suelo y echando maldiciones. Por fin se detiene y se apoya las manos en la cadera. Echa la cabeza hacia atrás y mira al cielo, y deja que le caiga la nieve en la cara. Se queda así un rato, y hasta que al final regresa al coche, se sienta y cierra la puerta con calma. Pone el vehículo en marcha y sigue conduciendo en silencio.

Ya puedo andar, he vuelto a respirar con normalidad y, en lugar del cuchillo en la espalda, siento como un bulto. De todos modos, me ayuda a llegar hasta su casa.

—Túmbate en el sofá. Voy a buscar hielo —dice.

Hago lo que dice. Me echo con cuidado boca abajo en el sofá y cierro los ojos, mientras me pregunto qué demonios ha pasado con la velada.

Percibo su mano en el sofá cuando se arrodilla a mi lado.

—¡Will! —exclamo cuando abro los ojos y le veo la cara—. Estás herido.

Un reguero de sangre le baja por el cuello desde un corte profundo que tiene bajo la ceja.

—No es nada. Después me ocupo —dice y se inclina hacia mí—. ¿Puedo?

Me coge con las dos manos la parte inferior de la camisa.

Asiento con la cabeza.

Me levanta la parte posterior de la camisa y siento en la piel el contacto de algo frío. Me coloca la bolsa de hielo sobre la herida; después se pone de pie, abre la puerta de entrada, sale y la cierra.

¡Se ha marchado! Se ha ido sin decir una palabra. Me quedo allí tumbada unos cuantos minutos más, esperando que regrese enseguida,

pero tarda. Me coloco de lado y dejo que la bolsa de hielo caiga sobre el sofá. Vuelvo a bajarme la camisa y me dispongo a ponerme de pie cuando la puerta se abre de golpe y entra mi madre, corriendo.

—Lake, mi vida, ¿estás bien?

Me estrecha entre sus brazos. Will viene tras ella.

—Mamá —digo con voz débil.

Le devuelvo el abrazo y me echo a llorar.

—Estoy bien, mamá, de verdad.

Me arropa en mi cama mientras —por enésima vez en los diez minutos que llevo en casa— me pregunta si me duele la espalda. Sonríe y me acaricia el pelo. Es lo que más voy a echar de menos de ella: la manera en la que me acaricia el pelo y me mira con muchísimo cariño.

—Will dice que te han dado un golpe en la espalda. ¿Quién ha sido?

Hago una mueca de dolor al incorporarme, apoyada en la almohada.

—Javi, un compañero de clase. Su intención era pegarle un puñetazo a Will, pero yo me interpuse.

—Y ¿por qué quería golpear a Will?

—Porque Will le había dado un puñetazo a él. Javi me acompañó al coche cuando salí del club y pensó que yo quería que me besara. Yo estaba tratando de quitármelo de encima… pero no podía pararlo. Lo siguiente que recuerdo es que Will estaba encima de él, pegándole puñetazos.

—¡Qué horrible, Lake! ¡Cuánto lo siento!

Se agacha y me besa la frente.

—Está bien, mamá. Estoy bien. Sólo necesito dormir un poco.

Me acaricia otra vez la cabeza, se pone de pie y apaga la luz.

—¿Y Will? ¿Qué va a hacer? —pregunta antes de cerrar la puerta.

—No lo sé —respondo.

Al principio pensé que se refería a lo que iba a hacer con respecto a Javi, pero, cuando cierra la puerta, me doy cuenta de que se refiere a lo que va a hacer con respecto a su trabajo.

Permanezco despierta durante horas después de aquello, analizando minuciosamente la situación. No estábamos en el recinto de la escuela. Él me estaba defendiendo. Tal vez Javi no diga nada. Sin embargo, es cierto que Will pegó el primer puñetazo… y el tercero… y el cuarto… Y es probable que le hubiera pegado el quinto, si Gavin no hubiese intervenido. Trato de recordar hasta el mínimo detalle de toda la noche, por si mañana tengo que justificar lo que hizo.

Al día siguiente, cuando me despierto, veo a Caulder comiendo cereales en la cocina con Kel.

—Hola. Mi hermano no nos puede llevar hoy. Dice que tiene algo que hacer.

—Y ¿qué es lo que tiene que hacer?

Caulder se encoge de hombros.

—No lo sé. Ha traído de vuelta tu todoterreno esta mañana y después se ha vuelto a marchar.

Se mete en la boca una cucharada de Froot Loops.

Sobrevivo a duras penas durante las dos primeras horas de clase. Eddie y yo pasamos la segunda hora mandándonos notas la una a la otra. Le he contado todo lo que ocurrió anoche… menos lo de la poesía de Will.

Cuando nos dirigimos a la tercera clase, siento como si flotara, casi como en mis sueños, en los que revoloteo en el aire por encima de mí y me observo andar. Noto que no puedo controlar mis actos, sino que me limito a observar mientras se llevan a cabo. Eddie abre la puerta y entra primero. La sigo con lentitud y atravieso el aula. Will no ha llegado aún y Javi tampoco. Aspiro aire y tomo asiento. El crujido del interfono interrumpe por un instante el bullicio de la conversación entre el resto de los compañeros: «Layken Cohen, preséntese en dirección, por favor».

De inmediato me vuelvo y miro a Eddie. Me dirige una sonrisa distante y levanta los pulgares. Está tan nerviosa como yo.

En el despacho hay varias personas. Reconozco al director, el señor Murphy: está hablando con dos hombres que no conozco. Al verme llegar, me saluda con la cabeza y me indica que lo siga. Cuando entro en la habitación, Will está sentado frente a la mesa, con los brazos cruzados. No me mira. Esto no pinta bien.

—Tome asiento, por favor, señorita Cohen —pide el señor Murphy.

Él se sienta en la cabecera, frente a Will. Elijo la silla que tengo más cerca.

—Éste es el señor Cruz, el padre de Javier —presenta el señor Murphy, mientras me indica con un gesto a uno de los desconocidos.

El señor Cruz está sentado a la mesa frente a mí. Se incorpora ligeramente, alarga un brazo y me estrecha la mano.

—Y éste es el agente Venturelli —dice, refiriéndose al otro.

Él hace lo mismo: se estira por encima de la mesa y me estrecha la mano.

—Seguramente, usted ya sabe para qué la hemos hecho venir. Tenemos entendido que, fuera del recinto de la escuela, se ha

producido un incidente en el que ha intervenido el señor Cooper —explica y a continuación hace una pausa, por si tengo algo que objetar.

No digo nada.

—Le agradeceríamos que nos contara su versión de los hechos.

Echo un vistazo a Will y él me hace un ligerísimo gesto con la cabeza para indicarme que quiere que diga la verdad. Así lo hago: durante diez minutos, expongo sincera y minuciosamente todo lo que ocurrió anoche. Lo único que me abstengo de mencionar es su poesía.

Cuando acabo de dar los pormenores y me han hecho todas las preguntas que se les ocurren, me autorizan a volver a clase. Me pongo de pie para marcharme y en ese momento el señor Cruz me llama:

—Señorita Cohen.

Me vuelvo y lo miro.

—Sólo quería decirle que lo lamento. Le presento mis disculpas por el comportamiento de mi hijo.

—Gracias —le digo.

Me doy la vuelta y regreso al aula.

Hay una sustituta en lugar de Will, una mujer mayor a la que he visto algunas veces por los pasillos, de modo que también debe de dar clases aquí. Ocupo mi asiento en silencio. No puedo pensar en nada que no sea Will y en si voy a ser la causa de que pierda su empleo.

Cuando suena el timbre, la clase empieza a salir en fila y me vuelvo hacia Eddie.

—¿Qué ha pasado? —me pregunta.

Se lo cuento y le digo que no sé nada todavía. Me quedo un rato junto a la puerta del aula, esperando a Will, pero no viene. Durante la cuarta hora, advierto que no estoy de ánimo para aprender nada y decido tomarme libre el resto del día.

Cuando entro en nuestra calle, el coche de Will está en su entrada. Acerco mi todoterreno al bordillo —ni me molesto en subirlo a nuestra entrada—, lo aparco y cruzo la calle corriendo. Cuando estoy a punto de llamar, la puerta se abre de golpe y aparece Will con la mochila al hombro y la chaqueta puesta.

—¿Qué haces tú aquí? —me pregunta con cara de sorpresa.

—He visto tu coche. ¿Qué ha pasado?

No me invita a pasar, sino que sale y cierra la puerta con llave.

—He dimitido. Han rescindido mi contrato.

Sigue andando en dirección a su coche.

—Pero si sólo te quedan ocho semanas como profesor en prácticas. No ha sido culpa tuya, Will. ¡No pueden hacer una cosa así!

Mueve la cabeza de un lado a otro.

—No, no es eso. No me han despedido. Simplemente, todos hemos pensado que sería mejor que acabara mis prácticas en otro

instituto, lejos de Javier. Dentro de media hora tengo una reunión con mi tutor y a eso voy.

Abre la puerta, se quita la mochila y la chaqueta y las arroja en el asiento del acompañante.

—Pero ¿y tu trabajo? —le pregunto y aguanto la puerta, para que no la cierre. Tengo montones de preguntas—. ¿Esto quiere decir que te has quedado sin ingresos? ¿Qué vas a hacer ahora?

Me sonríe, vuelve a bajarse del coche y me apoya las manos en los hombros.

—Cálmate, Layken. Ya lo resolveré, pero en este momento me tengo que ir.

Vuelve a subir al coche, cierra la puerta y baja la ventanilla.

—Si no llego a tiempo, ¿puede quedarse Caulder con vosotros después de clase?

—Desde luego —digo.

—Mañana nos vamos muy temprano a la casa de mis abuelos. ¿Puedes asegurarte de que no coma nada de azúcar? Tiene que acostarse temprano —dice, mientras retrocede poco a poco para salir del camino.

—Desde luego —repito.

—Y, Layken, cálmate.

—Desde luego —vuelvo a decir.

Y se marcha como si tal cosa.

18

Close the laundry door,
Tiptoe across the floor,
Keep your clothes on,
I got all that I can take,
Teach me how to use
The love that people say you made.[20]

Laundry Room,
THE AVETT BROTHERS

Dedico el resto de la tarde a ayudar a mi madre con la limpieza. Así mantengo la cabeza ocupada. No me pregunta ni una sola vez por qué no estoy en el instituto. Supongo que ahora me deja a mí los asuntos cotidianos. Cuando llega la hora de ir a buscar a Caulder y a Kel, Will no ha vuelto, de modo que los traigo a los dos a casa y nos ponemos a hablar otra vez de los disfraces para Halloween.

—Ya sé lo que quiero ser —dice Kel a mi madre.

Ella está doblando la ropa en la sala de estar. Apoya una toalla en el respaldo del sofá y lo mira.

—Y ¿qué vas a ser, mi vida?

Él le sonríe.

—Tu cáncer de pulmón —dice.

Está tan acostumbrada a las ocurrencias de Kel que ni se inmuta.

—No me digas. ¿Y venden esos disfraces en Walmart?

—Supongo que no —dice él, y coge algo de beber de la nevera—. Tal vez podrías hacérmelo tú. Quiero ser un pulmón.

—Oye —dice Caulder—, ¿puedo ser el otro?

Mi madre se echa a reír, coge un bolígrafo y papel de la barra y se sienta.

—Vamos a ver, supongo que tendríamos que pensar en la manera de coser un par de pulmones cancerosos.

Kel y Caulder la rodean y empiezan a proponer ideas.

—Pero, mamá —digo sin ningún tipo de emoción—, ¿cómo vas a hacer eso?

Levanta la vista de su boceto y me sonríe.

—Lake, si mi niño quiere ser un pulmón canceroso para Halloween, voy a hacer todo lo posible para que sea el mejor pulmón canceroso del mundo.

Pongo los ojos en blanco, me sumo a ellos en torno a la barra y empiezo a escribir una lista de las cosas que harán falta.

Cuando regresamos de la tienda con el material y los pertrechos necesarios para hacer los disfraces de pulmones cancerosos, Will se detiene en su entrada.

—¡Will! —Caulder cruza la calle corriendo, lo coge de la mano y lo arrastra hacia nuestra casa—. ¡Ven a ver esto!

Will nos ayuda a mi madre y a mí a bajar las compras del maletero y todos entramos en casa.

—Adivina de qué nos vamos a disfrazar para Halloween.

De pie en la cocina, Caulder señala lo que hay en el suelo con una sonrisa radiante.

—Esto...

—¡Del cáncer de Julia! —dice Caulder exaltado.

Will enarca las cejas y echa un vistazo a mi madre, que acaba de regresar de su dormitorio con la máquina de coser.

—Sólo se vive una vez, ¿no es cierto?

Apoya la máquina en la barra.

—Nosotros vamos a hacer los tumores para los pulmones —dice Kel—. ¿Quieres hacer uno tú? Te dejo hacer el grande...

—Esto...

—Kel —digo—, Will y Caulder no nos pueden ayudar, porque estarán fuera todo el fin de semana.

Llevo dos de las bolsas a la barra y me dispongo a vaciarlas.

—En realidad —responde Will, mientras levanta del suelo las demás bolsas—, eso era antes de saber que íbamos a hacer cánceres de pulmón. Creo que vamos a tener que aplazar el viaje.

Caulder se le acerca corriendo y lo abraza.

—Gracias, Will. Es que me van a tener que medir mientras lo hacen, porque he crecido mucho.

Una vez más —es la tercera, esta semana—, somos una gran familia feliz.

Ya tenemos resuelta la mayor parte del diseño y debemos tomar las medidas para hacer el patrón.

—¿Dónde tienes el metro? —pregunto a mi madre.

—No lo sé —dice—. En realidad, ni siquiera sé si tengo metro.

—Will tiene uno; podemos usar el suyo —digo—. Will, ¿te

importaría ir a buscarlo?

—¿Que yo tengo un metro? —pregunta.

—Sí, en tu costurero —digo.

—¿Tengo un costurero?

—Está en el lavadero. —Me parece increíble que no lo sepa. ¿Cómo es posible que, después de limpiar su casa una sola vez, pueda decirle dónde están las cosas mejor que él?—. Junto a la máquina de coser, en el estante, detrás de los patrones de tu madre. Los he organizado cronológicamente, según el número de... Es igual —digo y me pongo de pie—. Mejor voy y te lo enseño.

—¿Le has puesto los patrones por orden cronológico? —pregunta mi madre perpleja.

Me vuelvo hacia ella cuando nos dirigimos a la puerta.

—Tenía un mal día.

Will y yo cruzamos la calle y aprovecho la oportunidad para preguntarle por su pasantía. No quería hablar delante de Caulder, porque no estaba segura de que se lo hubiera dicho.

—Me han dado un tirón de orejas —dice, mientras entramos— y me han dicho que, puesto que actué en defensa de otro alumno, en realidad no me lo pueden tener en cuenta.

—¡Qué bien! Y ¿qué hay de tu pasantía? —quiero saber, mientras atravieso la cocina y entro en el lavadero para coger el costurero.

—Bueno..., es algo peliagudo. Las únicas que tienen disponibles aquí, en Ypsilanti, son todas de primaria, pero mi especialidad es de secundaria, de modo que me han puesto en un instituto en Detroit.

Interrumpo lo que estoy haciendo y me lo quedo mirando.

—Y ¿eso qué significa? ¿Que os vais a mudar?

Advierte la preocupación en mi rostro y se echa a reír.

—No, Lake, no nos vamos a mudar. Sólo son ocho semanas. Tendré que conducir mucho, eso sí. En realidad, después pensaba hablar de eso contigo y con tu madre. No voy a poder llevar a los niños al colegio ni irlos a buscar. Pasaré mucho tiempo fuera. Ya sé que no es buen momento para pediros ayuda...

—No sigas. —Cojo el metro y vuelvo a meter lo demás dentro del costurero—. Ya sabes que puedes contar con nosotras.

Will viene tras de mí cuando regreso al lavadero para volver a guardar el costurero junto a la máquina de coser. Rozo con la mano los patrones bien apilados en orden cronológico y recuerdo mi trabajo de limpieza y alfabetización del fin de semana anterior. ¿Es posible que perdiera la razón por un tiempo? Muevo la cabeza de un lado a otro, alargo la mano y apago la luz, y entonces tropiezo con Will, que, apoyado en el marco de la puerta y con la cabeza contra la pared, me observa. Está oscuro, pero el resplandor de la cocina, a sus espaldas, le ilumina el rostro.

Me invade una sensación cálida y trato de no hacerme ilusiones. Vuelve a tener aquella mirada.

—Anoche —susurra—, cuando vi a Javi besándote... —La voz se desvanece y guarda silencio por un momento—. Pensé que lo besabas tú también.

Aunque me cuesta cuando lo tengo tan cerca, hago esfuerzos por concentrarme y asimilar su confesión. Si él pensó que yo estaba de acuerdo, ¿por qué apartó a Javi de mí? ¿Por qué le pegó un puñetazo? Entonces caigo en la cuenta: anoche Will no me estaba defendiendo, sino que estaba celoso.

—Ajá. —No puedo decir nada más.

—No me he enterado de toda la historia hasta que esta mañana tú contaste tu versión —dice y, como sigue cerrándome el paso, me quedo de pie en la oscuridad.

Se pasa las manos por el pelo y suspira.

—Por Dios, Lake. No sabes lo cabreado que estaba: quería hacerle daño en serio. ¿Y ahora? Ahora que sé que en realidad te estaba haciendo daño a ti, ¡lo quiero matar!

Se vuelve hacia el otro lado y apoya la espalda en el marco de la puerta.

Pienso de nuevo en lo que ocurrió anoche y en las emociones que Will debió de experimentar: primero manifiesta su amor por mí en el escenario y, al cabo de un minuto, cree que me estoy pegando el lote con Javi... No me extraña que estuviera tan cabreado en el trayecto de vuelta.

Me sigue cerrando el paso, aunque no pienso salir corriendo a ninguna parte. Se me tensa todo el cuerpo, porque no sé lo que estará a punto de decir o de hacer. Expulso el aire poco a poco y trato de tranquilizarme. El ritmo de mi respiración se ha acelerado tanto en el último minuto que otra vez me empiezan a doler los pulmones cuando el nudo que tengo en la espalda me recuerda su presencia.

—¿Cómo es que tú...? —balbuceo—. ¿Cómo supiste que yo estaba allí?

Se vuelve, me mira de frente y apoya las manos a ambos lados del marco de la puerta. Su altura y que me tenga acorralada me intimidan, pero no me desagrada.

—Te vi. Cuando acabé de interpretar mi poesía, vi que te marchabas.

Las rodillas me flaquean, de modo que apoyo la mano en la secadora que tengo detrás para sostenerme. ¿Sabe que lo he visto interpretar su poesía? ¿Por qué me lo cuenta? Hago todo lo posible para no hacerme ilusiones, pero, ahora que ya no es profesor mío, tal vez podamos estar juntos por fin. Puede que sea esto lo que trata de explicarme.

—Will, ¿quiere decir…?

Da un paso hacia mí y ya no queda nada de espacio entre nosotros. Sus dedos me rozan la mejilla y me escudriña el rostro. Le apoyo las manos en el pecho y me envuelve con sus brazos y me atrae hacia él. Trato de retroceder un paso para poder acabar la pregunta, pero su cuerpo me empuja contra la secadora.

Cuando intento preguntarle otra vez, acerca los labios a los míos y me deja sin habla. De inmediato ceso de resistirme y dejo que me bese. ¡Desde luego que dejo que me bese! Se me debilita todo el cuerpo, los brazos me quedan flácidos a los costados y dejo caer el metro al suelo.

Me coge por la cintura, me levanta y me deposita encima de la secadora. Nuestros rostros han quedado a la misma altura. Me besa como para compensar todo un mes de besos robados. No sé dónde acaban mis manos y empiezan las suyas, porque los dos nos tironeamos con frenesí. Lo rodeo con las piernas y acerco su boca a mi cuello para poder recuperar el aire. Todo lo que siento por él regresa de golpe. Trato de contener las lágrimas y advierto lo mucho que lo quiero. ¡Dios mío! Lo amo. Estoy enamorada de Will Cooper.

Ya no me esfuerzo por controlar mi respiración: no tendría sentido.

—Will —susurro, mientras él sigue explorándome el cuello con los labios—, ¿quiere decir esto… quiere decir que ya no tenemos que seguir… fingiendo? —Jadeo tanto que apenas puedo construir una oración coherente—. ¿Podemos… estar… juntos? Como no eres… como ya no eres profesor mío…

Sus manos dejan de sujetarme la espalda con fuerza y sus labios se cierran lentamente y se alejan de mi cuello. Trato de atraerlo de nuevo hacia mí, pero se resiste. Me pone las manos en las pantorrillas y desenlaza mis piernas, que le rodean la cintura; después retrocede hasta apoyarse en la pared que tiene detrás y evita mirarme a los ojos.

Me aferro a los bordes de la secadora y me bajo de un salto.

—¿Will? —le digo y doy un paso hacia él.

La luz de la cocina deja su rostro en la sombra, pero le veo la mandíbula: la tiene apretada. Los ojos le rebosan de vergüenza cuando me mira disculpándose.

—Dime, Will: ¿se siguen aplicando las mismas normas?

No hace ninguna falta que me conteste: por su reacción advierto que sí.

—Lake —dice en voz baja—, he tenido un momento de debilidad. Perdona.

Le doy un empujón en el pecho con las dos manos.

—Pero ¿qué dices? ¡¿Para ti esto no ha sido más que *un momento de debilidad*?! —le grito—. ¿Qué pensabas hacer, Will? ¿Cuándo ibas a

dejar de pegarte el lote conmigo y echarme de tu casa a patadas esta vez?

Me doy la vuelta, salgo del lavadero y atravieso la cocina.

—No, Lake. Perdona. Lo siento mucho. No volverá a ocurrir, te lo juro.

Me detengo y me vuelvo hacia él.

—¡Desde luego que no volverá a ocurrir! ¡Por fin me había hecho a la idea! Después de padecer durante todo un mes, por fin había conseguido poder relacionarme contigo otra vez. ¡Y ahora vienes y me haces esto! Ya no puedo más —le digo llorando—. No sabes lo que me bulles en la cabeza cuando no estamos juntos... Ya no tengo tiempo para seguir así. Tengo cosas más importantes en que pensar que tus *momentos de debilidad*.

Cruzo la sala de estar, abro la puerta de entrada y me detengo.

—Tráeme el metro —le digo con calma.

—¿Qué? —dice.

—¡Que me traigas el metro! ¡Se me ha caído al suelo, joder!

Sus pasos se pierden cuando regresa al lavadero. Recoge el metro y me lo trae. Cuando me lo pone en la mano, me la estrecha y me mira fijamente a los ojos.

—Por favor, Lake, ¡no me conviertas en el malo de la película!

Aparto la mano de la suya.

—Te puedo asegurar que ya no eres más el mártir.

Me vuelvo y salgo dando un portazo. Cruzo la calle y no miro si me observa. Ya no me importa.

Me detengo en la entrada y respiro hondo mientras me enjugo las lágrimas. Abro la puerta de nuestro hogar, dibujo en mi rostro la mejor de mis sonrisas y ayudo a mi madre a confeccionar los últimos disfraces de Halloween de su vida.

19

Ain't it like most people.
I'm no different.
We love to talk on things
We don't know about.[21]

Ten Thousand Words,
THE AVETT BROTHERS

Al final, Will y Caulder se marchan el fin de semana. Mi madre y yo nos pasamos la mayor parte del sábado y el domingo dando los últimos toques a los disfraces. Informo a mi madre de la nueva situación de Will y de que tendremos que ayudarlo más. Por cabreada que esté, no quiero perjudicar a Caulder ni a Kel. El domingo por la noche, cuando Will regresa a su casa, ni siquiera me doy cuenta, porque ya no me importa.

—Kel, ve a buscar a Caulder y dile que venga a ponerse el disfraz —le digo, mientras lo obligo a levantarse—. Will se tiene que ir temprano, así que Caulder se puede vestir aquí.

Es Halloween, el día de los pulmones cancerosos. Kel corre a la cocina y coge el teléfono.

Me doy una ducha y acabo de prepararme y después despierto a mi madre para que pueda ver el resultado. Cuando está vestida, Kel y Caulder le dicen que cierre los ojos. La llevo a la sala de estar y la coloco delante de los dos niños.

—¡Espera! —exclama Caulder—. ¿Y Will? Él también tiene que vernos.

Vuelvo a llevar a mi madre al pasillo y corro hacia la puerta, me pongo las botas y salgo. Will justo está retrocediendo con el coche por el camino de entrada, de modo que le hago señas para que pare. Advierto —me lo dice la expresión de su cara— que aún alberga la esperanza de que lo haya perdonado, pero no tardo en dejarle claro que no es así.

—Sigues siendo un gilipollas, pero tu hermano quiere que veas su

disfraz. Ven un momento —le digo y regreso a casa.

Cuando Will entra, los coloco —a él y a mi madre— delante de los niños y les digo que abran los ojos.

Kel es el pulmón derecho y Caulder, el izquierdo. El relleno está distribuido de tal forma que los brazos y la cabeza pasan por unas aberturas pequeñas y la parte inferior queda abierta para la cintura y las piernas. Hemos teñido la tela para dar la impresión de que hay diversas zonas con células muertas y hemos hecho unos cuantos bultos que sobresalen de los pulmones: los tumores. Se produce un silencio prolongado antes de que Will y mi madre reaccionen.

—¡Qué asco! —dice Will.

—Es repugnante —añade mi madre.

—Espantoso —opino yo.

Los niños chocan los cinco o, mejor dicho, los pulmones chocan los cinco. Sacamos fotos, los subo al todoterreno y descargo el par de pulmones en la escuela.

No estamos ni siquiera a la mitad de la segunda hora de clase cuando mi teléfono empieza a vibrar. Me lo saco del bolsillo y miro el número. Es Will. ¡Will no me llama jamás! Supongo que está tratando de disculparse, de modo que me guardo el teléfono en la chaqueta. Vibra otra vez. Me vuelvo y miro a Eddie.

—Will me está llamando. ¿Le contesto? —le digo.

No sé por qué le pregunto a ella. Tal vez se le ocurra algún consejo magnífico...

—No lo sé —dice.

O tal vez no.

Cuando me llama por tercera vez, presiono el botón de aceptar y me llevo el teléfono a la oreja.

—Dígame —digo en voz baja.

—Layken, soy yo. Oye, tienes que ir a la escuela de los niños. Ha ocurrido algo y no puedo localizar a tu madre. Yo estoy en Detroit, así que no puedo ir...

—¿Cómo? ¿Con quién? —susurro.

—Con los dos, supongo. No les ha pasado nada, pero alguien tiene que ir a recogerlos. ¡Ve! Y después me llamas.

Pido permiso y me marcho discretamente de la clase. Eddie me sigue.

—¿Qué pasa? —me pregunta cuando llegamos al pasillo.

—No lo sé. Algo con Kel y Caulder —le digo.

—Te acompaño —dice.

Llegamos a la escuela y entro a la carrera. Cuando encontramos la secretaría, me he quedado sin respiración y estoy al borde de la histeria. Kel y Caulder están sentados en la sala de espera.

Corro hacia ellos con toda la velocidad que me permiten mis piernas y los abrazo.

—¿Estáis bien? ¿Qué ha pasado?

Los dos se encogen de hombros.

—No lo sabemos —responde Kel—. Sólo nos han dicho que nos quedáramos aquí hasta que vinieran nuestros padres.

—¿Señorita Cohen? —dice una voz a mis espaldas.

Me vuelvo y me encuentro cara a cara con una pelirroja alta y esbelta, vestida con una falda de tubo negra hasta la rodilla y una camisa blanca metida por dentro de la falda. Al observarla, no puedo hacer otra cosa que desear que no sea tan envarada como me la pinta su vestuario. Me indica con un gesto su despacho y Eddie y yo la seguimos.

Toma asiento al frente de su escritorio y señala con la cabeza las sillas que tiene delante. Eddie y yo nos sentamos.

—Soy la señora Brill, directora de la escuela primaria Chapman.

Me fastidian su tono cortante y su actitud engreída. Ya me desagrada.

—¿Vendrán los padres de Caulder? —pregunta.

—Los padres de Caulder han muerto —respondo.

Se le corta la respiración, pero, para disimularlo, se sienta más erguida aún.

—Ah, es cierto. Lo lamento —dice—. ¿Y su hermano? Porque vive con su hermano, ¿verdad?

Asiento con la cabeza.

—Está en Detroit. No puede venir. Soy la hermana de Kel. ¿Qué problema hay?

Se echa a reír.

—¿Acaso no es evidente?

Hace un gesto hacia la ventana, detrás de la cual están los niños. Los observo: están jugando a piedra, papel y tijera y riendo a carcajadas. Sé que se refiere a los disfraces, pero su actitud ya me ha hecho perderle el respeto, de modo que sigo actuando como si nada.

—¿Jugar a piedra, papel y tijera va en contra de la política de la escuela? —pregunto.

Eddie suelta una carcajada.

—Señorita Cohen —dice la directora—, ¡van disfrazados de pulmones cancerosos!

Mueve la cabeza de un lado a otro, incrédula.

—Y yo que pensaba que eran judías podridas... —dice Eddie.

Las dos nos echamos a reír.

—No me parece gracioso —dice la señora Brill—. ¡Perturban a los alumnos! ¡Esos disfraces son muy desagradables y groseros! Además, son asquerosos. No sé de quién habrá sido la idea, pero tiene que llevárselos a casa para que se cambien de ropa.

Vuelvo a concentrar toda mi atención en la directora. Me inclino hacia delante y apoyo los brazos en su escritorio.

—Señora Brill —digo con toda calma—, la que ha hecho los disfraces ha sido mi madre. Mi madre, que está en el estadio cuatro de un cáncer de pulmón microcítico y no volverá a celebrar otro Halloween con su hijito. Mi madre, que va a experimentar, probablemente, un año de últimas veces: la última Navidad, el último cumpleaños, la última Pascua y, Dios mediante, el último día de la madre. Mi madre, que, cuando su hijo de nueve años le preguntó si podía ser su cáncer para Halloween, no tuvo más remedio que hacerle el mejor disfraz de pulmón canceroso que pudo. De modo que, si tan desagradable le parece, le sugiero que los lleve a casa usted misma y se lo diga a mi madre a la cara. ¿Quiere la dirección?

La directora se queda con la boca abierta y mueve la cabeza de un lado a otro. Se revuelve, inquieta, en la silla, pero no reacciona. Me pongo de pie y Eddie sale tras de mí. Me paro en seco, me doy la vuelta y vuelvo a entrar en su despacho.

—Y una cosa más respecto al concurso de disfraces. ¡Espero que los jueces sean imparciales!

Eddie se echa a reír cuando salimos y cierro la puerta.

—¿Qué pasa? —pregunta Kel.

—Nada —digo—. Ya podéis volver a clase. La directora sólo quería saber dónde habíamos comprado los materiales para hacer vuestros trajes, porque el año próximo se quiere disfrazar de almorrana.

Eddie y yo tratamos de contener la risa mientras los niños regresan al aula. Salimos y, en cuanto abrimos las puertas, estallamos en carcajadas. Tanto reímos que se nos saltan las lágrimas.

Cuando volvemos a subirnos al todoterreno, tengo seis llamadas perdidas de mi madre y dos de Will. Los llamo y les aseguro, sin omitir detalle, que la situación se ha resuelto.

Más tarde, cuando paso a buscar a los niños por la escuela, los dos suben al coche corriendo.

—¡Hemos ganado! —grita Caulder en cuanto se sube al asiento trasero—. ¡Los dos! ¡Cincuenta dólares para cada uno!

20

Well I've been locking myself up in my house for some time now.
Reading and writing and reading and thinking
And searching for reasons and missing the seasons.
The Autumn, the Spring, the Summer, the snow.
The record will stop and the record will go.
Latches latched the windows down,
The dog coming in and the dog going out.
Up with caffeine and down with the shot.
Constantly worried about what I've got.
Distracted by work but I can't make it stop
And my confidence on and my confidence off.
And I sink to the bottom I rise to the top
And I think to myself that I do this a lot.
World outside just goes it goes it goes it goes it goes it goes…[22]

Talk on Indolence, THE AVETT BROTHERS

Las semanas siguientes llegan y pasan. Los días que acompaño a mi madre a sus tratamientos, Eddie nos echa una mano y se queda a cuidar a los niños hasta que Will regresa. Will se marcha todas las mañanas a las seis y media y no llega a casa hasta las cinco y media de la tarde. No nos vemos. Me aseguro de que no nos veamos. Recurrimos a mensajes de texto y a llamadas telefónicas en lo que respecta a Kel y a Caulder. Mi madre ha tratado de sonsacarme información: quiere saber por qué él ya no viene a casa. Le miento: le digo que está ocupado con su nueva pasantía.

En los dos últimos meses sólo ha venido a casa un día y fue la única vez que hablamos de verdad después de lo que pasó en el lavadero de su casa. Vino a decirme que le han ofrecido un trabajo en un instituto, para dar clase en los primeros cursos de secundaria, y que empieza en enero, dentro de tan sólo dos semanas.

Me alegro por él, aunque me resulta agridulce. Sé lo mucho que significa este trabajo para él y para Caulder, pero también sé lo que significa para Will y para mí. En lo más profundo de mi corazón, una parte de mí contaba en silencio los días que faltaban para que acabara

su pasantía. Cuando por fin llega el momento, resulta que ha firmado otro contrato. En realidad, esto consolida la situación entre nosotros: confirma que se ha acabado.

Finalmente ponemos en venta la casa de Texas. Mi madre ha logrado ahorrar casi ciento ochenta mil dólares del seguro de vida de mi padre. Todavía no se ha terminado de pagar la casa, pero aún nos falta recibir otro cheque por la venta. Mi madre y yo hemos pasado casi todo el mes de noviembre concentradas en nuestras finanzas. Hemos reservado algo más para pagar la universidad y ella ha abierto una cuenta de ahorros para Kel. Ha pagado todos los saldos pendientes de sus tarjetas de crédito y las de cliente y me ha dado instrucciones de que jamás pida ninguna en mi nombre. Me ha dicho que, si lo hacía, ¡se me aparecería después de muerta!

Hoy, jueves, acaban las clases en todos los distritos, incluido el de Will. Como salimos antes, traigo a Caulder a nuestra casa. Por lo general, los jueves se queda a dormir, porque Will va al *slam*.

No he vuelto al Club N9NE desde la noche en la que Will leyó su poesía. Ahora entiendo lo que Javi quiso decir en clase cuando habló de revivir una ruptura desafortunada y por eso no me apetece ir: ya la he revivido suficientes veces.

Doy de cenar a los niños y los envío a su dormitorio y después voy a la habitación de mi madre, para lo que se ha convertido en nuestra conversación cotidiana.

—Cierra la puerta. Éstos son para Kel —susurra.

Está envolviendo los regalos de Navidad. Entro y cierro, me siento en la cama a su lado y la ayudo.

—¿Qué piensas hacer durante las vacaciones de Navidad? —me pregunta.

Se le ha caído todo el cabello. Ha decidido no llevar peluca —ha dicho que se sentía como si tuviera un hurón durmiendo la siesta sobre la cabeza—, pero sigue siendo hermosa, de todos modos.

Me encojo de hombros.

—Lo mismo que tú, supongo.

Frunce el ceño.

—¿Vendrás mañana con nosotros a la ceremonia de graduación de Will?

Nos envió una invitación hace dos semanas. Me parece que cada graduado puede llevar a un número determinado de invitados y que, además de a nosotros, sólo ha invitado a sus abuelos.

—No lo sé. No lo he decidido aún —respondo.

Cierra una caja con un lazo y la deja a un lado.

—Tendrías que ir. Sea lo que sea lo que haya pasado entre

vosotros dos, deberías ir. Se ha portado bien con nosotros, Lake.

No quiero confesarle que, si no quiero ir, es porque ya no sé cómo tratarlo cuando estoy con él. Nunca me había sentido tan eufórica como aquella noche, en el lavadero de su casa, cuando por un instante pensé que finalmente podríamos estar juntos. Experimenté la sensación más alucinante de mi vida —sentí que por fin podía amarlo con total libertad—, pero sólo fue una ilusión. Aquel único minuto de inmensa felicidad que viví y el dolor que sentí a continuación son algo que no quiero volver a experimentar nunca más. Estoy cansada de sufrir.

Mi madre aparta de su regazo el papel de regalo, se acerca a mí y me abraza. No me daba cuenta de que mis sentimientos fueran tan evidentes.

—Lo siento, pero me parece que tal vez te he dado un consejo espantoso —dice.

Me aparto de ella y suelto una carcajada.

—Imposible, mamá. Tú no sabes hacer nada espantoso.

Levanto una caja del suelo y me la apoyo en el regazo; después cojo un trozo de papel y me pongo a envolverla.

—Sin embargo, lo he hecho. Toda tu vida te he estado diciendo que pienses con la cabeza y no con el corazón —insiste.

Doblo con meticulosidad los bordes y cojo el rollo de cinta adhesiva.

—Ese consejo no es que sea bueno, mamá, sino que es estupendo: es lo que me ha permitido salir adelante estos últimos meses.

Corto un trozo de cinta y lo pego en el borde del paquete.

Mi madre me quita la caja antes de que acabe de envolverla y la coloca a su lado. Me coge las manos y me vuelve hacia ella.

—Lo digo en serio, Lake. Has estado pensando tanto con la cabeza que no has prestado nada de atención a tu corazón y tiene que haber un equilibrio. El hecho de que los dos dejéis que otras cosas os consuman está a punto de echar a perder cualquier oportunidad que jamás tendréis de ser felices.

Muevo la cabeza de un lado a otro, confundida.

—No hay nada que me esté consumiendo, mamá.

Me sacude las manos, como dándome a entender que no lo comprendo.

—Yo, Lake: yo te estoy consumiendo. Tienes que dejar de preocuparte tanto por mí. Vive tu vida. Que todavía no me he muerto, ¿eh?

Bajo la vista a nuestras manos, mientras sus palabras calan en mí. Es cierto que me he concentrado mucho en ella, pero es lo que necesita, lo que necesitamos las dos. No le queda mucho tiempo y quiero compartir con ella cada segundo.

—Mamá, tú me necesitas. Me necesitas más de lo que yo necesito a Will. Además, él ya ha tomado una decisión.

Aparta la vista rápidamente y me suelta las manos.

—No, Lake, él no ha decidido. Ha elegido lo que le ha parecido mejor, pero se equivoca. Los dos estáis equivocados.

Sé que quiere verme feliz y no me atrevo a decirle que lo nuestro se ha acabado. Él escogió aquella noche en el lavadero, cuando me soltó; tiene sus prioridades y, en este momento, no figuro entre ellas.

Mi madre coge la caja que yo estaba envolviendo, se la pone delante y empieza a embalarla otra vez.

—La noche que te dije que tenía cáncer y tú fuiste corriendo a su casa, ¿te acuerdas? —Se le pierde la voz y carraspea sin mirarme a los ojos—. Quiero decirte lo que me dijo… en la puerta.

Recuerdo la conversación a la que se refiere, aunque yo no alcancé a oír lo que hablaban.

—Cuando me abrió la puerta, le dije que tenías que venir a casa, que teníamos que hablar de ello. Me miró con muchísima pena y me pidió: «Deje que se quede, Julia. Ahora mismo, me necesita».

»Se me partió el alma, Lake, al ver que lo necesitabas más a él que a mí. En cuanto las palabras salieron de su boca, me di cuenta de que eras adulta…, de que yo había dejado de ser toda tu vida. Will lo advirtió y reparó también en el daño que me causaban sus palabras. Cuando me volví para regresar a casa, me siguió hasta el jardín y me abrazó. Me dijo que jamás te alejaría de mí, que te dejaría marchar… para que pudieras concentrar toda la atención en mí y en el tiempo que me quedaba.

Deposita en la cama el regalo, ya envuelto. Se me acerca y vuelve a cogerme las manos entre las suyas.

—No es que se haya olvidado de ti, Lake. No ha elegido su nuevo trabajo antes que a ti… Nos está dando más importancia a nosotras dos que a ti sola. Ha querido que tú me dedicaras más tiempo.

Respiro hondo para asimilar lo que mi madre me acaba de revelar. ¿Tiene razón? ¿Me quiere lo suficiente para estar dispuesto a dejarme libre?

—Mamá —digo con voz débil—, ¿y si te equivocas?

—¿Y si no me equivoco? Duda de todo, Lake. ¿Y si él quiere elegirte a ti? Nunca lo sabrás, si tú no le dices lo que sientes. Has cerrado la puerta y lo has dejado fuera. Ni siquiera le has dado la oportunidad de elegirte.

Tiene razón: lo he dejado fuera. Me he encerrado por completo desde aquella noche en el lavadero.

—Son las siete y media, Lake. Ya sabes dónde está. Ve a decirle lo que sientes.

No me muevo. Noto que mis piernas son de gelatina.

—¡Ve! —dice, riendo.

Salto de la cama y corro a mi habitación. Me tiemblan las manos y tengo un embrollo en la cabeza mientras me cambio los pantalones. Me pongo la camisa morada que llevé la primera y única vez que salimos juntos. Voy al cuarto de baño y contemplo mi reflejo.

Falta algo. Corro a mi habitación y de debajo de mi almohada extraigo el clip morado. Lo abro, retiro los cabellos de mi madre y los guardo en mi joyero. Regreso al baño, con el cepillo me llevo el flequillo a un lado de la cabeza y sujeto el clip en su sitio.

21

Don’t say it’s over
‘cause that’s the worst news I
Could hear, I swear that I will
Do my best to be here,
Just the way you like it.
Even though it’s hard to hide,
Push my feelings all aside.
I will rearrange my plans and
Change for you.[23]

If It’s the Beaches,
THE AVETT BROTHERS

Cuando entro en el club, no pierdo tiempo en buscarlo: ya sé que está aquí. Tampoco me detengo a pensármelo dos veces, sino que me dirijo con aparente confianza a la parte delantera de la sala. Subo al escenario cuando el presentador está anunciando la puntuación del último participante, de modo que manifiesta cierta aprensión cuando le arrebato el micrófono y me vuelvo hacia el público. Las luces brillan tanto que no percibo ningún rostro. Tampoco veo a Will.

—Me gustaría interpretar una poesía que he escrito —digo por el micrófono. Mi voz suena firme, pero el corazón está a punto de saltárseme del pecho. Ya no me puedo echar para atrás: tengo que hacerlo—. Ya sé que esto se sale del protocolo habitual, pero es una emergencia.

El público estalla en carcajadas. El estruendo del gentío es fuerte y me paralizo al pensar en lo que estoy a punto de hacer. Empiezo a dudar y me vuelvo hacia el presentador, pero él me empuja suavemente y me anima a continuar.

Coloco el micrófono en el soporte y lo bajo hasta mi altura. Cierro los ojos y respiro hondo antes de empezar.

—¡Tres dólares! —grita alguien del público.

Abro los ojos y advierto que aún no he pagado el arancel. Desesperada, hurgo en mi bolsillo, extraigo un billete de cinco dólares y se lo acerco al presentador.

Regreso a donde está el micrófono y vuelvo a cerrar los ojos.

—Mi poesía se llama...

Me dan un golpecito en el hombro. Abro los ojos y, cuando me vuelvo, veo al presentador con dos billetes de un dólar en la mano.

—El cambio —dice.

Cojo el dinero y me lo guardo en el bolsillo. Él continúa allí de pie.

—¡Largo! —le digo entre dientes.

Balbucea y se marcha del escenario.

Una vez más, me vuelvo hacia el micrófono y empiezo a hablar:

—Mi poesía se llama «Instruida» —anuncio.

Me tiembla la voz, así que respiro hondo unas cuantas veces. Espero recordarla, porque he cambiado algunos versos mientras venía hacia aquí. Inhalo por última vez y comienzo:

Este año me han ***instruido***
un montón de personas*.*
Mi hermano menor...,
los Avett Brothers...,
mi ***madre****, mi* ***mejor amiga****, mi* ***profesor****, mi* ***padre***
y
también
un
chico*,*
un chico del cual estoy ***verdadera, profunda, loca, increíble***
e indudablemente enamorada*.*
Me ha ***instruido*** *este año*
un niño de ***nueve*** *años.*
Me ha enseñado que está ***bien*** *vivir la* ***vida***
un poco ***hacia atrás***
y a ***reírme***
de lo que podría ***parecer***
que no ***tiene gracia****.*
¡Me ha ***instruido*** *este año*
una ***banda*** *de música!*
Me han enseñado a volver a
sentir *mis* ***sentimientos****.*
Me han enseñado a ***decidir*** *lo que quiero* ***ser***
y a ***atreverme*** *a serlo.*
Me ha ***instruido*** *este año*
una enferma de ***cáncer****.*
Me ha enseñado ***muchísimo*** *y me* ***sigue*** *enseñando*
muchísimo.
Me ha enseñado a ***dudar***

*y a no lamentarme **jamás**.*
*Me ha enseñado a **superar** mis limitaciones,*
*porque **para eso sirven**.*
*Me ha dicho que buscara el **equilibrio** entre la **cabeza** y el*
corazón
y después
*me ha enseñado **cómo hacerlo**...*
*Me ha **instruido** este año*
*una **niña** que ha crecido en **familias** de **acogida**.*
*Me ha enseñado a **respetar** las cartas que me han **tocado***
*y a estar **agradecida** porque me hubiera **tocado** alguna.*
*Me ha enseñado que la **familia***
*no tiene por qué ser de tu misma **sangre**.*
*A veces, tu **familia***
*son tus **amigos**.*
*Me ha **instruido** este año*
*mi **profesor**,*
que me ha enseñado
*que **lo que tiene sentido** no es conseguir **puntos**, sino la **poesía**...*
*Me ha **instruido** este año*
*mi **padre**.*
*Me ha enseñado que los **héroes** no siempre son **invencibles***
*y que la **magia***
*está en mi **interior**.*
Me ha instruido este año
un
***chico**,*
*un chico del cual estoy **verdadera, profunda, loca, increíble***
***e indudablemente enamorada**,*
*que me ha enseñado lo más importante de **todo**:*
*a hacer **hincapié***
*en la **vida**.*

¿Que qué se siente cuando estás delante del público, delante de todas aquellas personas que anhelan tus palabras y ansían echar un vistazo a tu alma...? Es alucinante. Dejo con brusquedad el micrófono en las manos del presentador y bajo corriendo del escenario. Miro alrededor, pero no lo veo por ninguna parte. Busco en el reservado en el que estuvimos la primera vez que salimos, pero está vacío. Advierto —después de estar allí de pie, esperando una reacción jubilosa— que ni siquiera está presente. Doy la vuelta en redondo y escudriño la sala por segunda y por tercera vez. No está.

La misma sensación de estar en la gloria que he experimentado

sobre aquel escenario…, encima de su secadora…, en el reservado al fondo del salón…, ha desaparecido. No puedo volver a hacerlo. Quiero salir corriendo. Necesito aire. Necesito sentir el aire de Michigan en la cara.

Abro la puerta y doy un paso para salir, cuando una voz, amplificada por los altavoces, hace que me pare en seco.

—No te lo recomiendo.

Reconozco la voz y también la frase. Me doy la vuelta poco a poco y miro el escenario, donde Will está de pie, con el micrófono en la mano y mirándome.

—No te puedes marchar sin saber tu puntuación —dice y señala la mesa del jurado.

Yo también miro a los jueces. Cuatro de ellos se han dado la vuelta en sus asientos y tienen los ojos clavados en mí. Observo que la quinta silla está vacía. Lanzo un grito ahogado al darme cuenta de que el quinto era él.

Me siento flotar otra vez y me acerco al centro de la sala. Todo el mundo está en silencio. Miro alrededor y todos los ojos están clavados en mí. Nadie entiende lo que ocurre y no estoy segura de comprenderlo ni siquiera yo.

Will mira al presentador, que está de pie a su lado.

—Quisiera recitar una poesía. Es una emergencia —dice.

El presentador se aleja y le hace señas para que proceda. Will se vuelve para mirarme.

—¡Tres dólares! —grita alguien de la multitud.

Will lanza una mirada rápida al presentador:

—No llevo dinero en efectivo.

Enseguida extraigo los dos dólares de mi bolsillo, corro al escenario y los planto de un manotazo delante del presentador. Él examina el dinero que tiene a sus pies.

—Falta un dólar —afirma.

Se interrumpe el silencio en la sala cuando varias de las sillas se separan de sus mesas respectivas. Se oye un ruido sordo de gente que se acerca a mí. Me rodean y me empujan en distintas direcciones a medida que aumenta la aglomeración; después comienzan a dispersarse con la misma rapidez y se vuelve a hacer silencio cuando todos regresan a sus asientos. Vuelvo la mirada al escenario, donde docenas de billetes de un dólar han sido arrojados al azar a los pies del presentador. Sigo con los ojos una moneda de veinticinco centavos que cae rodando al suelo desde el borde del escenario, gira y se detiene junto a mi bota.

El presentador se concentra en la pila de dinero que tiene delante.

—De acuerdo —otorga—. Supongo que con esto hay suficiente. ¿Cómo se llama tu poesía, Will?

Will se acerca el micrófono a la boca y me sonríe:
—«Mejor que tercera» —dice.
Me alejo unos pasos del escenario y él comienza:

He conocido a una chica,
una chica ***preciosa****,*
y me he quedado prendado,
embobado*.*
Lástima que a veces la ***vida*** *te ponga* ***obstáculos****...*
Es que la vida, ***sin duda, me*** *ha puesto obstáculos.*
Me ha puesto ***montones*** *de obstáculos:*
me ha ***bloqueado*** *la* ***puerta*** *con una pila de* ***tablas*** *de cinco por diez*
clavadas *entre sí y* ***fijadas*** *a un*
muro *de* ***hormigón*** *de cuarenta centímetros,*
tras una ***hilera*** *de* ***barras*** *de acero macizo,* ***sujetas*** *a*
un ***marco*** *de* ***titanio*** *que, por* ***más*** *que lo empuje...,*
no
afloja
nada.
A veces, la ***vida*** *no* ***afloja****.*
No hace más que ponerte ***montones*** *de obstáculos.*
Me ha bloqueado los ***planes****, los* ***sueños****, los* ***anhelos****, los*
deseos*, lo que* ***quiero****, lo que* ***necesito****...*
Ha dejado fuera a aquella chica ***preciosa***
que me ha ***embobado****.*
La ***vida*** *trata de decirte lo que te* ***conviene****.*
Lo que debería ser lo más ***importante*** *para ti,*
lo que debería venir en ***primer*** *lugar*
o en ***segundo***
o en ***tercero****.*
Me he esforzado ***tanto*** *por tenerlo todo* ***organizado****,* ***alfabetizado****,*
apilado *en* ***orden cronológico****, cada cosa*
en su ***sitio****, todo* ***perfecto****.*
Pensaba que eso era lo que la vida ***quería*** *que yo hiciera.*
Es lo que la vida ***necesita*** *que yo haga.*
¿No es cierto?
¿Que lo mantenga ***todo*** *en* ***orden****?*
A veces la vida te pone ***obstáculos****.*
Te pone montones de ***obstáculos****.*
Sin embargo, no te los pone porque quiere que
simplemente te ***des por vencido*** *y la dejes* ***controlarte****. La vida*
no te pone tantos obstáculos sólo porque
quiere que te ***entregues*** *y te* ***dejes llevar****.*

La vida quiere que ***luches****,*
que aprendas a ***dominarla****.*
Quiere que cojas un ***hacha*** *y atravieses el* ***bosque*** *a hachazos.*
Quiere que consigas un ***mazo*** *y* ***rompas***
el ***hormigón****.*
Quiere que cojas una ***antorcha*** *y* ***fundas***
el ***metal*** *y el* ***acero*** *hasta que puedas estirar la mano y*
cogerla*.*
La vida quiere que ***cojas*** *todo lo que está* ***organizado****,*
alfabetizado*, puesto en* ***orden cronológico*** *y en una* ***secuencia*** *y*
quiere que lo ***mezcles****,*
que lo ***revuelvas****,*
que lo ***combines****.*
La ***vida*** *no quiere que le dejes* ***decirte*** *que tu*
hermano *menor debería ser lo* ***único*** *que vaya en* ***primer*** *lugar.*
La ***vida*** *no quiere que le dejes* ***decirte*** *que tu* ***carrera***
y tu ***educación*** *deberían ser lo* ***único*** *que vaya en* ***segundo*** *lugar.*
Y, ***sin duda****, la vida no quiere que* ***yo***
deje que me ***diga***
que la ***chica*** *que conocí...,*
esa chica ***preciosa, fuerte, increíble*** *y* ***resistente***
de la que me he quedado tan ***prendado****...*
sólo *debería ir en* ***tercer*** *lugar.*
La vida ***sabe****.*
La vida trata de ***decirme***
que la ***chica*** *a la que* ***amo****,*
la chica de la que me he ***prendado****...*
Que hay lugar para ella ***antes*** *que nada.*
La pongo a ***ella*** *primero.*

Will deja el micrófono en el suelo y salta del escenario. Llevo tanto tiempo tratando de aprender a desprenderme de él, a liberarme del dominio que ejerce sobre mí... No ha servido de nada, absolutamente de nada.

Me coge el rostro entre las manos y me enjuga las lágrimas con los pulgares.

—Te amo, Lake. —Sonríe y apoya la frente contra la mía—. Mereces ir en primer lugar.

Todos y todo lo que hay en el resto de la habitación se desvanecen y lo único que oigo es el estrépito de los muros que he levantado a mi alrededor al venirse abajo.

—Yo también te amo. Te amo con locura.

Acerca los labios a los míos, lo rodeo con los brazos y también lo beso. Desde luego que también lo beso.

EPÍLOGO

My parents taught me to learn
When I miss.
Just do your best.
Just do your best.[24]

When I drink,
THE AVETT BROTHERS

Recorro la sala de estar pasando por encima de montañas de juguetes, mientras voy recogiendo el papel de regalo y metiéndolo en una bolsa.

—¿Os han gustado los regalos? —pregunto.

—¡Sí! —responden Kel y Caulder al unísono.

Junto el resto del papel de envolver, cierro los extremos de la bolsa de basura y me dirijo afuera, para tirarla.

Cuando estoy yendo hacia el bordillo, Will sale de su casa y se me acerca al trote.

—Deja que lo haga yo, cariño —dice. Me coge la bolsa de las manos y la lleva al bordillo; regresa a donde estoy, me rodea con los brazos y acerca el rostro a mi cuello—. Feliz Navidad.

—Feliz Navidad —respondo.

Es la segunda Navidad que pasamos juntos y la primera sin mi madre, que falleció en septiembre, casi un año después de que nos viniéramos a vivir a Michigan. Ha sido difícil, ¡muy difícil!

Cuando muere alguien cercano, los recuerdos que conservas son dolorosos. Sólo cuando llegas a la quinta etapa del duelo —cuando dejas de pensar en su muerte y te vienen a la memoria todas las cosas maravillosas de su vida—, aquellos recuerdos dejan de hacer tanto daño y se vuelven positivos.

La presencia de Will a mi lado lo ha hecho soportable. Después de graduarse, empezó a hacer un máster en educación. Al final, no aceptó el trabajo en el instituto y, por el contrario, se mantuvo con préstamos académicos durante otro semestre, hasta que yo me gradué.

Will me coge de la mano y volvemos a entrar en casa. Es increíble la cantidad de juguetes que se apilan en el suelo de mi sala de estar.

—Ahora regreso..., la última remesa —dice Will, mientras coge

una pila de las cosas de Caulder y vuelve a salir por la puerta principal.

Es el tercer viaje que hace al otro lado de la calle para llevarse todos los juguetes nuevos de Caulder a su casa.

—Kel, todo esto no puede ser tuyo —le digo, mientras escudriño la sala de estar—. Poneos a recoger y llevadlo al dormitorio de huéspedes, que tengo que pasar el aspirador.

Quedan algunos restos del caos de los paquetes dispersos por todo el suelo de la sala. Cuando acabo, enrollo el cable y vuelvo a poner el aspirador en el armario del pasillo. Will entra por la puerta con dos bolsas de regalos en la mano.

—Ejem, ¿cómo es posible que nos olvidáramos de ésos? —pregunto justo antes de llamar a los niños a la sala de estar.

—Es que no son para los niños, sino para ti y para Kel.

Se acerca al sofá y nos hace señas a Kel y a mí para que nos sentemos.

—Will, no hacía falta. Si ya me has regalado las entradas para el concierto... —le digo y me instalo en el sofá.

Nos entrega las bolsas y me besa en la frente.

—Yo no he hecho nada. No son míos.

Coge a Caulder de la mano y se marchan con sigilo. Miro a Kel, que se limita a encogerse de hombros.

Los dos al mismo tiempo rasgamos el papel de las bolsas y extraemos unos sobres. Leo «Lake» en el anverso, escrito con la letra de mi madre. Me tiemblan las manos cuando retiro la hoja del sobre. Me paso el brazo por los ojos para enjugarme las lágrimas y desdoblo mi carta.

Para mis bebés:

Feliz Navidad. Perdonadme si estas cartas os cogen a los dos por sorpresa. Es que tengo tantas cosas que deciros aún... Sé que pensabais que ya no os daría más consejos, pero no podía marcharme sin reiteraros un par de cosas por escrito. Es posible que no os identifiquéis con ellas de momento, pero algún día lo haréis. No he podido quedarme cerca para siempre, pero espero que mis palabras lo consigan.

—No dejéis de hacer basaña*, porque está buenísima. Esperad a un día en el que no haya ninguna mala noticia y preparad una buena* basaña.

—Encontrad el equilibrio entre la cabeza y el corazón. Espero que ya lo hayas encontrado, Lake, y que puedas ayudar a Kel a aclararse, cuando le llegue el momento.

—Superad vuestras limitaciones, porque para eso sirven.

—Robo este trozo de tu banda favorita, Lake: Always remember there is nothing worth sharing like the love that let us share our name.[25]

—No os toméis la vida demasiado en serio. Dadle un puñetazo en el rostro cuando se merezca un buen golpe y reíos de ella.

—Reíd mucho. No paséis ni un solo día sin soltar una buena carcajada, como mínimo.

—No juzguéis nunca a los demás. Los dos sabéis muy bien que algo inesperado puede cambiar a una persona. No lo olvidéis. Nunca se sabe por lo que puede estar pasando alguien en su vida.

—Dudad de todo: de vuestro amor, de vuestra religión, de vuestras pasiones... Si no os hacéis preguntas, jamás encontraréis respuestas.

—Sed tolerantes. Con todo: con las diferencias entre las personas, sus similitudes, sus decisiones, sus personalidades... A veces es necesaria la variedad para tener una buena colección y lo mismo se aplica a las personas.

—Elegid vuestras batallas, pero no escojáis demasiadas.

—Mantened una actitud abierta: es la única manera de que entren cosas nuevas.

—Y lo último, pero no lo menos importante, en absoluto: no os lamentéis jamás.

Gracias a los dos por haberme dado los mejores años de mi vida.

Sobre todo el último.

Os quiere,

MAMÁ

AGRADECIMIENTOS

A Abigail Ehn, de Poetry Slam, Inc., por responder a todas mis preguntas a la velocidad del rayo. A mis hermanas, Lin y Murphy, por compartir también todos los componentes impresionantes del ADN de nuestro padre. A mi madre, Vannoy, por su afición a «Mystery Bob» y por estimular mi pasión. A seres tan increíbles como mi marido y mis hijos, por no protestar por las cuatro semanas acumuladas de ropa y platos por lavar que se amontonaban mientras yo me encerraba en mi dormitorio. A Jessica Benson Sparks, por su buen corazón y su disponibilidad para ayudarme a salir adelante. Y, por último, pero, sin duda, no por eso menos importante, a mi «asesora», Stephanie Cohen, ¡por ser tan increíble!

Notas

1. «Estoy en medio de la nada —más, imposible—, / pero ¿podrías añadirme un poco más de nada?»

2. «No tardaré mucho / en decirte quién soy. / Pues bien, ahora oyes esta voz; / pues bien, eso es casi todo lo que soy.»


3. «Sin embargo, con sólo verte ya sé / que no hay ninguna posibilidad de salir adelante. / Lo tenemos todo en contra. / Ya sabes que la mayoría de los amores de juventud acaban así.»

4. «Estoy harto de desear / —es horrible lo fuerte que me ha dado— / y cada día es peor / que el anterior.»

5. «Me digo una y otra vez / que todo saldrá bien. / No puedes hacer feliz a todo el mundo / todo el tiempo.»

6. Referencia a «Jeopardy!», el célebre concurso de la televisión estadounidense presentado por Alex Trebek.



7. «El corazón te dice que otra vez no. / ¿En qué lío me has metido? / Pero, cuando tienes esa sensación, / te levanta el ánimo y te transporta a cualquier parte.»

8. «No puedes ser como yo, / pero puedes darte por satisfecho de que así sea. / Veo el dolor, pero no lo siento. / Soy como aquel hombre de hojalata.»

9. «Quiero tener amigos / que me dejen estar / solo cuando estar solo / es justo lo que necesito.»



10. «Una pequeña metáfora. / Me abro el pecho. / Vienen a ver cómo nos desangramos. / ¿Es esto arte, como esperaba?»

11. «Ella se opone con las manos a / lo que era su vida. / Viviendo en la ignorancia, / inconsciente y triste. / Pero nadie sabe lo que hay más allá / de los días que preceden al de nuestra muerte.»



12. «¿A quién le importa el día de mañana? / ¿Acaso es algo más / que un día más?»



13. «Con la paranoia pisándome los talones, / ¿seguirás queriéndome / cuando despertemos y veas / que no hay cordura en mi mirada?»



14. «Disparando grupos / de palabras maliciosas, / los perdedores construyen hechos / con las cosas que han oído / y descubro que / me esfuerzo mucho por defenderlos.»



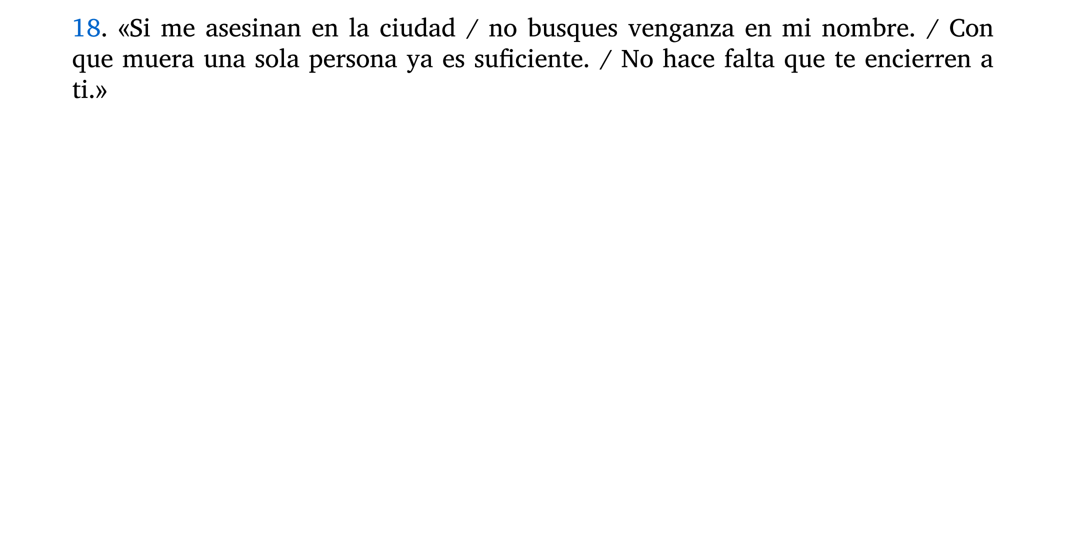
15. The *points* are not the *point*; the *point* is *poetry*.



16. «Y ya sé que me necesitas en la habitación contigua, / pero me he quedado aquí, paralizado.»

17. «Me moveré siempre como el mundo que gira bajo mis pies / y, cuando pierda el rumbo, alzaré la vista al cielo / y cuando el manto negro se arrastre por el suelo / estaré listo para rendirme, recordando / que estamos todos juntos. / Si vivo la vida que me toca, no tendré miedo a la muerte.»

18. «Si me asesinan en la ciudad / no busques venganza en mi nombre. / Con que muera una sola persona ya es suficiente. / No hace falta que te encierren a ti.»





19. La autora juega con el nombre de la protagonista y la palabra «lago», que en inglés se dice *lake. (N. de la t.)*



20. «Cierra la puerta del lavadero, / pasa de puntillas, / no te quites la ropa, / tengo todo lo que puedo llevar, / enséñame a usar / el amor que, según dicen, tú has fabricado.»



21. «¿Acaso no le pasa a casi todo el mundo? / No soy diferente. / Nos encanta hablar de cosas / de las que no tenemos ni idea.»

22. «Llevo un tiempo encerrado en mi casa. / Leyendo y escribiendo y leyendo y pensando / y buscando explicaciones y perdiéndome las estaciones. / El otoño, la primavera, el verano y la nieve. / El disco parará y el disco seguirá sonando. / Las ventanas se han cerrado con pestillos, / el perro entra y el perro sale. / La cafeína me levanta y el chupito me frena. / Me preocupo todo el tiempo por lo que tengo. / El trabajo me distrae, pero no puedo interrumpirlo / y mi confianza aumenta y mi confianza disminuye. / Y me hundo hasta el fondo y subo hasta la cima / y pienso para mis adentros que es lo que me pasa siempre. / El mundo exterior simplemente sigue y sigue y sigue y sigue y sigue y sigue...»

23. «No digas que se ha acabado / porque es lo peor que / me puedes decir y te juro que / haré todo lo posible por estar aquí, / como a ti te gusta. / Aunque me cueste disimular, / dejar de lado mis sentimientos. / Cambiaré de planes y / me adaptaré a ti.»



24. «Mis padres me han enseñado a aprender / de mis errores. / Hazlo lo mejor posible. / Confórmate con hacerlo lo mejor posible.»

25. «Jamás olvides que lo que más vale la pena compartir es el amor que nos ha proporcionado el mismo apellido.»

Amor en verso
Colleen Hoover

Título original: *Slammed*

Diseño de la cubierta: Departamento de Arte y Diseño, Área Editorial Grupo Planeta

Publicado de acuerdo con Atria Books, una división de Simon & Schuster, Inc.

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2015

ISBN: 978-84-0814-093-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com